

UN MUNDO NUEVO

ALAN E. NOURSE



LOS INVASORES LLEGAN



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Alan E. Nourse

LOS INVASORES LLEGAN

Título original: *The Invaders Are Coming*
Alan E. Nourse, 1959
Traducción: María Antonia Roura

PROLOGO

En algún lugar situado entre las millas y millas desérticas de Nuevo Méjico se erguía una astronave.

Poca gente recordaba que aún seguía allí. A poniente estaba protegida por los lomos escarpados y desnudos de la Sierra de los Órganos; a levante estaba la requemada arena y la inmensidad desalentadora del desierto. Por algún sitio hacia el Sur había una carretera, pero casi nadie pasaba ya por allí; y los pocos que lo hacían no pensaban en naves espaciales. Si estaban enterados de lo que había en el valle detrás de las montañas, no se preocupaban lo más mínimo. No sentían el menor interés por aquello.

Hacía decenios que estaba allí la nave. Día tras día, el viento había ido apilando arena contra la superestructura semisoldada. Las costuras se iban desgarrando y las chapas de la cubierta se abrían y se torcían al viento. Debajo de la nave, los edificios para el montaje yacían abandonados, golpeando sus puertas sobre goznes herrumbrosos.

Allí había habido violencia; ahora sólo había desolación y descaecimiento. Dos veces al día, el silencio se veía roto por el zumbar de tos motores cuando un cohete transporte pasaba por el cielo dirigiéndose a las grandes ciudades del continente meridional. De vez en cuando, bandas de merodeadores qualchis se reunían en los edificios en ruinas en su camino hacia el Norte, rumbo a Oklahoma y a Kansas, pero esto sucedía raras veces, y solamente entre las sombras de la oscuridad.

Nada de aquello afectaba a la nave. Permanecía inacabada y ruinosa en medio del desierto, odiada e intocada, muriendo poco a poco.

Aquello era lo que pensaba la gente.

Peter Elling no había visto nunca la nave. Había muerto mucho antes de aquella época. En sus cálculos no había entrado ninguna astronave, ningún sueño sobre el espacio. Peter Elling había visto

aquel fragmento del futuro que se revela a los idiotas y a los genios, pero sólo era un fragmento. Con su terco espíritu británico había estado trabajando en su mesa y en su pizarra, y había dicho: «Esto es lo que los hombres podrían hacer», antes de que su luz se hubiera apagado. Entonces no había astronaves.

Mark Vanner vivió para ver los primeros frutos del trabajo de Elling. Vio levantarse del desierto de Nuevo Méjico el primer cohete XAR y estallar por las costuras a cincuenta kilómetros por encima del golfo de Méjico. Vio cómo el segundo y el tercero seguían el camino del primero y las cuentas del tiempo se iban acortando. Había suplicado, pleiteado, y luchado para detenerlos, pero nadie quiso escucharle...

Más tarde le escucharon. Después del hundimiento que él había previsto, más horrible y desgarrador que guerra alguna, habían escuchado a Mark Vanner porque tenían que hacerlo. Les mostró el camino para salir del caos de aquellos días, y dejaron a la nave erguida en el desierto, un lugar maldito.

Pero en el mundo que Vanner construyó no había astronaves ya.

El helicóptero había aterrizado en la planicie de una ancha duna cerca de la nave, y sus ocupantes habían estado caminando lentamente entre las ruinas durante dos horas... un hombre alto, de flotante cabello blanco, y un hombre más joven y más bajo.

—Muy bien —había dicho por fin el hombre de blancos cabellos—. Quería usted verlo. Ya lo ha visto.

El hombre más joven asintió y se apartó de la frente unos rizos rebeldes de cabello pajizo.

—Esta era la quinta nave XAR, ¿no es así? Nunca pensé que estuviese tan avanzada.

Hablaba suavemente, y sólo un ligero ceceo traicionaba su origen montañero.

—Un mes más y se la habría visto despegar —dijo el hombre de los cabellos blancos—. Tan poco faltaba. —Sacó un cigarrillo de una brillante pitillera de titanio y se detuvo a encenderlo contra el viento —. Ahora, naturalmente, se tardará más tiempo, pero eso no importa. Voy a levantar esta nave.

El hombre de cabellos pajizos se le quedó mirando.

—¿Se da usted cuenta de lo que tendrá que luchar para conseguirlo?

—Me doy cuenta. Costará tiempo. Pero lo conseguiré.

—Será algo más que tiempo lo que costará —dijo el escocés lentamente—. La gente odia a esta nave. Le tienen miedo. La odian

por lo que les hizo antes y por lo que les podría hacer ahora. Eso no lo podrá cambiar usted por más que haga.

—Hay un hombre que puede hacerlo —dijo el individuo de los cabellos blancos—. Se llama Julian Bahr.

—Se necesitará más de un solo hombre —dijo el escocés.

—Usted no conoce a ese hombre. Lo hará. Él no está enterado todavía, pero lo hará.

—Y, cuando llegue el momento, ¿podrá usted detenerle?

—No lo sé —dijo el individuo de los cabellos blancos—. Ese es el peligro, por supuesto. Pero no lo sé,

El escocés miró a su compañero intensamente.

—Usted sabe que no podemos garantizarle en absoluto ninguna ayuda —dijo—. Oficialmente, BRINT no sabe nada de lo que usted proyecta hacer.

—Pero ustedes ayudarán, de todos modos. Simplemente denme tiempo. Tendré más necesidad de eso que de otra cosa.

—Ya to sé —dijo el escocés—. Y eso es lo que nos da miedo. Porque no queda mucho tiempo ya.

Luego, los motores del helicóptero zumbaron, y el aparato volvió a colocarse en el aire, planeó unos momentos y se encaminó, después, hacia levante, dejando a la nave moribunda envuelta en un remolino de polvo.

Los dos hombres se comprendieron el uno al otro, al menos hasta cierto punto. Los dos querían la misma cosa, aunque sus motivos fueran completamente distintos. Por consiguiente, se prestarían mutua ayuda.

Sólo el escocés estaba enterado de que era la hora que precedía a la hora H.

PARTE I
PROYECTO FRISCO

I

La alarma sonó diez minutos antes de la medianoche. Fuerte, martilleante, premiosa; rompiendo el adormecido silencio del cuerpo de guardia de la estación generadora, despertó violentamente a los dos cabos, dejándolos aturdidos.

—¡Qué diablos!

Se pusieron en pie de un salto, con la boca abierta, mientras la estridente campana los ensordecía. En un rincón de la pequeña habitación gris, el punzón marcaba agujeros en la cinta de alarma; su «clac, clac» se perdía en el constante y ensordecedor alarido de la campana de alarma.

Al otro lado del vestíbulo, el sargento de servicio salió corriendo del lavabo, remetiéndose todavía la camisa en los verdes pantalones de algodón.

—¡Alerta Geiger! —gritó a los cabos, aún inmóviles—. ¡Por Dios, no se queden ahí parados, llamen al O D! Conecten los mandos de inundación y el radar...

El sargento cogió el transmisor de alarma para los cuarteles de la policía y aumentó el volumen. Detrás de él los cabos hacían girar frenéticamente los mandos, inundando toda la estación generadora con poderosos aunque invisibles rayos infrarrojos.

—Soy Hutch, del edificio F —gruñó el sargento junto al transmisor de alarma—. Alerta Geiger. Despierten a todas las escuadras volantes. Pistolas «Burp», y camiones de desimpregnación a punto. ¿Comprendido?

—¿Qué)Sucede? ¿Dónde? —respondió la voz.

—¿Cómo puedo saberlo? En algún lugar del Sector Cinco...

El sargento estudió la cinta de alarma.

—Unos ocho kilómetros al norte de la entrada. Manden los camiones por la carretera 423, ¡y de prisa!

Hizo funcionar el selector para conectar con los cuerpos de guardia interiores, donde estaban todas las tropas de seguridad asignadas para patrullar por el interior de la Estación Generadora de Neutrones Lentos Wildwood.

—A todas las patrullas —gritó el sargento—. Alerta Geiger en el exterior del recinto. Pongan en práctica el Plan B, desde ahora... paralizadores e infraextensiones. Los inundadores están en acción. Cierren el recinto y comprueben los índices radiactivos de todos los que estén en el interior de la cerca. ¿Entendido? Eso significa que

deben comprobar también los suyos propios.

Soltó el botón y se volvió al mapa. La campana había dejado de sonar, el punzón ya no marcaba la cinta. Fuera de la estación, el monótono y constante zumbido de los generadores de neutrones lentos, continuaba. El recinto exterior, inundado de rayos infrarrojos, aparecía todavía negro a los ojos del sargento, pero podía distinguir débiles sombras que corrían en círculos ante las vallas de alambre, bajo la lenta llovizna.

—¡Durante mi guardia! —estalló, dirigiéndose a los dos cabos que se hallaban, nerviosos, a su lado.

Se acercó al mapa de la pared y clavó una banderita roja en la posición del puesto de alarma subterráneo, a ocho kilómetros al norte de la estación, donde se había originado la alarma.

—Durante dieciocho años esos Geigers han estado ahí, y la primera vez que pasa algo, tiene que ser durante mi guardia...

El oficial de servicio entró rápidamente en el cuerpo de guardia, con la chaqueta sin abotonar y los ojos cargados de sueño. Llevaba un paralizador con el seguro bajado, en la mano.

—¿Qué sucede?

—Alerta Geiger, señor. —El sargento señaló la banderita roja del mapa—. Fuera del recinto. Y, ¿quería poner otra vez ese paralizador en la pistolera, señor?

El oficial miró fijamente el mapa, con la boca abierta, luego a su mano, al sargento, después otra vez a su mano y por fin puso el paralizador en su pistolera.

—Todavía está en posición de disparo, señor.

El oficial de guardia tragó saliva y puso el seguro.

—No comprendo —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—Alguna materia... radioactiva., pasó junto a esa unidad de alarma de la carretera norte, y la alarma se disparó.

—¿«Fuera» del recinto? ¿Cómo llegó allí?

—No lo sé, señor. Salió, de alguna forma, pero ninguna de las unidades de la puerta la detectó.

El asombro se intensifico en el rostro del oficial de guardia.

—¿Quiere decir que alguien robó metal U. de este sitio? Pero, eso es ridículo. ¿Quién querría hacer eso?

—No lo sé, señor. —El sargento se movió, incómodo—. Probablemente tendremos una investigación para descubrirlo.

El oficial juró y comprobó rápidamente la cinta de alarma.

—Espere a que ponga mis manos sobre esos centinelas de la entrada. ¿Ordenó que salieran las patrullas?

—Sí, señor. En el mismo momento en que sonó la alarma. —Oyó a lo lejos el gemido de los giróscopos de los camiones de tierra—. ¡Cristo! Ni siquiera tenían los giróscopos en marcha.

—¿Qué hay? —preguntó el oficial.

—Decía que los giróscopos funcionan ahora, señor —disimuló rápidamente el sargento.

Alguien se la cargarla cuando se descubriera que las patrullas tuvieron que aguardar hasta que los giróscopos se pusieron en marcha. Pero, ¿qué podían esperar, después de dieciocho años durante los cuales nada había sucedido, en una central térmica, abandonada de la mano de Dios, como era ésta?

—¿Ha informado al comandante?

El sargento se frotó la barbilla.

—Pensé que sería mejor que lo hiciera usted, señor. No le gustará nada esto, señor.

Con un gruñido, el oficial hizo girar el disco selector del teléfono, y escuchó su zumbido, mientras la manecilla del reloj señalaba la medianoche. El sargento había acertado en eso... al comandante «no» le gustaría.

Al norte de la estación, el camión de tierra que iba en cabeza dio lentamente la vuelta en la faja de asfalto para una sola rueda, mientras los faros iluminaban los árboles y la enmarañada maleza que bordeaba la carretera. La lluvia caía implacable en la oscuridad. En algún lugar hacia adelante, se hallaba el puesto de alarma automática que había lanzado Ja alarma Geiger, un monitor subterráneo a punto de reaccionar en cuanto pasara, a unos quince metros, cualquier radiación importante.

—Iluminen hacia adelante —dijo el conductor de repente, apretando el freno.

El camión patinó hasta detenerse, saliéndose casi de la faja. Giróscopos estabilizadores estiraron los resortes de los tentemozos para impedir que el camión de dos ruedas se ladeara.

—Iluminadlos con el faro —dijo el cabo, sacando su pistola «burp» y abriendo la tapa de seguridad—. Tal vez sea lo que estamos buscando. —Sacó la cabeza de la cabina, gritando a los camiones que venían detrás—: Desimpregnadores... ¡Listos!

—Pare —dijo el conductor—. Nos hacen señales. Es una unidad de campaña del D.I.A. (Asuntos Internos).

El cabo parpadeó.

—¿Qué diablos están haciendo aquí? —Sacó de nuevo la cabeza—. Paren... Paren... Unidad del D.I.A.

Como el zumbido de los desimpregnadores continuaba, el cabo saltó del camión, protegiéndose de la lluvia, y se dirigió hacia la luz.

—¿Qué está haciendo aquí una unidad del D.I.A.? —murmuró alguien a sus espaldas—. Esos tipos actúan más de prisa que la estricnina. Sólo han pasado diez minutos desde que empezó la alarma.

—Quince —dijo el cabo, sintiéndose la boca seca a! acercarse a los dos hombres que sostenían linternas de mano.

—¿Ejército? —preguntó una voz.

—Exacto. El 923 de la Policía de Seguridad; Estación de Energía Wildwood, cabo Bams.

Acercó su insignia al rayo de luz de la linterna.

—Muy bien, Bams. Pongan los seguros en esas pistolas «Burp» —dijo la voz.

Bams sabía que era mejor no discutir con los hombres del D.I.A. ni siquiera pedir que se contraidentificaran. No deseaba sufrir una investigación de sus actos. No quería tener nada que ver con el D.I.A.

Desde el tercer camión se acercó un teniente, chapoteando por el barro.

—Bams, ¿por qué se ha detenido? No he dado orden de que nos paremos aquí.

—Está bien, teniente, déjelo —dijo el hombre del D.I.A.

—¿Quién demonios es usted?

—Carmine, del D.I.A.

El hombre sacó una insignia del bolsillo de su impermeable civil, iluminándola brevemente.

—¡Oh! —dijo el teniente con mucha más suavidad.

Bams sonrió.

Alguien salió de la oscuridad, un hombre corpulento, que llevaba un impermeable negro con cinturón y un sombrero recubierto de plástico. Tenía unos hombros enormes, un cuerpo pesado y poderoso, y sin embargo se había acercado por la carretera sin producir ningún ruido, como un tigre que se aproximara a un aguaje.

—¿Seguridad?

—Exacto, señor Bahr —respondió Carmine.

El hombre llamado Bahr pasó entre los dos hombres del D.I.A. y miró de soslayo al teniente.

—Es usted Axtell, agregado a la Estación Wildwood, ¿no? —No era una pregunta, sino la afirmación directa de un hecho, como si desafiara a Axtell a que se atreviera a ser otro cualquiera—. Muy bien, yo soy Julian Bahr… del D.I.A. Detectamos una alarma en nuestra red atómica y mandamos hacia aquí una unidad de campaña. ¿Era una

señal de entrada o de salida?

Esto cogió desprevenido a Axtell.

—No… lo sé, señor.

—Entonces supondremos que era de salida. Un ladrón de metal U —dijo Bahr—. Quienquiera que sea, no puede haber ido muy lejos por entre esa maleza, y sabemos que no está en la carretera. Quiero que sus hombres se desplieguen en un círculo amplio alrededor del punto preciso. Mande a sus camiones formando una pinza y coloque un hombre cada cuarto de milla con un reflector. Registren el campo abierto, la hierba y las carreteras, y usen los reflectores para formar una cerca. No quiero que escape del área en cuestión nada mayor a una ardilla. ¡Muévanse!

El teniente Axtell saludó, algo innecesariamente, ya que Bahr era un civil y no le devolvió el saludo; después corrió carretera abajo, volviendo a los camiones y empezando a gritar. Los neumáticos gimieron, los hombres empujaron y maldijeron, aullaron los giróscopos cuando los camiones salieron de las fajéis de la carretera y empezaren a rodar en ambas direcciones a través de los campos empapados e inundados por la lluvia.

En la carretera sonó una sirena y los camiones se pararon. La parpadeante luz roja de una torrecilla se movía de un lado a otro, entre los camiones casi vacíos. Después, un coche, un Wolta 400 de una sola rueda, brillante aunque manchado por el barro, se detuvo gimiendo a pocos metros de Bahr y de los demás hombres del D.I.A. Un oficial, bajo, y flaco, con un impermeable y llevando las hojas de comandante en las hombreras, era el único que ocupaba el coche. Saltó al barro.

—¡Axtell! —gritó.

Axtell rugió en respuesta desde la parte baja de la carretera, empezando a correr por el barro. El comandante se volvió a los hombres del D.I.A., recorriendo sus rostros con la luz de una linterna, descubriendo sus trajes civiles.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

Axtell tropezó al detenerse y saludó.

—Teniente Axtell informando, señor.

El comandante se volvió hacia él.

—¿Qué pasa en esta carretera? ¿Ha caído un árbol?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué están empujando los camiones por el barro? Todavía no están en el lugar preciso. ¿Ha visto usted algo por allí?

—Señor… estos hombres del D.I.A. me dijeron…

El mayor miró a los hombres del D.IA y luego otra vez al teniente. Su rostro era gris y arrugado, pero sus ojos brillaban de cólera.

—¿El D.I.A.? ¿Qué pinta el Departamento de Asuntos Interiores en un problema de seguridad militar?

—Captamos la señal de alarma con nuestra red atómica —dijo Bahr, adelantándose—. Hemos estado esperando aquí más de diez minutos —añadió intencionadamente—. He ordenado a sus hombres que rodeen el área en cuestión y la cerquen.

—¿Con qué autoridad? —preguntó Alexander.

—Ley de Seguridad Atómica de 2005 —dijo Bahr—. Era una señal de salida de su monitor de la carretera. Eso quiere decir que era un ladrón de metal U que salía de su estación, mientras no se pruebe lo contrario.

—Nadie le ha llamado para que se ocupe del caso —dijo el comandante.

Bahr bufó.

—Ha llegado usted un poco tarde para poder llamarnos. Ya tenemos bloqueada la carretera. En el mismo momento en que sonó la alarma, ya teníamos una unidad en helicóptero en el aire. Lo situamos inmediatamente—. Adelantó los hombros, mirando a Carmine—. Puede creerme si le digo que no hay vehículo alguno entre este lugar y el sitio en que hemos bloqueado de la carretera. Quienquiera que haya sacado metal U de esta estación, ahora ya se lo habrá llevado al bosque.

—Entonces destacaré una unidad en su captura —espetó el comandante.

—¿Con este aguacero?—dijo Bahr—. Para eso ha llegado usted quince minutos tarde. Ahora, todo lo que se puede hacer es una maniobra envolvente.

Bahr empezó a andar carretera abajo.

—Aclararemos esto aquí mismo —dijo el comandante—. Soy el comandante Alexander, del 923 de Seguridad. Estas son mis tropas, mi territorio y mi problema. No quiero tener un grupo de hombres del Servicio de Información de Washington husmeando por toda esta estación generadora.

De pronto, Bahr le miró con dureza.

—Mi nombre es Bahr —dijo—. Director Ayudante del D.I.A. —Alumbró su insignia y adelantó después un paso, mirando fríamente a Alexander—, Y me gustaría saber qué clase de sistema de seguridad emplea usted, permitiendo que materias radiactivas lleguen a ocho kilómetros de su estación antes de que los monitores lo descubran.

También me siento intrigado por saber por qué intenta con tanto empeño retrasar una búsqueda organizada.

Alexander sintió repentinamente un nudo en el estómago. El D.I.A. quería decir investigación y, en; la actualidad, investigación podría significar una escala completa de pruebas psíquicas del DEPCO, meses de interrogatorios, estabilidad decreciente... ruina. Y el D.I.A. podía convertir la tardía llegada de sus tropas de seguridad en cualquier cosa que se deseara.

—No estoy intentando retardar nada —insistió—. Estoy intentando poner en marcha un plan de seguridad. A menos que desee usted convertir esto en una estación directamente dependiente del D.I.A.

—Lo voy a convertir en una maniobra conjunta —dijo Bahr—. Mi organización y su personal. Tendrá aquí más unidades del D.IA. dentro de quince minutos. Mientras tanto, no quiero que nada ni nadie salga de esta área.

—Muy bien —dijo Alexander—, en ese caso combinaremos nuestros esfuerzos.

Se volvió a Axtell.

—Teniente, despliegue sus tropas según las órdenes del señor Bahr.

Axtell saludó, bajó corriendo por la carretera y empezó a gritar.

El chillido de los neumáticos y el ruido de las pisadas empezaron de nuevo.

Bahr giró sobre sus talones y atravesó la cinta de la carretera, dirigiéndose al claro donde su helicóptero había aterrizado; Carmine iba a su lado. Furioso, el comandante Alexander les siguió a través del barro. Un hombre se hallaba junto a la radio del helicóptero.

—¿Hay algo? —preguntó Bahr al hombre.

—La unidad B acaba de informar, señor Bahr. Siete helicópteros.

—Bien; deles las coordenadas del punto preciso. Indíqueles que se muevan en un cuadro cada vez más ancho y hagan descender sus Geigers a través de los árboles, con cables, y a intervalos de 25 metros. —Se volvió a Alexander—. Lo que necesitamos saber es; cuánto metal U ha sido robado. ¿Sabe usted cuánto falta en la estación?

—No falta metal U de la estación —dijo firmemente Alexander—. Lo comprobé al salir. Hay monitores de salida en todas las puertas y ninguno de ellos ha registrado la salida de radiactivos.

Bahr le miró fijamente.

—¿Está usted intentando decirme que una alarma de la carretera se produce a ocho kilómetros de su estación, indicando que se ha sacado material radiactivo de la pila y que, sin embargo, nada ha

desaparecido de la estación?

—No sé qué fue lo que hizo funcionar al Geiger —espetó Alexander— Todo lo que sé es que nada pudo ser sacado de contrabando de la estación. Nuestro sistema de seguridad es completo y seguro.

—Su sistema de seguridad apesta —dijo Bahr—. Sus centinelas probablemente están dormidos o borrachos, en la ciudad. Ni siquiera pudo usted mandar aquí un camión de tropas antes de quince minutos. Por Dios, Carmine, anote esto. Echaremos un vistazo a ese sistema de seguridad antes de que acabemos.

Se volvió a Alexander de nuevo.

—¿Tendría usted por casualidad un inventario del metal U de la estación?

—Desde luego —dijo Alexander, con el rostro muy encamado.

—Bien, haga otro inmediatamente. Cierre toda la dichosa central térmica, si le es necesario, pero deseo que me dé cuenta de cada lingote de metal U y de cada centímetro cuadrado de terreno.

—No está usted bien de la cabeza —dijo Alexander—. Todo San Luis está usando nuestra energía y nuestro calor. No puede usted parar una estación generadora del mismo modo que se cierra una emisora de radio.

—Oiga, comandante —rechinó Bahr—. Ha habido un robo de metal U. El ladrón ha evitado su sistema de seguridad. Quiero saber cuánto metal falta. Va usted a ordenar que se haga este inventario, ¿o debo ordenarlo yo?

—No tiene usted autoridad dentro del recinto —insistió Alexander.

Bahr le miró. Después se dio vuelta y se acercó al helicóptero. Cogió el micrófono de la radio.

—Póngame con la unidad C —dijo.

El oficial de radio hizo girar rápidamente el selector.

—Oiga —saltó Alexander—. Le advierto...

—Soy Bahr —dijo el hombre corpulento junto al micrófono—. Al habla Bahr. Hay un cambio de plan para la unidad C. Quiero que todo el personal aterrice dentro del recinto de la Estación Wildwood. He dicho «dentro». Quiero un inventario completo del metal U de esa estación. Me interesa saber cuánto ha sido robado y no me importa el modo en que lo descubran.

—Si disparan contra sus helicópteros, será bajo su propia responsabilidad —dijo Alexander—. Mis hombres tienen orden...

—No les dispararán —le cortó Bahr—. Nadie dispara contra los helicópteros del D.IA.

Sobre sus cabezas, seis círculos rojos formados por las toberas de las palas de las hélices de los helicópteros, cruzaban el campo en dirección a los bosques, zumbando justo a la altura de las copas de los árboles, manteniéndose inmóviles durante un momento, mientras hacían bajar los Geigers entre los árboles y subiendo después, para continuar adelante.

Alexander se volvió al oficial de radio, montando en cólera.

—Deseo enviar un mensaje —dijo—. Tengo prioridad.

—Lo siento, señor. Esta unidad está ocupada ahora.

—Es un caso de prioridad —espetó Alexander.

—Ya lo ha oído —dijo Bahr sin volverse—. Use su propia radio.

Alexander volvió a su Volta, arrastrando los pies por el barro; puso en marcha la unidad emisora y logró contacto con el relay de la estación

—Soy Alexander. Quiero prioridad para hablar con Washington. Urgente, personal, con John McEwen, Director del D.IA. Referencia Estación Generadora Wildwood: su ayudante Bahr ordena el cierre de la central entera para investigar —punto— extralimitación de autoridad —punto— pido sea rescindida esa orden durante el estudio y comprobación subsiguiente —punto—. Harvey Alexander, comandante, nueve-dos-tres. Seguridad. Responda inmediatamente. Cierro.

Introdujo el micro en la ranura y se recostó en el Volta. De pronto, se dio cuenta de que sus manos temblaban. A menos que obtuviera una pronta respuesta de Washington, se encontraría en dificultades, serias dificultades. Gruñó interiormente. ¡Como si no hubieran surgido bastantes problemas en las últimas seis semanas! Sabía muy bien cómo trabajaba el D.IA. ¿Por qué no había cerrado la boca, cooperando, y más tarde habría devuelto el golpe por los conductos apropiados? ¿Por qué no pudo comportarse con más sentido común, en vez de actuar como un estúpido chapucero?

Todavía estaba pasmado por el completo desprecio que Bahr había mostrado hacia la autoridad militar. El hombre se había pasado de rosca, a menos que en el caso éste hubiera complicado algo mucho más importante, que él no podía adivinar.

Alexander se mordió los labios, escuchando el golpeteo de la lluvia sobre el techo de plástico. Los camiones se habían desplegado en un amplio círculo con los helicópteros precediéndoles por el aire. Alexander puso mal gesto. ¿Qué había de tan inquietante en unos materiales radiactivos que hubieran cruzado una alarma Geiger? Bahr no tenía prueba alguna de que tales materiales provinieran de la

estación. Y Alexander estaba virtualmente seguro de que no habían salido de ella.

Conocía bien el sistema de seguridad de la estación, ya que lo había organizado personalmente, del principio al fin. Después de su degradación del BURINF, cuando le enviaron al confinamiento militar de esta anticuada, estación generadora en las llanuras de Illinois, Harvey Alexander se había dado cuenta de que su única esperanza de rehabilitación era batir el record de la ejecución, modelo de su nuevo trabajo... la protección de la seguridad de la estación. Al cabo de una semana había estudiado y descartado el antiguo e ineficaz sistema de seguridad, y había instalado el sistema que tan cuidadosa y esmeradamente inventara para que resistiera cualquier situación de emergencia imaginable.

Era un sistema tan perfecto como Alexander pudiera inventar, y él era especialmente experto en la cuestión de sistemas de seguridad... aunque sólo Dios y el BRINT sabían esto, aparte de él mismo. Y estaba seguro de que nada de metal U había podido salir de la estación sin que él lo supiera.

Pero, aunque lo hubiera hecho, no veía motivo para tanto pánico. ¿Quién intentaría robar metal? Era tan inservible como un lingote de oro. No tenía mercado. No servía para nada, fuera de la pila energética. Además, la Estación Wildwood era una de las pilas más antiguas que existían, construida en el siglo XX, con todas las ineficiencias mecánicas más increíbles que el año 1960 hubiera producido. Los lingotes de metal ü que se usaban en ella sólo podían servir para esta pila en cuestión.

Sencillamente, esto no tenía sentido. La completa irracionalidad de que «cualquiera» robara metal U, se clavó en la mente ordenada de Alexander, como un anzuelo barbado. Y esta investigación del D.I.A... Se sobresaltó ¿Qué tendría que ver un robo de metal U... el menos práctico de todos los crímenes... con el D.I.A.?

De algún lugar por el Oeste aparecieron en el cielo dos escuadras más de helicópteros, extendiéndose como un abanico en un enorme círculo, formando radios a partir del espeso bosque y del terreno cubierto de maleza que rodeaba el área del punto preciso de alarma.

En algún lugar dentro de ese espacio, algún material radiactivo había hecho disparar un monitor de la carretera, centrando la alarma. Fuera lo que fuese, todavía estaba allí Pero mientras observaba, Alexander podía ver que el círculo inmenso se ensanchaba cada vez más. Gritaban los hombres, los camiones avanzaban. Las hélices de los helicópteros abanicaban el cielo. En la oscuridad podía ver cómo los

hombres del D.I.A. se movían rápida y eficazmente, cumpliendo la maniobra ordenada desde el puesto de mando del helicóptero de Bahr.

Era como una enorme y bien lubricada máquina y él no formaba parte de ella. No había nada que él pudiera hacer, ni tenía órdenes que dar, porque Bahr ya las había dado todas.

El crepitar de la radio puso a Alexander en estado de alerta.

—Comandante Alexander. A S P X nueve-dos-tres llamando al comandante Alexander.

Tomó el microteléfono, bajando el interruptor.

—Aquí Alexander.

—Washington nos remite a Lowrie Field, Denver, señor. McEwen está allí de vacaciones.

—Entonces trasladen el mensaje —dijo Alexander—. Lenguaje claro, empezando: «Personal para McEwen» y envíenlo con prioridad.

—Sí, señor.

Por el microteléfono, Alexander podía oír el «clic-clic» del teletipo cifrador que componía el mensaje.

—Un momento, señor... el oficial de guardia desea hablar con usted.

La voz del oficial resonó en el altavoz.

—Seis helicópteros del D.I.A. acaban de aterrizar en el recinto, señor. Los investigadores quieren detener la producción y hacer un inventario del metal U ahora mismo. ¿Qué debo hacer?

Una serie de sugerencias, todas ellas obscenas, inundaron inmediatamente el cerebro de Alexander, pero las suprimió y pensó cuidadosamente durante un momento. Había confiado en tener ya una respuesta de McEwen pero ahora tenía que decidir por sí mismo. Sabía que el D.IA. no tenía autoridad dentro del recinto a menos que recibiera órdenes específicas del DEPOP, pero esto era un tecnicismo legal, no una consideración práctica. Era obvio que Bahr iba a forzarles a hacer el inventario, aunque tuviera que mantener a raya a los guardias del recinto con los paralizadores. Y la probabilidad de que el oficial de guardia de Alexander pudiera oponer resistencia a una decidida escuadra del D.I.A., era menor que cero. Bahr no dejaría que le estorbasen.

—No haga absolutamente nada —comunicó al oficial. No coopere ni se oponga. Están abusando de su autoridad.

—Muy bien, mi comandante.

El graznido se apagó.

Alexander se recostó en el asiento, mientras el sudor le corría por la frente. Ahora todo dependía de que McEwen le apoyara, aunque

fuera demasiado tarde para evitar el inventario. Bahr pagaría con su cabeza, y no él, siempre y cuando McEwen se aferrara a la letra de la ley.

Y de esto, pensó ardientemente, podía estar seguro. Era lo que McEwen había estado haciendo durante doce años.

Ya que, a pesar de toda la ominosa reputación de investigaciones, arrestos e interrogatorios llevados a cabo por el Departamento de Asuntos Interiores, la temida organización de información secreta que había surgido después del corrompido y desaparecido F.B.I., para servir como perro guardián al nuevo gobierno Vauner-Elling de Estabilidad, un solo hecho continuaba siendo principal: El D.I.A nunca traspasaría los límites legales de su autoridad. Hasta Alexander, tras su breve y amarga experiencia en la Oficina de Información, creía todavía que esta afirmación era exacta, y no simplemente una cuestión de silenciar a todos los testigos de un caso excepcional.

El D.I.A. no necesitaba quebrantar las leyes. Sus investigaciones e interrogatorios eran tan concienzudos que podían, sobre bases legales, atrapar a un hombre por un permiso de tránsito mal archivado, por una investigación de su vida marital poco satisfactoria, o hasta por no poder recordar correctamente el número de serie de una prostituta y en pocos días de interrogatorio le hacían confesar todo crimen y delito de menor cuantía que hubiera cometido en su vida, o que tal vez imaginara haber cometido. En los casos difíciles su cabildeo legal introducía una nueva ley en los códigos, en medio de una investigación, solo para que aquélla se ajustara al caso.

Pero esta vez, Alexander conocía la ley. Sabía que tenía razón, pero se sentía un poco sorprendido por el rápido martilleo de su corazón y el repentino sudor que resbalaba por sus brazos. Había algo de ominoso en esta repentina aparición de un enjambre de helicópteros del D.I.A. en el lugar de una alerta Geiger aislada.

Contempló, a través de la confusión de los faros y la lluvia que caía, la alta y oscura figura que se mantenía de pie allí, con los hombros echados hacia adelante y las manos profundamente hundidas en los bolsillos del impermeable.

Julian Bahr…

El nombre le era extrañamente familiar. Y también lo eran el corpulento y macizo cuerpo, los hombros inclinados hacia adelante, el rostro duro, el ladrido de la voz de ese hombre. En algún sitio había conocido a Bahr, estaba seguro.

Alexander se trasladó mentalmente a los tiempos de su carrera en el BURINF, el inmenso y enérgico portavoz del Departamento de

Explotación... la sala de super-prensa, la organización de propaganda, la agencia de anuncios, el centro de investigación motivada y la oficina de relaciones públicas, sin par en el mundo. Rostros, nombres, ideas... conversaciones (privadas), banquetes, inundaron su mente. Sintió una ola de nostalgia que crecía suavemente, una sensación penetrante de desolación por la caída que había experimentado desde aquellos tiempos, tan repentina, tan inexplicablemente.

La apartó de su mente, Julian Bahr no era miembro del BURINF.

Tiempo atrás, entonces, Gran Bretaña, Turquía, Buenos Aires, Australia... una docena de destinos anteriores cruzaron por su mente: el proyecto de investigación solar a cuyo cargo estuvo en Méjico; la enorme presa del Yangtsé en la que sólo fue teniente, la curiosa tregua parcial con el Oeste Asiático que había surgido al construir el Ejército de los Estados Unidos la mayor presa del mundo en el Yangtsé, para detener las inundaciones que originaban en China, la cruel hambruna a pesar del severo bloqueo económico con el cual Occidente había acelerado su inflación, hasta que el vasto continente estuvo casi completamente obligado a hacer un trueque, no obstante su ferocidad gubernamental.

El Ejército era la inmensa herramienta administrativa del Departamento de Explotación, ya que no funcionaba como una potencia efectiva de combate. Quince millones de hombres y oficiales se encargaban de los enormes problemas de aprovisionamiento, ejecución de las leyes, transportes, ingeniería y educación en la necesaria reorientación ecológica que el sistema Vauner-Elling prescribió cuando subió al poder después del desastre de 1995 y que el DEPEX llevaba a cabo. Esto era el Ejército, quince años atrás, cuando un hombre recibía una tarea que cumplir y la autoridad para cumplirla, no como esta maraña... Alexander bloqueó la amargura que le ahogaba. Bahr no estuvo en China.

La Antártida...

Como una llave que ajustaba en su cerradura, algo sonó en la mente de Alexander y se dio cuenta de por qué no había sido capaz hasta el momento de situar a este hombre.

Era en la Antártida. Recordaba a Julian Bahr.

Se sobresaltó cuando la portezuela del Volta se abrió y vio a Bahr junto a él, con la lluvia resbalando por su sombrero.

—Necesito su coche —dijo.

—¿Es una orden? —inquirió Alexander,

—Llámelo como quiera —espetó Bahr—. Un par de nuestras

unidades de tierra han estado volando un kilómetro carretera arriba, y yo...

—¡Atención! —tronó el altavoz—. Señor Bahr... uno de los Geigers de la unidad B da una señal muy fuerte; helicóptero número siete. Mantienen la posición. Cambio.

Bahr cogió el micrófono, poniendo el selector de onda en la frecuencia del D.I.A.

—Aquí Bahr. Número Siete. ¿Qué ha sucedido?

—No puedo verlo, pero ahí abajo hay algo, entre los árboles —tartamudeó la voz—. Lo que sea produjo una sacudida endemoniada en el Geiger.

—Muy bien. A todas las unidades —dijo Bahr—. Formen un círculo de 400 metros de radio alrededor del número Siete. Unidades de tierra alerta para el envolvimiento. Usen precauciones. Sea lo que sea lo que esté en este círculo, ¡manténgalo dentro! Pero no ataquen. Repito: ¡no ataquen! Cierro.

Se volvió a Alexander, mientras Carmine venía tropezando entre la suciedad y la lluvia y se deslizaba dentro del coche, sin decir ni palabra.

—Ya ha oído esto —dijo Batir—. Necesito su coche para llegar hasta las unidades de tierra.

—Este coche es un Volta —dijo Alexander—. Se romperá la cabeza si no sabe cómo debe conducirlo.

—Pues condúzcalo usted —dijo Bahr—. Póngalo en marcha.

«Me conoce», pensó Alexander. «Me conoce y está jugando a este jueguecito en espera de que yo cometa un disparate.» Alexander ya no dudaba de que investigarían su actuación. Pero McEwen podría sacarle del aprieto. Conoció a McEwen cuando éste se entrenaba en el BRÍNI, en Méjico. McEwen le ayudaría...

Con mala intención, Alexander puso violentamente los controles a toda velocidad. El coche se disparó con un aullido, carretera adelante, por la cinta suave y llena de barro, con la sirena funcionando, y Alexander lo condujo, produciendo un chillido continuo, por el centro de la calzada; la hierba húmeda y los arbustos rozaron la carrocería plástica, pulida y aerodinámica; llevaba los faros largos y la luz roja de la torrecilla parpadeando. El Volta podía llegar a los 500 kms. en una buena carretera, pero en esta cinta tortuosa y cubierta de grava, Alexander lo mantuvo a 200. Tomaron una curva cerrada y puso el giróscopo direccional en una compensación de noventa grados, usando los propulsores para contrarrestar la inercia del coche cargado. La grava saltó despedida bajo la única rueda, mientras el Volta patinaba

por el saliente de la carretera, con los giróscopos gimiendo para impedir que el coche volcara. Sintió que el enorme cuerpo de Bahr se crispaba cuando un árbol les amenazó, y que después se relajaba cuando se apartaron de él y continuaron su camino tras la sacudida.

—Pare —dijo Bahr, cuando se acercaron al grupo de los helicópteros.

Alexander apretó el botón del freno y el Volta se detuvo, meciéndose. Tres segundos antes de que el coche se detuviera, los reflectores les iluminaron. Carmine abrió la puerta y él y Bahr salieron del coche sin dirigir ni una palabra a Alexander.

Las tropas de tierra del D.I.A. ya andaban trotando por el bosque y entre la empapada maleza, con las linternas fluctuando y desapareciendo. Se introducían entre los matorrales con una urgencia feroz… sin gritar, sin gritar, sin movimientos inútiles. Probablemente eran veteranos del 801, ya desmembrado, pensó Alexander; el legendario ejército de guerrillas que luchó en la guerra de contención de las Indias Orientales. Mandado por ingleses, el 801 nunca había sido integrado más que por americanos, los más tenaces, duros e incorregibles mercenarios que los británicos pudieron encontrar, ejecutaron incursiones en Indonesia y China Meridional, que hicieron aparecer la marcha de Sherman como un proyecto de repoblación forestal. El Servicio de Información británico empleó al 801 para forjar eslabones irrompibles en la situación económica y política de Asia, pero el interés del BRINT en tener un ejército de hombres jóvenes, mandaba de vuelta a América, cada año, una cuota regular de hombres endurecidos por las batallas, entrenados por el BRINT en el servicio de inteligencia, jóvenes de apenas treinta años.

El D.I.A. escogía la flor y nata de esos hombres y, hasta la fecha no había noticia de que nadie se hubiera resistido a un arresto de los agentes del D.I.A. Lo cual, pensó Alexander, era poco menos que ominoso.

—¡Atención! —tronó de nuevo el altavoz—. Unidad de tierra tres. Aquí hay algo, señor Bahr.

—Mantenga su posición —dijo la voz de Bahr desde uno de los helicópteros—. ¿Qué ve usted?

—Nada muy claro. Aunque el registrador está caliente.

—Dispare algunas señales luminosas. Estreche el círculo, pero no tire… —la voz de Bahr se desvaneció entre un chasquido de estáticos.

Luego surgió otra voz.

—¿Señor Bahr? Soy Johnson, desde la estación. Tenía usted razón, señor. Tres lingotes de metal U faltan de la pila número cuatro.

Cargaron imitaciones en su lugar.

—Buen trabajo —respondió la voz de Bahr—. Esto lo resuelve definitivamente. Los tenemos acorralados aquí. Manténgase en su puesto.

Aturdido, con la boca abierta, Alexander se desplomó en su asiento; el corazón apenas le latía, el sudor cubría sus palmas y su frente. Un peso muerto y aplastante parecía gravitar sobre su pecho.

«Faltaban tres lingotes».

Ni siquiera McEwen podría ayudarte ahora.

Su sistema de seguridad, desarrollado paso a paso durante los meses que estuvo en Wildwood, que él creyera absolutamente sin tacha, habla dejado salir del recinto tres lingotes de metal U, cada uno de los cuales pesaba siete kilos y era furiosamente radiactivo. Y su carrera militar… tragó saliva, sintiendo un gusto amargo en la boca.

Un almacén de aprovisionamiento en Watooki, todo lo más. Si las cosas iban mal, sufriría una investigación a toda escala del D.I.A., un consejo de guerra, una prueba psicológica del DEPCO, la degradación final.

Una vez Bahr se apoderara de los tres lingotes, estaría acabado.

En algún punto del cielo se encendió un reflector, iluminando las copas de los árboles con su muerta luz blanca. Otro reflector, y otro más aparecieron bajo las toberas de los rotores de los helicópteros. Alexander salió del coche haciendo un esfuerzo, y subió tropezando por la colina hasta llegar al bosque. Oyó una charla por la radio, procedente de una unidad terrestre, cuando pasaba:

—Disco…

—¿Qué es? ¿Dónde?

—…parece una especie de nave…

—¿Dónde?

—…disco de metal, ahí hacia la izquierda…

—…estado aquí todo el tiempo…

—Retrocedan, retrocedan…

Tras el círculo de hombres que iba estrechándose, Alexander pudo ver algo. Yacía en un claro de los árboles, vagamente silueteando por la cruda luz de los reflectores… algo grande, gris y plano.

—Enfoquen una cámara, sea lo que sea —gritaba alguien, muy cerca.

—Pónganos con Aviación, Lowrie Field; necesitaremos Aviación. Unidades de tierra; detengan…

De pronto, el objeto gris que yacía en el claro pareció florecer como una flor violentamente anaranjada. La ola de la explosión

alcanzó a Alexander, golpeándole como si hubiera chocado contra un muro, tumbándole cuan largo era, mientras una nube color fuego en forma de hongo se elevaba, brillantemente iluminada en la base por algo que ardió furiosa y rápidamente, despidiendo luego una ola de intenso calor. Los helicópteros que todavía se encontraban en el aire se acercaron como otros tantos buitres intentando divisar algo en el húmedo cráter, y en la oscuridad y el silencio; sólo se oyó el ruido intermitente de los trocitos de madera, tierra y metal, al caer entre los árboles; poco después cayeron los fragmentos más pequeños, casi convertidos en polvo y mezclados con la lluvia, silenciosos, invisibles y ligeramente radiactivos.

II

Entumecidamente, Alexander flexionó sus dedos un par de veces, sintiendo el martilleo revelador de la arteria de su muñeca contra la banda de presión que hacía hincharse y palidecer su mano izquierda y que conducía la aguja de un polígrafo, formando una línea sinuosa y vacilante.

—Es muy sencillo, comandante —estaba diciendo Bahr, mientras paseaba ante él—. Todo lo que deseamos de usted es la verdad. Bien, creo que esta es una petición bastante razonable en estas circunstancias. Sólo unos cuantos hechos, muy simples. Usted los conoce. Tiene que conocerlos, porque era usted el oficial de seguridad allí y admite que organizó el sistema. A la larga, nuestras investigaciones sacarán a la luz esos hechos. Se ayudará a sí mismo si nos ahorra tiempo.

—Le he dicho todo lo que sé —insistió Alexander, suspirando larga y exasperadamente.

McEwen, sentado a un lado de !a habitación, se dirigió hacia Bahr, quien contempló a Alexander por un momento y se .apartó luego con un gruñido. Por el rabillo del ojo, Alexander, observó cómo susurraban. El enorme puño de Bahr golpeó el brazo de la silla que ocupaba McEwen; el anciano director del D.IA. le respondió murmurando algo en voz baja, sacudiendo la cabeza. Alexander no pudo oír sus palabras, pero algo estaba bien claro: Bahr ganaba en la discusión.

John McEwen había llegado. McEwen, el salvador, la blanca esperanza, el defensor de la letra de la ley en la Estabilidad Nacional y de la forma democrática de la vida, echó una ojeada al cráter abierto ocho kilómetros al norte de Wildwood y ordenó la reserva completa de las noticias, cosa ilegal excepto bajo condición hemisférica B, el aislamiento del área en un radio de 30 kms., cosa ilegal sin el consentimiento de la unidad del Ejército responsable del terreno, ya que era parte de una reserva militar, y no pidieron siquiera el consentimiento de Alexander y la interrupción de todas las comunicaciones (cosa ilegal, pero casi sin precedente desde los tristes días de 1995-96, cuando la ola de pánico que siguió al Desastre estaba en su punto álgido).

Bahr había resumido a McEwen los hechos observados, breve y anteriormente, y McEwen había aceptado la explicación más natural. Los tres lingotes de metal U que faltaban, habían sido llevados, por

persona o personas desconocidas, más allá de la alarma de la carretera, y los cargaron en la nave del bosque, fuera aquélla la que fuese, la cual se elevó prontamente cuando los que buscaban se le acercaron demasiado.

Cuando Alexander protestó y sacó a relucir ciertos detalles molestos, tales como cuestiones de método, motivo y los monitores que no funcionaban en las puertas de salida de la estación, Bahr había replicado encolerizado con acusaciones de obstrucción, interferencia, falta de cooperación y encubrimiento de hechos. Contratacó rápidamente basándose en la tardía llegada de las tropas de seguridad de Alexander, las cuales todavía se hallaban extendidas por medio Illinois en un largo perímetro, preguntándose lo que había sucedido.

Finalmente, Alexander había jugado su triunfo... la brutal ilegalidad de la unidad del D.1A de Bahr al exigir un inventario en la central. McEwen masculló algo ininteligible sobre el proyecto Prisco y se dirigió de nuevo al cráter, para contemplarlo. Alexander fue introducido en uno de los helicópteros y le llevaron a Chicago para interrogarle.

El interrogatorio había empezado hacía seis horas.

A pesar del brillo de las luces colocadas frente a él, Alexander pudo volver lo suficiente la cabeza para echar una larga ojeada al rostro de McEwen. La piel del Director del D.I.A. tenía un sucio color gris, las cuencas de sus ojos presentaban profundas arrugas. Las comisuras de su boca caían hacia abajo manteniéndose inmóviles hasta cuando hablaba. El rostro era una máscara, la cara dé un hombre que hubiera estado mucho tiempo enfermo... o asustado.

«¿Será ése mi aspecto?», se preguntó Alexander. Conocía el gesto que presentaba un hombre luchando por mantener su posición; lo había visto muy a menudo en su propio rostro durante los últimos meses.

Se interrumpió de golpe, cuando el problema real e inmediato de cómo .pasar esta investigación, estalló en su mente. Sintió un repentino encogimiento en el estómago y un sentimiento de temor enfermizo. Hasta ahora ni Bahr ni él mismo habían mostrado la más leve indicación de que se conocieran de antemano, imponiendo sus propias reglas en este juego poligrafiado del gato y el ratón, en el cual Alexander representaba el cuidadosamente calibrado ratón. Pero el interrogatorio se volvía cada vez más apremiante. Bahr no parecía cansarse; Alexander ya sentía que la fatiga le dominaba.

Era sólo cuestión de tiempo que su habilidad de seguir contestando a las preguntas, agudas como hojas de afeitar, empezaba a vacilar y la

confusión y el asombro surgieran...

Y supo, mientras Bahr le miraba y discutía con McEwen, que esto era más que un interrogatorio rutinario.

Bahr estaba recordando lo sucedido en la Antártida.

Vívidamente volvió ahora el recuerdo a la mente de Alexander. Bahr había estado entonces en el Ejército... era sargento de la Comandancia de Comunicaciones, destinado a un diminuto puesto de la red de alarma inicial que se extendía a través del helado continente antártico.

¿Cuánto tiempo hacía? ¿Cuatro años? ¿Cinco?

La mente de Alexander situó instantáneamente la fecha: 12 de julio de 2019, exactamente tres días después de la primera alerta de radar, cuando los aparatos del puesto 1.743, profundamente enterrado en el hielo antártico, localizaron tres objetos inidentificados a una altitud de 1.200 kms. tres veces más altos de lo que ningún aparato pudiera volar desde que los satélites fueran suprimidos y se hubiera abandonado el infame proyecto de lanzar cohetes a la luna, allá por el año 90. Los tres objetos dieron tres vueltas alrededor de la Tierra a una velocidad orbital precisa, pudiendo observarse su avance en el Polo Sur y a través del Pacífico, perdiéndoseles luego al pasar sobre las Indias Orientales, China y la Unión Soviética. Un informe inmediato fue enviado a la sección especial de información del DEPEX y, cuando los objetos ya no reaparecieron después de la cuarta pasada a través del área «muerta», todo el bloque Occidental se colocó en estado B... preparación para el ataque con proyectiles H.

Informes en código del DEPEX inferían que el bloque Oriental había construido un proyectil, desconocido hasta para el enlace británico del servicio de Información, que se podía situar en órbita cambiable a voluntad. El BRINT naturalmente, negó que algo de tal tamaño pudiera haberse construido en el territorio del Este sin que ellos lo hubieran sabido años atrás, y sugirieron una fuente extraterrestre, posiblemente meteoritos... una idea bastante poco satisfactoria, ya que los meteoritos no mantienen normalmente una órbita a 1.200 kms.

El Puesto Antártico 1.743, bajo el mando de Alexander, era la principal unidad de alarma inicial entre el sudeste de Asia y los vitales centros de población sudamericanos. Se esperaba que el primer movimiento hostil del Este sería disparar un proyectil H blindado que caería sobre el puesto subterráneo, desde 950 kms. de altitud. El Puesto ya había estado viviendo a base de café y con un temor

enervante durante cuarenta horas, la atmósfera oliendo a sudor y adrenalina, los hombres regañando unos contra otros a causa de la creciente tensión, cuando el sargento se presentó en el despacho de Alexander.

—Desearía seiscientas pastillas sedantes —dijo.

—¿Para qué, sargento?

—Voy a dormir con sedantes a la mitad del personal, durante doce horas —dijo el sargento—, antes de que tengamos un motín.

—A la mitad del personal, ¡durante doce horas!—exclamó Alexander—. Eso es imposible. Estamos en estado B.

—Ya lo sé. No puedo hacerme responsable de los disparates cometidos en Washington —le contestó el sargento—. Si nos bombardean, no tendrá la menor importancia que estemos durmiendo o despiertos, pero si esos hombres tienen que mantenerse en pie por más tiempo, no necesitarán el cohete H. Ellos mismos se harán pedazos.

Alexander sabía que la tensión crecía por momentos, pero él mandaba el puesto y no podía pasar por alto el estado B en que se hallaban

—Supongamos que me deja decidir a mí acerca del bienestar de los hombres, sargento —dijo secamente—. Eso no es asunto suyo.

El sargento le miró fijamente desde el otro lado del escritorio, apretando los puños.

—Estúpido bastardo —dijo claramente—. Terco e incomprensivo hijo de perra. ¡Si yo no me hubiera hecho cargo de esta asquerosa unidad en su lugar, habría sido usted expulsado del Ejército en menos de una semana, por incapacidad!

De pronto, Alexander notó que el corpulento suboficial estaba temblando de rabia.

—¿Me dará esos sedantes, capitán?

—¡No! pudo decir Alexander, haciendo un esfuerzo—. Salga de aquí. Vuelva a su puesto.

Durante un momento creyó que el hombre iba a ahogarle. Después, el sargento Julian Bahr giró sobre sus talones. La pesada, puerta de plástico se cerró de golpe a sus espaldas.

Cuatro horas más tarde, en el corredor de la tropa, uno de los hombres empezó a golpear la mesa con una taza de plástico, mientras la larga cámara subterránea devolvía el eco de los golpes. Al instante, las paredes temblaron con un atronador martilleo, que se podía oír por todo el puesto. Alguien empezó a gritar. Casi al instante mil doscientos hombres se pusieron a vociferar, jurando, chillándose los

irnos a los otros; el temor estimulado por la bencedrina y el desamparo impotente, haciendo erupción en un pandemónium volcánico.

En el punto culminante de su primer crescendo, Alexander entró en el comedor, desarmado y solo, consciente de que quizá no viviera ni tres minutos más, pero convencido de que el motín tenía que cesar. Las palabras que dirigió a la multitud de hombres encolerizados, se perdieron entre el ruido; de pronto se halló frente a un círculo de rostros llenos de odio. Con los grandes tazones de café y los cuchillos de mesa en la mano, se agrupaban frente a él...

Alguien le cogió por detrás. Alguien le hizo cruzar de un tirón la puerta, medio le arrastró y le llevó en volandas por el corredor, subiendo luego un tramo de escaleras y bajando por otro pasillo, hasta llegar a la armería. Atontado, vio cómo Bahr abría la puerta de un golpe, con un crujido de plástico destrozado. Después, de un empujón, Bahr le hizo cruzar la puerta interior, que conducía a la armería.

—La llave, deme la llave —pidió Bahr

Los paralizadores pesados de posición se alineaban en los estantes, cuidadosamente asegurados por una ¡barra de acero y un candado.

—No toque esas armas —advirtió Alexander.

Bahr le sacudió violentamente, volviéndole los bolsillos al revés y arrojando su contenido por el suelo.

—¿Dónde tiene usted esa llave?

—No tocará usted estas armas —le dijo bruscamente Alexander—. Todavía mando en este puesto.

Bahr no contestó siquiera. Cerró de golpe la puerta interior y pasó el cerrojo, mientras el ruido de la multitud perseguidora crecía en el corredor. Cuando sonaron los primeros golpes de tazas, pies, puños y hombros contra la puerta de plástico, Bahr se agachó frente al armero, cogiendo la fuerte barra de acero, de casi dos metros de largo que aseguraba las armas, entre sus manos. Empezó a forzarla, tensando sus .enormes espaldas y piernas.

Alexander sacó de su bolsillo un delgado cilindro de metal, que presentaba la apariencia de un lápiz, pero que era en realidad un paralizador de poco alcance, que todos los oficiales del servicio exterior llevaban consigo.

—Apártese de este armero —dijo—. Esos hombres acataran mis órdenes, o se enfrentarán con una acusación de motín. No voy a permitir que mate ni paralice a nadie con estas armas.

Bahr sólo gruñó, mientras la barra de acero empegaba a doblarse un poco.

—Se lo advierto… dispararé —dijo Alexander.

Bahr volvió la cabeza, vio el reluciente cilindro y comprendió lo que era. Detrás de él, la puerta tembló bajo el choque de unos pesados cuerpos.

—¡Así se muera! —dijo Bahr y continuó empujando la barra.

Alexander disparó. Bahr lanzó un gemido y cayó al suelo, como un tronco, golpeándose la cara contra el piso y corriéndole la sangre por la nariz. El paralizador habría debido dejarle inconsciente, retorciendo todo su cuerpo en un estrecho nudo, pero no lo hizo. Increíblemente se levantó del suelo, cogió una silla por él espaldar y se enderezó, con el brazo derecho, el cuello y un costado enrigidecidos en la misma posición que tenían cuando fue alcanzado, y la pierna derecha estremecida por agónicos e incontrolables espasmos. Alexander apuntó de nuevo con el cilindro y Bahr balanceó la silla, hiriéndole en la cara y haciéndole chocar contra la pared. El cilindro salió despedido de su mano, yendo a parar al otro lado de la habitación.

Aturdido, Alexander vio cómo el sargento se arrastraba a través de la sala, usando la silla como si fuera una muleta, la pierna derecha y el brazo temblándole, y el rostro casi irreconocible por la crispación del dolor. Alexander contempló incrédulamente a Bahr, mientras éste cogía el candado con la mano izquierda y torcía lentamente el cáncamo hasta que el duro acero se rompió con un chasquido. Bahr apartó la barra aseguradora y sacó del armero un paralizador pesado, liso y pulido, en el mismo momento en que la puesta de plástico cedía bajo los brutales golpes y una docena de hombres se esparcía por la sala.

Lo que sucedió después, lo supo poco a poco Alexander mientras se recobraba, en el Hospital Militar de Buenos Aires, de una fractura de cráneo y de nariz. Él se había desmayado, y Bahr, armado únicamente con un paralizador descargado, obligó a los amotinados a regresar al comedor y, aunque visiblemente semiparalizado, inyectó sedantes a doscientos de ellos para que descansaran doce horas, mandando de aquí para allá a los cuatro atemorizados tenientes. Con medio puesto sufriendo los efectos del sedante, se sentó en la cabecera del comedor, con el paralizador en las rodillas haciendo que los hombres relataran cuentos sucios durante ocho horas, hasta que su pierna dejó de sacudirse y el lado derecho de su cuerpo funcionó nuevamente.

El estado B se dio por terminado mucho antes de que Alexander saliera del coma. No sobrevino ningún ataque de proyectiles H, los objetos inidentificados no reaparecieron más en el cielo y, gradualmente, el incidente del radar se olvidó. Alexander recibió una

carta de recomendación y un ascenso a comandante de la Comandancia de Comunicaciones por su excelente actuación en una revuelta sin haber empleado la violencia, el uso acertado de sedantes y demás. Al personal de la estación se le suprimieron dos meses de salario y Julian Bahr pasó por un Consejo de Guerra y fue expulsado del Ejército por haber maltratado de obra a un oficial.

El Consejo de Guerra casi había terminado, cuando Alexander recobró el conocimiento. Recompuso la historia más tarde, cuando recibió el nombramiento y un nuevo destino en el BURINF, de Nueva York. Bahr había rehusado los servicios de un abogado consultor durante el proceso. No hizo ningún intento por negar o refutar los cargos omitidos por uno de los tenientes —quien pronto fue ascendido a capitán por la excelente asistencia que prestó al cuerpo de investigación—, sino que permaneció sentado en silencio durante todo el proceso, mirando a los componentes del Consejo de Guerra con un odio y desprecio tan evidentes que sólo la consideración de las extremas circunstancias le salvaron de ir a Leavenworth.

Una vez estuvo fuera del hospital, Alexander intentó abrir nuevamente el caso, pero encontró escaso interés oficial. Nada de lo que Alexander pudiera hacer, le informaron, podría influir en lo que se consideran hechos probados, anotados ya en el Registro de Estabilidad permanente, acerca de Bahr: que era un hombre que despreciaba a la autoridad y propenso a la violencia, una personalidad peligrosamente inestable, y, por lo tanto, un riesgo grave para la Estabilidad. Bajo los principios básicos del sistema gubernamental Vauner-Elling, esto quería decir que Bahr nunca podría alcanzar una posición superior a la tarjeta verde en cualquier carrera que escogiese. Alexander nunca supo si Bahr estaba informado de esto, o si, ni siquiera, le preocupaba.

Y ahora, al otro lado del cuarto, tras las brillantes luces, se hallaba el mismo Julian Bahr, teniente de primera del D.IA. sin duda alguna, en la más poderosa y misteriosa de todas las agencias gubernamentales, y Alexander se preguntó cansadamente quién se habría equivocado y dónde…

—Bien —dijo Bahr, dando vuelta ante él—. Esta tontería ya ha durado bastante. Le hemos dado todas las ocasiones posibles para que nos ayudara.

—Les he dicho cuanto sé —protestó Alexander.

Su corazón empezó a latir con fuerza cuando vio que uno de los hombres de Bahr colocaba ante su vista una bandeja esterilizada. En

ella había dos jeringas y una esponja de alcohol.

—Miente usted —dijo Bahr—. Eso lo sabemos. Pero hemos considerado la posibilidad de que no esté mintiendo deliberadamente.

—No estoy mintiendo —dijo Alexander.

—Está usted asustado, ¿no es verdad?

—No estoy asustado.

—¿Pero, ¿de qué se asusta? ¿Qué esconde usted? —Bahr hizo una pausa—. Muy bien, pongan en marcha el registrador.

Alexander había estado luchando contra los correajes que le ataban; ahora se dejó caer hacia atrás cuando el registrador empezó a zumbar.

—¿Su nombre de pila es Harvey?

—Sí.

—Tiene usted el grado de comandante del...

—Ejército. Comandancia de Seguridad.

—¿Su puesto de servicio está en el Generador de Energía Wildwood?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha estado sirviendo en ese lugar?

—Seis meses.

Las preguntas rutinarias, interminables, paso a paso, iban cansándolo. Alexander sintió que la fatiga y el aburrimiento retrasaban su pulso, embotando sus respuestas.

—¿Qué sistema de seguridad se hallaba en vigor cuando usted tomó el mando en Wildwood?

—El normal del Ejército, sexta clase.

—¿Se encontraba todavía en uso ese sistema, la pasada noche?

—No.

—¿Por qué no?

Alexander sintió un repentino ahogo. Su pulso empezó a martillear.

—Porque ordené que lo cambiaran.

Bahr dio vueltas a su alrededor, confiado por el sobresalto que Harvey había sufrido.

—¿Por qué plan lo substituyó?

—Por un plan Bronstock modificado.

—¿Lo proyectó usted?

—Sí.

—¿Sin autorización?

—Tenía autoridad para hacerlo —respondió Alexander.

—¿Por qué cambió usted el sistema de seguridad?

—Porque pensé que el sistema antiguo no era bastante seguro —dijo Alexander—. Un sistema de sexta clase está muy cerca de no ofrecer seguridad alguna.

—Y, su plan era mejor, ¿no?

—Sí.

Bahr se inclinó salvajemente sobre él.

—Pero no funcionó —dijo.

Alexander no respondió.

—¿Por qué cambió usted el sistema de seguridad?

—Ya le he dicho…

—¿Fue por culpa de un chantaje? —espetó Bahr—. ¿O le sobornaron? ¿Intentó usted engañarnos en la estación para ocultar sus propias actividades, o el engaño formaba parte del plan?

—Está usted mal de la cabeza —dijo Alexander.

—¿No me dijo usted ayer noche que no faltaba metal U?

—Sí.

—¿«Faltaba» metal U?

—Sí.

—¿No intentó usted impedir que el equipo de investigación examinara la estación?

—Sí.

—¿Y los monitores debieron haber registrado cualquier materia radiactiva que saliera por las puertas?

—Sí.

—¿Anduvo usted manoseando los monitores de la salida?

—No.

—¿Sabe usted de qué forma el metal U salió de la estación?

—No.

—¿Conoce usted las rendijas de su nuevo sistema de seguridad?

—No las hay.

—¿Quiere usted decir que es completamente seguro?

—Hasta dónde llega mi saber.

—Pero el metal U fue robado.

—Sí.

—¿No prueba esto que su sistema de seguridad tiene fallos?

Alexander buscó un camino para salir de esta trampa. Los ojos le escocían a causa del brillo de las lámparas; su cerebro no funcionaba correctamente. La sima entre las preguntas y respuestas se ensanchaba, mientras él luchaba por afirmar su vacilante control.

—¿Y bien? —dijo Bahr.

—No había fallos.

Bahr colocó ante sí una silla y se sentó muy cerca, descansando los brazos sobre el espaldar, mientras se encaraba con Alexander.

—¿Cuál era su destino antes de Wildwood, comandante?

—Oficina de Información, Nueva York.

—¿Y su cargo en ella?

—Era el director.

—¿No le gustaba el trabajo?

—Sí, me gustaba.

—Entonces, ¿por qué no está usted todavía allí?

Las manos de Alexander se aferraron a los brazos de la silla.

—Eso está en el registro, puede usted comprobarlo.

—No tengo tiempo. ¿Por qué le degradaron?

«No me degradaron», protestó la mente de Alexander. «Me revaluaron». Me dieron un nuevo destino. Demasiada tensión, me dijeron. Se abre paso en usted demasiada agresividad. El BURINF no puede arriesgarse ante la inestabilidad de su personal, comandante. Debe usted comprenderlo. La nación depende de BURINF para su estabilidad».

—Hubo una comprobación rutinaria de estabilidad —dijo roncamente—. Fui revaluado y me dieron otro destino.

Una fría sonrisa cruzó el rostro de Bahr.

—Su cargo en el BURINF era importante, ¿verdad?

—Sí.

—Le proporcionaba a usted una considerable importancia nacional y bastante poder.

—Sí.

—Y entonces le arrojaron a usted a un lugar despreciable como Wildwood.

—No hicieron nada de eso —protestó Alexander—. Estaba debilitándome. Los psicólogos no tuvieron más remedio que darme un nuevo destino.

—¿Quiere usted decir que «aprobó» el nuevo destino? —preguntó incrédulamente Bahr.

—No. Es decir, no me gustó, pero...

—¿Quién le sobornó, comandante? ¿Cuál era el fallo en su sistema de seguridad de Wildwood?

—No había ningún fallo.

Bahr levantó los brazos.

—Así no iremos a ninguna parte. Admite usted que su sistema de seguridad se descompuso. Tiene que haber fallos. Usted: no nos dirá cuáles eran. Tendremos que estimular su memoria.

Acercó hacia sí la bandeja de las jeringuillas.

—No puede usted emplear esto —protestó Alexander—. No se me acusa de ningún crimen grave o de espionaje. No tengo ningún consejero legal. Y sólo terapeutas calificados del DEPCO pueden usar drogas, después de que un caso haya sido debidamente revisado.

—Tiene razón —dijo cansadamente McEwen desde un lado de la habitación—. Se basa en un fundamento legal.

Bahr se volvió hacia el viejo.

—Esto es un caso de urgencia y usted lo sabe. Este hombre está mintiendo, eso es obvio.

—No podemos evitarlo.

—Mac, el Proyecto risco puede depender de la información que él posee. Esta es la primera indicación que hayamos tenido...

—La ley es la ley, Julian —dijo McEwen—, con Proyecto Frisco o sin él. No puede usted lograr a este hombre.

Alexander estuvo a punto de manifestar su alivio. Los ojos de Bahr relampaguearon y por un momento su rostro duro e impasible empezó a contraerse de rabia. Luego se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—. Usted es el jefe. Nos limitaremos a retenerle aquí e intentaremos aclararlo con la ayuda de Washington. Será mejor que vayamos a mirar el teletipo, por si ha surgido algo nuevo.

Bahr y McEwen se dirigieron juntos a la puerta. Bahr miró hacia atrás, haciendo un movimiento de cabeza en dirección de sus hombres.

—Cuiden del comandante —dijo.

Cuando Bahr se fue le sacaron las vendas de presión, los salivadores y el respirador. Uno de los hombres empezó a enrollar el largo carrete de cinta de polígrafo. Para Alexander, el alivio fue casi un choque emotivo; una especie de tensión interior, que le había sostenido hasta entonces, empezó a desaparecer y se tambaleó de debilidad cuando intentó levantarse. Uno de los hombres de Bahr, todos jóvenes y de cara seria, hizo rodar una camilla móvil y le tendieron suavemente en ella, a pesar de sus protestas de que se encontraría perfectamente dentro de un momento.

—¿Un cigarrillo, comandante?

Asintió, agradecido. Como muchas personas de habilidad e imaginación que han luchado contra sentimientos de culpabilidad e inseguridad toda la vida y han conseguido bastante visión interior para reconocerlas por lo que son, Harvey Alexander temía más que nada en el mundo1 el horrible proceso psicológico de que otras personas le registraran el cerebro. Ahora, habiendo podido escapar a

esto, estaba casi mareado por la exaltación y el temor decreciente, notando apenas las hábiles manos que le atendían, hasta que sintió picazón en la nariz y quiso rascarse.

Tenía los puños atados.

Se debatió y tiró, y notó que tenía atados también los tobillos. Una enorme lámpara fue descendida desde el techo. Sobre él, como gárgolas serias, pálidas y ansiosas, se hallaban los jóvenes de Bahr.

Sacudió desesperadamente la cabeza cuando las agujas de anfetamina y curare brillaron ante sus ojos y se sintió de pronto violentamente mareado, forzado e impotente.

Notó un dolor agudo en el muslo y, desesperadamente, gritó.

III

Era una grieta; para Julian Bahr no había duda alguna, era la grieta que había estado esperando desde el principio, once meses atrás y ahora, cuando por fin tenía algo a lo que aferrarse, John McEwen decidía meter el freno. En este momento Julian Bahr tomó la decisión que siempre supo que acabaría por tomar: John McEwen quedaba descartado.

—No me gusta —estaba diciendo ahora McEwen, evitando deliberadamente la mirada de Bahr, mientras éste medía con sus pasos la habitación de los teletipos del D.I.A.—. No me gusta ningún aspecto del caso. Cada vez me ha ido gustando menos y esto le pone fin. Julian, te he dado libertad absoluta; te he apoyado desde que esto empezó, pero ya no puedo seguir haciéndolo. Estamos pisando terreno falso. Tenemos que habérnoslas con algo que no podemos manejar solos...

Le tembló la voz y levantó las manos, desesperanzado.

Bahr golpeó la palma de su mano con el puño, intentando dominar la ira y la impaciencia. McEwen le agradaba. Durante los primeros tiempos de su trabajo en el D.I.A. le había apreciado sinceramente, sintiendo un profundo agradecimiento hacia este hombre paternal y de intachable honradez, ya mayor, que le había salvado de la vida de borrachera y frustración en la que se había hundido, después del Consejo de Guerra.

Pero McEwen había cambiado. Desde el comienzo del Proyecto Frisco, Bahr le había visto desmoronarse poco a poco, hasta que pareció increíble que este ser enfermizo, pudiera haber sido el mismo hombre que conoció anteriormente.

Bahr recordaba aquella mañana, cinco años atrás, en que Libby había venido a buscarle a su sucia vivienda, en un tercer piso, sobre los muelles de Nueva Jersey. Ella metió el montón de platos sucios en el fregadero de la cocina, echando un vistazo a las botellas de whisky medio vacías que estaban en el suelo y, con un malhumorado movimiento de la cabeza, empezó a hacer una maleta para él. Le quitó la borrachera con café y tiamina y le obligó a ducharse y afeitarse.

—De prisa —apremió—. Nos vamos a Washington en coche.

Después le dijo el motivo.

—¡ McEwen!

Bahr se sentó muy derecho en la cama, mirándola fijamente. Había oído hablar del D.I.A., bastante y hasta demasiado para no alarmarse.

—¿Qué quiere de mí?

—Tiene una plaza vacante. Te han recomendado. Un viejo amigo tuyo dijo que tú podrías ocuparla.

—No tengo ningún antiguo amigo.

—Eso te sorprendería. Y aunque no los tuvieras, has conseguido uno nuevo, te guste o no te guste. —Le miró con fijeza, suplicante—. Julian, ¿no quieres confiar en mí? ¿Qué vas hacer?, ¿pudrirte aquí? Tienes que probar suerte.

Condujo el liso y brillante Sonata, importado por la muchacha, por la autopista de Washington a más de 480 kms., adelantando a los camiones y otros vehículos. Libby estuvo algo tensa al principio; finalmente se relajó y apoyó la cabeza contra su hombro. Una hora más tarde, rodaron por la vía de estacionamiento de McEwen. El director del D.I.A., con su distinguido aspecto, se encontraba allí para recibirles; y en el interior, sonriendo ante la expresión sorprendida y confusa de su rostro, vio a Frank Carmine...

Había otros allí, media docena de sus mejores amigos del Puerto ley, veteranos del 801 y que ahora eran altos empleados del D.I.A. Con McEwen, Bahr se mostró rígido y reservado; después, Libby salió de la habitación con el director por un momento y él y Carmine empezaron a saludarse alegramente. Los demás muchachos del 801 se les unieron y estaban riendo, cantando y algo más que un poco achispados, cuando los altos tacones de Libby resonaron en el vestíbulo, acercándose hacia ellos.

Más tarde conversaron y a Bahr le agradó la forma en que McEwen le miraba, mientras hablaba y decía lo que pensaba sin emplear palabras de doble sentido. Gradualmente, la violenta amargura que Bahr sentía contra todo lo que fuera disciplinario o gubernamental, empezó a disiparse y se expresó con más facilidad.

—Recibí una tarjeta verde —dijo—. Me la dieron después del Consejo de Guerra. Me dijeron que era peligrosamente inestable y ya sabe usted lo que significa eso hoy en día, cuando se trata de buscar un empleo.

—Ya sé —le dijo McEwen—. ¿Cree usted que es usted inestable?

—Soy como una roca —respondió Bahr, decididamente.

—Muy bien, no creo que debemos preocuparnos demasiado por su Grado de Estabilidad oficial. Con algo de presión sobre el DEPCO desde aquí, podremos arreglamos. Además, ha conseguido usted un agente en el interior por medio de su terapeuta. —Sonrió a Libby.

—Yo me ocuparé de los detalles en el DEPCO —dijo ella—. Si tú cooperas un poco.

—Diablos, ya lo creo —dijo Bahr.

Se estrecharon las manos y cuando tuvo a Libby a una distancia prudencial, en el estacionamiento, la cogió y la estrechó entre sus brazos, hasta que ella se sofocó. Condujeron lentamente de vuelta a Nueva Jersey y él sintió que el pasado se desvanecía rápidamente, mientras un futuro brillante se abría ante él.

Después de esto, su ascensión en el D.IA. no presentó dificultades. Con su infatigable energía, su genio para la organización y su habilidad para gobernar la ardiente lealtad de sus hombres, Bahr convirtió al D.IA. en una roca de firme eficacia, tal como McEwen soñara. Cuando surgió el Proyecto risco, McEwen se lo pasó a Bahr.

Habían sucedido algunos incidentes fuera de lo corriente. Nada tangible: una docena de ínfimos sucesos que nadie pudo explicar, absolutamente sin relación entre sí, excepto por el hecho de que no se ajustaban a los acontecimientos normales.

AI principio fueron cosas vagas; el robo de un libro en código comercial, denunciado por una oficina de San Francisco; captaciones de radar dispersas e inexplicables, extendidas por el medio Oeste durante seis meses, sin que se pudiera identificar su foco de emisión; el atraco a un camión de termita en la autopista rápida de Nueva York-Chicago, seguido una semana más tarde por seis incendios simultáneos de termita en un área de más de 160 kms., fotografiados casualmente por un reactor de línea que los sobrevoló; la desaparición, bajo circunstancias de varias docenas de hombres que ocupaban puestos claves, científicos y gubernamentales...

No formaban un esquema, no había relación alguna en los acontecimientos, pero algo sucedía. La presencia de cualquier imponderable en la delicada maquinaria social y eclógico Vanner-Elling, era intolerable. El equilibrio de poder entre la Federación de las Américas en el Oeste y el bloque chino-soviético en el liste, era demasiado incierto para permitir que tales Incidentes inexplicables permanecieran mucho tiempo sin aclararse. Este equilibrio había vacilado una vez, en 1965 y el mundo aún presentaba las cicatrices de esta breve y cruel guerra. Después de la violenta quiebra comercial que engolfó al mundo entero en 1995, se forjó otra clase de equilibrio que aún se mantenía.

Era evidente que, fuera lo que fuese lo que se ocultaba tras los acontecimientos, tenía que descubrirse, el Proyecto Frisco, bajo la diligente dirección de Julian Bahr, había empleado todo el enorme poder del D.I.A. en la rápida y silenciosa búsqueda de un motivo oculto tras los acontecimientos. Y el Proyecto Frisco, hasta ahora,

había fracasado.

Durante once meses habían estado estrellándose contra un muro inestable. Aparecieron mil pistas que, ni fin, no conducían a ninguna parte. Exploraron cuidadosamente mil callejones sin salida. No encontraron ningún indicio de las intenciones del enemigo y ni siquiera de su identidad. Sólo la creciente convicción constante de que en algún sitio había un enemigo...

Y ahora, Wildwood. Por primera vez, aparecía una grieta en la armadura, una posible hendidura...

Y John McEwen temía seguir adelante.

—Óigame, Mac —dijo Bahr—. Este es el momento de continuar, no el momento de sentarse en el umbral y calentarse la cabeza con preocupaciones. Por fin hemos conseguido algo a lo que aferrarnos. Este comandante...

Débilmente, McEwen sacudió la cabeza.

—El D.I.A. tiene unos límites, Julian. Un robo atómico... se halla fuera de nuestro alcance.

El rostro de Bahr se endureció por un instante. Luego acercó una silla hacia el director, sonriente y calmado, y contempló el cansado rostro del anciano.

—Mac, pongamos esto en claro ahora mismo. No creo que haya usted reflexionado bien sobre este incidente del Wildwood. —Notó la reacción de Carmine y los demás, sintiendo que sus ojos se clavaban en su espalda—. Lo sucedido ayer noche en Wildwood cambia por completo el aspecto del Proyecto Frisco. Ahora ya no podemos retroceder, aunque queramos. Tenemos que proseguir aunque nos cueste la vida. McEwen sacudió nuevamente la cabeza.

—No... no veo...

—Mac, quienquiera que robara ese metal U cometió anoche un error. Un error muy grande.

—¿Un error? —dijo McEwen.

—Nada acusaron los monitores de salida. Funcionaban perfectamente. Nadie hubiera podido pasar ante ellos con una esfera de reloj pintada con radio, sin que se disparara la alarma, y estaban sellados siempre, de modo que tampoco pudieron haber sido desconectados.

McEwen le miró.

—Entonces, ¿cree usted que Alexander dice la verdad?

—No, necesariamente —insistió Bahr—. Pero se han comprobado algunas cosas y hay un hecho muy simple que no podemos ignorar. El que sacó ese metal» U de la estación lo llevaba tan bien protegido que

los monitores de la salida no dispararon su alarma.

—Julian, eso no tiene sentido, a mínima protección; para esa materia tendría que haber sido una hoja de; plomo de 30 cm Nadie hubiera podido pasar ante los centinelas con una cosa así. Ni siquiera le dejarían pasar a usted un lápiz automático.

—Pero alguien pudo conseguir un pase de materiales —dijo Bahr con suavidad.

—¿Para una carga de camión de metal U y su protección?

—¡Oh, no! Pero quizá para una cartera.

—Está diciendo tonterías —dijo McEwen—. Esos lingotes...

Bahr golpeó el escritorio con el puño cerrado.

—¡Mac, ha sucedido! ¿No puede empezar a comprenderlo? ¡Sucedió! Claro que no tiene sentido; no hay nadie en la Tierra que pudiera envolver esos lingotes y su cubierta en un pequeño paquete, y salir tan fresco por la puerta, pero eso es exactamente lo que sucedió; tiene que haber sido así. —Sus ojos brillaban al encararse con el director—. Muy bien, tenemos que trabajar sobre esto, descubrir «cómo» pudo haber sucedido. Hasta ahora nada ha tenido sentido en el Proyecto Frisco, pero en este momento algo empieza a tomar forma. Suponga que usaron una protección especial... digamos, una cubierta muy especial, quizá tan sólo una capa monomolecular de neutrones sobrepuestos como las piezas de un mosaico... una piel invisible pegada a los lados de una cartera, completamente impermeable a cualquier radiación...

—No existe nada así —dijo con determinación McEwen—. Si el Bloque Oriental confiara en producir algo semejante para dentro de cinco años, el BRINT nos lo hubiera comunicado hace mucho tiempo. Y en este país nadie trabaja en física nuclear. Ni siquiera se atreverían a hablar de cosas como éstas, por temer a que el DEPCO les cayera encima.

—Lo que quiere usted decirme —dijo tranquilamente Bahr—, es que la ciencia terrestre no conoce nada que pudiera usarse como una protección así.

—Claro que no. Nadie.

McEwen se quedó mirándole fijamente. Al otro lado de la habitación se había interrumpido un teletipo, creando así un súbito vacío lleno de silencio. El ruido del tráfico mañanero llegaba desde la calle amortiguado, como procedente de un mundo lejano.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió McEwen con voz ronca, al cabo de un momento—. ¿Qué está diciendo?

—Lo que digo es que hemos estado intentando con tanto esfuerzo

localizar estos acontecimientos en el Bloque Oriental, que hemos pasado por alto lo que teníamos exactamente ante nuestras narices —dijo Bahr—. Nada parece concordar, desde ningún punto de vista; pero todos éstos sucesos tienen, sin embargo, un propósito definido. Piense en aquellos incendios de termita: todos tuvieron lugar frente a reflectores de investigación y quemaron «hacia arriba». Las señales de alta frecuencia que hemos intentado localizar… no eran mensajes, sino solamente señales.

Bahr se levantó y su corpulento cuerpo pareció llenar la habitación.

—¿Qué es lo que hemos estado buscando, Mac? ¿Una guerrilla china? ¿Una organización de espionaje rusa? ¿Tal vez hasta una unidad del BRINT, que tratara de comprobar la rapidez de nuestras reacciones? Hemos estado buscando algo que pudiéramos reconocer y clasificar, algo «conocido». Y no lo hemos encontrado. Pero nada que conozcamos pudo haber tocado esos lingotes de la Estación Wildwood.

Durante un largo instante reinó el silencio. El rostro de McEwen estaba gris.

—Julian, si hubiera la más remota posibilidad…

—Yo vi la explosión de la noche pasada, Mac. Vi la cosa antes de que estallara. Y sé que el pánico extendería si trascendiera Ja más leve Indicación lo que fue. Por esto tenemos que estar encima este asunto, de manera que nadie oiga siquiera hablar de la incursión de Wildwood hasta que sepamos de cierto con qué tenemos que habérnoslas. Ese metal no tiene utilidad alguna para un agente humano, pero sí para un equipo de seres inteligentes de otros mundos y quizá sea diferente. No podemos imaginar para qué lo quieren. Su idea de la inteligencia puede ser tan diferente de la nuestra como… la del D.I.A. lo es de del BRINT.

Lenta, casi débilmente, McEwen rebuscó en se bolsillos, sacó una cajita blanca y tomó una cápsula. Bahr llenó un vaso de papel en el refrigerador de agua cuando McEwen, con mano visiblemente temblorosa se puso la cápsula en la boca. La tragó después de un par de intentos y tosió débilmente.

—¿Qué cree usted que debiéramos hacer, Julian?

—En primer lugar, mantener oculto el incidente de anoche. Eso significa que, no debemos dejar publicad ningún relato en los periódicos, y avisar a todas las ciudades y poblaciones donde se cortó la electricidad. Invente una historia que explicarles, y que sea buena. El BURINF puede encargarse de eso…

Con un evidente esfuerzo de voluntad, John McEwen se enderezó.

—Si hubiera una filtración… si trasciende aunque no sea más que una sospecha… podría ser peor que el Desastre.

—No habrá filtraciones —dijo confiadamente Bahr y se volvió a Carmine—. Mantendremos todo lo que hagamos con respecto a este incidente, y cualquier otro que surja, bajo seguridad absoluta… Pero, lo que es más importante que nada, no usen la palabra «extraños» en ningún comunicado. No hagan insinuaciones ni bromas, no lo piensen, no lo digan ni lo escriban. Porque si hay seres extraños…

Carmine asintió con un movimiento de cabeza y salió de la habitación, bloc y lápiz en mano. McEwen le vio marcharse y luego se volvió a Julian Bahr, sacudiendo la cabeza con la lenta y confusa incertidumbre de un padre ineficaz.

Con la velocidad, fuerza y precisión de una guillotina, el aislamiento cayó sobre el incidente de la incursión de la Estación de Energía Wildwood.

La cobertura fue rápida y hábil. Frank Carmine habló con el BURINF, siguiendo las órdenes de Bahr, y bajo la firma y con el soporte político de McEwen, y la mayor red de comunicaciones del mundo, se paralizó por completo.

De algún punto del BURINF se emitió una historia sobre una avería en la línea entre Wildwood y San Luis, la cual produjo una interrupción de la energía la noche anterior. Era una historia clara, simple y convincente, que se dio por radio en una red estrechamente controlado, de forma que alcanzara sólo a San Luis y sus centros suburbanos. Tal historia tranquilizó a todo el mundo y lo explicaba todo, aunque fuera una completa y deliberada mentira.

Al norte de Wildwood se plantaron señales de «Carretera interrumpida» en todas las cintas de rodamiento que conducían, en un radio de 30 kms., al cráter, con unidades de campaña del D.I.A. esparcidas en un amplio perímetro alrededor del lugar de la explosión. Unidades en helicópteros mantenían una cobertura aérea, para alejar del área a todas las pequeñas naves indeseadas. La ausencia del comandante Harvey Alexander fue convenientemente suplida y el cordón de jóvenes del D.I.A., con sus caras serias que patrullaban por la estación, se explicó convenientemente, diciendo que era un equipo da interventores que estudiaban los trabajos de la estación para evitar otro fallo.

En los grandes calculadores Vauner-Elling de Verdon Cavetos, las palabras clave «Wildwood», «atómico», «explosión», «destrucción», D.I.A., «seres extraños», «misterio» y todos los demás términos

periodísticos indiscretos, pasaban por los censores electrónicos que comprobaban cada artículo, columna y título que tuvieran alguna asociación contextual con la incursión de Wildwood, mientras los resultados aparecían continuamente en las pantallas de la enorme cámara de compensación del BURINF.

De igual forma, un sistema monitor de comprobación se instaló en las emisoras de televisión, y miles de micrófonos secretos se colocaron en campos de juego, lavabos, cafeterías, bares y otros lugares estratégicos (junto con los registradores de opinión pública y los recolectores de información acostumbrados según programa del gobierno de Estabilidad), para comprobar la frecuencia con que se mencionaba cualquiera de las palabras clave.

Y todo esto se hizo con tanta rapidez, tan silenciosamente, que ni siquiera las emisoras de televisión, las salas de prensa y los servicios normales de información sospecharon que reinaba una alerta continental.

Por esto, cuando sobrevino la filtración, resultó todo tan inesperado.

La estación televisora WDQM de Jefferson City, Illinois, en un inciso de su programa, anunció que un cazador de la localidad, hallándose en el monte, había sido despertado durante la noche por una explosión en la región cercana a la estación de energía de Wildwood. Un guarda forestal vio también la explosión y notó una concentración de helicópteros en el área.

Bahr sólo oyó las últimas frases de la guía comercial, después de que una frenética señal se produje en el monitor local de teledifusión, pero eso fue suficiente. Maldiciendo, pidió el resumen de lo sucedido, y el teléfono de la WDQM empezó a sonar. En Nueva York, un copista de primera clase tomó una grabación de la emisión y, con las instrucciones personales de Bahr sonando en sus oídos, empezó a crear de la nada una mentira encubridora.

Los vehículos terrestres del D.I.A. interceptaron las emisiones al ponerse en camino hacia el lugar de la escena y detuvieron bajo custodia al director y a los técnicos para interrogarlos y ponerlos sobre aviso.

Pero su actuación no fue lo bastante rápida. Mientras todavía se estaba escribiendo la explicación encubridora, la Estación BCQN del Canadá, perteneciente a una red que no estaba bajo la censura del D.I.A., llamó a WDQM, pidiendo detalles. Alguien de la estación cometió una indiscreción y dijo que la noticia había sido suprimida. Quince minutos más tarde, en un noticiario programado, la estación

canadiense rompió el dique de reserva.

—Una misteriosa explosión, ocurrida la noche pasada en la vecindad del Generador Atómico de Energía de Wildwood, Illinois, se ha convertido en objeto de una censura furiosa por parte del D.I.A. —dijo el locutor—. A primera hora de esta tarde la estación televisora WDQM emitió dos relatos de testigos oculares sobre la extraña explosión, ocurrida poco después de la medianoche, pero se han suprimido totalmente otros detalles. A pesar de la censura, sin embargo, un radio aficionado con el indicativo TBX-57HC3, sintonizó la noche pasada una charla en la frecuencia usada por la policía, identificada según su opinión como procedente del área de la explosión. TBX ha podido enviarnos una grabación en cinta de esta conversación y que nosotros hemos vuelto a grabar con vistas a esta nueva emisión.

Bahr estuvo al teléfono, en persona, antes de que se terminara la primera frase del noticiario. Escuchó, mientras hacía la llamada, para asegurarse de que sería tan malo como parecía. Finalmente le pusieron en comunicación con el director de la B C R N.

—Aquí Julian Bahr, Director Ayudante del D.I.A., hablando para el director —dijo—. Acabamos de oír el principio de su emisión y parece ser que ha recibido usted información equivocada sobre la situación en Wildwood.

—¿De veras? —dijo lánguidamente la voz del director.

—Nos complacerá mucho darle un cuadro completo de la situación dentro de media hora, pero nos gustaría pedirle que… detuviera esa emisión —continuó Bahr—. Podría causar cierta confusión… el tener en circulación diferentes interpretaciones de lo sucedido.

—Sí, creo que podría… —dijo el director.

—¿Entonces, cancelará la emisión?

—¡Oh!, verdaderamente siento mucho que esto sea imposible, señor Bahr.

La voz sonaba infinitamente condolida, pero no menos firme.

Bahr oyó la observación de la radio sobre la grabación en cinta y se dio cuenta inmediatamente de que TBX era el nombre en código secreto de uno de los interceptores canadienses del BRINT. Tapó el micrófono con la mano.

—El BRINT oyó nuestras charlas de anoche desde los helicópteros —dijo, mirando el blanco rostro de, McEwen.

—Tienen que suspenderla —dijo roncamente McEwen.

Bahr apartó sus manos del micrófono.

—Apreciaríamos mucho que pudiera usted cortar esa emisión de la

forma que sea —dijo, renunciando al engaño.

No había tiempo que perder.

—Este... ¿cree usted que podríamos enviar a un equipo de periodistas al lugar?

Esto significaba, naturalmente, un equipo del servicio secreto del BRINT.

—Lo dudo —opuso Bahr, interesado por saber hasta qué punto se hallaba ansioso el BRINT—. Le daremos un informe completo.

—No estoy seguro de que eso fuera completamente satisfactorio.

«Estaban» ansiosos. Y mucho.

—Bien, pero la estación Wildwood es un proyecto gubernamental de alto interés —dijo Bahr—, y nuestros agentes de seguridad se muestran naturalmente recelosos acerca de las agencias informativas comerciales que no están sujetas a nuestras regulaciones de seguridad, y que pudieran andar husmeando por aquí... no es que «yo» dude de su discreción...

—Naturalmente, comprendo el problema que le presenta a usted la seguridad —dijo el director, animándose con el regateo.

En el fondo, Bahr podía oír los primeros fragmentos de la charla entre los helicópteros... su propia voz, enviando a los helicópteros de la Unidad Siete hacia el área en cuestión.

—Sin embargo, tenemos el deber hacia nuestro público de emitir los acontecimientos tan completos como podamos.

Lo que significaba que el BRINT sabía que algo flotaba en el aire, pero todavía no había conseguido cerciorarse de lo que era. Bahr rodeó con su mano el micrófono y se volvió hacia McEwen y Carmine.

—El BRINT desea inmiscuirse. Mala cosa. Deben haber sospechado algo acerca del Proyecto Frisca y...

No terminó la frase. De repente McEwen se apretó el pecho con las maños y gimió, con los ojos desorbitados. Su respiración se hizo espasmódica y el rostro se le puso azul.

—¡El jefe!

McEwen tosió, con un ruido estrangulado. Luego cayeron sus brazos y su cuerpo se desplomó hacia atrás, con los ojos contemplando ciegamente al techo.

—¡Llamen a un médico! —rugió Bahr, colgando bruscamente el teléfono y olvidando la emisión canadiense—. ¡Por el amor de Dios, llamen a un médico!

Levantó a McEwen hasta colocarlo sobre el escritorio, se arrancó la chaqueta y la extendió sobre el pecho del director, buscando rápidamente su pulso.

A los pocos minutos llegó un doctor, pero ya era demasiado tarde. McEwen había muerto, y el diagnóstico fue de trombosis coronaria, agravada por el exceso de trabajo y el ataque repentino.

Mientras el ayudante de la ambulancia, vestido de blanco, sacaba la camilla, Frank Carmine colocó una mano sobre el hombro de Bahr.

—Bien, Julian —dijo—, parece que ahora todo queda a tu cargo.

IV

Libby Allison, lápiz de labios en mano, intentaba Inútilmente ordenar su cabellera caoba oscuro y dibujar nuevamente el perfil de sus labios, mientras el pequeño ascensor particular subía desde el vestíbulo del edificio del D E P E X, en Nueva York, hasta las oficinas centrales del D.I.A., situadas en el piso octavo.

Julian se hallaba arriba; estaba segura de esto, aunque su ordenanza lo hubiera negado cuando intentó ponerse en contacto con él poco antes. Hubiera debido darse cuenta de que había complicaciones cuando Julian no le telefoneó, al regresar ella a la ciudad la noche pasada. Intentó llamarle después de medianoche y no encontró más que a Frank Carmine, que se excusó con gran simpatía, pero muy firmemente. No, nada iba mal, sólo que tuvo que asistir a una docena de conferencias de alto nivel, desde que regresara a Nueva York. Ya se pondría en contacto con ella, no tenía por qué preocuparse...

Pero, naturalmente, él no le dijo nada. En cambio recibió la visita de Adams por la mañana, en su de pacho del DEPCO. El pequeño Adams, con su cara q comadreja, su cálida sonrisa profesional y sus fríos ojos que la observaban. Libby se estremeció. Cuanto aprendiera en los años de entrenamiento psicológico gritaba en su interior cada vez que Adams se le acercaba y, por milésima vez, deseó que alguien en la enorme y arrellenada organización de Control social y psicológico de Estabilidad que era el DEPCO, se olvidara por un momento de su actitud habitual, y dijera exactamente lo que pensaba, en pocas y sencillas palabra en vez de andarse por las ramas, zigzaguear y enturbiar las aguas, ya bastante sucias por sí misma, con su jerga siquiátrica y sus borrosas, suspicaces y defensivas ideitas.

Adams no mencionó a Julian, desde luego. Ni una palabra acerca de él. No le pidió que revisara su trabajo bajo sobre el caso de Julian, ni sugirió que conviniera hacer un análisis mecánico de sus informes sobre él… nada tan directo como eso salió de los labios del director del DEPCO. En cambio, habló suave e inocentemente, en su jerga del DEPCO, acerca de la amenaza que representaba para el buen funcionamiento de una Firmemente Estable Sociedad, la existencia de una personalidad agresiva, inestable y ambiciosa en un puesto de responsabilidad (ella hubiera podido nombrar la página y la línea del libro de Vauner y Larchmont); sobre algunos «pensamientos» acerca de los deberes que ella jurara cumplir como psicoterapeuta del

Departamento de Control, ayudando a identificar y extirpar tales personalidades inestables, antes de que pudieran constituir una amenaza; también algunas muy vagas, veladas y obscenas observaciones sobre el hecho de que formación y psicoterapia no eran exactamente sinónimos y que la primera no podía, en realidad, servir como un adecuado substituto de la última, sin que importaran las relaciones no profesionales entre el terapeuta y el paciente.

Adams no dijo ni una palabra sobre Julian, pero ahí estaba; había hablado todo el rato de Julian y lo sabía, y ella lo sabía, y él sabía que ella lo sabía.

No le abofeteó, pero lo había deseado. Y él se cuenta de ello. No se había gritado amenaza alguna cuando se marchó, sólo las implicaciones menos tangibles, y sin embargo, Libby sabía sin sombra de duda que algo había sucedido la noche anterior, algo malo, y que Adams lo sabía (por lo tanto también el DEPCO) y que ni a Adams ni al DEPCO les gustaba.

El ascensor se detuvo y Libby se dirigió al escritorio de recepción del D.I.A.

—Tengo una cita con el señor Bahr —explicó a la muchacha.

—¿Tiene un pase?

—Tengo una cita.

—Lo siento, señorita. El señor Bahr ha cancelado todas sus citas. Necesita usted una autorización especial.

De modo que sucedía algo... toda esa conmoción en las redes de los noticiarios del extranjero y del Este, acerca de una explosión en Wildwood.

—Pues permítame hablar con él.

Cogió el teléfono de mesa y empezó a marcar el número de Julian.

—Lo siento, señorita —La recepcionista miró inocentemente a Libby—. El señor Bahr dio orden de que no se le interrumpiera.

Libby buscó en su monedero y colocó sobre la mesa su tarjeta blanca del DEPCO, bajo la nariz de la chica.

—Si tengo que conseguir una orden forzada para hablar con él —dijo con voz helada—, el señor Bahr lo sentirá mucho.

Se sorprendió primero, y luego se enfadó, porque Bahr hubiera olvidado su cita. No, no la había olvidado... su memoria era excelente. La había pasado por alto. Un poco más tarde, la recepcionista contestó al intercomunicador, enrojeció e hizo un movimiento de cabeza a Libby.

—Hola, Julian. Soy Libby. —Él contestó, bastante bruscamente—. Pero no puedo —protestó ella—. Por teléfono no. Y por ahí está la

atmósfera muy cargada, por lo que veo.

Apartó el receptor de su oreja y contempló irritada el techo, mientras las invectivas salían del aparato, oyéndose a tres metros de distancia.

—Muy bien —dijo finalmente—. Ya sé que no te importa un comino... pero a mí, sí. No es muy correcto eso de saltarse las citas...

Introdujo la amenaza.

—Hace muy feo en un informe de Estabilidad, ¿sabes...?

Un momento después colgaba el teléfono y cerraba con decisión su bolso. Sonrió a la recepcionista y dijo:

—Me recibirá.

Las oficinas del D.I.A., largas y de techos altísimos, eran el centro de una tormenta de controlada, pero febril actividad. Medio centenar de hombres se hallaban en ellas, mientras Libby las cruzaba, y una niebla de humo de cigarrillos se elevaba en la habitación: aspirada por los ventiladores. Sonaban agudamente los teléfonos; en algunas de las mesas los hombres atendían dos y tres llamadas a un tiempo, hablando con voces rápidas y quedas. A pesar de toda la actividad, reinaba un silencio antinatural; una batería de teletipos, en funcionamiento, se extendía a lo largo de una pared, y una docena de retransmisores de despachos hablaban ante micrófonos de sonido amortiguado.

Por todos los lados reinaba una confusión de oficinistas, jefes de división, escribientes, todos tan febrilmente atentos a lo que estaban haciendo, que casi la atropellaron cuando avanzó por el corredor.

Al otro lado de la sala de despachos, pudo ver un enorme mapa mural con banderitas rojas clavadas; una por cada unidad de campaña del D.Í.A. en estado de alerta —punto focal de toda la actividad— y Libby sintió de pronto una sensación de mareo y encogimiento en la boca del estómago. Aquí reinaba una atmósfera de tensión, un sentimiento de urgencia reprimida, que repentinamente le recordó la naturaleza confusa y enigmática de la emisión televisada que había visto por la mañana. Un cuñete de pólvora ardiendo lentamente y el D.I.A. trabajando con todas sus fuerzas para mantenerlo bajo control, actuando tan silenciosa y suavemente que nadie más lo notaba, mientras todo el país continuaba con la acostumbrada indiferencia su camino, confiado, imperturbable y visionario o hipnotizado.

Tuvo de pronto una visión mental de la superficie en calma del océano y monstruos enzarzados en una especie de lucha a muerte bajo ella.

La puerta del despacho de McEwen se hallaba completamente abierta. Julian Bahr estaba sentado en el escritorio del director, sosteniendo en la mano el cono de un dictáfono. Frank Carmine se hallaba a su lado. Otra docena de personas estaban allí, poniendo informes ante Bahr, inclinándose sobre él para cambiar una palabra o una frase, asintiendo enérgicamente con la cabeza y saliendo a toda prisa. Bahr la vio, dijo algo casi audible y desagradable a Carmine, y volvió a su dictado. Su voz sonó agudamente sobre el murmullo de la habitación, incisiva, impaciente, dominante.

Libby no vio a McEwen y su sensación de angustia creció. Aquí estaba el centro del sentimiento de tensión y de urgencia que reinaba en el lugar. La expresión de Bahr era tensa y colérica, sus ojos estaban enrojecidos y su boca formaba una línea dura y firme, mientras dictaba. Con su penetración de psicólogo entrenado, Libby notó las señales de peligro como si estuvieran escritas en la pared con caracteres de 25 centímetros. Los controles y ajustes que tan disciplinadamente intentara introducir en su personalidad, empezaban a desaparecer uno a uno.

—Julian, quiero hablar contigo.

Dejó bruscamente el micrófono y la empujó a un lado de la habitación.

—Maldita sea, Libby no puedo atenderte ahora. Vete abajo y yo iré en cuanto pueda.

—Tenemos una cita ahora.

—Sí, ya lo sé. Dentro de una hora.

—Estás mintiendo. Me engañas y lo sabes.

Su ceño se frunció.

—De modo que miento. Ya te he dicho que estoy ocupado.

—Lo sé. Yo también lo estoy. Por eso tengo que hablar contigo hoy. Ahora.

—Óyeme —dijo él—. Tengo que resolver un problema de Condición C y poner bajo control un nuevo trabajo. No tengo tiempo para tu... entrevista.

El vulgar y deliberado doble sentido de la última palabra, hizo que su rostro se sonrojara, pero rehusó que la despidieran con insultos.

—Muy bien —dijo—, entonces abandonaré tu caso ahora mismo. Mañana haré que otro se ocupe de ti, si quieres, un hombre, si es que no deseas tener más... entrevistas con mujeres...

Bahr la miró fijamente, con el rostro encolerizado. Ella supo que le había herido en su talón de Aquiles... su salvaje y casi patológico temor hacia los invasores mentales del DEPCO, la única fiera en esta

jungla siglo XXI con la cual no sabía cómo enfrentarse. La miró, manteniéndola aún cogida por el brazo. Luego indicó con un movimiento de cabeza la antesala que todavía mostraba su nombre en la puerta y la empujó dentro con rudeza. Cerró de un golpe la puerta y se volvió hacia ella.

—Muy bien, ¿qué quieres?

—Julian, ¿qué pasa aquí? ¿Dónde está Mac?

Bahr se lo explicó. Fue como si la hubieran abofeteado.

—No dejaremos que lo anuncien en las emisiones hasta que lo tengamos todo bajo control seguro. Naturalmente, se lo hemos notificado a las personas clave del gobierno.

—Pero… «muerto».

Sacudió la cabeza, desesperanzada. Ahora ya no le quedaban dudas de por qué Adams había ido a su despacho.

—Hace mucho tiempo que estaba enfermo del corazón —dijo Bahr.

—Sobre todo desde que tú empezaste a aguijonearle —dijo Libby amargamente.

—Mira, Lib, sabes que hubiera dado mi vida por Mac. Cuando supo que el Proyecto Frisco había sido aprobado, fue más de lo que podía soportar.

—Y tú eres ahora el director —dijo Libby.

—Por el momento, sí. No puedo permitir que el Proyecto Frisco fracasase, mientras el DEPCO se entretiene en decidir un nuevo nombramiento.

—¡Oh, no fracasará! No lo hará, teniendo a Julian Bahr dirigiendo todas las actividades. —Se volvió hacia él con rencor—. ¡Hubieras tenido que verte ahí fuera ?E1 general en jefe, fustigando a todo su Ejército. Son como una jauría de sabuesos aullando tras la caza. Eso te gusta, ¿no es verdad? Que suba la presión sanguínea, que el ego se hinche como un gran globo púrpura…

—Ya es bastante —dijo Bahr.

—No, no es bastante, Julian. Adams vino a verme esta mañana. Tendrás que dimitir de tu cargo como director.

—¡Dimitir! —La cólera desapareció del rostro de Bahr, dejando en su lugar la incredulidad—, Pero he estado trabajando durante cinco años por conseguir este puesto.

—Ya lo sé. Te he estado observando y siempre he sabido que esto acabaría así. No puedes desempeñar el cargo. El DEPCO no te dejará.

—Tendrán que dejarme —dijo Bahr con decisión—. Nadie más sabe lo que es el Proyecto Frisco… ni siquiera el BRÍNT. Se están volviendo locos; ni siquiera saben el nombre secreto del Proyecto.

Pero desde lo sucedido en Wildwood, el Proyecto Frisco es una operación de Condición C. No tenemos que habérnoslas con actividades del Bloque Oriental, Lib. Es más que eso.

Entonces le explicó lo del metal U, los monitores de salida y toda la historia.

—¿Quieres decir que crees que algo… extraterreno… fue responsable de la incursión?

—Y de todo. Dios sabe cuánto hace que dura. Los incendios de termita, las desapariciones… ¿Sabrías que James Cullen desapareció ayer noche de su casa? En todo el país no existe nadie que sepa mejor que él todo lo referente a nuestro sistema de Control de Estabilización y ahora, de repente, desaparece. Libby, alguien tiene que averiguar el origen de todo esto y poner en claro lo que ocurre, mientras todavía estemos a tiempo. Nadie puede hacerlo, si no soy yo. Y lo haré, aunque mande a la tumba a todos mis hombres. —De pronto se interrumpió—. Crees que te estoy mintiendo. ¿no es verdad?

—No, Julian sé que estás diciendo la verdad absoluta.

—Y no crees que pueda hacerlo, ¿verdad?

Libby no respondió.

—Además no quieres que lo intente —dijo Bahr con amargura—. Preferirías que me doblegara bajo el yugo, como un caballo de tiro, dejando que alguien me dominara con el látigo… y que tirara, como los demás caballos, durante todo el día, volviendo por la noche, al trote, hacia mi pequeña dehesa y a tu lado. Te gustaría eso, ¿verdad? Bien, no me gusta recibir órdenes de gente que no son tan buenos como yo. He recibido demasiadas órdenes y ahora voy a dar yo alguna…

—Julian, no quieres entenderlo.

Ella se apartó, pero él la acercó hacia sí de un tirón. El entusiasmo había desaparecido y en su lugar aparecía la cólera.

—Te gustaría detenerme, ¿verdad? —dijo—. Empujarme de nuevo a la rutina. Taladrar unos cuantos agujeros más en mi Tarjeta de Estabilidad y echarme otra vez a lo más bajo. Esto es lo que deseas, ¿no cierto?

—No importa lo que yo deseo —dijo cansadamente Libby—. Si no renuncias ahora, no podré proteger más. Te encontrarás con un hombre del DEPCO tu despacho antes de darte cuenta. No sabrás nunca lo que te golpeó. Descubrirán que eres inestable y peligroso en cualquier otra cosa que no sea un trabajo de tarjeta verde. Echarán un vistazo a tu perfil de Estabilidad y te degradarán, poniéndote en Custodia Crítica. Después te dejarán en libertad vigilada y te harán

análisis de «shock» y, si queda alguna duda, pasarás el resto de tu vida recogiendo naranjas en algún sitio. Esto no es lo que yo deseo, Julian, es la ley.

El la miró y se echó a reír de pronto.

—No te creo —dijo—. Hace ya cinco años que está atormentándome con esa porquería de Estabilidad. Actúas como si hubiera cometido un crimen y tú encubrieras. Siempre intentando detener mi empujé Cada vez que yo he subido un escalón, has estado punto de tener un ataque. Como si no pudiera desempeñar el cargo.

—No es eso —dijo ella—. Es lo que podrías hacer en el cargo. Y te he estado encubriendo, créeme, pero ya no puedo continuar haciéndolo. Si no renuncia ahora mismo, no podré ayudarte más.

Él se paseó por la habitación, golpeando la palma de su mano con el puño.

—Muy bien —dijo inesperadamente—. Entonces le dejaré. Pero no ahora. Hoy no. El Proyecto Frisco es urgente y aquí no hay nadie que pueda continuarlo si yo me voy. Necesito tiempo para ponerlo en orden

—¿Cuánto tiempo? ¿Dos días? ¿Tres?

—¡Dios mío, no! No podría arreglar nada ran rápido.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso no sirve, Julian. Tienes que darme una fecha definida. Estás a punto de sufrir una comprobación automática del DEPCO. No podrás escapar a ella… lo más que puedo hacer es ponerles trabas. Y si me das una fecha definida, los llamaré ahora mismo

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué quieres que haga? —estalló Bahr.

Se interrumpió y examinó su expresión.

—Libby...

—Lo haré, Julian.

—Estás fanfarroneando —dijo él—. No los llamarás.

—Presté juramento cuando entré en el DEPCO. No puedo permitirte que sigas en este cargo.

—¡Juramento! ¡Qué tontería! No lo has cumplido desde que lo firmaste. Si revocan mi acreditación de Estabilidad, también tú sufrirás las consecuencias. Te juegas la carrera. Piensa en esto.

—Ya lo he hecho.

Libby se volvió y cogió el teléfono que había sobre la mesa que antes fuera la de Bahr y marcó el número de la central del DEPCO.

Bahr la observó mientras hacía que la pusieran en comunicación con la oficina de Adams. Entonces le espetó la amenaza.

—Será mejor que pienses en Timmy antes de hacer esa llamada —

dijo.

Muy despacio, Libby volvió a colgar el teléfono en su horquilla y se dio vuelta para encararse con él. De pronto, toda su agresividad desapareció. Se sentía débil y enferma.

—No puedes ser tan repugnante —dijo—. Ni tú siquiera.

—Deseo este cargo.

No se atrevía a mirarla a la cara.

—Julian, lo prometiste.

—Cierto, lo prometí. Pero las cosas han cambiado, eso es todo. No voy hacer ningún favor de despedida a quien está dispuesto a traicionarme.

—Julian, también es hijo tuyo. Puedo mantener a un niño con lo que gano. Lo educaré y mantendré. No te confinaré, ni pediré una ayuda parcial. Todo lo que deseo es tu firma y una prueba BHE. ¿Es esto pedirte un favor?

—No se puede resistir una reducción de cinco puntos en el grado de Estabilidad —dijo Bahr—. No puedo. Ni siquiera puedo resistir una revisión del DEPCO. Sobre todo, teniendo en cuenta que mi terapeuta ha sido...

—Puedo alegar que fue parte de la terapéutica —suplicó ella—. Aceptaría la vergüenza.

—Te harían pasar por un examen de polígrafo.

—Tengo relaciones. Algunos amigos de mi padre. .J

—¡Pues consígueme una tarjeta blanca! —dijo Bahr.

—Eso no puedo hacerlo. Julian... es tu hijo. No quiero perderlo. ¿Quieres que pase por las mismas cosas que tú? ¿Por el Hogar Infantil, la Escuela de Niños, la Escuela Técnica y todo lo demás? No sabes cómo son ahora esas escuelas. Cuando tú ibas, no hacían experimentos con los niños...

—Eso son proyectos del DEPCO —dijo Bahr—. Tú ocupación es gobernarlos. ¿No te gustan?

—Hay muchas cosas en el DEPCO que no me gustan, pero esta no es aquí ni allí...

—¡Pues cámbialas!

—La mayor parte de las veces son acertadas. Casi todos los niños pasan por ellas sin dificultades, siempre que no sean demasiado tozudos o independientes. Pero, ¿y si es como tú, Julian? ¿Qué pasará si se rebela?

—Pues que le convendrá. Yo lo soporté y también él podrá hacerlo.

Libby se apartó de él y le miró fríamente.

—De todos modos, podría dar tu nombre y hacer que te declararan un riesgo para la Estabilidad por negar tu paternidad.

—Y yo puedo conseguir ocho hombres que jurarían que los atrajiste y los llevaste a dormir sin tener licencia de prostituta. Ocho hombres que mantendrían la historia, aún bajo el polígrafo.

—Julian —dijo ella—, ¿qué es lo que te convierte en un asqueroso bastardo?

—Tú eres doctor en psicología. Tendrías que saberlo.

La miró y de pronto, inexplicablemente, se encontró en sus brazos, mientras él la estrechaba, con el rostro hundido en sus cabellos y apretándola desesperadamente por los hombros.

—Por Dios, Libby, no quiero pelearme contigo. No pensaba lo que dije sobre Tim. Te juro que dejaré este cargo tan pronto como tenga todas las cosas bajo control, pero ahora significa mucho para mí. Lo es todo. Tendrás que soportar mi voluntad por ahora...

—Lo sé. —Intentó contener sus lágrimas—. Pero créeme, te observaré y si empiezas a salirte de tus atribuciones, comunicaré tu caso al DEPCO con todo detalle.

Bahr rió, recuperaba su antigua confianza y, levantando su barbilla, dulcemente, la besó.

—Eso es justo. Tú me observarás.

Sobre la mesa que había a sus espaldas, chasqueó el intercomunicado.

—¿Julian? Soy Frank. Tenemos un hombre del BRINT en la línea.

—¿Qué quieres? —espetó Bahr—. No puedo hablar con él.

—Creo que sería mejor —respondió la voz de Carmine—. Ha habido un aterrizaje en el Canadá. El BRINT no nos dejará entrar en el área, a menos que tú mismo capitanees el equipo. Quieren saberlo ahora mismo.

—¡Cristo! —dijo Bahr, apartando a Libby—. Oye, Frank, diles que sí. Dentro de tres minutos estaré en vuelo.

Cerró el botón del micrófono.

—Julian...

—No, ahora no. Esto es importante—. Se detuvo junto a la puerta y la miró—. Pon trabas a ese equipo del DEPCO —dijo—. No me importa la forma en que lo hagas, pero ponles dificultades. Esta puede ser la brecha que hemos estado esperando.

Se marchó. Ella anduvo de un lado a otro de la habitación, intentando poner en orden su traje y su cabello, y arreglar su maquillaje, maldiciéndole por las cosas que él podía hacerle y a sí misma, porque no podía combatirle. Dos personas. Un hombre incapaz

de comprender, o que no quería hacerlo, y una mujer que no podía evitar amarle.

Se dirigió al ascensor y bajó hasta el nivel de la calle.

SEGUNDA PARTE
EL HOMBRE DEL MEDIO

V

Harvey Alexander aceptó la cápsula que le ofrecí sin decir palabra y se la metió en la boca, mientras la enfermera y el asistente le observaban. Tomó un sorbo de agua, echó la cabeza hacia atrás y tragó; tosió un par de veces y bebió un poco más de agua para detener la tos.

La enfermera asintió con un movimiento de cabeza.

—Por la mañana estará en la lista para recuperarlos —dijo el asistente—. El doctor ha dicho alrededor de las nueve.

Alexander se dejó caer débilmente sobre la almohada. Sus ojos empezaban ya a parpadear. Gruñó, movió la cabeza de un lado a otro durante unos momentos y se quedó tranquilo; su respiración tomó el ritmo lento y regular de las personas drogadas.

Cuando la enfermera y el asistente se fueron, abrió los ojos y volvió rápidamente la cabeza, escuchando para saber si cerraban la puerta con llave desde el exterior. La cerradura solenoide no zumbó, y él se dejó caer hacia atrás con un suspiro. Muy chapucero, pero probablemente confiaban en que el somnífero le mantendría inmovilizado hasta el amanecer. Abrió la boca, sacó la cápsula aún sin disolver de debajo de su lengua y la escondió detrás de la almohada.

No volverían. Tenía ocho horas de tiempo.

Durante todo el vertiginoso y caleidoscópico período en el que estuvo recuperándose de la prueba profunda, una sola idea había rondado por su cerebro: escapar. Escapar. Su tratamiento a manos de Bahr sus hombres le habían convencido de que no podía esperar que su investigación le rehabilitara, ni siquiera aunque McEwen le apoyara por completo. La probabilidad del proceso legal representado por un consejo du guerra, parecía remota. Sería «recuperado», tratado con «shock» químico y acabaría en un batallón de cosechadores de fruta, con un nuevo nombre, una nueva identidad y la memoria perdida.

Miró a través de la ventana de su cuarto. El hospital estaba rodeado por una pared de ladrillo de tres metros de altura, con guardianes apostados en las puertas. Sólo veía una parte del edificio mismo. Indudablemente, se hallaba en un ala de máxima seguridad, u la que se llegaba sólo por medio de un ascensor o pasando ante guardianes. Sorprendentemente, era un hospital suburbano. Por las hileras de sucios pisos que de extendían más allá de la pared, supuso que se encontraba probablemente a unos 30 kms. del centro de Chicago.

Repasó mentalmente los hospitales que conocía en los suburbios de

Chicago. Sólo dos tenían instalaciones de seguridad psicótica: el George Kelley y el Hermana Andrea Farri. El Kelley le pareció más probable, especialmente al hallarse complicado el D.I.A. Y si estuviera en el Kelley...

Cinco años atrás, tres pacientes de máxima seguridad se escaparon del Kelley. Los volvieron a atrapar untes de que transcurrieran dos horas, naturalmente, pero el incidente sacudió a la administración y todo el sistema de seguridad fue renovado, para impedir otro accidente similar.

Pero Alexander, cuando fue destinado a la estación Wildwood, pasó varias semanas estudiando todos los sistemas de seguridad mayor más notables en el mundo: prisiones, guarderías psicóticas, plantas A, centros computadores, las minas Kingsley, los campos de concentración políticos chinos y soviéticos. También había pasado tres meses en el Hospital del Ejército de Buenos Aires, después del incidente de la Antártida, donde, por ser un huésped distinguido, había podido moverse con toda libertad dentro del edificio y había aprendido bastante sobre las costumbres y rutinas de un hospital.

Durante su viaje por Méjico trabajó con un equipo especial del Servicio Central de Información del Ejército, que estaba intentando romper el anillo de contrabandistas qualchi, los cuales introducían continuamente guerrillas chinas, armas y pertrechos en el sudoeste de los Estados Unidos. Después de seis meses de entrenamiento intensivo y con una cápsula de cianuro adecuadamente escondida, le azotaron metódicamente, le pegaron y lo echaron a una sucia prisión mejicana, donde tres conocidos agentes qualchi habían sido encarcelados, después de muchas maniobras cuidadosas, por golpear y robar a un par de turistas americanos (en realidad agentes del YC), quienes estaban visitando los barrios bajos de Mexicali.

Todo el asunto estuvo tan bien preparado que siquiera la policía mejicana supo que tenían agentes qualchi en su cárcel; los tres agentes fueron concienzudamente engañados, especialmente porque no interrogaron y maldijeron más a su mala suerte al Servicio de Información del Ejército.

Alexander fue entregado a las autoridades mejicanas cuando intentó acusar al Ejército por torturas para que confesara ser un agente qualchi, en vez de un ladrón de poca monta y sin un céntimo, intentando esconderse en Méjico. Sus acusaciones fueron, naturalmente, desmentidas y calificadas de ridículas por el mismo comandante del Servicio de Información Ejército que había supervisado su paliza. La mejicana, aunque creyó su historia, deseaba

de todos modos encarcelarle, porque el Ejército era bueno para sus prostíbulos.

Pronto estuvo en términos confidenciales con tres agentes qualchi, descubriendo que formaban parte de una célula aislada y no poseían verdaderos informes. Tenían, sin embargo, algunos contactos en Nuevo Laredo, de modo que Alexander, imposibilitado para comunicarlo a los miembros de la Información, planeó y ejecutó una huida de la prisión (cosa que creyera superior a sus facultades), llevándose a los tres qualchi y dirigiéndose hacia el Sur.

Durante los cuatro meses siguientes, Alexander fue considerado, en los informes de la Información, desertor y «sabandija» (un agente que se pasa al campo contrario); ofrecieron sustanciosas recompensas por él o por su cuerpo envenenado con cianuro. Apareció cierto día en Des Moines, Iowa, y proporcionó una orden de batalla contra la red entera de qualchi extendida por Tejas, Nuevo Méjico, Oklahoma y Kansas, habiendo ascendido él mismo hasta el rango de Supervisor de Robos Locales y sorprendiendo seis incursiones aún sin resolver en almacenes de mercancías en el área a beneficio de las tropas guerrilleras.

Fue arrestado junto con otros doce agentes Qualchi, Interrogado durante dos días sin interrupción (ante testigos que fueron devueltos a los Qualchi seis meses más tarde, en un intercambio de prisioneros), y luego, como otros tres agentes superiores Qualchi, uno de los cuales resultó ser un hombre del BRINT, simplemente se desvaneció. En la reunión siguiente, estratégicamente llevada a cabo después de un período de nueve meses, fueron capturados e interrogados ciento veinte agentes Qualchi; los que no quisieron cooperar fueron entregados al BRINT para un examen sin restricciones y más de 600 soldados chinos de la dura escuela Mukden fueron apresados y se suicidaron. La operación se consideró un golpe maestro, hasta por el BRINT. En consecuencia, y como se acostumbra en los trabajos secretos, todo el crédito se lo llevaron unos pocos testaferros de la Información y del D.IA. de aspecto militar o de artistas de la televisión y dispuestos a aceptar el riesgo de que les asesinaran que acompañara tal notoriedad. Alexander, como los demás principales eslabones de la Información, se hizo alterar levemente el rostro con una operación quirúrgica y recibió un nuevo destino al otro lado del mundo, con sus registros del Ejército ajustados para cubrir el lapso de cinco meses.

Las únicas anotaciones del asunto se encontraban en los archivos centrales de la Información, donde su nombre fue sustituido por un número sin significado. Después de esto, no hubo condecoraciones, alabanzas, anotación de servicios prestados, ni siquiera una mención

de su experiencia en la Información. La mayor parte de los miembros de la Información que trabajaron en estrecha colaboración con él, no conocían su verdadera identidad y la pista del Agente C451933 terminaba tan bruscamente como si no hubiera existido, según se acostumbraba en los trabajos secretos.

Pero Alexander nunca olvidó su experiencia, sobre todo la huida de la prisión, a la que consideraba como una maniobra de extraordinaria brillantez. Como resultado de su trato íntimo con operaciones secretas, siempre que recibía un nuevo destino se imaginaba a sí mismo en el papel de un agente secreto o prisionero y estudiaba el sistema de seguridad existente, en busca de fallos.

Esto no era únicamente una distracción o diversión: no tenía modo de saber cuándo la pista mortal del Agente C451933 se descubriría de nuevo por un conocimiento accidental, ni cuándo tendría que preocuparse de meter a personas en sitios o salir él.

El hecho de que estuviera confinado a un hospital americano en las afueras de Chicago, en vez de en un recinto chino o en un satélite, era levemente ajeno al asunto teniendo en cuenta las circunstancias. No le quedaba duda de que en este momento, su cabeza dependía de que pudiera descubrir lo ocurrido, en realidad, en la Estación Wildwood y le satisfacía saber que los secuaces de Bahr en el D.I.A. eran un enemigo por lo menos tan peligroso para él como una docena de Qualchis armados con navajas.

Pero el Hospital Kelley era una suerte. Había estudiado el sistema Kelley (modelado según el sistema, Bronstock, usado en los centros de «rehabilitación» del Este de Europa), cuando desarrolló el plan para Wildwood. Aquella vez no encontró ninguna debilidad aparente en el sistema Kelley, pero entonces estaba fuera, no dentro.

Y esto, decidió, representaba una gran diferencia.

Saltando de la cama, escuchó junto a la puerta. No oyó ningún ruido en el corredor. Abrió una rendija de la puerta con el oído apretado contra el umbral de aluminio, intentando percibir las vibraciones indicadores, de los gongs de alarma usados en el Kelley. No oyó nada. Ni timbrazos, ni sonido de pisadas. Abajo, en algún lugar, sabía que un cuadro de señales se iluminaba cada vez que se abría la puerta de un paciente, pero era casi la hora de la cena y la mayor parte del personal estaría ocupado. Una luz azul podría pasar, desapercibido durante un momento. Hasta los exploradores de televisión del vestíbulo estaban apagados, aunque sabía que la más ligera alarma pondría a los J corredores que llevaban al vestíbulo y a todos los cuartos bajo estricta vigilancia en menos de diez segundos.

Cruzó rápida y silenciosamente el vestíbulo, dirigiéndose al lavabo de caballeros y se escondió dentro. Vio lavabos, un urinario y sumideros. Cogió todos los rollos de papel higiénico y toallas que pudo encontrar y cruzó rápidamente hacia su cuarto.

Tardó sólo un momento en arrugar el papel y las toallas, envolverlo todo en una de las sábanas de la cama y meter el bulto bajo el colchón de espuma plástica. En la pared había una lámpara de cabecera; sacó el enchufe, quitó la bombilla del cordón y entrelazó los hilos de cobre sin revestimiento formando un par de ganchos.

Finalmente, metió los tres soportes metálicos de papel higiénico en la funda de la almohada que quitó de la cama. Desnudándose por completo, introdujo el cordón de la lámpara en el soporte de la pared y acercó los ganchos hasta que se tocaron, manteniéndolos cerca del papel arrugado. Saltó una nube de chispas y el fusible se quemó, pero ardió lentamente dentro del nido de papel y produjo una pequeña llama.

La corriente volvió inmediatamente por un circuito de emergencia. Oyó sonar un zumbador en el pasillo, convocando a todos los hombres de protección. El humo empezaba a salir del colchón recalentado, apestoso y acre. Ahogándose, Alexander abrió la puerta que conducía al vestíbulo y miró hacia fuera, mientras el humo comenzaba a salir formando una nube.

Tal como había supuesto, al final del corredor había una esquina y un guardián civil empezaba de nuevo a leer su revista, después del zumbido provocado por el fusible quemado. Alexander esperó hasta que el humo fue lo bastante denso para oscurecer el explorador de televisión más cercano. Entonces, gritó:

—¡Fuego! —y empezó a correr en dirección al guardián, manteniendo fuera de la vista la cachiporra formada con la funda de almohada.

El guardián, sorprendido, se levantó de un salto, mirando incrédulamente al hombre que se acercaba corriendo, completamente desnudo, por el corredor. En vez de dispararle con el paralizador que llevaba, el guardián se quedó con la boca abierta, como Alexander esperaba, suponiendo que, lo último que un hombre desnudo haría, al huir de un fuego, sería golfearle. Al detener su carrera, Alexander alzó la funda de la almohada y los tres soportes de metal chocaron contra la cabeza del guardián.

Tan pronto como éste cayó al suelo, Alexander abrió el cierre de cremallera de su mono azul claro. Después levantó el cuerpo desmadejado hasta echárselo al hombro y volvió a toda prisa a su

habitación.

El humo salía en grandes bocanadas por la puerta y oyó sonar a lo lejos el gong de incendios. Cogió el mono y dejó que el guardián se deslizara fuera de él como la yema de un huevo. Una vez que se hubo puesto el mono, empujó el cuerpo del guardián dentro del cuarto lleno de humo.

Al final del corredor se oyó de pronto un ruido, indudablemente la escuadra de incendios. Alexander hizo una profunda inspiración y se metió entre el humo. Cogió al guardián por un tobillo y empezó a retroceder lentamente, tosiendo con fuerza cuando llegaron los primeros componentes del equipo de emergencia.

Manos ansiosas le ayudaron a sacar del cuarto al guardián, que estaba boca abajo. Alguien empezó aplicarle la respiración artificial; Alexander tosió, el rostro entre las manos, y retrocedió, mientras empezaban a llegar más gentes y equipo. Un extintor comenzó a rociar el colchón, que ardía lentamente y producía grandes nubes de humo negro y acre. A los veinte segundos, Alexander se marchaba, andando lentamente, pasando junto a varios internos que se apresuraban hacia el ruido y seguía por el corredor principal de aquella ala del Hospital George Kelley.

Habiendo dado el primer paso, Alexander se dirigió rápidamente hacia el ascensor del servicio que había subido el equipo contra incendios. Era sólo cuestión de tiempo que alguien descubriera que la víctima del cuarto lleno de humo era un guardián y no un paciente; tenía que trasponer los muros hospital antes de que comenzara la alarma.

Desde mucho antes había descartado la idea de hacerse pasar por un enfermo dado de alta, cosa imposible, ya que era demasiado tarde; o pasar por un guardián o hasta por un doctor era también imposible, porque la comprobación de huellas dactilares le detendría en el acto al llegar a la puerta. Sabía que en el hospital se usaban sábanas y batas de plástico, las cuales se esterilizaban y remodelaban después de usadas, de modo que del recinto no salían nunca camiones para la lavandería. Las cajas de cartón que contenían víveres y demás artículos, pasaban al interior sobre cintas transportadoras normales, siendo controladas por rayos X al entrar. Las basuras y desperdicios se transportaban al exterior en forma parecida, dentro de toneles sellados.

Pero, en Buenos Aires, Alexander había notado un detalle curioso en los procedimientos de seguridad de aquel hospital, y pensó que el sistema de Kelley también lo presentaría.

Encontró el depósito de cadáveres en los sótanos, adyacente a una plataforma de carga, detrás del cuerpo principal del edificio. Llegó a ella por una escalera de servicia y un túnel de cemento que conducía más allá de la pila eléctrica.

Chicago, al igual que todas las grandes ciudades, tenía una sala de autopsias central; y el Kelley, como los demás hospitales de la ciudad, mandaba allí sus cadáveres diariamente. El transporte solía hacerse por la noche, para evitar el tráfico de la Wahanakee Drive. Alexander vio que el camión estaba todavía esperando, con la: parte trasera adosada a la plataforma de carga, mientras que los conductores se hallaban en la cafetería. En la trasera del camión refrigerado había cargar das tres camillas rodantes, con los Cuerpos cubiertos por sábanas.

Alexander trepó por la puerta posterior, mirando con cuidado el interior del camión. Detrás de las camillas, el giróscopo sin cúpula giraba lentamente, produciendo un agudo zumbido, casi inaudible, con el volante. Detrás de la unidad giroscópica había un espacio libre de irnos 60 cms., con una rueda de recambio y media docena de sábanas plásticas.

Oyó que los conductores regresaban y se agachó detrás del giróscopo, tapándose a medias con una sábana. Pesados pasos se acercaron a la trasera del camión; después chirrió cuando la levantaron. Las portezuelas se cerraron con un golpetazo y se encontró encerrado, en unión de cuatro cadáveres, dentro de un negro y helado ataúd.

La oscuridad le cogió por sorpresa; no había contado con ella y, por un momento, tuvo que luchar contra una creciente ola de pánico. A pesar de las sábanas, empezó a temblar de frío. Oyó que el conductor ponía en marcha el motor, y el camión, con una sacudida, se puso en movimiento.

Hicieron tres paradas, la última acompañada por el ruido de la puerta de salida al abrirse. Después se encontraron rodando… fuera.

Esperó hasta que sus dientes castañearon de frío y estuvo seguro de que el camión se hallaba en camino abierto. Después, tentó en la oscuridad, hasta que su mano tocó el soporte del giróscopo. Este era del tipo Robbing, impulsado por aire, muy sencillo y de toda confianza, con el volante movido por una pequeña corriente de aire que incidía en las hojas de la turbina periférica. Una vez en movimiento, se necesitaba muy poca energía para mantener girando el pesado rotor, a una velocidad lo bastante alta para estabilizar el camión. El volante y las hojas de la turbina estaban protegidos por

una cubierta, pero directamente bajo el boquerel de presión, había una rendija para permitir la salida de aire. La corriente de aire producía el zumbido y Alexander tanteó alrededor del borde de la caja de la turbina, hasta que sintió el chorro fresco y continuo.

Introdujo un dedo por la ranura, con mucho cuidado, hasta que notó que las hojas de la turbina rallaban la punta de su uña como si fuera una sierra circular. Entonces sacó uno de los rollos de papel higiénico de su bolsillo.

Envolviendo cuidadosamente su mano con una de las sábanas de plástico, empujó el rodillo metálico contra la turbina en movimiento.

Saltó una cascada de ardientes chispas y la turbina chilló y se estremeció. La barra de metal empezó a calentarse, mientras las hojas de la turbina mordían el blando metal. De pronto, el camión frenó y se sacudió arrojándole contra las camillas; el volante del giróscopo giraba a menos revoluciones por minuto de las necesarias para mantener la estabilidad y el camión se inclinó y se tumbó de lado, en un largo patinazo, mientras las puertas se abrían bruscamente y Alexander salía despedido contra el suelo, junto a los tres cadáveres.

Se oyeron maldiciones en la cabina y los conductores salieron.

—Debe haber sido el giróscopo. ¿Qué diablos le habrá pasado?

—¡Oh, Dios mío! Mira todos esos cadáveres tirados por ahí.

—No te preocupes por los cadáveres. ¿Qué le ha pasado al giróscopo? ¿Dónde está la linterna?

Los doce conductores apartaron a un lado, sin ceremonias, a los cadáveres y a Alexander y treparon al camión con la linterna. Ninguno se dio cuenta de que uno de los cuerpos llevaba un mono.

Por la carretera se acercaban unos faros y Alexander se deslizó a toda prisa tras la sombra del camión cuando pasó el coche. Después se agachó cuanto pudo y corrió a esconderse detrás de la escarpa de la carretera. Rodó cuesta abajo hasta una zanja de drenaje, mientras otros dos coches se acercaban, reducían la velocidad y se detenían.

Sabía que estaba en la Wahanakee Drive, pero no en qué punto. Cerca se erguían edificios de apartamentos y algunas personas corrían por la carretera, aproximándose al camión volcado. Oyó a lo lejos el gemido débil y creciente de una sirena.

Alexander bajó a toda prisa por la zanja de drenaje, escaló después la pared y cruzó la autopista, mientras la continua riada de gente se convertía en una multitud y embotellaba el tráfico, alzando sus voces por la excitación. Se apartó andando despacio, combatiendo su deseo de correr, manteniéndose apartando de las personas que se apresuraban carretera abajo, esperando que en cualquier momento,

los conductores descubrieran lo que le había pasado al giróscopo y empezaran a preguntarse cómo era posible que cuatro cadáveres desnudos hubieran podido estropearlo tan completamente.

Estaba libre.

Encontró un edificio de apartamentos con la puerta abierta de par en par, los inquilinos debían estar en la autopista participando en la excitación y la bulla. Cogió el teléfono del vestíbulo y marcó un número de los suburbios de Chicago.

—¿Diga?

—¿BJ?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Harvey.

Siguió un breve silencio, luego la fría y deliberada respuesta:

—¡Oh...!

—Óyeme, BJ —dijo insistiendo—. Es muy importante. Estoy en la Wahanakee Drive, en los Apartamentos Kingston. ¿Puedes venir a recogerme en el parque de estacionamiento, por la entrada norte?

—¿No puedes tomar un taxi?

La voz sonaba distante, sin querer comprometerse.

—No —respondió—, no puedo. Estoy en un aprieto.

—Iré a buscarte.

Sonó un chasquido y Alexander devolvió el teléfono a su horquilla. Borró sus huellas digitales y se dirigió, por la salida trasera, al parque de estacionamiento. Pudo oír más sirenas en la autopista, y un helicóptero de la policía pasó rugiendo sobre su cabeza descendiendo en dirección del camión volcado. Era sólo cuestión de tiempo, pensó él, que BJ le encontraría antes que la policía.

Harvey Alexander conocía Chicago, o al menos su suburbios, bastante bien, por haber pasado en ellos tres de sus vacaciones de Navidad mientras estuvo en West Point (1), cuando cortejaba a su ahora ex-esposa

Betty Jean Wright. Desde su apartamento hasta este punto de la Wahanakee Drive había unos veinte minutos de camino, estimó, si el conductor tenía prisa. Supuso que la policía empezaría a registrar los edificios antes de bloquear la carretera. Eso le daría tiempo suficiente.

Si bloqueaban las carreteras sería un mal asunto pero parecía más probable que el personal de Kelley llevara a cabo una búsqueda completa dentro del hospital, antes de suponer que había escapado a través de su infalible sistema de seguridad.

Sonrió aviesamente.

Asombraba pensar cuán natural era para un hombre que

desarrollaba un sistema de seguridad, presumir que éste era infalible.

De todos modos, el Hospital Kelley avisaría casi toda seguridad a la policía y al D.I.A. para decirles que él había huido, tan pronto supieran lo del camión accidentado. Y no deseaba complicar a BJ con la policía y el D.I.A., hubiera o no fracasado su matrimonio.

Recordó otro terreno de estacionamiento, detrás del Club de Campo de Oak Park. En el año 94, él era un estudiante de tercer curso en West Point, capitán de los equipos de ajedrez y judo, y un día habla empezado a cambiar un neumático deshinchado del Electro de su padre, un coche de dos ruedas, nueva, que pidieron prestado para el baile. El no conocía la técnica de ladear el coche haciendo dar vueltas al giróscopo e intentó ponerlo de lado con un gato prestado. Después de mucho sudar y murmurar blasfemias, acabó con una parte del coche alzada en el aire y continuó sus esfuerzos para hacerlo caer de lado y poder llegar a la rueda. BJ se retorcía de risa y el Rival, representado por un físico de la universidad de Chicago, ofrecía sugerencias cuidadosamente amañadas, con su sarcástica pronunciación arrastrada del medio oeste.

No recordaba los hechos exactos, pero el caso es que BJ persuadió al Rival a que cambiara el neumático de acompañamiento de una conferencia sobre los métodos científicos y los principios de la mecánica giroscópica, mientras ellos subían silenciosamente al coche de cuatro ruedas inglés del Rival y arrancaban. Se les acabó el combustible, a las cuatro de la madrugada, en los alrededores del lago Michigan y tuvieron que volver en un camión que transportaba leche; subieron por el camino delantero de la casa, ante los ansiosos padres y el resentido rival, a las seis y media, y acallaron todas las críticas y admoniciones anunciando su noviazgo.

Él se graduó en West Point al año siguiente, tres meses antes de lo debido a causa de la Quiebra, y se casaron al día siguiente en la Iglesia del Redentor, cercada con alambre de púas, de Nueva York, contra la voluntad de sus padres, parientes y de su propio sentido común.

La quiebra... la sucia, apestosa y sangrienta quiebra... que hundió al mundo entero en la vileza, destrozó también su casamiento. En los tres primeras años vio a BJ dos veces; durante la segunda, cuando él obtuvo un permiso de quince días en el que pensaban desde hacía diez meses, le ordenaron regresar al servició activo al segundó día y le mandaron a China, a causa de la repentina tregua del Yangtsé. Entonces BJ estalló y dijo que ya tenía bastante. El culpó a sus padres, les dijo que era egoísta, infantil y muchas otras cosas estúpidas y se

marchó.

Cuando regresó dé China a los dos años y medio, ella le comunicó que pensaba divorciarse de él. El Rival, cambiando rápidamente su campo de actividades de la física a la sociología, junto con los mejores intelectuales del país, había conseguido un empleo cómodo y de un gran nivel de estabilidad, en el DEPCO, el nuevo Departamento de Control Económico y Psicológico, el cual se había encargado del destrozado gobierno mientras él se hallaba en. China. El Rival se mostró muy atento y convincente. BJ se casó con él tan pronto como obtuvo los documentos necesarios para el divorcio.

Cuando Alexander volvió a verla, unos años después, al pasar por Chicago camino de Méjico, supo que el segundo matrimonio también había fracasado. Claro que cualquier matrimonio que durara más de cinco años en aquellos días, era considerado una excepción, un pequeño milagro, pero BJ se sentía amargada y desalentada por el fracaso. Se emborrachaba recordando viejos tiempos, pero para entonces ella se había resignado y ya no quedaba nada entre los dos.

Ahora se estremeció en el frío aire de la noche y deseó haber robado la ropa interior del guardián al mismo tiempo que el mono. Por lo menos seis sirenas aullaron en la Wahanakee Drive, antes de que oyera el crujido de la grava en la entrada del aparcamiento. Se agachó detrás de un Hydra 22, mantenido en equilibrio por unos gatos. El coche, un Volta modelo sport se movió un poco sobre su única rueda, con los faros apagados. Vio que BJ había bajado la capota y mantenía las luces del tablero encendidas, de manera que él pudiera reconocerla. En la autopista, pudo ver que las partidas de búsqueda empezaban a desplegarse, en forma de abanico, por la hierba y las plantas la zanja de drenaje, haciendo oscilar las linternas.

Esperó hasta que el Volta pasó ante él y entonces arrojó un puñado de grava contra su costado de plástico.

—¿Harvey?

El Volta se paró.

—Aquí estoy.

Miró cuidadosamente a su alrededor y subió al coche, haciendo que se balanceara ligeramente sobre su única rueda.

—¿Qué es eso de que te encuentras en un grave apuro?

—Te lo explicaré más tarde. ¿Sabes cómo salir aquí sin tropezar contra los bloqueos de la carretera puestos por la policía.

—¿Están buscándote esos coches?

—No lo sé. Creo que sí. Mira, están registrando las zanjas.

—Por ese lado hay un camión volcado —dijo BJ—. No me

detuvieron, pero tuve que ir muy despacio y creo que el oficial que ordenaba el tráfico miraba al interior de los coches cuando estos pasaban por su lado.

—Bien —dijo Alexander—, tal vez sería mejor que bajara y me arriesgase. Te meterías en un buen lío si te cogieran conmigo.

—No seas estúpido. —Miró el mono que tan mal le sentaba y se rió —. ¿De qué se trata? ¿Qué has hecho?

—Pues una de las cosas ha sido escaparme del Hospital George Kelley.

BJ dejó de reír.

—¿Del Kelley? Pero esto...

Miró otra vez el mono azul, con una K estampada sobre el plástico.

—Muy bien —dijo, y puso el coche en marcha, dirigiéndose a la salida—. Agárrate.

Alexander permaneció sentado en silencio, observándola conducir mientras pasaban por el nuevo caserío de Kingston, cruzaban la acera, viraban a través del campo de deportes de una escuela de Juegos y finalmente a través de un campo de golf. Este era nuevo, con césped plástico que no se desgastaba ni se arrancaba en pedazos al golpear con los palos, y con hierbas y árboles también de plástico, formando un curioso aunque ineficaz enmascaramiento ante la enorme fábrica de carne en conserva escondida tras él. Cuando salieron del campo de golf, BJ giró hacia el sur, tomando una antigua carretera construida sin duda en los tiempos en que se usaban coches de cuatro ruedas, y redujo la velocidad del Volta hasta los noventa kilómetros. Pocos momentos después emergieron en el tráfico de una de las nuevas autopistas rápidas, donde el Volta pudo deslizarse a 200 km., siguiendo a los demás vehículos.

—Por este camino tardaremos algo más —dijo ella—, pero tendrían que extender la alarma por todo el Estado para detenemos ahora.

Conectó el piloto automático, dejando que el ojo electrónico siguiera la blanca cinta de la calzada, y se volvió hacia él.

—Bien, ¿de qué se trata? ¿Para qué te encerraron en el Kelley?

—Para recuperación —dijo Alexander.

—¿A ti? ¿Para recuperación? Dios mío, Harvey.

Le explicó lo de la alerta Geiger en Wildwood y cómo la unidad del D.I.A. que tan rápidamente compareció, sospechaba que él se Hallaba complicado en el robo y le habían interrogado con la ayuda de un polígrafo. Ella le dejó hablar hasta que hubo contado la historia completa. Toda su amargura estalló de pronto y habló durante un

buen rato, antes de que la rabia empezara a disiparse y se callara.

—¿De modo, que crees que hay algo ilegal en el DI.A.

—Bien, ¿a ti que te parece? —dijo Alexander—. Algunos de los hombres de Bahr le son tan leales, que obedecen sus órdenes sin tener en cuenta a McEwen o la ley. —Pensativo se mordió el labio—. De algún modo he de ponerme en, contacto con McEwen y hacérselo saber. Tal vez no quiera escucharme, pero Julian Bahr es peligroso. McEwen debería de saberlo.

—Has llegado un poco tarde para eso —dijo BJ tranquilamente—. McEwen ha muerto esta mañana. De un ataque al corazón.

Alexander tragó con dificultad.

—Entonces, ¿Bahr es quien dirige ahora el D.I.A.?

—Hasta que se nombre un nuevo director, sí. Alexander profirió una maldición.

—Entonces, mi única posibilidad de evitar mi "recuperación» o que me fusilen por complicidad en el robo de Wildwood, es descubrir qué le sucedió en realidad al metal U que sacaron de las pilas.

BJ frunció el entrecejo.

—Pero si ya saben lo que pasó. El D.P.A. lo niega, naturalmente, pero las redes de noticiarios europeas y africanas han estado parloteando sobre esto durante todo el día. Radio Budapest lo ha emitido en inglés para este país...

—¿Qué ha emitido en inglés?

BJ alargó la mano y conectó la radio. Hizo girar un mando, produciendo chillidos y saltando por las descargas de estática, hasta que encontró la voz nasal del locutor intercontinental de Radio Budapest,

—«...todavía no se han retractado de la beligerante y estúpida negativa sobre el robo de una gran cantidad de materiales radioactivos en la estación generadora atómica de Wildwood, Illinois, alegando que no fueron seres interplanetarios —estaba diciendo la voz—, a pesar de la interceptación canadiense, ya conocida, de los mensajes intercambiados por las distintas unidades del D.I.A. que atacaron al platillo cuando los seres extraños, según se alega, hicieron estallar ellos mismos su nave con una explosión semi-atómica. Radio Intercontinental ha intentado ponerse en contacto con Julian Bahr, el nuevo jefe de la policía secreta del D.I.A. para descubrir por qué no se publicaron los hechos sobre esos seres extraños, pero nos ha resultado imposible encontrar al Director Bahr.

»Fuentes bien informadas de Nueva York creen ahora que ha habido otro aterrizaje de seres extraños al norte de la Columbia

Británica, cerca de la frontera del Yukon. Unidades de investigación del BRINT y del D.I.A. se dirigen ahora al lugar del aterrizaje. Continuaremos emitiendo los hechos verdaderos sobre este último incidente, a pesar de los procedimientos de seguridad militaristas a los que recurre la policía secreta del D.I.A.»

BJ apagó la radio y se volvió hacia Alexander. Éste sacudió la cabeza, contemplando aturdido el aparato.

—Vi aquel objeto del bosque antes de que estallara —dijo finalmente—. Creí que estaba enfermo, imaginando cosas... pero seres extraños.

Sacudió de nuevo la cabeza.

—BJ, acabo de pasar dieciocho horas de interrogatorio sobre el modo en que el metal U salió de la estación y te aseguro que «no pudo salir». Ni siquiera unos seres extraños pudieron sacarlo de la estación, a menos que emplearan la cuarta dimensión, y en ese caso no hubieran provocado una alarma Geiger en la carretera.

—Creen saber cómo lo hicieron —dijo BJ y le contó lo que Radio Budapest había explicado sobre una protección de neutrones.

—Pero, ¿por qué? Y, ¿cómo consigue Radio Budapest toda esa información si se le ha puesto la cobertura de seguridad? Tiene que haber una filtración en d D.I.A.

—No lo sé, pero el BURINF casi está volviéndose loco. Hasta se metieron con John en su emisión de TV de esta noche. Y una enorme cantidad de gente escucha los noticiarios de Radio Budapest...

El coche corría a través de las zonas residenciales. Alexander permaneció sentado en silencio durante un buen rato.

—Sostengo que ese metal U no pudo haber salido —dijo por último —. Algunas personas de la estación aborrecían hasta mi sombra por haber cambiado el sistema de seguridad y obligarles a trabajar un poco, por cambiar. No me extrañaría que alguna de ellas hubiera hecho algo con el deliberado propósito de poner mi cabeza bajo el hacha. No puedo opinar sobre ese objeto extraño, pero sé que en Wildwood había muchos seres corrientes que hubieran visto con alegría que me expulsaran de allí.

BJ le miró largamente.

—No me gusta tener que decírtelo en estos términos —observó—, pero ese argumento presenta un rasgo bastante paranoico. Todos contra ti, y todo el mundo equivocado, menos tú.

—¿Crees que estoy mintiendo?

—Creo... bueno, creo que estás muy excitado y desesperado.

Alexander no contestó. Ahora se dio cuenta de que había evitado

pensar en lo que viera en los bosque al norte de Wildwood, porque aunque lo vio, no podía comprender qué era. Ahora tenía que encararse con eso. Necesitará formular un plan, alguna estratagema simple que le permitiera justificarse, pero no parecía haber nada hacia lo que volverse, nada que pudiera hacer, como no fuera esperar impotentemente hasta que la policía o una unidad de campaña del D.I.A. le encontrara y atrapara…

Vio que BJ le observaba, con ojos llenos de preocupación, el cabello oscuro enmarcando su rostro delgado y sensitivo. Parecía tan joven y vital en este momento como lo fuera veinte años atrás y sintió una oleada de calor al comprender que el solo hecho de estar con ella le hacía sentirse más tranquilo, a salvo y lejos del peligro. Había encontrado un puerto seguro en medio de la tormenta, una persona en la que podía confiar sin reparo. Era increíblemente satisfactorio estar de nuevo junto a BJ.

De repente se echó a reír, como si una fibra dura e indestructible hubiera revivido en su interior.

—Es una cosa endemoniada —dijo—. He estado durante tanto tiempo en el Ejército, que casi he olvidado lo que es luchar. Tendrán que encontrarme primero, antes de que puedan complicarme, y creo que les va a costar un poco.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó BJ.

—Descubriré lo que sucedió con aquel uranio —dijo—. Es la única esperanza que me queda, con Bahr capitaneando el D.I.A. Si consigo alguna información, me pondré en contacto con el BRINT. Puedo confiar en ellos ¿Puedes llevarme hasta Wildwood?

—Harvey, si las noticias son verdaderas, la estación estará llena de hombres del D.I.A.

—Tendré que arriesgarme.

—Muy bien. Podremos llegamos hasta mi piso y te conseguiré algunas ropas.

—Bien, también me convendría beber algo.

Exteriormente se sentía mucho mejor, pero en las profundidades de su mente las preguntas todavía le importunaban.

El D.I.A. estaba corrompido y Bahr, ante el rígido sistema de control del DEPCO, suplantaba la autoridad. Hasta aquí podía entenderlo.

Pero nunca una invasión de seres extraños… ¿qué significaría eso?

VI

El vuelo hasta el Canadá duró ocho horas y, para Julian Bahr, cada segundo fue un tormento.

El BRINT llevaba ventaja, lo que ya era intolerable por sí sólo, y la estaban usando con notorio placer. Aparte del hecho escueto de que una nave inidentificada había aterrizado sin permiso en algún punto del desértico norte de la Columbia Británica, Bahr no pudo sacar ninguna otra información de las oficinas que el BRINT tenía en Nueva York.

Lo sentían mucho, pero se mantuvieron firmes. Londres había sido explícito en sus instrucciones. Si el señor Bahr lo deseaba, podía ponerse en contacto con su agente del BRINT en Montreal y acompañarlo al lugar del aterrizaje. Se había tomado todas las precauciones necesarias; aislar la zona y preservarla hasta que llegara el equipo de investigación del D.I.A... acompañado por el BRINT, naturalmente.

En Montreal esperó, bajo la lluvia y echando peste, durante cuatro horas, hasta que el hombre del BRINT, inexplicablemente retrasado, hizo su aparición. Bahr había tenido bastante experiencia con el BRINT en el pasado para esperar lo inesperado; Paul MacKenzie excedía a sus peores expectativas. El hombre del BRINT era pequeño y delgado, de cabello arenoso, ligero acento escocés y un aire de vacía inocencia en todo lo que decía o hacía. No se presentó ningún equipo del BRINT... sólo MacKenzie, excusándose mucho por su «retraso» y sin impresionarse aparentemente por la presencia del nuevo jefe del D.IA.

Sólo ahora, horas más tarde, mientras las calles y edificios de Dawson Creela se deslizaban bajo su helicóptero, Bahr notó, inquieto, que la fachada de inocencia era tan sólo una fachada y que Paul MacKenzie era muy listo, extremadamente listo, y estaba perfectamente enterado de lo que debía hacer.

Después de abandonar Montreal conversaron prácticamente sobre todo menos el D.IA. el BRINT y el Proyecto Frisco, pero, a pesar de ello, Bahr se enteró de que el BRINT había estado siguiendo los progresos de Prisco durante casi dos meses, rastreó sus unidades en el helicóptero hasta Wildwood la noche anterior y colocó un equipo de intercepción en las fronteras los EE UU. a los quince minutos de la alarma.

Esto no sorprendió a Bahr; sospechó algo parecido porque sabía

que las radios de sus helicópteros eran demasiado pequeñas para que sus emisiones pudieran llegar al Canadá, como no fuera bajo condiciones atmosféricas excepcionales. Pero la habilidad con que MacKenzie trajo a colación el asunto, resultó profesionalmente inquietante.

Y, durante todo el tiempo, Bahr no pudo sacudirse la molesta sensación de que el hombre del BRNT muy silenciosa y discretamente, se estaba riendo de él.

—Es sorprendente —dijo MacKenzie, contemplando la pequeña armada de helicópteros que se abría en abanico tras ellos—, es en verdad sorprendente modo como ustedes, los americanos, se las componen para emplear tanta maquinaria en su trabajo. Por lo menos, hay ahí dos docenas de rotores.

—Dos unidades de campaña —dijo Bahr, un poco a la defensiva.

—Dudo que el BRINT pudiera conseguir una docena de esos aparatos en todo el Hemisferio Occidental —dijo MacKenzie—. Siempre tenemos que pedirlos prestados a las Fuerzas Aéreas.

—También nosotros nos encontrábamos con el mismo problema —dijo Bahr— cuando me encargaron de las unidades de campaña. Pero lo arreglé.

—Sí, ya hemos notado que ha habido bastantes cambios en las unidades de campaña del D.IA. desde que usted se hizo cargo de ellas —dijo MacKenzie.

Y, después de una pausa, añadió:

—¿Qué piensa usted hacer con ellas?

—Trabajo según el principio de que es mejor tenerlas y no necesitarlas que viceversa —dijo Bahr.

Contempló el terreno solitario que se deslizaba bajo ellos, cubierto por espesuras de alisos, en una sucesión de bosques, pantanos, maleza y lagos.

—Mire, hablemos de negocios. Debe usted saber algo de lo ocurrido aquí.

—No sé mucho —dijo MacKenzie—. La unidad de radar 1237, a unos ocho kilómetros al norte de aquí, captó un eco a las 15,30 de esta tarde. La unidad de radar 1240 lo confirmó y las dos siguieron la trayectoria del objeto. Se movía muy de prisa y su ruta de descenso era decididamente curiosa.

Entregó el informe a Bahr.

Bahr parpadeó.

—¿Qué alcance vertical de barrido tiene su radar?

—A esta potencia, unos veinte kilómetros. Y un ángulo de barrido

de 15 segundos.

—Entonces, ¿por qué no lo captó antes su unidad?

—Tuvimos mucha suerte en que lo captaran —dijo MacKenzie—. Son unidades de Primera Alarma, especializadas en captar trayectorias de proyectiles. Ese objeto no siguió tal trayectoria. En realidad, ningún proyectil, ni siquiera un Robling pudo haber seguido una trayectoria como esa. Ese objeto no pasó sobre el Polo, bajó a plomo.

—¡Pero, según eso, la zona exacta puede estar en cualquier lugar, en un radio de ochenta kilómetros! —estalló Bahr.

—De ciento sesenta kilómetros, para ser exactos —dijo suavemente MacKenzie.

—¿Cómo piensa usted registrar un radio de ciento sesenta kilómetros por esos terrenos salvajes?

—Bien, en realidad no hay muchos caminos para salir de la zona —dijo MacKenzie—. Una sola carretera, la Autopista de Alaska, que hemos bloqueado y dividido en sectores.

—Pero todo eso retrasa el momento de llegar al área del objeto.

—Bien, hasta ahora nos hemos mantenido a un paso de usted —señaló MacKenzie intencionadamente—. Y con toda esa rabiosa charlatanería de las emisoras europeas, nos sentimos obligados a continuar las Investigaciones sobre una base conjunta. Técnicas diferentes y todo eso…

Su forma de hablar era bastante clara, pero no había modo de equivocarse sobre la intención, firme como el acero, de comprobar los métodos del D.I.A. Al BRINT no le agradaba lo más mínimo ese asunto de los seres extraños.

—Además, tal vez tengamos un as en la manga—continuó MacKenzie—. Por aquí acampa un equipo de fotógrafos americanos; por lo menos obtuvieron un permiso para acampar en la zona. Dos hombres y una Hydro de dos ruedas. Son cineastas profesionales y filman documentales para el estudio de la naturaleza. Han trabajado varias veces en esta zona, durante los tres últimos años. Uno de ellos es cámara y el otro tipo es el productor, comentador y lleva a cabo el registro de sonidos. Si tenemos suerte, tal vez hayan visto el disturbio. Es decir, si están por aquí en realidad.

—Supongo que no sabrá sus nombres —dijo Bahr incapaz de evitar que el sarcasmo velara su voz.

—Stanley Bernstein, 42 años, mediana estatura, esbelto, casado, con dos hijos —dijo MacKenzie, como si estuviera leyendo una cinta —. Es el cámara. El otro es Anthony Russel, ante Russano, 33 años, alto más de metro ochenta, también esbelto, de cabello oscuro,

soltero. Los dos son de Nueva York. —Se interrumpió, sonriéndole a Bahr—. Tenemos muy controlada esta región, ¿sabe? Difícilmente dejaríamos entrar a nadie en la zona sin someterle a una inspección cuidadosa.

—Lo que no comprendo —dijo Bahr— es por qué una nave de seres extraños ha escogido esta región para aterrizar por primera vez.

—Es bastante obvio, ¿no le parece? Es decir, si esperaban aterrizar sin ser notados. Casi lo consiguieron. —Contempló el mapa—. El campamento de los fotógrafos debiera estar en este lago, al Este. La autopista pasa a kilómetro y medio de la orilla. ¿Por qué no ordena a sus unidades que desciendan ahí y busquen el campamento?

Bahr cogió el micrófono y oprimió el botón. El lago era visible a la luz del atardecer, una pequeña superficie de agua en forma de riñón, a penas diferenciable del cinturón de pantanos, malezas, ramas caídas y espesuras de alisos. Sobre el lago, dos de los helicópteros descendieron casi hasta la altura de los árboles y empezaron a recorrer lentamente la orilla.

Diez minutos después, sonó el altavoz.

—Hay una tienda en el claro de ahí abajo, jefe. ¿Debemos aterrizar?

—Pídales que esperen un poco —dijo rápidamente MacKenzie—. Me gustaría echar un vistazo antes de que entremos en acción.

—Esperen —dijo Bahr junto al micrófono—. Ahora mismo vamos.

El helicóptero se precipitó hacia abajo. Un faro brilló en la luz del atardecer que desaparecía lentamente, dio con un pequeño claro al borde de la orilla del lago y se posó en el techo de lona de una tienda, en el margen mismo de una espesura de alisos.

—No hay fogata —dijo lentamente MacKenzie—. También la tienda presenta un aspecto raro. ¿Aterrizamos y echamos una ojeada?

Bahr dio la orden al piloto y cogió una pistola «burp» del suelo apretando un sujetador en su posición debida. El helicóptero se posó rápidamente en la alta y áspera hierba del claro, con el faro todavía enfocado sobre el parche de lona. Otro helicóptero aterrizó a su lado y Frank Carmine saltó al suelo.

Cuando el quejido de los motores cesó, un silencio mortal reinó en todo el ámbito. No se movía ni una hoja, ni un soplo de viento. El lago parecía de cristal. Bahr y MacKenzie empezaron a cruzar el claro, con Carmine siguiéndoles muy de cerca. Los dos hombres del D.I.A. llevaban pistolas «burp». MacKenzie sólo llevaba una linterna y su pipa. Se acercaron cautelosamente a la tienda.

—Ya dije que me parecía raro —comentó MacKenzie,

deteniéndose.

La tienda estaba desgarrada y hecha trizas, como una colada de harapos pendiendo de una cuerda. Una de sus esquinas había sido completamente arrancada, y se veían pedazos de lona chamuscados, casi carbonizados, esparcidos por el suelo.

—¡Jesús! —exclamó Bahr—. Parece como si alguien hubiera cortado la parte posterior de la tienda con un soplete.

—Mire (dónde pisa —dijo MacKenzie vivamente.

Apuntó al suelo con su linterna, a pocos centímetros del pie de Bahr. Había una lata de conserva Bako, a la que le faltaba la parte superior. Los dos se arrodillaron junto al envase. Parecía como si la parte de arriba hubiera sido consumida por el fuego; el borde de metal estaba rizado y presentaba ampollas. En el fondo de la lata quedaban algunos trozos de estofado y un poco de caldo, pegados como jalea.

Rápidamente, MacKenzie dirigió su luz hacia el cajón de las provisiones. Habían abierto la puerta quemándola, produciendo un corte liso y levemente decolorado. Los recipientes de comida se hallaban dispersos por todo el lugar, algunos vacíos y otros sólo abiertos y desdeñados.

—¡Cristo, qué hedor! —exclamó Bahr, moviendo el rayo de luz de la linterna de un lado a otro.

—Espere.

MacKenzie añadió su luz y contemplaron un pequeño y maloliente charco de algo verdoso y repugnante.

—Alguien vomitó —dijo Bahr.

—Sí, estaba a punto de decirlo. Se ve que no pudo resistir el estofado Bako. No puedo culparle por ello, verdaderamente...

—¿Dónde demonios están los dos hombres? —preguntó Bahr—. Han robado su campamento y no hay ni señales de ellos.

Barrió el suelo y los árboles con su linterna.

—¿Por dónde se va al lago?

—En esa dirección, diría yo —MacKenzie empezó a andar por entre los árboles—. Aquí hay un sendero. Será mejor que sus hombres se queden atrás, Bahr. No nos conviene dejar más huellas que las necesarias, hasta que hayamos echado una ojeada.

Bahr indicó con un gesto a Carmine que se quedara atrás y siguió al hombre del BRINT, que se abría camino entre los alisos. Se veía un destello de la puesta de sol sobre el lago. Avanzaron silenciosamente, Bahr sosteniendo la pistola en la mano derecha con el dedo sobre el gatillo, y MacKenzie en cabeza, registrando el terreno con la linterna.

—Deténgase.

Se pararon. Algo brillaba en el sendero. Se acercaron y Bahr encendió también su linterna.

—Una cámara. Es una cámara de cine. ¿Por qué la dejarían aquí?

—La tiraron, diría yo. Parece haber saltado desde...

MacKenzie movió el foco de la linterna, lenta y cuidadosamente por el suelo y el sendero, en dirección al lago.

—¡Cristo! —gritó Bahr.

El foco de la linterna se había detenido. En el pequeño círculo de luz se veía la mano de un hombre, con la palma hacia abajo y los dedos rígidamente engarabitados, que habían excavado cuatro surcos en la blanda tierra cuando sobrevino la última y desesperada agonía.

—Creo que hemos encontrado la zona debida —dijo MacKenzie.

Sobre los árboles colgaban globos de señales, cegadoramente blancos, formando manchas de luz y oscuridad sobre la maleza y los pinos. Abajo, en el suelo, estallaban luces de magnesio y pequeños grupos de hombres se movían activamente, mirando, midiendo, comprobando, fotografiando, recogiendo pruebas, trabajando en silencio o hablando en voz baja, pero todos afanándose desesperadamente.

Al otro lado del claro se revelaba la película de la cámara, #n el laboratorio portátil que llevaba uno de los helicópteros del D.I.A. Bahr y MacKenzie se hallaban junto al cuerpo mientras lo tapaban con una manta. El pecho del hombre mostraba un agujero grande y goteante y en el suelo había una mancha apestosa y horrible, como si el carnoso contenido del tórax se hubiera derretido, dejando los huesos pelados de la cavidad.

El cuerpo estaba encarado en dirección contraria al lago, desmadejado, con las manos abiertas y el rostro congelado en una expresión de inimaginable horror.

—Bernstein —dijo MacKenzie—. Es lo que sugiere la cámara.

Bahr gruñó:

—Lo sabremos dentro de un minuto. Un hombre está comprobando sus huellas dactilares y la forma de su dentadura. —El hombre corpulento hizo una pausa, mirando hacia el lago—. Huía de algo, eso es seguro. Debieron herirle por la espalda.

—¿Con qué? —inquirió MacKenzie.

—Con una especie de bala dum-dum.

—A mí me parece más bien un producto químico.

—Bueno, ¿y qué diferencia hay? —dijo Bahr irritadamente, fastidiado por las tranquilas y enojosamente razonables contradicciones del hombre del BRINT—. Haremos un análisis en el

laboratorio, naturalmente.

—Tal vez —sugirió MacKenzie— pudiera usted consultar con Oredos Vegas, en el Centro de Investigación Cancerosa de Puerta Rico. Ha estado trabajando en enzimas proteolíticas… es el número uno en ese campo.

Bahr se volvió a Carmine.

—Pida a la sección mecánica del DEPEX que repasen los índices de disolventes de proteínas y nos informen sobre el trabajo de ese hombre —dijo—. Si ha hecho algo estará en los archivos.

—Lo dudo —dijo MacKenzie—. Sus archivos quizás estén algo retrasados respecto a este investigador. Vegas no publica sus trabajos sin terminar.

—Entonces, ¿de qué lo conoce usted?

—Tenemos un contacto de alerta en el Centro de Investigación —dijo amigablemente MacKenzie.

Bahr frunció el ceño, reprimiendo un violento y repentino deseo de coger al pequeño escocés por la garganta y estrangularle. Como de costumbre, la opinión ecléctica sobre la inteligencia, presentada por el BRINT, les llevaba un paso de ventaja.

—Muy bien, si no podemos resolver el problema nosotros mismos, haremos que venga en avión a nuestro laboratorio y le pondremos a trabajar en el caso —dijo Bahr.

MacKenzie se rió de buena gana al oír esto. Bahr giró y se encaminó hacia el pequeño grupo de hombres que estaban en la orilla del lago, con Carmine a su lado y el hombre del BRINT siguiéndoles.

Carmine hojeó un bloc de notas.

—Tenemos una unidad de campaña registrando la maleza y un grupo estudiando la zona del campamento. En la orilla del lago hay algunas huellas de pisadas, pero no son muy claras. Debe de haber llovido.

—¿Hay algo de las barreras de la carretera?

La expresión, mezcla de burla y desprecio de Carmine, indicó lo que pensaba sobre los bloqueos de carreteras del BRINT.

—Pero hemos encontrado el dos ruedas. Se estrelló contra los árboles a unos noventa metros de la carretera.

Bahr asintió.

—Esto empieza a encajar —le dijo a MacKenzie—. La nave aterrizó en algún lugar cerca de aquí, alguien se acercó al campamento, mató a Bernstein e intentó comer parte de las provisiones que allí había, luego trató de utilizar el coche para salir a la autopista.

—¿Es ese el análisis que hace usted de lo que ve? —interrumpió

MacKenzie.

—¿Hay algún error en él? —espetó Bahr.

—Sólo una cosa. ¿Dónde está Russel? El otro hombre.

—Encuéntrenlo —ordenó Bahr a Carmine—. O a su cadáver. Y dígales que se apresuren con esa película.

Atravesaron el claro, pasando entre los grupos de hombres del D.I.A. haciendo oscilar las linternas, inútiles ahora a causa de las señales. Mientras andaban, Bahr contenía su ira, preguntándose qué demonios estaba haciendo aquí McKenzie, entremetiéndose por todas partes en primer lugar, maravillándose de cómo podía estar investigando ya que no parecía llevar ni sombra de equipo con él. No fotografiaba ni medía nada, ni tomaba muestras; de hecho, el hombre del BRINT parecía andar de un lado para otro con su deformado abrigo escocés, las manos metidas en los bolsillos, observando, como si estuviera verdaderamente asombrado por las extrañas e inexplicables actividades de los hombres del D.I.A.

Diferencia en los métodos, había dicho MacKenzie. Los crímenes investigados por el BRINT eran deliberados, con distribución lógica del motivo y la violencia, y por lo tanto podían resolverse con un análisis introspectivo de los principios primarios, mientras que los crímenes investigados por el D.I.A. consistían en la conducta característica e inconsciente de anormales —criminales— y por lo tanto se resolvían por medio de medicinas y clasificaciones. (Risas del BRINT, risas burlonas.)

Durante un breve y glorioso instante, Bahr tuvo una visión mental de MacKenzie reducido al tamaño de un ratón y cogido en una ratonera, el pecho completamente abierto por una enorme incisión de escalpelo, y Bahr; con un cristal de aumento y una sonda extraía el corazón del hombre del BRINT y contaba cuidadosamente las contracciones «tac-tac» para descubrir qué era lo que lo hacía latir. Una vez extraído el Corazón, echó el cuerpo en un tanque de alcohol. La imagen se repetía en ciclos, sincronizada con los pasos de Bahr, de modo que cada vez que su píe derecho pisaba, el corazón salía y cada vez que lo hacía el pie izquierdo, el cuerpo caía con un golpe sordo dentro del tanque.

Cuando llegaron junto al coche destrozado, Bahr había destruido personalmente a todo el BRINT, un hombre-ratón tras otro.

El cuerpo de Russel no estaba en el coche siniestrado, ni cerca de él. No había huellas en el sendero que conducía a la carretera, ni ninguna señal de desorden en la maleza de los alrededores. El bosque bajo era una espesura de alisos, que crecían muy juntos, y de arces; un

hombre tardarla diez minutos en pasar a través de tres metros de esa espesura.

—Ese hombre no puede desvanecerse así como así —gruñó Bahr.

—Los helicópteros han estado registrando la maleza con focos —dijo Carmine—. No han encontrada nada.

—Pero eso es imposible. Sea lo que sea lo que mató a Bernstein, no dejaría que su compañero escapara. No tiene sentido.

—Me parece —dijo lentamente MacKenzie— que es perfectamente obvio lo ocurrido. Si yo tuviera a mano sus recursos mandaría a buscar un equipo de hombres-rana.

Bahr se volvió y le miró fijamente.

—¿Cree usted que la nave aterrizó «dentro» del lago?

—¿Qué mejor lugar para esconderse? Y ¿por qué supone usted que los seres de la nave se dispusieron a cruzar la campiña inmediatamente? A mí me parece que primeramente necesitarán información (sobré el país, carreteras, lugares donde esconderse) de alguien que conozca la zona. Alguien como Russel, por ejemplo.

Bahr se rascó la barbilla.

—Han estado apoderándose de hombres por todo el país… estamos seguros. —Se volvió a Carmine—; ¿Cuánto tardaría en traer aquí a Van Golfer? Con un equipo completo?

Carmine calculó rápidamente.

—Quizás horas —dijo.

—Vaya a buscarlo —dijo Bahr—. Esta vez no habrá trucos como el de Wildwood. Si la nave está ahí la sacaré aunque tenga que regresar y desecar el lago para conseguirlo.

Varios metros de película sobre la vida de los pájaros pasaron ante la pantalla, buenos, malos y a veces desenfocados. De pronto apareció una toma del cielo, sin filtro, y muy cerca del sol. Bahr entornó los ojos ante la brillantez y dio un manotazo a los mosquitos que llenaban la pequeña tienda de proyección de campaña.

—Debieron ver la nave —dijo Bahr.

MacKenzie gruñó cuando apareció la secuencia siguiente. Era mucho más oscura, tomada a través del lago… algo que descendía sesgando hacia el agua, una salpicadura cuando un objeto plano, parecido a un disco, rozó el agua como una piedra, saltó otra vez y se hundió. La cámara siguió el salto, mostrando luego un largo trozo de película mientras la superficie del lago se tranquilizaba y las olas se calmaban.

—Demasiado lejos de la cámara para verlo bien —comentó Bahr—. tendremos que mirar algunas diapositivas.

Algo pequeño e indistinto apareció en la superficie del lago, como un corcho, descendió otra vez y flotó. La cámara lo siguió mientras se acercaba desde el medio del lago, como una manchita apenas visible. La mancha dejaba una pequeña estela, se aproximó hasta unos pocos metros de la orilla, directamente bajo la cámara, empezando luego a emerger del agua.

Se veía con bastante claridad, a pesar del leve temblor de la cámara. Era un casco bulboso y reluciente, de sesenta centímetros de diámetro y, bajo el casco, apareció un traje de presión chorreante, que cubría un cuerpo bisimétrico, completamente humanoide excepto por las grotescas piernas, largas y delgadas. Salió del agua haciendo un esfuerzo, mostrando su estatura, que podía fácilmente ser de tres metros, y se dirigió hacia la cámara.

Bruscamente, la película terminó.

MacKenzie frunció el ceño ante la pantalla cuando las luces se encendieron.

—Esto responde en parte a sus preguntas —dijo—. Aterrizó en el lago.

—Mande a esos hombres-rana ahí abajo —dijo Bahr—. Quiero que dos helicópteros se mantengan encima, con cables colgando, a punto de sacarlos con la mayor rapidez. Y, ¡Carmine!

—¿Qué, jefe?

—Quiero un informe sobre el charco que hay detrás de la tienda y otro sobre la materia del pecho de Bernstein.

—Lo comprobaré —dijo Carmine—. Y tiene un mensaje urgente para usted en la radio.

Bahr buscó al helicóptero que estaba provisto de la estación de radio y cogió la hoja amarilla del mensaje. Estaba firmada por el jefe del DEPEX en Nueva York.

BAHR DIRECTOR DEL D.I.A. PUNTO REFERENCIA PROYECTO FRISCO PUNTO INFORMAN JAMES CULLEN Y ARNOLD BECK DESAPARECIDOS DOMINGO TARDE DE UNIVERSIDAD MICHIGAN ENCONTRADOS POR POLICIA ANDANDO ATURDIDOS CENTRO LOS ANGELES A 22 HORAS PUNTO EN TOTAL ENCONTRADOS TREINTA Y TRES CONDICIONES SIMILARES PUNTO CREEMOS IMPORTANTE INFORME POR FAVOR.

Bahr sonrió de pronto a Carmine, tendiéndole la hoja de papel.

—Algunos de nuestros desaparecidos regresan. Frank, quiero que tú te encargues de todo lo de aquí. Que no se escape nada. Conserva a

MacKenzie a tu lado, si insiste, pero consigue que esos hombres encuentren la nave, aunque sea lo último que hagas en la vida. Quiero saber por qué están aquí y lo que han hecho a ese Russel. —Hizo una pausa—. Voy a ver que les han hecho a Cullen y Beck...

El radiotelegrafista levantó la vista, con los auriculares puestos.

—Otro mensaje urgente, jefe. Personal, de Abrams, desde Chicago.

El mensaje se componía únicamente de tres palabras y Bahr maldijo cuando lo hubo leído.

—¿Qué es? —preguntó Carmine.

—Alexander —respondió Bahr roncamente—. Nuestro amable, inocente y chapucero comandante Alexander. Se ha escapado del Kelley.

Carmine parpadeó.

—Jefe, si llega hasta el DEPCO...

—No lo conseguirá. —Bahr garrapateó un rápido; mensaje con la prioridad del Provecto Frisco y se lo entregó al radiotelegrafista—. Abram conoce su obligación. O sería mejor que la conociera.

MacKenzie se acercó por el sendero, acompañado

por un técnico del DJA., calvo y cubierto con una bata.

—Acertamos sobre lo de Bernstein, Fue una especie de enzima proteolítica.

El técnico señaló una pequeña zona ulcerada sobre el dorso de su mano.

—Todavía sigue activa como un demonio.

—¿Y el charco?

—Nada. La comida no fue masticada, sino sólo descompuesta por ácidos y vomitada —Bahr asintió.

—Muy bien, continúen con ello, Y llamen a un helicóptero. Tengo que marcharme a Chicago. ¡Carmine! Ocúpese de esa nave.

Estaba mirando en dirección al lago cuando sobrevino la explosión... una repentina luz y una columna de agua saltaron por los aires seguidas inmediatamente por la honda expansiva que los alcanzó como un estallido amortiguado. La luz se extinguió y los árboles se sacudieron cuando el repentino soplo de viento los alcanzó. Bahr se echó a correr hacia el agua, con MacKenzie a su lado.

—Esos pobres diablos no tuvieron ni una oportunidad —murmuró MacKenzie.

Bahr no dijo nada. Durante un largo momento su rostro decidido y obstinado se relajó, palideció y su fuerte mandíbula colgó flojamente, como si no pudiera respirar. Después dio media vuelta sacudiendo aún la cabeza.

—Ya es demasiado tarde para hacer nada —dijo MacKenzie.

—Otra vez —dijo lentamente Bahr—, ¡Lo han hecho otra vez!

Con un esfuerzo se dominó y su mandíbula se cerró apretadamente. Sus ojos se encontraron con los de MacKenzie y los dos hombres se miraron. La hostilidad había desaparecido, en forma extraña, de los oíos de Bahr. Por un momento, MacKenzie experimentó el fugaz sentimiento de eme si pudiera decir lo más apropiado, las cosas entre él y Bahr serían diferentes de aquí en adelante, pero no se le ocurrió ninguna idea y el instante pasó. El rostro de Bahr aparecía duro y reservado cuando se volvió hacia Frank Carmine.

—Envía en busca de un equipo médico. Haz lo que

puedas reúnete conmigo en Chicago. Prepárate para llevar a MacKenzie cuando desee marcharse.

Carmine asintió y se puso a organizar las actividades del D.I.A. mientras Bahr, todavía tranquilo hasta un punto casi pasivo, subía al helicóptero y se sentaba pensativo y silencioso, al tiempo que el rotor adquiría velocidad y se elevaba del suelo.

La última cosa que vio a la luz de los faros de inundación fue a Paul MacKenzie, un poco apartado y observándole, y se asombró vagamente ante el aspecto de aturdimiento y preocupación que mostraba el rostro confuso del hombre del BRINT.

VII

—No puede usted interrogar ahora a esos pobres diablos —dijo el doctor Petri—. Están exhaustos. Apenas se han recobrado del «shock». El único motivo de que no estén ahora mismo bajo los efectos de un fuerte sedante, es que sus hombres me dijeron...

—Lo sé, lo sé —dijo Bahr con impaciencia—. Es una pena, pero tienen que ser interrogados.

—Conseguirá mucho más de ellos si los deja dormir durante ocho horas. —El doctor hizo girar un mando de la televisión tridimensional —. Mírelos.

Bahr contempló la imagen de la televisión dé la Guardería Crítica. Allí estaban los hombres, no dos, sino hasta siete, incluyendo al eminente James Cullen, de la Universidad de Michigan, uno de los principales sociólogos-economistas del país, y según se decía, uno de los diez hombres en todo el mundo que comprendía por entero las implicaciones sociales, económicas y sicológicas de las ecuaciones Vauner-Elling. Estaban tumbados en unas sillas extensibles, con los ojos vidriosos y macilentos, intentando descansar y dormir hay después de las drogas alimenticias que les habían dado. No parecían los científicos de vanguardia de ningún país. Parecían cadáveres vivientes, espectros.

—No podemos esperar —dijo Bahr—. Si los dejamor dormir, no se despertarán hasta dentro de unos días y nos urge saberlo que les ha pasado.

—Señor Bahr, no comprende usted la tensión...

Bahr se puso en pie.

—Usted se ocupa de los cuerpos, doctor. Yo tomaré las decisiones de lo que haremos con ellos. Quiero que los pongan en cuartos separados y deseo que alguien me acompañe, alguien que pueda mantenerlos despiertos. Quiero decir completamente despiertos.

El doctor suspiró y salió del despacho, dejando a Bahr que, en esos momentos, estaba contemplando el reloj de pared. Pensó en el viaje de retomo desde el Canadá. Un coche del D.I.A. le esperaba en el campo de aterrizaje y le transportó a toda velocidad por las calles de Chicago, con la sirena aullando a toda potencia, pero hasta ese corto trayecto le recordó bruscamente los cambios que habían tenido lugar desde la incursión de Wildwood.

No vio el normal bullicio mañanero de gente por las calles céntricas. En cambio, la gente se reunía en grupos por las esquinas,

entrando con indiferencia en los edificios. Una enorme multitud se había reunido para ver el noticiario de la mañana, proyectado en la pantalla de ocho pisos del edificio del Tribune, con John John retransmitiendo las últimas informaciones del BURINF, pero era una multitud intranquila. Durante el trayecto hasta el hospital oyó una docena de veces la sirena de la policía.

Y en el hospital la repentina aparición de las cámaras de la televisión y de una docena de periodistas, todos hablando a la vez sobre un aterrizaje de seres extraños, pidiendo confirmación o negativas, quejándose amargamente acerca de la escasa información que le proporcionaba el BURINF.

Se abrió camino entre ellos a fuerza da codazos, repitiendo:

—Lo siento, muchachos, nada por ahora.

Hasta que la voz de una mujer, bastante aguda, sobresalió por encima del murmullo de las voces.

—¿No es cierto, señor Bahr, que su nombramiento como director del D.I.A. no ha sido aprobado en espera de una comprobación del DEPCO?

Bahr se detuvo, localizando el rostro de la mujer.

—¿Quién le dio esa información?

—Son sólo rumores, señor Bahr.

—Bien, puede usted publicar que me he hecho cargo del puesto de John McEwen en el D.I.A. en espera del nombramiento de un nuevo director, por razones de seguridad nacional rehusando esparcir rumores desagradables. —Echó a andar y añadió—: No sé quién será el nuevo director y ahora tampoco me importa. Simplemente estoy realizando un trabajo que tiene que hacerse.

Había sonado muy bien, pensó ahora, pero se había acercado demasiado al blanco. Alzó la vista cuándo el doctor Petri se acercó a la puerta, dirigiéndole una inclinación de cabeza.

—Muy bien, señor Bahr. Pero le prevengo...

Uno de los ayudantes de Bahr les detuvo en el corredor.

—Está aquí el señor Whiting, del DEPCO, que quiere verle, jefe.

Bahr frunció el entrecejo.

—Estoy demasiado ocupado —dijo.

—Tiene prioridad AA y dice que es sobre ese asunto de los seres extraños.

—¿De qué oficina del DEPCO? —dijo Bahr parándose repentinamente.

—La de Asuntos Exteriores. Es sobre esas emisiones de radio.

Bahr se tranquilizó. No era la oficina de Adam. No deseaba hablar

en este momento con nadie del DEPCO, pero una prioridad AA era difícil de ignorar

—Dígale que espere. Le veré tan pronto como pueda.

Entró en una pequeña habitación blanca. El operador de polígrafo estaba preparado y una bandeja esterilizada descansaba sobre la mesa.

—Muy bien —dijo Bahr al doctor—. Hagan venir a Cullen.

Dos hombres del D.I.A. introdujeron a Cullen en la habitación. Era un hombre de unos sesenta años, con el pelo gris, de aspecto arrugado y macilento; se inclinó y bizqueó un poco, como si las brillantes paredes blancas le dañasen la vista. Se apoyaba pesadamente en sus dos acompañantes, pareciendo estar al borde de un colapso nervioso. Sus ojos tenían el crudo y antinatural brillo del desvelo producido por la anfetamina.

Bahr lo condujo hasta el asiento PG, sacando su cartera y mostrándole su tarjeta ID.

—Soy Julian Bahr, doctor Cullen. Director del D.I.A. Nos gustaría preguntarle algunas cosas.

—Por favor —dijo Cullen sordamente—. Déjenme dormir. Han estado interrogándome días enteros, ya no puedo pensar más.

—Seremos tan breves como sea posible —le instó Bahr.

Hizo un movimiento de cabeza y los técnicos ataron uno de los receptores de polígrafo Gronklin alrededor del pecho de Cullen.

El viejo sacudió débilmente la cabeza.

—¡Déjenme solo! Ya no puedo contestar a más preguntas.

—¿Quién ha estado preguntándole?

—No lo sé, no lo sé. Alguien. Tengo el cerebro vacío.

La mandíbula de Bahr se cerró con fiereza.

—¿Se llama usted James Cullen?

Cullen no respondió.

—Doctor Cullen, tengo alguna idea sobre lo que acaba usted de pasar. Si lo que creemos es cierto, más de cuarenta colegas suyos están pasando ahora mismo por idéntico trance. ¿No quiere usted ayudamos a acabar con esto?

El anciano movió desesperadamente la cabeza.

—No sé nada. Estoy cansado. No recuerdo lo que sucedió.

—Nosotros le ayudaremos a recordar.

—¿Sabe mi familia que estoy a salvo?

El puño de Bahr se cerró al oír la disgresión.

—Se lo dirán. Ahora responda sólo a mis preguntas. Diga únicamente sí o no. —Se recostó en su silla y enrolló hacia adelante el

papel del polígrafo—. ¿Es usted profesor de los principios Vanner-Elling en la Universidad de Michigan?

De nuevo Cullen se negó a contestar. Bahr golpeó la mesa con el puño cerrado, notando con satisfacción el cambio repentino de la presión sanguínea cuando sonó el golpe.

—Creo que está usted cansado —dijo solícitamente—. Creo que será mejor que le demos algún estimulante.

—Por favor...

—Sólo un poco de adrenalina y anfetamina. Se sentirá un hombre nuevo.

El técnico sujetó con una abrazadera el brazo de Cullen, fallando deliberadamente la vena por dos veces. En un instante, el corazón de Cullen empezó palpitar desesperadamente contra el constrictor pectoral, mientras sus ojos parpadeaban rápidamente

—Preparen otra dosis para el caso de que empiecen a adormilarse —dijo Bahr.

Cullen se mostró verdaderamente bastante cooperador después de esto y su memoria se volvió notablemente clara, por lo menos en algunas cosas. Habían exasperantes vacíos en su historia, pero el esquema era bastante claro.

Había sido raptado de su casa de Ann Arbor el domingo por la noche. No podía recordar cómo, ni el aspecto de sus raptores.

Recordaba vagamente haber hecho un recorrido bastante largo en una especie de vehículo, una habitación extraña y luces cegadoras.

Y las preguntas...

—¿Quién le interrogaba...?

—No pude verlo. Era sólo una voz. Una voz rara.

—¿Una voz humana?

—No. Definitivamente no... no la que yo oí. —El anciano dudó—. No tenía sentido, pero estoy seguro, de que era un «hablador».

Las cejas de Bahr se elevaron excitadamente al técnico. El «hablador» electrónico, el cual convertía los dibujos punteados de las cintas en sonidos hablados, fue construido en principio para las comunicaciones habladas a larga distancia, siendo particularmente útil cuando se necesitaban señales que se perdían en parte. La voz incompleta al ser reflejada por, la ionosfera fluctuante, solía salir del «reunidor» en una serie de gemidos, estallidos y silbidos. El «hablador» reducía las palabras a una ráfaga de siete caracteres pulsados, reuniéndolos y desenredándolos en el punto de recepción. Era bastante seguro, pero la voz conservaba siempre tonalidades del lenguaje electrónico y una fácil identificación por cualquiera que lo

hubiese oído con anterioridad.

—¿Ha oído usted alguna vez un «hablador»? —preguntó Bahr.

—Los usábamos en el Centro. Para las comunicaciones a distancia y para propósitos de traducción.

—Y ¿de qué trataban las preguntas?

Sobre esto Cullen fue muy explícito. Le habían planteado centenares de preguntas acerca de su trabajo en Michigan, especialmente en lo referente a las ecuaciones Vanner Elling y su aplicación corriente para controlar la estabilidad psicológica y económica del país, a partir del colapso económico de la quiebra de 1995. Le interrogaron acerca del funcionamiento de las votaciones, del empleo de las máquinas al delimitar los planes de producción y anticipar los puntos psicológicos débiles en los diferentes segmentos de la sociedad.

Se negó a contestar a las preguntas sobre un proyecto altamente clasificado y le trataron con repetidos electro-shocks de pequeño voltaje, hasta que se desmayó. No podía recordar cuándo volvió en sí. Su último recuerdo era el de haber andado, sumido en una gran confusión, por las calles céntricas de Los Angeles, hasta que la policía le detuvo por vagabundo.

También se negó a decirle a Bahr lo que era el proyecto, ni nada sobre él, aunque Bahr le amenazó con inyectarle más anfetamina. Cullen sabía lo que era la Seguridad y nada más que un examen sin restricciones del BRINT le hubiera sacado informes de alta importancia. Bahr tomó nota al instante para que se hiciera sobre Cullen una investigación de antecedentes tipo 4, tan pronto como las cosas se arreglaran; a Bahr no le gustaba que la gente le negara nada.

Los otros seis hombres, mucho más cooperadores, también fueron sacados de sus casas, por lo que sabían, el domingo por la noche y por captores inidentificables. Eran dos sociólogos, un biólogo, dos lingüistas y uno de los pocos físicos del país que todavía trabajaba en física. Todos fueron intensamente interrogados sobre sus respectivas esferas de trabajo, sin ver nunca al que preguntaba y todos confirmaban el sonsonete de un «hablador» intermediario. Uno de ellos había sido lo bastante indiscreto, después de dos horas de electro-shock, para divulgar cierta información sobre el proyecto de alto interés con el que se hallaba en contacto en su trabajo para el DEPCO. Esto se vio en el P6, naturalmente, y Bahr tomó nota de sacar tanta información del hombre como le fuera posible para los planes de investigación del DEPCO, antes de devolverlo a este organismo para que le procesaran.

Esto no se llevó a cabo debido a que el hombre s# suicidó algún tiempo después de la entrevista, lo cual molestó considerablemente a Bahr. Esté no permitía que la gente cambiara sus planes.

Pero el esquema apareció tan claro cuando se conocieron todos los datos, que no era posible equivocarse. Los siete hombres fueron secuestrados por alguien, llevados a algún lugar, y les extrajeron sistemáticamente toda la información que conocían; después los dispersaron por grandes zonas, en un estado de confusión y con los nervios destrozados.

Bahr cerró el cuaderno y se dirigió a la habitación dónde los repatriados habían sido reunidos después del interrogatorio. El doctor Petri andaba por allí esperando ansiosamente que le permitieran administrar los sedantes. Bahr se encogió de hombros ante sus protestas y dirigió un movimiento de cabeza a los dos hombres del D.I.A. que montaban guardia junto a la puerta. Uno de ellos era un hombre alto y corpulento, con aspecto de marino y un rostro duro de presidiario; devolvió brevemente la inclinación de cabeza y enderezó automáticamente los hombros cuando Bahr entró en la habitación.

Los repatriados levantaron apáticamente la mirada mientras Bahr colocaba su pesado pie sobre una silla y se encaraba con ellos.

—Bien, por el momento hemos terminado el interrogatorio —dijo Bahr—. Cuando el doctor Petri esté satisfecho de su estado físico, se les pondrá libertad.

Contempló las cabezas inclinadas y oyó el suave suspiro de alivio que recorrió la habitación.

—Sin embargo, se les mantendrá a ustedes bajo completa vigilancia de seguridad.

Esto equivalía a un arresto en sus propias casas. Las cabezas se levantaron en un nuevo gesto de protesta.

—Pero usted ya nos ha interrogado —dijo débilmente Cullen.

—Deben ustedes darse cuenta de que, bajo estas circunstancias, no podemos suponer que todo lo que nos han dicho sea cierto —dijo Bahr.

—Pero seguramente los registros del polígrafo...

—Tal vez no signifiquen nada. Yo sé que nunca hemos encontrado occidentales que pudieran engañar a nuestro sistema de polígrafos bajo un tratamiento adecuado de drogas. Desgraciadamente, los resultados no son concluyentes cuando se trata de orientales, los cuales tienen una noción diferente de la verdad y en particular al tratarse de yoguis, que pueden controlar su sistema del gran simpático.

Cullen estaba ahora sentado muy erecto en una silla, con el rostro enrojecido por la cólera.

—Señor Bahr, tenemos algunos derechos legales.

—Por ahora, doctor Cullen no tienen ustedes ninguno —respondió ásperamente Bahr—. Hasta que no se pruebe lo contrario, estamos obligados a suponer que sus raptores fueron seres interplanetarios, que llevaban a cabo los primeros intentos de una invasión. Ustedes han estado en contacto con esos seres... Son «los únicos» que lo han hecho. Por la forma en que fueron raptados, parece obvio que esos seres son capaces de entrar en nuestras ciudades sin ser detectados, bien disfrazados de humanos o bien usando y controlando a los hombres. Muy bien, saque usted a las conclusiones. Si sus secuestradores poseen técnicas de control mental desconocidas para nosotros, pueden resultar ustedes unas víctimas peligrosas. No podemos correr el riesgo de que no lo sean.

Se detuvo, esperando a que todas sus palabras profundizasen.

—Bien, si lo han comprendido, continuaremos. Serán ustedes puestos en libertad, pero bajo la custodia del señor Yost. —Indicó al hombre de rostro duro y aspecto de marino—. Serán responsables ante el señor Yost de cuanto hagan o digan. No responderán ustedes a las preguntas ni harán declaraciones. Si encuentro alguna cita, admisión o su posición en cualquier emisión de TV, el señor Yost se encargará de mejorar su comprensión de lo que es seguridad.

Yost los acompañó hasta la sala de recuperación. Bahr había visto la chispa de envidiosa admiración que brilló en los ojos de Yost y sonrió, satisfecho. Yost era un antiguo teniente del 801 que estuvo en una penitenciaría de Texas convicto de estupro, asalto a mano armada y de otra docena de crímenes violentos. antes de hacerse voluntario. En Texas fue el matón de la cárcel; en el 801 dio con su vocación y había endurecido a su pelotón de guerrilleros y, posteriormente, a su unidad de campaña del D.I.A. convirtiéndola en una fuerza terrible, violentamente peligrosa. Yost sólo creía en una cosa —el poder— y para él, Bahr era poder. Temía a Bahr y le odiaba, pero estaba decidido a obedecerle hasta la muerte. Bahr lo sabía y se fiaba de ello. Reconocía las ventajas de un subordinado temido y odiado por todos, quien le hacía todos los trabajos sucios.

Y estaba seguro de que cuando los repatriados fueran puestos en libertad, ya habrían transferido permanentemente su temor y su odio de su persona a la de Yost.

Empujó la silla hacia atrás y fue, escalera arriba, a encontrarse con el comité del DEPCO que le esperaba.

El Departamento de Control, la oficina multifacética e intrincada que ejercía el final y definitivo poder ejecutivo del Gobierno de Estabilidad Vanner-Elling, era una organización de amor.

Julian Bahr había necesitado varios años y cientos de encuentros con hombres del DEPCO, de mayor importancia, desde las sesiones ejecutivas de alto nivel-3 con los Jefes Conjuntos hasta los más casuales encuentros en fiestas particulares, para darse cuenta de la veracidad fundamental de este hecho y después, comprender por entero sus implicaciones. Libby Allison lo negó vigorosamente y con el mismo ardor (aunque inconscientemente) lo probó en sus batallas armadas y conversaciones con Julian. Lo había oído de labios de altos oficiales del DEPCO, quienes no tenían idea de lo que estaban admitiendo y también lo oyó decir a otros hombres del DEPCO que lo reconocerían y, sin embargo, lo admitían.

El DEPCO era una organización de amor. Todo lo que hacía tenía insinuaciones de amor. Inevitablemente, esto oscurecía su juicio. Igualmente inevitable era que esto lo atrincherara con increíble firmeza en la posición de poder que mantenía desde que Mark Vanner puso en funcionamiento su control de ecuaciones en una amplia base de gobierno, después de la quiebra. Era extremadamente difícil atacar al amor convertido en institución y llegar muy lejos en ese ataque.

Para Julian Bahr todo el concepto era difícil de comprender y completamente imposible de sobrentender. Bahr prefería instintivamente el temor y el odio al amor, pero sabía que ahora tenía que obtener una operación cordial y sin preguntas por parte del DEPCO. Por consiguiente, tenía que quererlo. Mientras el ascensor subía los seis pisos hasta el salón de conferencias donde el comité del DEPCO le había estado esperando, Bahr intentó valientemente pensar en una sola razón por la que amar a la organización que estaba haciendo cuanto se hallaba en su mano por destrozar su vida.

No pudo encontrar razón alguna.

El amor era necesario a veces, naturalmente, y según cuando hasta placentero, refrescante, confortador. Algunas veces creía que amaba verdaderamente a Libby y sufría violentas punzadas de culpabilidad por el modo en que siempre parecía impelido a contrariarla e intentaba dominarla. Deseaba no tener que depender de ella para que le falsificara su Grado de Estabilidad, porque si sólo hubiera sido una joven agradada, tal vez hubiera podido hablar francamente con ella,

Pero Libby era una terapeuta que trabajaba para el DEPCO, y había algunas cosas que no podían decirse a un terapeuta aunque éste fuera una hermosa mujer.

Encontró al comité del DEPCO esperando paciente mente, sonriéndole, a pesar de todo, en forma paternal, después de haber aguardado cuatro horas para conseguir una conferencia con prioridad AA, saludándole calurosamente, aceptándole y apreciándole contra viento y marea. El jefe del grupo era un hombre alto y rubio, con pálidos ojos azules, que intentó borrar las arrugas de preocupación de su frente cuando Bahr entró en la sala.

Bahr le estrechó la mano, sonrió de dientes afuera y entonces vid a Paul MacKenzie, sentado a un lado de la habitación, limpiándose descuidadamente las uñas, sin mirar apenas cuando Bahr se sentó, pero dándose cuenta de todo lo que ocurría espiando. Bahr sintió que los músculos de sus hombros y de su cuello se atiesaban.

—Muy bien —dijo—. Siento haberles hecho esperar, pero tenía entre manos un trabajo muy importante. Vayamos al caso. ¿Qué desean ustedes?

El jefe de la delegación se aclaró la garganta.

—Yo soy Whiting, señor Bahr. Sentimos mucho tener qué molestarle ahora; naturalmente, sabemos que está usted muy ocupado, pero, para ser perfectamente francos, señor Bahr, he de decirle que estamos alarmados.

Bahr rezó mentalmente por conservar su dominio y sonrió a Whiting.

—¿Por qué?

El hombre del DEPCQ pareció embarazado.

—Por el modo en que el D.I A. lleva a cabo las investigaciones sobre esos... —Vaciló, esforzándose por evitar la palabra—. Esos incidentes que han estado sucediendo.

—¿Se refiere usted a las naves interplanetarias que han estado aterrizando?—dijo Bahr.

Whiting se sobresaltó.

—Creo que no se da usted cuenta de la magnitud de lo que está pasando aquí, señor Bahr. Acabamos de recibir unos informes recogidos en los Estados Unidos Continentales y en otros lugares de la Federación Americana, además de los enviados por dos unidades de campaña en Europa. Nuestra curva de pronóstico... —Abrió un portafolio y puso un gráfico ante Bahr.

Las manos del hombre del DEPCO temblaban.

—Señor Bahr, estas curvas indican que se esparce por el país un pánico creciente, centrado en los rumores de aterrizajes interplanetarios. Esta mañana hubo un tumulto, que se impidió por muy poco, en los Angeles y otro en San Luis. Nuestras fuentes de

información indican que los Oyentes de noticiarios extranjeros han aumentado en un factor de diez durante la semana pasada. —El hombre del DEPCO levantó las manos, desesperanzado—. Como es natural, nuestras técnicas de control social fueron proyectadas para dominar emergencias de pánico, pero nunca había sucedido nada de esta magnitud, ni siquiera durante los últimos años de la quiebra. Si esto estallara en un pánico a gran escala...

Bahr frunció el ceño.

—¿Por qué ha venido a hablar conmigo, señor Whiting?

—A causa de las filtraciones en la seguridad. Las redes de noticiarios extranjeras reciben información y la gente las escucha. Sus historias encubridoras, emitidas por el BURINF, no son aceptadas. Y la implicación de las redes extranjeras de que usted intenta desesperadamente mantenerlo todo oculto, no hace más que atizar la llama.

Bahr se encogió impacientemente de hombros.

—Tuvimos una filtración verdaderamente lamentable —admitió—, la charla entre los helicópteros que los canadienses interceptaron. —Miró a MacKenzie—. No ha habido más filtraciones desde entonces y no las habrá.

Whiting frunció el entrecejo.

—Pero, señor Bahr, hace seis horas Radio Budapest emitió una detallada descripción de un aterrizaje interplanetario en el norte de la Columbia Británica.

Bahr golpeó la mesa con el puño y se puso en pie de un salto, estrellando la silla contra la pared.

—¿Qué ha dicho usted?

—Ha dicho que la noticia se ha hecho pública—dijo MacKenzie desde su sitio—. Ya corre por todo el país.

Bahr juró violentamente.

—Entonces es que hay una filtración en el D.IA. o en el BRINT. Lo hemos mantenido tan secreto que...

Se interrumpió, dirigiéndose a un ayudante.

—Dígales que se preparen para un cierre completo de noticias en todas las frecuencias. Dígale que obstaculicen el trabajo de esas redes extranjeras. Toda historia que aparezca en los noticiarios tendrá que explicárseme personalmente.

Whiting le miraba con fijeza, mientras su rostro palidecía.

—¡Señor Bahr, no puede usted hacer eso! ¡Un cierre de los noticiarios ahora, sería el colmo!

Bahr se volvió rápidamente hacia él.

—Idiota, ¿no reconoce usted una guerra cuando la tiene ante sus propios ojos? ¡Esto es lo que tenemos entre manos... una guerra, una deliberada guerra psicológica! Sean lo que sean esos seres, no sabemos prácticamente nada sobre ellos, y ellos lo saben todo de nosotras. Ni siquiera podemos suponer cuál será su próximo movimiento. Han aterrizado aquí, pueden haber estado escuchando y controlando nuestras emisiones de TV y noticiarios durante años. Han interrogado a nuestro personal clave. Todo lo que han hecho ha sido perfectamente organizado para provocar una reacción general de temor.

—Pero la gente...

—Si ya han robado el caballo, ¿a qué viene cerrar ahora la puerta del establo? —espetó Bahr—. Si la única cosa que la gente creerá es la verdad, eso será lo que les diremos. La verdad.

—No podemos decirles la verdad —dijo Whiting, interrumpiendo el espeso silencio que siguió.

—¿Por qué no?

—Porque la única cosa con la que nuestra sociedad no puede enfrentarse es con una invasión interplanetaria —dijo Whiting—. Arrancaría de raíz nuestra sociedad.

—¿Por qué? —inquirió ásperamente Bahr.

—Porque no tenemos absolutamente ninguna defensa ante una invasión interplanetaria... ninguna., y la gente lo sabe.

—Tonterías. Tenemos armas, poseemos tecnología —dijo Bahr.

—De nada nos servirían ante un invasor interplanetario— opinó Whiting—. Ni ante el temor. No sabemos exactamente dónde tiene sus raíces ese temor, básicamente... es probable que en los viajes al espacio anteriores a la quiebra... pero el temor es tan fuer» te ahora como lo fue siempre.

—¿Se refiere usted al temor al espacio?

—Me refiero al temor a las naves interplanetarias —dijo Whiting —. No tiene usted idea de cuán profundamente penetra. No puede usted imaginar cuánto hemos luchado por superarlo desde la quiebra.

Whiting suspiró y sus ojos se pusieron soñadores.

—Vanner lo vio, mucho antes de la quiebra; por lo menos advirtió los síntomas. Hasta vio que debía hacerse aniquilar firmemente el sistema Vanner-Elling, ahuyentar la tecnología de la mente de las masas, especialmente de las masas futuras. Esta era la única esperanza que quedaba para lograr la estabilidad y necesitábamos esa estabilidad a todo precio. Una brillante visión. Vanner temía esto a causa de las repercusiones, pero Larchmont...

De pronto Bahr lo localizó. ¡Whiting... claro! Libby le había hablado de él aquella noche en el Colony Club, cuando los dos estuvieron un poco bebidos y se rieron tanto que les dolían los costados. Whiting... el último de los hombres puramente exóticos que quedaba en el DEPCO, el protegido del legendario Larchmont, quien casi consiguió convertir el sistema educativo del país en un vasto instrumento de análisis por grupos, durante los vacilantes días en que se formó el gobierno Vanner-Elling. Larchmont no lo logró por completo, pero dejó permanentemente la huella de su oculta personalidad en la psicología del país y en el gobierno.

Fueron sus seguidores los que cambiaron la tradición romántica del país, convirtiendo la antigua falacia del patrón empleado en Hollywood «héroe atractivo - bella heroína, enamorados», es la todavía más horrenda falsedad de «ser su papaíto - ser su pequeña ninfa», concepto principal en las películas de ficción corrientes, las tonadillas populares y en las confesiones hechas en el sofá del psicoanalista.

Y Whiting era un discípulo de Larchmont, un soñador psicoanalítico, un divagador fantasioso, mantenido por el DEPCO en la oficina de Asuntos Extranjeros porque era inofensivo y una mina de información para las cabezas de chorlito de algunos sectores del mundo psicológico, inofensivo también porque nunca sucedía nada en esa oficina.

Pero ahora sí había sucedido algo. Las redes extranjeras que trataban de la historia de los seres extraños caían bajo la jurisdicción de Whiting y, naturalmente, Whiting se dirigió a Bahr. Pero lo que Whiting tenía que decir era otra cosa. Bahr se tranquilizó, sintiéndose de pronto cálidamente exultante, escuchando ahora para saber cómo podría utilizar a Whiting, quien después de todo, representaba la autoridad del DEPCO.

—...Interpretamos las naves espaciales como signos fálicos —decía ardorosamente Whiting—. En el punto culminante de la quiebra, apareció un tremendo odio a los padres y un complejo de Edipo hacia las naves. El populacho destrozó la última incluso antes de que estuviera terminada, así que usamos el odio hacia la generación anterior para persuadir a las masas a que rechazaran los antiguos gobiernos militares y legales. Y teníamos los calculadores. Tuvimos que usarlos porque Vanner, después de todo, era el punto político conjuntados Pero la idea de ponerlos en las cavernas fue un rasgo de genio por parte de Larchmont. Los calculadores significaban seguridad, calor, protección y la ausencia de naves espaciales, y ellos

estaban en las cavernas… un magnífico complejo de Edipo.

Bahr miró a Paul MacKenzie, que continuaba sentado, con sus ojos adormilados y sin dejarse impresionar por el torrente emocional expresado por Whiting. Aparentemente, MacKenzie ya había oído antes esta letanía. Parecía ser el único en la habitación, aparte de Bahr, que no sentía la influencia de lo que Whiting estaba diciendo.

—Lo que quiere usted decir —cortó Bahr en medio de una frase—, es que ahora la gente siente un enorme terror culpable hacia las naves espaciales y, por asociación, temen también a los seres interplanetarios. ¿No es así?

Whiting pareció aturdido por el sucinto resumen que Bahr hizo de sus incompletos artículos de Fe

—Bueno… bueno, sí, esto es…

—Muy bien —dijo Bahr—. Ahora escúcheme con atención. Tenemos que decirle a la gente la verdad, tal como la vemos, desde luego. Podemos usar la rivalidad nacida del parecido con los seres extraños a causa de su aspecto humanoide. Desde luego tenemos que hacer público esto.

Hablaba de prisa, enérgicamente, esperando no convertir las charlas conferenciales de Libby en psicodinámicas teóricas, en una forma tan confusa que hasta Whiting, en su estado de éxtasis, viera lo absurdo del caso.

—Después usaremos la forma no fálica de las naves espaciales extrañas y la protección y seguridad características como si provinieran de una defensa guiada por los calculadores, en contra de los seres interplanetarios… desde las cavernas, claro.

Durante un momento temió que MacKenzie se echara a reír en voz alta y lo estropeara todo, pero el hombre del BRINT consiguió disimular su reacción con un ataque de tos. Whiting asentía fogosamente.

—Brillante… brillante… a Larchmont le hubiera gustado la idea.

—Seguramente esta proposición cortará de raíz el pánico —dijo Bahr gravemente—. No hay necesidad de un estado de alarma B. Con la autoridad del DEPCO —de usted— controlaremos la seguridad, dividiendo el país en zonas étnicas; usaremos el sentimiento de grupo para combatir a los seres extraños. Naturalmente, necesitaremos una censura de alarma B, en las emisiones de noticiarios y en el tráfico.

Whiting pareció dudar.

—Eso es pedir mucho.

—No se preocupe —dijo Bahr—. Me ocuparé de que los jefes conjuntos acepten, si usted me apoya.

—Y, naturalmente, tendrá que hacerse un cuidadoso trabajo en las emisiones de noticias del BURINF —dijo Whiting, animándose con la idea.

—Yo me ocuparé de eso —le respondió Bahr—. Para una noticia como ésta necesitaremos un guion. escrito Sería mejor hablar personalmente.

—¡Desde luego! —asintió Whiting—. Tenemos algunas personas que podrían hacerlo estupendamente.

—No es necesario —dijo Bahr con firmeza, ya completamente seguro de su posición—. Yo mismo hablaré.

La emisión se llevó a cabo a las siete de la tarde, desde los estudios del BURIMF, en Nueva York, adonde Bahr se dirigió en avión, cuando por fin pudo librarse de Whiting. Desde el mediodía, cuando empezó a funcionar el cierre de noticiarios por el estado de alarma B, la poderosa red de TV del BURINF se puso en acción, coordinando emisiones de anuncios, alcanzando a todas las radios, micrófonos de habla al público y aparatos de televisión del país. El BURINF había tenido una larga y fructífera experiencia en el control de audición de las masas, siendo una fuerza vectorial mayor la implantación de la política del DEPCO; en las siete horas de máxima saturación podían garantizar un 80 por ciento de auditores a la hora de los anuncios, con una reemisión a medianoche que lograba otro 17 por ciento.

El contenido de los anuncios sólo era suficiente para garantizar la máxima atención. El cierre era un movimiento calculado, con una única noticia, que venía de todas las fuentes de información: que el director del D.IA. pondría en claro los rumores de una invasión de la Tierra por seres extraños.

—Debes tener cuidado —le dijo Libby al revisar su maquillaje para la TV—. Observarán todos tus gestos y ademanes.

—Claro que lo harán —gruñó Bahr—. Eso es lo que quiero.

—No me refiero al público, sino al DEPCO. Adams se puso furioso cuando recibió el informe de Whiting. Están observándote yo ya no podré detenerlos por mucho tiempo.

—Claro que podrás —dijo Bahr—. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Cuándo dormiste por última vez?

—No necesito dormir. Me encuentro magníficamente.

Dirigió un movimiento de cabeza a un técnico, quien le hizo una señal desde la ventanilla de control, se levantó y entró en el estudio del BURINF.

Libby tenía razón: estaban observándole. Las cámaras le enfocaron al cruzar el umbral y oyó el murmullo de voces que sonaban en la

habitación oscurecida y a través de la nación, esperando, observándole. Su boca se distendió en una sonrisa crispada, que no pudo dominar. Este era el momento por el que había luchado. «El pasado ya no cuenta», se dijo a si mismo salvajemente, mientras cruzaba la habitación. «Ahora nada importa, excepto esto. No importa que te hayan dado una tarjeta verde para mantenerte abajo, para degradarte. No importa que te hicieran pasar por un Consejo de Guerra para expulsarte del Ejército. Durante toda tu vida han estado intentando rebajarte, intentando hundirte en el barro, y durante toda la vida tú has estado luchando y ahora vencerás.»

Se vio a sí mismo en la pantalla monitor, mientras se acercaba al micrófono colocado en el centro de la, cabina, con el abrigo al brazo, mostrando el brillante» y mortífero paralizador Markheim en la pistolera colgada del hombro, llevando a Frank Carmine a su derecha. Vagamente, sus oídos captaron al comentador, que murmuraba la introducción en voz baja,

—Julian Bahr, director interino del D.I.A. va a hacer una declaración al pueblo de la Federación Americana. sobre la urgente crisis nacional que acaba de surgir. El ayudante del señor Bahr se ha sentado. El señor Bahr se pone el abrigo. Hasta este momento ha estado trabajando en la solución de la crisis. Y ahora, amigos, el director del D.I.A., señor Julian Bahr

Reinó un pesado silencio, mientras Bahr esperaba, contemplando los rostros grises que llenaban la sala, sintiendo la desesperada angustia de los que se hallaban ante noventa millones de televisores, esparcidos por toda la nación. Vio el rostro de Adams, tenso y ceñudo, observándole, y a un lado, lejos, la cara de un hombre de edad, con un rebelde mechón de cabello blanco, observándole también.

Y luego surgió su voz, pesada, resonante, poderosa, imperativamente y, sin embargo, tranquilizadora.

—Amigos, ya no hay duda de que nos estamos enfrentando con una crisis nacional. Sabemos que naves de mundos extraños han aterrizado en nuestra Tierra, en la primera ola de una silenciosa invasión. Están ahora entre nosotros...

VIII

Cari Englehardt, con rostro delgado e impaciente, se detuvo un momento en la plataforma de salida del reactor de línea Nueva York-Washington, reconoció después al Volta que le esperaba, con el marbete de licencia oficial y a los guardas del D.I.A. en sus trajes oscuros. Bajó velozmente la rampa y bordeó la muchedumbre del aeropuerto, que ya empezaba a disolverse lentamente, moviéndose con el rápido e inquieto paso que le hacía parecer, a distancia, un hombre de treinta y cinco años, si no fuera por su cara arrugada y el rebelde mechón de cabello blanco.

Subió al Volta con una impaciente inclinación de cabeza hacia el conductor perteneciente al D.IA. se recostó en el asiento, encendió un cigarrillo que sacó de su pitillera de titanio grabada, cuando el coche subió por la larga rampa, dirigiéndose hacia las elevadas calles del Washington reconstruido.

Había oído hablar de la reunión, urgentemente convocada, de los jefes conjuntos del Departamento seis horas antes de la sensacional emisión de Bahr, primero en ciertas fuentes del BRINT y después por conductos oficiales, indicando que sería deseable su presencia en la reunión, por no decir imperativa, con a completa aprobación del DEPCO y de todas las demás agencias afectadas. Ahora relajó sus músculos, riendo quedamente. ¡Dios, cuánto odiaban tener que llamarle! El hecho de que lo hicieran, sólo servía para subrayar su desesperación. El hecho mismo de su existencia, completamente inatacable e incontestable para cualquier agencia del gobierno, resultaba repelente para el DEPCO, el cual, después de ocho años de continuos estudios e indagaciones personales y por la computación lógica de Boolean en las máquinas, fue incapaz de plantear en contra de él un caso convincente de monopolio o evasión de impuestos. Y el simple e ineludible hecho de que su existencia independiente fuera un factor muy importante en el buen funcionamiento del gobierno ecológico Vanner-Elling pese a lo que éste había evolucionado durante la quiebra y después de ésta, resultaba todavía más difícil de tratar.

En la economía socialmente controlada y altamente integrada de la Federación Americana del Siglo Veintiuno, Cari Englehardt sobresalía como un enigmático anacronismo. Nadie sabía, con seguridad, el verdadero alcance de la constelación industrial que él regía. Los analistas y predictores del futuro cloqueaban y graznaban en señal de protesta, proponiendo teorías y citando ejemplos según los cuales

Englehardt y un gobierno ecológico estable eran mutuamente incompatibles y no era posible concebir que coexistieran en el mismo plano. Pero, inevitablemente, tenían que preguntar a Englehardt cuáles eran sus planes para el siguiente período de dos o tres años, en el momento de determinar los parámetros del pronóstico económico anual Vanner-Elling, y tenían que admitir, aunque de mala gana, que la vasta organización industrial de Englehardt era el parachoques que absorbía los esfuerzos y penalidades del plan anual Vanner-Elling.

Desde los primeros tiempos del sistema V.-E. Englehardt había andado por la cuerda tirante de esta controversia, manteniendo el equilibrio de las fuerzas opuestas con una delicadeza que era sólo superada por la legendaria habilidad con la cual el BRINT conservaba el equilibrio de poder con el tumultuoso Este.

Y ahora, enfrentados con una crisis, pedían dé nuevo su ayuda. Mientras el coche dejaba la callé elevada y descendía hacia el círculo de edificios gubernamentales, consideró las circunstancias. Sabía lo que querían y, por otra parte, sabía también lo que estaba dispuesto a proporcionar. La reunión sería violenta. Pero la violencia no le era desconocida.

La había capeado antes y sobrevivió.

Mark Vanner había previsto, con un error inferior a una semana, el momento en que la sociedad de los últimos días de 1990, como un puchero de agua hegeliano que absorbiera energía sin mostrar cambios perceptibles, empezaría de pronto a hervir. En el caso de la economía de los antiguos Estados Unidos fue más bien desmenuzarse que hervir, pero el desarrollo del colapso siguió exacta y desastrosamente ios pasos que Vanner había descrito nada menos que diez años antes.

Los brillantes ejemplos y las teorías determinantes para lograr una visión total sociológica, económica y psicológica de una nación, en cualquier momento dado, fue la obra del oscuro economista británico Peter Elling, pero la extensión matemática dé la teoría para convertirla en una técnica practicable y fidedigna en la predicción y el control del futuro fue la creación del sociólogo-matemático, Mark Vanner. Había tratado en vano de convencer a la vacilante y atemorizada administración Hartman de que la salvaje y agotadora carrera con el bloque Oriental para mantener en el espacio naves satélites permanentemente tripuladas y armadas, y guarniciones militares en la Luna, estaba conduciendo al país al borde del desastre económico; de que, a menos que fuera detenida a tiempo, esta carrera

de armamento, los llevaría inevitablemente a un colapso total de la economía. Desde el año 1960 se vio claramente que una peligrosa proporción de la reserva nacional de oro y de las horas de trabajo se despilfarraba en tácticas de defensa, pero el continuo derroche necesario para la construcción de naves espaciales era asombroso y se multiplicaba cada año.

Cari Englehardt había leído las obras de Vanner, habló con él y vio las figuras del barro. Tenía entonces cincuenta años, era presidente del Consejo de Administración del Titanio Robling y, en una esfera limitada, un hombre sorprendentemente próspero. La organización Robling había estado proporcionando titanio para estructuras de naves espaciales del proyecto de Nuevo Méjico, el proyecto que Vanner tan claramente denunció como la plaga económica del siglo, y se dio cuenta de que cuando sobreviniera la reacción, las naves espaciales y cuanto estuviera conectado con ellas, quedaría destrozado.

También se dio cuenta de que el bloque Oriental esperaría, sereno y preparado, hasta que a la economía americana se le rompiera el timón, lanzando entonces el ataque total de proyectiles H que destruiría final y decisivamente la amenaza política y militar que presentaba el continente norteamericano.

Lo que Englehardt hizo entonces se consideraba aún, por algunos, como el más colosal acto de alta traición en la historia del hombre; por otros, como un golpe de genialidad militar y diplomática. Fue durante el comienzo de la apenas evidente deshidratación económica de las primeras semanas de la quiebra, cuando presentó su propuesta al presidente. Construyendo las piezas en fábricas europeas, montándolos y haciéndolos probar por Ferranti y lanzándolos desde las instalaciones británicas de Australia, Englehardt se hallaba en posición de entregar proyectiles balísticos intercontinentales, con una exactitud de blanco de kilómetro y medio y con un alcance máximo de 12.000 kms. Tales proyectiles ya habían sido construidos y probados por subsidiarios de Robling y podían entregarse en puntos específicos de lanzamiento a razón de diez por día. Si se preparaban y almacenaban con la suficiente rapidez, podrían impedir el ataque de proyectiles H del Este, que, de día en día, se hacía más seguro.

Los proyectiles se entregarían al gobierno americano a cambio de víveres; no se disponía de dinero a causa del opresivo costo de las aún inacabadas naves satélites y, de todos modos, Englehardt sabía muy bien que dentro de pocos meses el dinero no serviría para nada.

Pero había una sola condición. Los proyectiles Robling no eran para vender. Eran para alquilar.

No habría planes complicados. Los proyectiles serían manufacturados, sellados y apuntados para el lanzamiento por empleados del Robling. El diseño del mecanismo guía y el del propulsor quedaría del exclusivo dominio privado de Titanio Robling.

La propuesta era asombrosa por su audacia. La administración Hartman todavía no estaba convencida de que Vanner tuviera razón y escogió la indecisión. Ya se estaba hundiendo la economía, el mercado de valores se tambaleaba, se extendían las huelgas, el aprovisionamiento de alimentos escaseaba en Tas zonas urbanas, la administración Hartman no aceptaba las condiciones de Englehardt. Le amenazaron, le acusaron, hicieron llamadas a su patriotismo, pero Englehardt permaneció inexorable. No quería que sus diseños y técnicos le fueran arrebatados, ni que sus contratos y su protección legal invalidados, y se encontrara empobrecido y desterrado por cualquier repentina confiscación gubernamental de propiedades privadas, durante la crisis inminente. Sostenía profundas y casi arcaicas convicciones en contra de la socialización y la propiedad gubernamental, después de las todavía memorables experiencias de los años sesenta.

No se rendiría. De pronto, desapareció. Antes de que la administración Hartman pudiera reconsiderar el asunto, el horror de una gran economía nacional en su última agonía inundó el hemisferio occidental. En tres breves días, el mercado de valores sufrió un colapso y cesó de existir como instrumento de cambio mercantil, cuando la Bolsa de Nueva York fue invadida e incendiada por el populacho dominado por el pánico. Las fuerzas militares lucharon impotentemente por contener la ola de violencia, teniendo que hacerlo también contra sus propias y continuamente decientes insubordinaciones y deserciones. En pocas semanas el valor del dólar disminuyó hasta hacerse nulo; en las superpobladas ciudades, los robos, el mercado negro y la prostitución se multiplicaban. El gobierno, preparándose para la batalla, se retiró a unos subterráneos fortificados del Pentágono, para esperar el inevitable ataque de proyectiles H del Este.

Pero tal ataque no se realizó.

Gradualmente, la razón se hizo clara. Diez proyectiles por día emergían del complejo industrial extranjero del Robling, pagados por los británicos y guardados por ellos, que sentían menos escrúpulos por tratar con fabricantes privados de municiones, de los que sintiera la administración Hartman. Se hicieron varias demostraciones, ampliamente dadas a conocer, que en forma concluyente que los

proyectiles Robling harían cuanto Englehardt había prometido, y los británicos publicaron un ultimátum que frenó al bloque Oriental; cualquier proyectil H lanzado tanto por el Este como por el Oeste sería interceptado y contestado con proyectiles Robling. Los británicos, por primera vez después de ochenta años de mantenerse en la cuerda floja de los poderes de la guerra fría, llevaban ahora la batuta.

No habría guerra H.

Pero el creciente terror de la quiebra continuaba invencible.1 Siguiendo las predicciones de Vanner, las medidas de control se rompían una tras otra ante la salvaje marea. Las cosechas se pudrían en los andenes ferroviarios del medio Oeste, mientras que la gente deambulaba por las calles de los enormes centros urbanos del Este, muerta de hambre y hundiéndose en el vicio. Debido a la traición y a las deserciones en el FBI y en el Servicio Secreto, los alborotadores que sitiaban el Pentágono atravesaron las defensas; el presidente y los jefes conjuntos fueron fusilados sin ningún proceso o ceremonia. A mediados del mes de agosto de 1997, el populacho saqueó e incendió el proyecto atómico de naves espaciales XAR, en Nuevo Méjico, entrando con camiones en el recinto y matando, hiriendo y torturando a los científicos y técnicos.

Cuando se alzó la ola de violencia antiespacial, los científicos huyeron para salvar sus vidas, instalaciones de motores atómicos, fábricas de titanio, centros de investigación astronómica y hasta las universidades y bibliotecas, fueron destruidas e incendiadas por el hambriento populacho, encontrando sólo tecnología y los viajes espaciales como sujeto de sus acusaciones por el caos que había caído sobre el país. Cuatro eminentes ingenieros fueron golpeados hasta la muerte en el recinto de la Universidad De Iowa. John Hannibal, editor de la revista «Ciencia Ficción Destacada» y una de las mayores fuerzas de la filosofía del «espacio en nuestros días» del pasado decenio, fue quemado vivo en su despacho de Manhattan, donde se había construido una barricada con cajas de viejas revistas de ciencia-ficción.

En el norte de Europa, donde Englehardt había sido recluido y protegido por la Inteligencia Británica, se impidió un intento de secuestro poco antes de que se llevara a cabo. Englehardt se daba perfecta cuenta de que debía su vida al equipo del BRINT, que deshizo la conspiración; en forma característica, nunca se mencionó este caso, aunque se rumoreaba, durante los últimos años, que Englehardt pagó el famoso edificio del BRINT en Nueva York.

Pero cuando Mark Vanner organizó su gobierno provisional en

Nueva York y empezó a unificar un esquema de orden de aplicación nacional de las ecuaciones VE, Englehardt salió de su escondite. Durante dos decenios continuó volcando sus enormes riquezas y recursos en las Américas por medio de un vasto sistema de compañías tenedoras de valores, relacionadas unas con otras, abriendo nuevamente las fábricas durante el período de reconstrucción y construyendo la red de pequeñas industrias que la convirtieron en el fenómeno y el poder que ahora era.

Nadie parecía conocer lo que Cari Englehardt buscaba: no el poder, porque rechazó todos los ofrecimientos y oportunidades de sucesión política; ni el dinero, que poseía en exceso; ni gloria, a la que siempre evitó como a una plaga. Como no ejercía ninguna función gubernamental directa o formal, los analistas del DEPCO no podían llegar hasta él para rebuscar en su mente y su pasado y descubrir lo que le guiaba. Se rumoreaba que vio cómo su hijo único, fue torturado y asesinado por la multitud durante el saqueo del proyecto XAR, pero, aunque gastaron mucho tiempo y esfuerzo al intentar seguir los hilos de su pasado, el DEPCO fue incapaz de confirmar tales rumores. La quiebra destruyó tantos informes, mató y dispersó a tanta gente, que la tarea parecía imposible.

Y sin embargo, en los momentos críticos, le necesitaban.

El Volta del D.I.A. le dejó ante la entrada oficial del edificio del DEPEX. Englehardt cruzó rápidamente el vestíbulo, se identificó ante los guardianes y continuó hacia la sala de conferencias del ala administrativa. Le habían llamado ahora porque le necesitaban, a pesar de sí mismos.

Pero no les agradaría la proposición que él tenía que hacerles.

—Nuestro problema —dijo Timmins, director del Departamento de Población—, es el de las medidas de defensa. Por esto le hemos pedido que viniera hoy, señor Englehardt… para ponerle al corriente de la información que tenemos sobre la amenaza interplanetaria y para conocer sus puntos de vista acerca de ciertos problemas que el señor Bahr ha… bueno… llevado a una crisis.

Englehardt asintió, contemplando a los hombres que ocupaban la sala. Adams, del DEPCO, estaba allí, con su rostro frío y airado. Bahr tamborileaba, impaciente, con sus dedos sobre la mesa. Había un general del Ejército al que Englehardt había conocido casualmente. Media docena de otros departamentos se hallaban representados. Englehardt dirigió de nuevo su mirada hacia el rubio e infantil rostro de Timmins.

—Me parece —dijo— que sus medidas de defensa dependerán en gran parte de la naturaleza del enemigo que está usted combatiendo.

—Eso es lo que he estado intentando explicarles —estalló Bahr—. Sencillamente, no tenemos ni una insinuación… ni siquiera una sugerencia… de sus planes. Sin embargo, hay una fuerte sospecha de que pueden controlar las acciones de ciertos seres humanos, por lo menos hasta un grado limitado.

Englehardt frunció el entrecejo.

—¿Posee usted alguna prueba de esto?

—Todavía no —respondió Bahr— Desgraciadamente, el hombre que podría habernos dado la respuesta ha escapado a nuestra custodia. Me refiero al comandante Harvey Alexander, el oficial de seguridad de Wildwood.

—En este momento, eso no importa —intervino Adams.

El jefe del DEPCO hablaba rápida y nerviosamente, manteniendo sus dedos largos y delgados ante sí, con toda precisión, sobre la mesa.

—Un problema mucho más urgente es la reacción pública ante el fiasco de la televisión del señor Bahr. A menos que podamos convencer al público de que todo está controlado… de que los seres extraños no pueden hacerles ningún daño… tendremos que habérnoslas con un pánico general.

—En otras palabras —dijo Englehardt—, propone usted que combatamos la malaria distribuyendo esencia de limoncillo entre los nativos.

Adams frunció el ceño.

—Me parece que no le entiendo.

—Se enfrenta usted a un enemigo desconocido, con planes y contramedidas de corto alcance —dijo Englehardt—. Lo cual le coloca a usted inevitablemente un escalón más bajo que ellos. Para acabar con la malaria, señor Adams, rociamos con insecticidas los pantanos, matando la enfermedad en sus fuentes. Me parece que nuestra única defensa en este caso es un ataque poderoso, o la capacidad para llevarlo a cabo.

—Pero, ¿qué es lo que vamos a atacar? Nuestro mayor enemigo, ahora, no es un invasor extraño; es el temor. Primero tenemos que habérnoslas con esto, antes de que podamos pensar siquiera en defendernos o atacar.

—Entonces empléelo —dijo Englehardt—, Olvide lo de intentar controlarlo o superarlos… ¡úselo! Esto es lo que Vanner hizo. Logró que el temor y el pánico trabajaran para él. Hizo que la gente reconstruyera y empezara una nueva sociedad.

Adams suspiró.

—Creo que no comprende usted en qué se basa esta reacción de miedo. Desgraciadamente, esto no es un ataque del bloque Oriental, sino del espacio.

—No me importa lo que es —dijo airadamente Englehardt—. ¿Cómo puede usted esperar engañar a la gente sobre su seguridad si no tiene ningún programa, ningún plan, ni ninguna idea acerca de lo que hay que hacer? Lance usted un programa completo, algo concreto y sólido, y su problema de la reacción pública se arreglará por sí solo.

—Un programa tal, destruiría la estabilidad de la nación en menos de una semana —dijo Adams—. No podemos correr el riesgo. Los del DEPCO hemos «hecho» al público, señor Englehardt. Hemos estado luchando por mantener controlada la estabilidad, porque la estabilidad es el único medio seguro, sensato y lógico de equilibrar nuestra economía y sociología. Vanner y sus ideas fueron necesarias, claro está, en su tiempo; él cambió la dirección de la sociedad. Ahora, nuestro deber es mantenerla en esa misma dirección.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del pájaro Wywy, señor Adams? —preguntó Englehardt.

Se refería al antiguo y vulgar chiste del pájaro que volaba en espirales siempre más pequeñas, hasta que voló por delante de su cola. Bahr y un par de militares se rieron. Adams parpadeó y enrojeció.

—Verdaderamente, no puedo ver… —empezó apasionadamente.

—Creo que estamos llegando a las alusiones personales —dijo rápidamente Timmins desde el otro lado de la sala—. Ha hecho usted unas graves afirmaciones sobre el hecho de que no tenemos preparado ningún plan de ataque, señor Englehardt. Si usted cree que «no» debiéramos intentar mantener el sistema Vanner-Elling en funcionamiento y dedicar nuestros esfuerzos a conservar al público en un buen estado de salud mental, ¿qué debemos, pues hacer?

—Digámoslo así —dijo Englehardt—. Señor Bahr, cuando los chinos hicieron aterrizar a su ejército de guerrillas en Sudamérica, hace dos años, ¿cuál fue la primera cosa que buscó usted?

—Sus rutas de aprovisionamiento —contestó Bahr—. No era un verdadero ejército de guerrillas; la población civil no los alimentaría gustosamente, así que supimos que debían tener rutas de aprovisionamiento exteriores.

—Exactamente —dijo Englehardt—. Ahora bien, ¿por qué no debería aplicarse lo mismo a una fuerza invasora interplanetaria? Suponiendo que hasta ahora las maniobras de estos seres extraños hayan sido incursiones preliminares, podemos esperar que lleven a

cabo maniobras más amplias en el futuro. Pero para esto necesitarán rutas de aprovisionamiento. Bueno, ¿dónde creen que almacenarán sus provisiones?

Hubo un movimiento de inquietud en la habitación, Adams se sentó de pronto muy tieso en su silla, alerta. Timmins se aclaró nerviosamente la garganta.

—Señor Englehardt…

—En algún sitio lejos del planeta —respondió Bahr—. Probablemente en órbita.

Adams se volvió bruscamente hacia Englehardt.

—¿Qué nos propone usted exactamente?, ¿que desarrollemos un sistema de radar para descubrir una especie de... de almacén de comestibles? ¿Una artillería dotada de proyectiles que pudieran interceptarlos cuando intentaran lanzar a la tierra personal o alimentos?

—¿Quiere usted decir una fuerza antiaérea? —dijo furiosamente Englehardt—. ¡Nunca! Todas las maniobras defensivas del mundo serían incapaces de detenerlos. Mire, ¿cuál es la mayor ventaja que los seres extraños tienen sobre nosotros? ¡Invulnerabilidad! Pueden acercarse a nosotros siempre que quieran —el lío de Wildwood es testigo— pero nosotros no podemos hacerlo, porque ellos vienen del espacio!

—¡Pero no podemos construir naves espaciales! —estalló Adams.

—¿Por qué no? En los años noventa estuvimos a punto de hacerlo. Teníamos toda la tecnología e ingeniería que necesitábamos. Era sólo cuestión de tiempo.

—Pero, Englehardt... por el amor de Dios, hombre... las naves espaciales causaron la quiebra. Todo el país se volvió loco por culpa de eso. Usted lo sabe, lo vivió.

—La quiebra sobrevino porque no podíamos construir esas naves en la forma que lo estábamos haciendo en aquel tiempo —dijo Englehardt—. La quiebra no la causaron las naves espaciales; fue producida por los gastos, por el derroche de nuestros medios.

—Pero sucedería otra vez lo mismo. ¿Desea usted que suframos otra quiebra?

—Ahora tenemos el sistema Vanner-Elling y los calculadores. Podemos emplearlos en producir un excedente en forma de naves espaciales del mismo modo que lo ha hecho usted ahora para producir un excedente en forma de entrenamiento.

—Pero el entrenamiento es necesario para el control social —dijo Adams—. Si descartamos las diversiones, los consejos y los programas

de expresión, las tensiones volverán a formarse otra vez.

—Y una nave espacial, ¿no es una expresión, lo mismo que un ciudad o un conjunto de leyes? ¿No representa un paso definido en la evolución de la humanidad?

—Un paso hacia atrás —dijo airadamente Adams—. Una regresión.

—Tonterías —dijo Englehardt.

Adams intentó reír.

—Verdaderamente, señor Englehardt, creo que está usted trastornado. Emocionalmente perturbado. No es un síndrome inusitado entre antiguos técnicos, desde luego… una fijación en las naves espaciales. Dígame, ¿ha ido usted alguna vez…?

—¿A ver a un psiquiatra? —el rostro de Englehardt palideció—. ¡No! Ni he sentido nunca la necesidad; y déjeme decirle algo más, ya que hablamos del tema de fijaciones y de vivir en el pasado: durante los últimos quince años su precioso DEPCO no ha hecho más que intentar mantenerse en el mismo sitio y conservar a toda la nación y su economía en el mismo lugar; ¡y si esto no es fijación, me gustaría mucho que me explicara, por favor, lo que es!

—Espere —dijo bruscamente Bahr—. No nos interesa suspender al DEPCO ahora, en espera de una inspección, ni tampoco importa la psiquis del señor Englehardt! Pero hay algo muy cierto: necesitamos un plan de acción agresivo. Personalmente, veo muchos puntos a favor de ser capaces de montar una pequeña flota espacial, aunque no sea más que para investigación y alarmas iniciales. Es en verdad una solución mejor que cavar simplemente agujeros en los que metemos o sentamos con paralizadores sobre las rodillas, esperando a ver lo que esos seres extraños harán a continuación. La cuestión es, ¿podemos construirlas?

—Poseemos la tecnología necesaria —dijo Englehardt.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Bahr.

—Sé de cuántos hombres y de qué técnicas dispongo. Mi universidad… —Englehardt solía hablar de la Universidad de Harvard, propiedad de Robling, como si le perteneciera personalmente— …tiene una biblioteca de astronáutica compuesta por mil cintas. Hay muchos y muy buenos ingenieros en mi… bueno… en las industrias privadas, que podrían reemprender el trabajo en donde lo dejaron los técnicos de los noventa. Puedo garantizar que poseemos la tecnología precisa.

Adams sacudía violentamente la cabeza.

—Ni siquiera vale la pena de discutirlo. Sicológicamente, está fuera de la cuestión. Sólo ahora empezamos a estabilizarnos con las

correcciones de Edipo que Larchmont introdujo.

—Aberraciones, querrá usted decir —interrumpió Englehardt—. El hombre era un sicópata. Yo estaba en Washington cuando enloqueció. Intentó sacarme las entrañas con una lima para uñas.

Adams le miró.

—Tiene usted problemas de ego.

—Olvidemos los insultos por un momento —dijo Bahr—. Yo estoy con Cari Englehardt, por lo menos en la cuestión de dejarle enseñarnos que es tecnológicamente posible construir naves espaciales. No sabemos si lo es, como tampoco cuál será la reacción pública ante la idea.

Se levantó y el clamor de voces y desacuerdos cesó.

—Lo pondré a votación —dijo—. Determinaremos si el construir naves espaciales es práctico y posible desde el punto de vista de un ingeniero.

Adams se puso en pie de un salto.

—¡No es una cosa sobre la que se pueda votar! —gritó—. No podemos echar por la borda quince años de control social. El DEPCO tiene el poder de aprobar los planes y proyectos formulados por los otros departamentos, y no podemos aceptar como solución las naves espaciales. Son símbolos de hostilidad y un peligro económico,

—Muy bien —dijo roncamente Bahr—. Se opone usted a la idea sin la menor base objetiva para ello. El DEPCO no ha estudiado el problema de las naves espaciales desde hace veinte años. No puede usted apoyarse en ningún punto legal.

—El Acta de Estabilidad del año 05 establece específicamente...

—Podrá usted recitamos enmiendas en otro momento —le interrumpió Bahr—. Ahora, me gustaría saber cuántos están de acuerdo conmigo en que una investigación es una solución razonable.

Miró a su alrededor, contando las manos levantadas.

Los militares, naturalmente, apoyaron a Englehardt. El DEPEX, siempre dispuesto a llevar a cabo nuevos programas, también. El DEPOP, conservador e inflexible como siempre, se opuso. El DEPRE, siempre deseoso de emprender una nueva tarea de investigación y políticamente celoso de las restricciones del DEPCO en sus trabajos sobre los métodos del DEPCO, apoyó a Bahr.

—Parece ser que será conveniente llevar a cabo la investigación —dijo Bahr.

Adams se puso rápidamente en pie.

—Paralizaré este asunto aunque tenga que abandonar todos los demás proyectos del departamento —dijo.

—¿Qué teme usted? —le preguntó Bahr—. ¿Una alta torre enhiesta le produce pesadillas? Tal vez sea usted el que debiera ir a ver al analista.

Los militares y Englehardt se reían ahogadamente.

—Creo, señor Bahr, que nos entrevistaremos con usted, dentro de muy poco tiempo —dijo cáusticamente Adams.

—Bien, antes de que lo hagan, será mejor que nos explique por qué tan pronto como se propone una idea constructiva para enfrentamos con este problema de los seres extraños, trata usted inmediatamente de hundirla —dijo Bahr.

Comprendió su error; no debió molestar a Adams hasta ese punto. Pero ahora ya no podía volverse atrás

—Quizá cuando sepamos más sobre las operaciones de los seres extraños entenderemos por qué…

—Esa es una acusación absurda y tendrá usted que responder a ella —dijo Adams, con una voz tan tirante que era casi inaudible.

Bahr le miró y luego se volvió a Englehardt.

—¿Cuánto tardará usted en darnos los cálculos?

—Tres días —contestó Englehardt.

—Eso es demasiado —opinó Bahr—. Que sean dos. Para entonces necesitaremos saber si se puede o no construir naves espaciales y en cuánto tiempo.

—Le detendré, Bahr —aseguró Adams—. No les dejaré seguir adelante ni a usted ni a Englehardt.

Este se echó a reír.

IX

Era sólo cuestión de tiempo ahora, comprendió Harvey Alexander mientras se agachaba junto a la calzada y esperaba, que diera el inevitable resbalón que pondría sobre aviso a las unidades de búsqueda del D.I.A. como una tremolante bandera roja, y le alcanzara. Desde el principio supo que B. J. se vería seriamente complicada e hizo cuanto pudo por disuadirla de que le acompañara, pero ella insistió. Ahora ya no había remedio, tal como él supusiera. Con un poco de suerte, ingenuidad y un expeditivo uso de su cara y tipo, quizá pudiera resultar convincente su historia y escapar con sólo una multa o una reconvención..., pero era muy dudoso. En el peor de los casos la detendrían en espera de una comprobación y descubrirían la conexión entre los dos. Las últimas consecuencias, para B. J., serían lamentables. Para él...

Para él significaba un alivio temporal, unas cuantas horas más de libertad para dedicarse a la caza de las respuestas que tenía que descubrir.

No era cuestión de buscar un escondite. Sabía por experiencia que podía esconderse, desaparecer de la vista tan rápida y efectivamente que ni una búsqueda concentrada por todo el país daría con él durante años. Pero tal acción le señalaría irrevocablemente como cómplice en la incursión de Wildwood y confirmaría los cargos que Bahr había acumulado en contra suya.

La alternativa era descubrir lo que realmente sucedió en Wildwood y entregar la información en manos de las autoridades que pudieran ayudarle, lo cual no podía hacerse desde un escondite. Tenía que arriesgarse, a que le reconocieran.

Y lo peor era que no sabía lo que tenía que hacer.

El viaje a Wildwood resultó un completo fiasco. B. J. le proporcionó ropas y le dio una vieja tarjeta de teniente del I. D. que encontró en su propia maleta, con las cosas que ella le guardara tanto tiempo. Un poco de anfetamina le libró la mente de los últimos efectos sedativos. Durante el viaje a Wildwood escucharon las emisiones extranjeras sobre el aterrizaje interplanetario en el Canadá; B. J. frunció el entrecejo y sacudió la cabeza al oír las noticias y él escuchó con un extraño sentimiento de desinteresada curiosidad, como si todo el asunto no tuviera nada que ver con él, sino que sucediera en otro mundo.

Ahora era fácil de comprender la razón. Estaba bien claro que algo

sucedió en Wildwood, algo que él, a pesar de su sistema de seguridad y su dirección personal, no había sabido que existiera. Se devanó los sesos tratando de recordar cualquier cosa extraordinaria o peculiar que hubiera sucedido allí las semanas precedentes, cualquier detalle que pudiera haberse hundido en su memoria y relegado aparte por falta de explicación o significado, pero no encontró nada. Si los seres extraños trabajaron desde dentro de la estación, lo hicieron con una habilidad consumada.

Empleó dos horas, en el Volta de B, J„ para llegar a los alrededores de la estación de Wildwood. Tropezaron con la primera barricada a veinte kilómetros al norte de la estación y se desviaron por una serie de carreteras laterales que los alejó de las calzadas de la autopista principal. Alexander guio a B. J. cuando atravesaron dos ciudades adormecidas y cruzaron el río, dirigiéndose al edificio de apartamentos habitado por los ingenieros civiles que trabajaban en la estación.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en ese hombre? —le preguntó B. J.—. ¿Estás seguro de que no te entregará a las autoridades?

—No. No estoy seguro de poder confiar en nadie. Éramos buenos amigos, jugábamos juntos al ajedrez, eso es todo. Pero Powers tal vez sepa algo que pueda servirme y tengo que arriesgarme. Gira hacia la derecha.

Rodaron por las tortuosas calles de los bloques de apartamentos. Alexander le indicó que se detuviera y contempló lo bien cuidados céspedes, amarillentos a la luz de los faroles.

—Iré a pie desde aquí. Tú vuelve a la carretera y espérame en la parte de afuera de la entrada. Dame una hora de tiempo. Si para entonces no he regresado, vuelve a Chicago tan de prisa como puedas.

—Te esperaré —dijo ella.

—Harás lo que te he dicho —rebatió él bruscamente—. Si un coche de la policía bloqueara la entrada a este lugar, no podrías salir. No me pasará nada.

Esperó hasta que la roja luz de cola del Volta desapareció, siguiendo la calzada circular en dirección a la verja de entrada, y luego cruzó el césped, penetrando en el edificio. Los distintos bloques le eran conocidos; estuvo acuartelado en un conjunto similar en la parte baja del río y recordaba la combinación de la puerta de Bob Powers. Entró en el edificio sin señalar su presencia, subió por las escaleras que empezaban al lado del ascensor y se detuvo ante la puerta marcada con el número 301.

La puerta se entreabrió cuando la golpeó. Vio el rostro de Powers, molesto y enfadado al principio, después asombrado por haberle reconocido.

—¡Alexander! Dios santo, ¿qué haces aquí?

—Déjame entrar. Tengo que hablar contigo.

El hombre dudó un momento. Después soltó la cadena y mantuvo la puerta abierta mientras Alexander entraba en el piso.

—Oye, ¿quieres que caigan sobre mí? —la voz de Powers era un ronco susurro—. Te están buscando, han emitido una alarma roja.

—Nadie me ha seguido —contestó Alexander—. Sólo te entretendré un par de minutos...

Se calló al ver que el otro sacudía violentamente la cabeza, señalando con el pulgar hacia el televisor que había en un rincón. Alexander se mordió los labios. Naturalmente, todo el personal de Wildwood debía estar bajo control auditivo. Abrió la puerta de un tirón y empujó fuera al ingeniero, deteniéndose en el vestíbulo.

—Estabas de servicio en la pila de energía antes de la incursión —dijo desesperadamente—. Debiste ver o notar algo fuera de lo corriente.

—No, no hubo nada.

—¡Piensa! Tuvo que haber algo.

—Mira, Harvey, me han interrogado durante horas. No hubo nada.

—No quiero decir nada obvio —insistió Alexander—, Tal vez alguien se comportó en una forma rara, algo...

El ingeniero estaba casi fuera de sí.

—Mira, pueden comparecer por aquí en cualquier momento. Ya te lo he dicho, no sucedió nada. Todo funcionaba de acuerdo con lo previsto. Ellos... ellos creen que fuiste tú. ¿No has oído la emisión?

—¿Qué emisión?

—La del director del D.IA. Hay una Condición B general para todas las comunicaciones, se han cancelado todos los permisos de viaje...

Alexander maldijo. Esto significaba que B. J. no podría volver a Chicago, en donde vivía, sin que la atraparan inevitablemente.

—¿Y dijo que yo estaba complicado en la incursión?

—No mencionó tu nombre, pero han comprobado que algunos científicos estuvieron bajo el control de los seres interplanetarios.

Se dio cuenta de que no podría unirse a BJ. Si el diminuto monitor había estado alerta, los coches del D.I.A. debían estar ya acercándose a los apartamentos. Saludó a Powers con un movimiento de cabeza y se dirigió corredor abajo hacia las escaleras de incendio. Estas eran exteriores y vio que dos coches del D.I.A. se acercaban al edificio

desde el círculo central.

Juró, se agachó pegado a la pared y se movió tan silenciosamente como pudo. Un faro rompió la oscuridad desde uno de los coches y barrió el terreno, mientras el otro avanzaba tambaleándose por el césped para cubrir la parte de atrás.

El faro descubrió algo y retrocedió hacia el seto vivo que separaba el edificio adyacente. De pronto, el Volta de B. J. salió del escondite que el seto le proporcionaba, hizo una pirueta sobre el resbaloso césped y giró hacia la carretera, dirigiéndose a la entrada, pasando de punto muerto a ciento treinta kilómetros en cinco segundos. La siena del D.L.A. aulló y los dos coches salieron en persecución del Volta.

Desde la escalera, Alexander los vio deslizarse por el círculo, mientras el pequeño Volta que iba en cabeza recibía los focos de la entrada, atravesaba la barrera provisional y aceleraba por la cinta de la carretera principal.

Alexander llegó al suelo y echó a correr, manteniéndose en lo posible a la sombra de los edificios, lanzándose por la colina que separaba las casas del cinturón de bosques extendido a lo largo de una carretera secundaria. Al llegar a ella se detuvo, intentando recobrar el aliento en hondas aspiraciones y se echó a correr de nuevo, saltando a la cuneta cada vez que aparecían luces a la vista.

Había proporcionado una excusa a B. J.: que había oído lo del incidente de Wildwood y vine para saber si su ex-marido había resultado herido por la explosión, ya que no tuvo noticias de él. Era concebible que lo aceptaran, ya que él había estado acuartelado en unos apartamentos cercanos. Tal vez la retuvieran por no tener un pase de viaje para un radio mayor de 300 kms. desde Chicago, pero quizás ella pudiera convencerles de que estaba demasiado excitada y confusa para recordarlo. Mientras no la pusieran bajo polígrafo, su historia se mantendría.

Hasta que interrogaran a Powers, porque entonces se desharía como azúcar cande.

Se estremeció.

Su mano tropezó con algo en el bolsillo y lo sacó… dinero. Simple, práctico, típico en B. J. Sabía que él no tenía nada, qué él no se lo pediría, que lo necesitaba. Es estúpido, pensó con una repentina punzada de amargura, que dos personas que estuvieron casadas y se separaron, y conservaron aún ciertos sentimientos el uno hacia el otro, tuvieran sin embargo, que continuar envueltos por las inhibiciones y convencionalismos que le impedían a B. J. decir:

—Siento que no pudiéramos convertir nuestro matrimonio en aleo

duradero, fui egoísta; todavía te, quiero y volvería a intentarlo, pero ahora siento demasiada amargura y también que la culpa fue mía y deseo recompensarte de alguna manera.

En vez de esto, le llevó hasta aquí en su coche, le dio dinero y se puso en evidencia ante los del D.I.A. para darle el tiempo que necesitaba para recobrarse de su primera y fatal equivocación.,

Ya había pagado por los destrozados fragmentos de su antigua vida en común. Hasta el más severo control era incapaz de hacerles olvidar lo que la vida había sido antes de la quiebra… todas las anticientíficas presiones de grupo, y las costumbres pasadas de moda, las cosas que para ellos serían siempre justas o injustas, discutibles o indiscutibles. Desde luego, los nuevos programas educativos de ahora hacían desaparecer gradualmente el supuesto principio de todas las miserias emocionales —la familia— de la existencia en la sociedad. Quizás para las nuevas generaciones esto fuera estupendo, pero para aquéllos que eran como B. J. y él mismo, sólo quedaba la amarga desesperación de intentar vivir en el presente y pensar en el pasado, como hacen todas las castas exiladas.

La carretera cruzaba una cinta de autopista secundaria y se dirigió hacia el Sur. San Luis estaba a 65 kms. de distancia.

Media hora después aparecieron irnos faros a sus espaldas, demasiado amarillos y mortecinos para ser de la policía, de forma que Alexander desafió a la suerte y se acercó a la cinta de la carretera para hacer señales. El viejo y destartalado Hydro disminuyó la velocidad y se detuvo; Alexander corrió hacia la cinta y subió a él, cerrando la portezuela. El conductor era un obrero y mostraba aún la enseña amarilla de la estación de Wildwood. Era un hombre de treinta o treinta y cinco años.

Examinó a Alexander mientras ponía otra vez en marcha el coche.

—¿Una pelea? —preguntó.

Con todo cuidado, Alexander empleó el lenguaje de su fingida identidad durante el incidente mejicano.

—¿Eh? No, yo no. Un vuelco. Cogí un viraje con demasiada velocidad y zas… A una zanja. —Miró al conductor—. Lléveme a San Luis, ¿eh?

—Sí, claro.

El conductor aceptó su explicación sin mostrar sombra de duda. Era muy grueso, con cara de luna llena, y un gran charlatán. Empezó inmediatamente a hablar sobre accidentes de coche y de cómo su Hydro ya no podía doblar urna esquina con la misma rapidez que antes; estaba tan ocupado con su charlatanería que no pudo pensar

analíticamente en el motivó por el que un hombre debiera pedir que le recogieran en medio de la carretera a las dos de la madrugada.

Alexander se recostó en el asiento, dejando que el hombre divagara sin prestarle mucha atención. Se sentía preocupado por lo que hubiera podido pasarle a B. J. y por la vorágine que parecía abrirse ante él. Podía llegar a San Luis, sí, pero, luego, ¿qué? Desde allí, ¿qué podría hacer? Mientras el coche zumbaba por la llanura, estudió el problema oyendo la charla del conductor como un fondo de sonidos, hasta que una palabra le sacudió bruscamente y el corazón se le subió a la boca.

Seres extraños.

—¿Cómo? —preguntó, intentando recordar en qué forma el conductor había comenzado su prolija frase.

—Como le decía, los seres extraños —continuó el conductor—. Le dije a mi ninfa la noche pasada que, en mi opinión, la próxima ola llegará en cualquier momento, como dice el libro, y tal vez se produzcan alborotos en la ciudad y en todos los sitios, pero ella me contestó que quizá la gente no se asuste demasiado porque ya saben lo que sucederá a continuación, ¿sabe? En la Escuela Técnica le explicaron muchas veces que el no saber lo que iba a pasar a continuación, fue lo que hizo que los alborotos de los días de la quiebra fueran tan graves. Así que le dije que no se preocupara, porque si iban a venir otra vez a Wildwood, me quedaría en casa para cuidar de ella, y al diablo con el trabajo.

—¡Oh! —exclamó Alexander sin comprenderlo todavía.

—Claro, así ella se asusta muy fácilmente, ¿sabe? Teme que puedan hacerle algo. Ha visto usted el libro, ¿verdad?

—No le entiendo —dijo Alexander—. ¿Qué libro?

—El de la invasión de seres extraños, naturalmente—. El hombre le miró, sorprendido—. ¿Todavía no lo ha visto?

Alexander negó con la cabeza.

—No leo mucho...

—Está usted fijo, Jack: Verdaderamente reprimido. Ese libro ha estado circulando desde hace seis meses; todo el mundo lo ha visto. ¡Y qué portada tiene! Diga, ¿no será usted inspector de libros?

Alexander se tranquilizó lentamente.

—No. Es que he estado fuera.

Ahora comprendió lo que era. La publicación de libros y revistas, como la TV y la radio, estuvieron bajo el control del BURINF desde los primeros días que siguieron a la quiebra y, especialmente en este aspecto, el BURINF usó las técnicas de circulación doble con increíble éxito para llevar a cabo el control de propaganda del DEPCO en las

grandes poblaciones urbanas. Los canales normales de publicación eran controlados y censurados; sus órdenes de impresión y salida eran cuidadosamente designadas por un análisis de ecuaciones VE y por cómputos mecánicos. La vasta cantidad de material «vivo» de control psíquico salía por conductos ilegales. Incluía revistas pornográficas, cintas sensibleras y todo el material degradante y violento con el que se podía contar para saciar a todas las clases según su propio nivel cultural. El mito de los inspectores de libros, creado por el BURINF, proveía el estímulo necesario de salacidad e ilegalidad para que el material corriera de mano en mano, y sobre todo, para que fuera leído. Pero un libro sobre invasores extraños…

—¿Dice usted que ha salido hace ya seis meses? —preguntó al conductor.

—Sí, claro. ¿No lo ha leído usted? Se suponía que era sólo un cuento, ¿sabe?, pero ahora, con la incursión de Wildwood, el aterrizaje en el Canadá y por último el cierre de noticias, todo el mundo sabe que era una cosa real. Esta ha sido la primera ola, como el libro dice, para probar nuestras defensas y conseguir control hipnótico sobre todas las personas clave, preparándonos para la gran ola. Han estado observando nuestras emisiones de televisión durante años. Probablemente hasta aprendieron a intervenir nuestras emisiones secretas y todo, como dice el libro.

—¿Dice cómo se llevará a cabo la invasión?

—¡Oh, sí, hasta el final! Lo único que no dice es cuánto se tardará entre la primera y la segunda ola. Esto es lo que ha asustado a mi ninfa. A mí no me ha asustado tanto, pero es probablemente porque estoy mejor ajustado; soy un tipo verdaderamente bien ajustado. Fui a una buena escuela infantil, ¿sabe? Y me llevo bien con la gente sin luchar contra todo y complicarme las cosas. Hasta el doctor de grupo del trabajo cree que estoy muy bien ajustado; pero de todos modos no me gustaría que los seres extraños me pusieran tan nervioso que llegara a un coma de crispación o me hicieran servir de conejillo de Indias en sus experimentos.

—Sí, lo supongo —dijo Alexander—. ¿Sabe dónde puedo conseguir ese libro?

—Le hubiera prestado el mío, pero se lo dejé a mi amiga para que se lo enseñara a su papá. Algunas veces nos separamos, aunque no sea estrictamente legal hasta que no termine mi contrato, pero hasta un tipo bien ajustado como yo se siente de vez en cuando atado y sin poder escapar, ¿sabe? No estoy asustado, claro, pero algunas de las cosas que los extraños pueden hacer, producen estremecimientos. No

creerá usted que eso significa que soy inestable, ¿verdad?

—No, sólo que su doctor de grupo se ha equivocado al no ayudarle a tranquilizarse y volver a la rutina —dijo para confortarle Alexander, recordando sus tiempos en el BURINF.

—Sí, esto es lo que le he dicho a mi niña; los doctores tendrían que saber qué decimos sobre los seres extraños, de forma que supiéramos lo que debemos pensar. Es culpa suya si nos volvemos vacilantes y soñamos en voz alta algunas veces. Pero mire, Jack, estamos acercándonos a mi casa, así que si lo desea puede venir y conocer a mi niña. No siento prevenciones anticuadas en cuanto a ella, ¿sabe?, y cualquier amigo mío lo es suyo.

—Gracias, otro día será. —El coche pasaba ante los bajos y monótonos edificios del norte de San Luis—. Oiga, ¿cómo dijo que se llamaba el libro?

—«Invasores extraños». Lo encontrará en cualquier sitio. ¿Está seguro de que no quiere entrar y tomar un trago?

—No, gracias —sintiéndose un poco afectado, no tanto por el disgusto como por la piedad—, pero transmítale mi afecto.

—Gracias, lo mismo le deseo.

Alexander subió a la acera y saludó con la mano, dirigiéndose rápidamente hacia la cinta móvil para peatones, mientras el Hydro doblaba zumbando la esquina.

La ciudad parecía muerta, sumida en el silencio de las primeras horas de la mañana, y se dirigió hacia los barrios bajos. La vorágine que se abría a sus pies empequeñecíase de pronto, y creyó saber cuál era el primer pasó que debía dar para cruzarla.

Un libro llamado «Invasores extraños».

Era ingenioso, abrumador, y apropiado. Alexander se dio cuenta de que el caso se ajustaba perfectamente a los hechos, mientras sorbía su café sintético en un quiosco de los bandos bajos, esperando a que la ciudad despertara. Sabía que el BURINF jamás habría patrocinado un libro como ése. En realidad, ni siquiera debió conocer su existencia, o lo habría hecho desaparecer antes de que se pusiera en circulación una docena de ejemplares. Ningún editor en todo el país se hubiera atrevido a intentar publicar un libro de fantasía o de ciencia-ficción después de la quiebra, bajo la tácita amenaza del embargo del papel y metal de imprenta, amén de una investigación del DEPCO y un reajuste del Grado Estabilidad, si aquello no bastaba.

Pero ahí estaban los canales de distribución, creados por el BURINF y el talón de Aquiles sicológico de la sociedad también... el perdurable, histérico y cuidadosamente alimentado temor al espacio y

a cuanto se hallara relacionado con él.

De pronto, Alexander vio el esquema. Primeros e indetectados aterrizajes... contacto, quizá control psicológico de individuos clave... un estudio concentrado de la sociedad y de la psicología de los habitantes... puesta en circulación de un libro, de naturaleza bastante imaginativa hasta que las cosas que predecía empezaran a suceder... luego aterrizajes menos secretos, destinados para llamar la atención y acrecentar el temor naciente y el pánico, en preparación del último y masivo golpe.

Introdujo una moneda en la ranura y salió a ¿a fría y grisácea fealdad de la mañana. En su mente giraba la almibarada disonancia del tocadiscos automático del puesto de café, monótona, deliberadamente sin solución, volviendo siempre al principio de la frase. Caminó más de prisa, recordó el tema musical de «Marcha, esclavo» para apartar la otra tonadilla de su mente y parpadeó un poco cuando el sol le alcanzó, pasando entre los cubos formados por dos edificios.

Cerca del río encontró una calle Que le pareció prometedora, llena de bares, puestos de revistas pornográficas y borrachos durmiendo en los quicios de las puertas. El primer paso sería fácil: conseguir un ejemplar del libro. Es decir, creyó que sería fácil hasta que lo intentó; de repente, vio que después de todo no sería tan fácil.

En el primer quiosco no lo encontró, ni lo tendrían hasta dentro de una semana. En otro, el vendedor empezó a sacudir la cabeza miró luego a Alexander con aire de sospecha y afirmó que nunca había oído hablar de tal libro. En el tercero, el último ejemplar se había vendido el día anterior y el distribuidor tardaría en volver. Los intentos cuarto, quinto y sexto fueron igualmente inútiles.

De nuevo en la calle, Alexander miró a su alrededor y observó la indolente vacilación con que la ciudad revivía. No se notaba el apresuramiento propio de las calles céntricas en el momento en que debiera empezar el trabajo de la mañana. La gente parecía deambular sin objeto, parándose a mirar los escaparates, congregándose en pequeños grupos en las esquinas de las calles. Era algo que Alexander no había visto desde los primeros días de la quiebra, cuando la gente, todavía no lo bastante desesperada para emprender actos de violencia, andaba aturdida de un lado a otro dándose cuenta con dolorosa mala gana de que las pequeñas y acostumbradas formalidades del aburrido y monótono trabajo, carecían repentinamente de significado.

Y ahora, esta mañana, vio y «sintió» la misma apatía embotada.

En cierta manera, parecía impropio, de la misma forma en que la

incursión de Wildwood y una revista, llamada «Invasores extraños», lo eran también… todo concordaba, pero no exactamente. Sabía que ji DEPCO debería estar controlando este rugiente volcán; deberían estar trabajando furiosamente para dar salida a la presión, antes de que se alcanzara la etapa de acción, antes de que sobreviniera la explosión. Para esto se había organizado el DEPCO, esto era Jo que «tema» que hacer para mantener la indispensable estabilidad.

Pero la actividad del DEPCO no aparecía por ningún lado y Alexander, viendo pasar junto a él los rostros vacuos y atemorizados de la gente, experimentó una creciente sensación de alarma, como si todos los gorjeos y parloteos de los pájaros y monos de esta jungla de pesadilla, psíquicamente estructurada, se hubieran convertido en la suave y queda voz de los carnívoros al acecho.

Encontró el sitio que andaba buscando después de cruzar la ciudad en un circunvalador, dirigiéndose a un almacén y la terminal de los camiones. Vio el rótulo en la ventana del tercer piso de un decrépito edificio de ladrillos plásticos, construido el siglo anterior: «Magdisco», el almacén local de la próspera Compañía Distribuidora de Revistas. Ya que los libros encuadernados no existían en la práctica más que como objetos dé coleccionista y en los archivos de las universidades, todos los libros y revistas se distribuían por medio de agencias de revistas al por mayor y Magdisco era la mayor y la menos exigente en cuanto a la calidad de las publicaciones con las que negociaba. Alexander cruzó la calle, adoptando la postura relajada de los qualchis, y subió el estrecho tramo de escalones.

El trabajo en el almacén era en gran parte automático y la pequeña y desordenada oficina estaba vacía. Todo el local parecía estar atiborrado hasta el techo con paquetes de libros casi invendibles, glosarios nudistas y un enorme rimero de colecciones de acción particularmente repugnantes que, evidentemente, eran parte del circuito de contrabando de la Escuela de Juegos. Alexander recorrió los montones con la vista, buscando el título que le interesaba, pero no lo vio.

—¿Puedo ayudarle?

Un hombre delgado, con el rostro abotagado y gruesos lentes salió del archivo que habla al fondo.

—Busco un ejemplar de «Invasores extraños».

El hombre perdió su interés.

—Lo siento no vendemos al por menor.

—Pensaba comprar en cantidad.

—¿Tiene usted licencia para vender al por menor y una cuota?

Alexander desvió los ojos hacia el rimero de glosarios del rincón.

—Era… para… para una distribución privada.

—Mire, será mejor que lo deje correr. He llegado a un acuerdo con los minoristas. No vendo a partidos privados… y ellos me compran toda la cuota. Ya estoy contento y ellos también. Compre ese ejemplar a un minorista; yo no quiero jugarme el pellejo.

El hombre se dejó caer sentado en el pupitre y se volvió hacia la máquina de escribir automática.

Era evidente que un interrogatorio sutil no serviría para nada. La tarjeta ID de Alexander había caducado en realidad diez años atrás, pero conservaba su aspecto oficial cuando la presentó al hombre.

—Teniente Alexander, CI del Ejército. Estoy investigando acerca de «Invasores extraños». Quiero saber quién lo escribió, dónde vive y qué otros libros ha escrito. Y deseo todos los ejemplares del libro que usted tenga.

El hombre interrumpió su escrito en medio de una frase y levantó los ojos, alarmado, porque Alexander entró en el local con el suave y cauteloso andar de su secreta identidad mejicana. Y ahora, de pronto, se enderezaba y daba sus órdenes con la voz, parecida a un ladrido, propia de un teniente del CI, severo y muy impaciente.

El hombre apenas vio la tarjeta.

—Yo… yo… no tenemos aquí esa información, teniente.

—La tiene usted —dijo Alexander, dirigiéndose a los ficheros que había detrás del hombre y abriendo de golpe al primer cajón.

—Espere, espere un poco… lo miraré. —El hombre tropezó al acercarse a toda prisa a los ficheros—. El sistema de archivo es… algo complicado… especial… con la compañía…

—Debe usar un sistema alfabético cronológico —dijo Alexander—, o si no tendrá que responder a una acusación de archivo mal llevado.

—Tal vez esté en el otro armario. Lo miraré —tartamudeó el hombre.

Podía ser un pretexto, pero el hombre padecía genuinamente asustado.

—Será mejor que lo encuentre, si no quiere pasar un mal rato en el polígrafo —dijo Alexander—. Tal vez incluyamos algunas preguntas sobre la forma en que consigue obtener el contrabando de la Escuela de Juegos. Eso es una cosa suya, no de Magdisco.

Obtener contrabando sin registrar e interferirse en los programas condicionales de la Escuela de Juegos podía significar «recuperación» y, muy probablemente, una nueva identidad en un batallón obrero. El

hombre se precipitó literalmente hacia los archivadores, mientras Alexander registraba el escritorio y sacaba un manoseado ejemplar del «Playschool Champ» un libro pornográfico autorizado que fuera escrito diez años atrás, cuando tales cosas eran sensacionales, en vez de ser, como ahora, lugares comunes y corrientes. La obra, escrita por uno de los mejores autores del BURINF, era de un virtuosismo inspirado y el libro, ampliamente distribuido, formaba parte del pensamiento del público y allanó el camino a las teorías de disolución de la familia emitidas por las Escuelas de Juegos.

—Aquí no hay nada —dijo el hombre, cubierto por el polvo de los archivadores.

—Veamos un ejemplar del libro —dijo Alexander.

—Están todos vendidos. Ya hace meses que se vendieron todos los que tenía.

—Está usted mintiendo —dijo Alexander—. Es imposible que no tenga una obra que se vende tanto.

Vio que el hombre miraba desesperadamente a su alrededor, buscando la manera de huir, y se le acercó rápidamente, sujetándolo con unas esposas.

—No tengo ninguno. ¡Por favor! No tengo… —Alexander tiró de su brazo, y él se retorció, gruñó y después dijo—: Muy bien, muy bien…

—Rápido —dijo Alexander.

—Me dijeron que no diera ninguno a los investigadores, eso es todo. Sólo obedecía órdenes —lloriqueó el hombre, sacando un libro de debajo de un rimero de glosarios.

La portada era una obra maestra en su clase, en la que el título gritaba: Invasores extraños: ¿cuándo? El nombre del autor era Diff Rarrel y la imprenta Squid Pubs.

—Oiga, no le dirá a nadie que yo se lo di, ¿eh? Diga sólo que lo encontró aquí. Yo recibo órdenes, eso es todo.

—¿Quién se las dio? —inquirió Alexander, metiéndose el libro en el bolsillo.

El hombre no respondió.

—Em Squid no publicaba nada como esto. Sólo hacen glosarios y revistas humorísticas. ¿Quién es el editor primario?

El hombre intentó escapar hacia la puerta. Alexander alargó un pie, le echó la zancadilla y cayó sobre él. Retorció el brazo del hombre tras su espalda y entonces vio las cicatrices, pequeñas y de diferente antigüedad, comprendiendo lo que causaba el desesperado silencio. El que lo aprovisionaba, era también el que le daba órdenes.

Alexander hizo un tiro a ciegas. El tráfico de drogas adquiría

incremento y poder. Sólo una casa editorial poseía esta clase de poder y la tranquilidad de mantenerlo.

—¿Fue «Libros colosos»?

El hombre únicamente gruñó y los ligamentos de su hombro se distendieron un poco más.

—Lo descubriremos con ayuda de un polígrafo...

El espíritu de lucha abandonó al hombre y empezó a balbucear. Alexander le golpeó fuertemente en la nuca, lo dejó inconsciente en el suelo y bajó las estrechas escaleras. El libro venía de Coloso, del mismo modo que «Playschool Champ» diez años atrás.

Cuando se encontró en la calle, su antigua experiencia Qualchi hizo mostrarse cauteloso; recorrió de un vistazo la calle y luego echó a andar, con un paso rápido y bamboleante, hacia la cinta móvil de peatones de la esquina.

Cuando hubo dado diez pasos, supo que estaba en lo cierto. Toda la búsqueda en los archivos resultó ser, después de todo, un engaño; un coche de dos ruedas le seguía lentamente a unos 100 metros de distancia ocupado por dos hombres.

Sudando todavía por el esfuerzo de subir a toda prisa las escaleras, con el corazón latiéndole en la garganta, Alexander estaba bastante seguro de poder entendérselas con dos hombres, siempre que no usaran paralizadores. Calculó la distancia hasta la cinta de peatones y decidió que no se atreverían a usarlos en medio del tráfico callejero, de modo que no se apresuró.

Se sentía un poco enfermo; cada paso le separaba más de la lev, llevándolo hacia la violencia. Hacía años que no había atacado físicamente a un hombre y creyó que no lo haría nunca más. Pero luego se dio cuenta de que estaba luchando por su vida y sintió que una ola de exaltación borraba su malestar. Era extraño que hasta con un coche siguiéndole los pasos, se sintiera a salvo, tanto como un hombre huyendo de «recuperación pudiera sentirse. Pero estaba también perplejo.

¿Eran sus seguidores hombres del D.I.A.?

¿Seres extraños?

¿Quién?

X

Era un juego difícil y peligroso intentar librarse de sus perseguidores, en una ciudad llena de gente, sin saber cuántos ni quiénes eran, ni lo que querían. Hacía dieciocho horas que la policía le buscaba abiertamente y por lo menos seis que el aviso se había transmitido en las emisiones al público. Pero, normalmente, el D.I.A. no acechaba a su presa, sobre todo en una ciudad donde había una gran oficina de campo y toda la ayuda local necesaria. Se movían deprisa, daban el golpe y desaparecían con su presa.

Alexander intentó pensar con claridad para recordar alguna pasada asociación con San Luis que pudiera procurarle un escondite, al menos durante poco tiempo. Fue probablemente su desesperación la que lo consiguió, extrayendo de su pasado toda la astucia y energía de sus días entre los Qualchis, cuando estuvo jugando al exasperante juego del escondite sin emplear ninguna de las tretas acostumbradas, de forma que los Qualchis no se dieran cuenta de que él se les adelantaba.

El bombardeo fue la técnica que empleó entonces. No sabía si el D.I.A. o el BRINT la empleaban; sacó la idea de unas películas de cámara de anublamiento super-lento, que viera durante su entrenamiento en el Ejército. La idea era sencilla: ramificar las pistas de modo que la persecución tuviera que decidirse en seguir tras él solo o explorar además las otras pistas.

Primero estableció dos pistas falsas. Se detuvo en una tienda y compró un impermeable y un sombrero y después entró en una librería, regateó con el librero durante unos minutos y le devolvió el libro, no sin antes esconder él recibo del impermeable entre las hojas.

Después tomó un taxi hasta unas manzanas más allá, se entretuvo en un puesto de revistas de segunda mano, entró en unos lavabos, salió cuando el vendedor estaba ocupado, y ya en la calle dobló rápidamente una esquina. Rompió el papel que envolvía el impermeable y el sombrero, se vistió el primero, se hundió el segundo hasta las cejas y anduvo ál mismo paso que un par de hombres de negocios que iban a comer, y a los que se le había, hecho un poco tarde. Entró en un cine, salió inmediatamente por una puerta lateral y descendió por la avenida secundaria, se despojó del impermeable y del sombrero y los tiró en un cubo de basura. Se quitó la chaqueta, aunque hacía un poco de frío, y se entremezcló con un grupo de gente en una cinta de peatones, llevando la chaqueta al brazo, y entabló

conversación con una regordeta ama de casa.

La siguiente parada fue verdadera, en el vestíbulo de un hotel. Sacó a medias una nota de crédito para enseñarla a un botones muy joven.

—¿Rubia o morena?

—Información —dijo Alexander.

El muchacho se puso rígido, metiendo, con excesiva prisa, la mano en el bolsillo. Alexander sintió un ramalazo de satisfacción. Podía descubrir en seguida un contacto KM. También sabía lo que el chico tenía en el bolsillo. Enseñó un poco más la nota de crédito.

—Quiero un hombre del KM.

Los inquietos y astutos ojos del muchacho le observaron detenidamente. Alexander adoptó la postura relajada de su falsa identidad, torciendo la boca hacia un lado. El botones se sintió satisfecho. No parecía un inspector del D.I.A.

—Vaya a ver al limpiabotas que está dos manzanas más abajo. Dígale que va de parte de Rouny.

Cogió expertamente la nota de crédito de manos de Alexander y se volvió. Mientras Alexander cruzaba la puerta, vio que el botones se dirigía a una cabina, telefónica.

—¿Le envía Rouny? —preguntó el limpiabotas, un chico de nueve años, cetrino y de rostro impasible.

Alexander asintió y mostró la esquina de una nota de crédito.

—¿Perversión? —inquirió el chico y añadió luego muy de prisa—: No me ocupo de eso... ni aun con créditos...

—Información —dijo Alexander— ¿Dónde podemos hablar?

—Limpia, ¿señor? —Y después, en un tono más bajo—: ¿Qué desea usted?

—Un enlace en una biblioteca de cintas. No puedo llegar hasta los archivos en esta zona. Quiero que alguien haga una encuesta en mi lugar y me traiga el informe, pero debe ser alguien que tenga una tarjeta local ID en vigor y que sea capaz de hacer informes financieros.

El chico pareció sospechar algo.

—¿Eso es todo? ¿Por qué no lo intenta con un soborno?

—No puedo. Es imposible arriesgarse con un abogado sin una ID.

Tal como esperaba, la mentira que dijo sobre no tener una ID le costó al momento una recompensa de tres créditos, pero hizo olvidar la suspicacia.

—Muy bien. Le llevaré a ver a Wah.

Wah resultó ser una chica de once años de la Escuela de Juegos del sur de San Luis, monitor dé tráfico para el tercer grado y persona de

confianza en las escuelas. No le sorprendió. A causa de la enorme presión política que los «Grupos juveniles» podían procurar, los maestros y supervisores siempre se sentían felices al poder emplearlos en trabajos de confianza, de modo que ellos pudieran supervisar a los otros jóvenes que no eran miembros. Lo escalofriante era la autoridad, la sensación de poder pura y sin inhibiciones que mostraba esta pequeña rubia, de mejillas redonda y aire de querubín llamada Wah, al detener el tráfico de camiones con un movimiento de su sucia mano o con un agudo pitido, haciendo cruzar la cinta de camiones al ejército de enanitos, y palmeando a los que se retrasaban. Para los que la rodeaban, pensó Alexander, ella debía colmar la necesidad de amor, autoridad y protección, dejada vacante por el sistema de desintegración familiar de las Escuelas de Juegos e insatisfactoriamente compensados por las teorías empleados en el DEPCO. Ella, por su parte, recibía el poder, terriblemente violento, que satisfacía su mente furiosamente incivilizada.

La nueva cosecha de «estudiantes» de las Escuelas de Juegos era parte de los experimentos anti-autoritarios que el DEPCO había estado en los diez últimos años, un grupo violentamente orientado hacia el espíritu de corporación, compuesto por chiquillos elaboradamente privados de restricciones civilizadas. Lo que el DEPCO no calculó fue el modo en que algunos de ellos vieron a través de todos los trucos de propaganda que les eran dirigidos y con qué horripilante cinismo práctico de salvajes sin modular, construyeron una jerarquía en la organización KM, la cual llenaba los agujeros dejados por el DEPCO.

Durante su empleo en el BURINF, Alexander pasó dos meses haciendo una depresiva investigación sobre los efectos de la propaganda en la famosa Escuela de Juegos de Trivettown y conocía la dura mentalidad de esos miembros de la KM. Y sabía que en el BURINF se sustentaba la cuerda y descorazonadora opinión de que el DEPCO estaba fabricando un monstruo de Frankenstein, del cual niños de once años, piernilargos, sonrientes y de ojos fríos como Wah, eran el cerebro.

—Yo soy Wah —le dijo—. ¿Cuántos créditos tiene usted en este momento?

—Bastante —dijo Alexander.

—Yo decidiré —dijo brevemente Wah.

Alexander sintió un movimiento a sus espaldas y le quitaron la cartera. No se movió. Tenía la mitad de su dinero en un calcetín, de manera que aunque le quitaran el de la cartera, no se quedaría sin recursos.

Wah silbó suavemente y acercó una nota de crédito de cincuenta a la luz, para comprobar si estaba o no falsificada.

—Es auténtica —concluyó—. ¿Sospechoso?

—No.

Le miró. Luego dijo:

—Nos arriesgaremos. Venga.

Alexander asintió con un movimiento de cabeza y le siguió.

¡Primer punto de desvío en las pistas!

Considerando la división en secciones y el cierre de comunicaciones, Alexander decidió que cuatro horas era un lapso muy corto para esperar una respuesta. Debía haber sido virtualmente imposible que una información pasara de los archivos de Washington al centro del BURINF en Nueva York y luego, por retransmisión, a una oficina legal en San Luis, donde el hombre sobornado entregó el protocolo al KM.

Y cuando Alexander vio el informe, decidió que por cincuenta créditos resultaba muy barato.

Era un informe corporativo, lista de oficinistas, depósito de primeras acciones, listas de subsidiarios y orden de batalla de la Corporación de Publicaciones Coloso.

Pero, según lo que el informe indicaba, la Coloso era subsidiaria. El control de intereses de la Coloso lo ostentaba la Investigación Paughkeepsie, perteneciente y gobernada por la Universidad de Harvard, la cual, como todos sabían en el BURINF, era parte de la constelación del Titanio Robling.

No tenía pies ni cabeza. Ningún vínculo comercial había —nadie asociado con el gobierno podía sentirse realmente sorprendido al saber que cierta compañía, por más oscura que fuera resultara estar en relación con Cari Englehardt y sus intereses en el Robling—. Si no fuera el libro.

¿Por qué había publicado la Coloso «Invasores extraños»? ¿«Cómo» pudieron publicarlo sin arriesgar sus millones en una investigación del BURINF y en el subsiguiente proceso?

Alexander rompió el fotocalco y se volvió hacia Wah.

—Tengo que ir al Este —dijo—. ¿Cómo podría llegar mañana a Nueva York?

—Haga que le lleven —dijo Wah—, Pídalo a un camionero.

—Paran a los camiones en la carretera —dijo él.

—Es verdad —confirmó otro KM—. Es la caza más fenomenal. Hasta las líneas regulares son detenidas por el D.IA.:

—Cubriré los gastos —dijo Alexander.

—Lo siento —dijo Wah—. Me gustaría obtener su dinero, pero tenemos que mantener nuestra reputación.

Alexander asintió con una inclinación de cabeza, notando intranquilo el duro brillo de avaricia que apareció en los ojos de un par de arqueros de diez años. Uno de ellos jugaba con su arco, una pequeña ballesta con resorte de acero que podía disparar un dardo de doce centímetros y atravesar el cuerpo de un hombre a veinte metros de distancia, aunque la ballesta estuviera doblada dentro de una navaja simulada.

—De acuerdo —dijo—. Gracias de todos modos.

Empezó a bajar las escaleras del abandonado desván, local que el KM usaba como oficinas centrales. A sus espaldas oyó voces que se elevaban repentinamente de tono y a Wah que discutía brevemente. Saltó los últimos escalones, deteniéndose luego para esparcir un puñado de notas de crédito de poco valor por el suelo, donde la luz las iluminara. Oyó un ruido confuso en la escalera y salió rápidamente a la calle, golpeando a un crío de ocho años en el pecho, con su rodilla. Cogió una bicicleta y se puso a pedalear furiosamente, manteniéndose en las sombras e inclinándose sobre el manillar de la pequeña máquina.

Tras él oyó un rugido que salía en su persecución, dando lugar a una avariciosa reyerta en voz mucho más alta cuando los perseguidores se detuvieron para recoger .los esparcidos créditos. Después de un momento oyó los aullidos cuando el grupo de ciclistas empezaron a seguirle.

En la cinta de peatones, al final de la calle, aparcó la bicicleta en la cubierta de carga, introdujo mía ficha en la puerta y la cruzó a toda prisa, dejando atrás la bicicleta. Su suposición fue acertada. Los KM no pagarían una ficha por cabeza para seguirle, una vez recobrada la bicicleta. Pero cundirían la alarma de un perseguido indocumentado con dinero.

Supo que tendría que salir de San Luis por la mañana.

Sobre todo, tenía que llegar a Nueva York para, de algún modo, establecer contacto con un agente del BRINT lo bastante importante para que oyera lo que él tenía que decir, no como fugitivo y posible traidor influido por los seres interplanetarios, sino como hombre que había podido conservar la serenidad y vislumbrar un medio para conseguir la verdad.

El informe sobre la Coloso fue la llave que de golpe colocó las piezas mal ajustadas en un compacto y perfecto encaje, en una forma

bastante diferente de lo que antes considerara, pero que mostraba por primera vez un esquema perfectamente claro.

Ahora ya sabía lo que había sucedido en Wildwood. Y también que no podía perder ni un minuto. Tal vez fuera ya demasiado tarde.

Una vez se halló en la cinta de peatones, empezó a cambiar de dirección en los cruces de cintas para comprobar si su primer perseguidor había logrado seguirle después que abandonara la temporal protección de los KM. Nadie le seguía en Ja cinta misma, pero un Hydro avanzaba lentamente por la calzada inferior. Alexander se puso fuera del alcance de los paralizadores, mientras el temor se apoderaba nuevamente de él. No podían ser hombres del D.I.A.; si lo fueran le hubiesen cogido mucho antes. Pero, si eran seres interplanetarios, ¿por qué le acechaban tan pacientemente?

Saltó de la cinta cuando atravesaba el centro de carga de camiones. Lo que necesitaba, era un cómplice, para que sus perseguidores tuvieran que seguir otra pista y él pudiera conseguir un camión.

Era el único medio. Con un camión y una ID de conductor, podría llegar a Nueva York; y eran muchos los acarreos largos para Nueva York que se hacían a esta hora de la noche. Pero necesitaban un cebo para que un camionero saliera del restaurante brillantemente iluminado a una avenida o fuera a una habitación de cualquier casa dé citas.

Encontró lo que necesitaba en el tercer restaurante que visitó. Fue sorprendente encontrar a una mujer en uno de ellos; la mayor parte de los viajes nocturnos ya habían comenzado. Se acercó a ella por detrás y la cogió por una muñeca.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

Los labios de la mujer se fruncieron en una mueca sardónica cuando se enfrentó con él.

—¿DEPCO? —preguntó, con un acento de odio en sus palabras.

Alexander negó con la cabeza.

—Soy un amigo.

Apretó más la mano alrededor de su muñeca y empezó a dirigirla hacia afuera. No había visto a su sombra desde el último regate en las cintas de peatones, pero se detuvo cautelosamente ante la puerta y después empujó a la mujer a la oscuridad exterior.

—Dos créditos —susurró ella—, tarifa pequeña, si no se toma usted demasiado tiempo; por dos créditos, puede usted recoger...

—Esto es algo especial —dijo él.

Le explicó lo que quería y luego le dio una nota de diez créditos.

—¿Pero dónde?

—Hay una casa de citas aquí detrás.

—Es capaz de matarme.

—No matará a nadie, no se preocupe.

La observó mientras volvía al restaurante. Diez minutos después salió con un hombre corpulento y de aspecto estúpido que llevaba una gorra de camionero. Anduvieron hasta la oficina de la casa de citas y después, por el oscuro sendero, hacia las cabinas.

Alexander los siguió silenciosamente. No podía contar con entendérselas solo con un grueso conductor de camión, pero hay veces en que un hombre se encuentra desvalido. Esperó que la mujer recordara la señal y combatió la intensa ola de repugnancia hacia sí mismo que le sumergió Ahora ya no podía detenerse ni volver al orden, la precisión y la forma correcta de actuar, ni adoptar nuevamente la fácil y cálida seguridad de la Estabilidad absoluta, la pacífica tranquilidad de no tener que pensar o preocuparse. Una semana antes ni siquiera hubiera soñado en hacer lo que ahora estaba haciendo como la cosa más natural del mundo.

Pero no es una cosa natural, ni ahora siquiera, pensó. Es una cuestión de supervivencia.

Los oyó hablar dentro, la voz de la mujer sonaba baja y sugestiva, soltando luego un torrente de jerga del inframundo, tan asqueroso que Alexander temió por un momento que la mujer asustara a su presa. Luego reinó el silencio, roto sólo por sonidos murmurantes, y esperó la señal.

Silencio. Tardó un instante en darse cuenta de que reinaba demasiada tranquilidad, un repentino y mortal silencio. Cogió el picaporte, lo hizo girar y penetró en la habitación a oscuras.

Gritó cuando la luz le dio en los ojos, brillante, cegadora, de un blanco ardiente, chamuscando su retina, y se tapó la cara con las manos...

Sintió un golpe en la nuca y la blancura cegadora se convirtió en oscuridad.

Se encontraba en una habitación sin ventanas, una sola puerta, una única silla y completamente a oscuras, aunque sentía la presencia de otros, una suave respiración muy cerca de él. No podía mover la cabeza y, de pronto, se dio cuenta de que estaba atado a una silla.

Y todo estaba silencioso, excepto por la voz que le interrogaba. Hada mucho tiempo que le preguntaban según parecía, y trató de orientarse para recordar cuándo habían empezado las preguntas y a qué se referían.

Pero sólo ahora pudo enfocar la voz que repetía lentamente una

pregunta, hacía una pausa, preguntaba otra vez y se detenía; era una voz curiosamente metálica e inmodulada, como si fuera la de una persona que padeciera de laringitis.

Había oído esta voz antes, años atrás, en la tienda de comunicaciones de la Antártida, transcribiendo mensajes del Control de Washington y ahora, de pronto, recordó con un estremecimiento de terror, lo que era la voz.

Era la característica voz electrónica de un «hablador».

TERCERA PARTE
LA GUARIDA DEL TIGRE

XI

Libby Allison estaba arrodillada en el suelo, dentro del corralito para jugar, entreteniendo al rubio bebé, cuando Julian Bahr entró en la habitación, arrojó el abrigo encima del sofá y anduvo unos minutos de un lado a otro, mostrando su impaciencia mientras ella seguía ignorándole. Después, la impaciencia pareció evaporarse y se sentó pesadamente en el borde de un sillón; medio gruñendo, medio suspirando, empezó a golpear con el puño contra la palma de su mano izquierda.

Entonces Libby alzó la vista.

—¿Hay dificultades? —preguntó.

La única respuesta de Bahr fue un repentino y malintencionado golpe de puño contra la palma de su mano, como si mentalmente hubiera dado con sus nudillos contra la frágil estructura del rostro de alguien.

—¿El DEPCO?

—Eso también.

Ella colocó otra vez al pequeño dentro del corralito y se alisó los cabellos que el niño había desordenado con sus manecitas.

—¿Qué más? —inquirió.

El tardó un rato en contestar. Su mandíbula se apretaba por la cólera y su cuerpo estaba tenso, pero había algo más en su rostro, quizá sólo en sus ojos, cuando la miró. Después sacudió desesperanzado la cabeza.

—El elefante otra vez.

Libby se volvió rápidamente, olvidando al bebé; su corazón latía salvajemente y su entrenada mente de psicólogo registró de pronto un casi simultáneo calidoscopio de incidentes, observaciones, modales y las pocas desesperadas y forzadas revelaciones que en su mente formaban el cuadro clínico de Julian Bahr.

—La noche pasada —dijo iracundo—. En realidad, fue esta mañana, poco antes de despertarme.

Le mostró su mano izquierda. Los nudillos presentaban cortes y magulladuras.

—Julian...

—Estaba golpeando la pared. Me hice daño en la mano y supongo que fue eso lo que me despertó.

Permaneció sentado en silencio durante un instante, respirando profunda y rápidamente. Sosteniendo su mano, ella sentía el violento

golpear de su pulso y observaba la tirantez que los músculos de sus hombros y espalda adquirían lentamente, como si tratara de apartar, con su sola fuerza física, un desagradable y atemorizado recuerdo.

Finalmente, él se levantó, introdujo las manos en los bolsillos, cruzó una vez la habitación, volvió y se sentó.

—Muy bien —dijo—. Es la primera vez después de dos años. ¿Por qué se ha repetido, Libby? Me fui a dormir completamente tranquilo. Trabajé hasta casi agotarme y en esos casos siempre puedo dormir, pero me desperté a las tres de la mañana, golpeando la pared con el puño y todo lo que recuerdo es el elefante.

—¿Empezó de la misma forma? ¿En la calle?

—Sí, de la misma forma. Y también era la misma mujer. Un hombre estaba buscándola y ella tenía que esconderse, de manera que yo entré con ella en el edificio. Vi el largo corredor con puertas a los lados, y las pequeñas habitaciones que se abrían en ellos, y el elefante estaba al final del corredor.

Ella asintió causadamente. Era lo mismo, detalle por detalle.

—¿Y el elefante la cogió?

—Igual que las otras veces… con la trompa. No le hacía daño, pero iba a llevársela y ella me gritaba que cogiera una manta y la colocara ante los ojos del animal, i de forma que no pudiese ver. Así es que cogí la manta y la eché sobre los ojos del elefante, pero se enganchó en sus colmillos y sólo los cubría parcialmente. Empezó a andar por el corredor y yo sabía que me veía y tuve que echar a correr, pero no podía correr bastante, así es que me metí en uno de los cuartitos y cerré la puerta. El elefante siguió andando, pero cuando llego al fanal del corredor deshizo el camino, y la gente pasaba por su lado como si no lo vieran. No podía salir del cuarto, ni saltar, y el elefante empezaba a empujar la puerta…

Se detuvo para respirar y enderezó los hombros por un momento.

—Entonces me desperté. Estaba golpeando la parea y me desperté.

Suspiro otra vez, respirando profunda y penosamente.

—Esa mujer —dijo Libby—. ¿La conocías?

—No.

—¿Estaba ella con el elefante cuando éste te perseguía?

—No —dijo Bahr—. Después de que yo echara a correr, ya no estaba allí.

La miró y vio que sufría por él.

—¿Qué significa, Libby? ¿Por qué me… «asusta» de ese modo. ¿Por qué ha vuelto ahora? No lo he tenido durante dos años.

Ella se sentó, sacudiendo la cabeza y manteniendo la mano de él

entre las suyas.

—Julian, la última vez ya te dije...

—Pero, ¿de qué tengo que asustarme? —rugió él, poniéndose en pie de un salto—. Quieres buscar y revolver cosas en mi mente, pero todo eso ya ha pasado y no volverá más. ¡No permitiré que vuelva!

Se dejó caer de nuevo en su asiento y la cólera desapareció tan repentinamente como había surgido.

—No puede ser, Libby, no sirve de nada. No puedo hacerlo a tu manera.

—Es de la única forma en que puedo ayudarte. Y deseo hacerlo, tú lo sabes.

—Lo sé. —Se reclinó hacia atrás, respirando lentamente otra vez y más tranquilo—. Gracias a Dios que puedo venir aquí de vez en cuando —dijo, casi para sí mismo—. Algunas veces, las cosas presionan hasta que ya no puedo resistirlo. Aquí puedo descansar.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó ella.

—Mejor, creo. Bastante mejor. ¡Dios, tengo un hambre! ¿Tienes algo de comer?

—Haré unos emparedados y café —respondió ella y se dirigió a la diminuta cocina.

Bahr paseó por la habitación mientras ella ponía el café en la unidad sónica. Luego, ya no le oyó andar y fue a ver si se había ido.

Estaba agachado con una rodilla en el suelo, junto al corralillo, acercando su enorme dedo al niño quien luchaba por apartarlo a un lado y luego lo cogió con sus pequeñas y mal coordinadas manos. Finalmente, Bahr rió y cogió al bebé con sus enormes manos. Empezó a mover arriba y abajo al niño, haciéndole saltar en el aire, con sus pálidos ojos azules mirándolo sorprendido y cada vez que Bahr le cogía murmuraba un suave:

—Ah...

Después Bahr, el pequeño, empezó a chillar y el hombrón miró con aire culpable a su alrededor y comprobando que nadie le miraba, dejó al llorón en su corralito.

—El niño está llorando —dijo Bahr ásperamente—. ¿Por qué no le das de comer?

—Lo haré —dijo Libby.

«Cuando está solo», pensó, «es diferente. Es casi humano hasta que piensa que la gente le mira».

De repente, Bahr se le acercó por detrás, la pinchó con un dedo en las costillas y se echó a reír cuando ella saltó.

—¿Qué pasa? —dijo—. Me estoy muriendo de hambre, y tú dejas

que el café hierva hasta derramarse.

—Estaba pensando —dijo ella, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

Esperó hasta que él hubo terminado el café para decirle que Adams le había hecho una visita por la tarde.

—Debías estar fuera de ti —le dijo—. Te avisé de que el DEPCO estaría observando ese discurso de advertencia. Y entonces te pusiste allí y le dijiste al mundo entero que nos estaban invadiendo.

Bahr la miró y sonrió.

—Espero que vieran lo necesario. Lo dije bien claro. «Alguien» tenía que hacerlo.

—¡Oh, sí que lo dijiste claro! ¿Sabes a quién te parecías, delante de todas aquellas cámaras? A Marco Antonio diciendo su «Amigos, romanos»... ¿Crees que los del DEPCO son idiotas?

—Los que conozco, sí.

—Julian, tú mismo te cortaste el cuello con ese discurso. El DEPCO no tiene ni que esperar a entrevistarse contigo. Pueden poner en entredicho tu trabajo sólo por sospechas de Inestabilidad y fijar una fecha de entrevista para cuando tengan tiempo.

—Pues no tendrían ese tiempo —dijo Bahr—. Mira... están asustados. Pueden amenazar con eso de la Inestabilidad y dejar a la gente sin trabajo cuando no suceda nada grave, pero no durante una emergencia.

—Pueden y lo harán —dijo ella.

—¿A cuántos sacaron de sus puestos durante la última Condición B? ¿Qué pasó en el Sudoeste, cuando sobrevino el último desembarco chino y hubo aquellas explosiones? ¿A cuántos hombres clave destituyeron entonces porque temblaron o siguieron el mal camino? La respuesta es «ninguno» y no me destituirían ahora, porque no hay nadie que pueda reemplazarme. Y si fueran a hacerlo, Adams ya me lo hubiera dicho ayer, después de la conferencia.

—¿Reñiste con Adams?

—Englehardt lo hizo. Él es el principal del Robling y cree que es mejor hacer algo en vez de palmearle la espalda al público y decirle que todo irá bien.

Libby le miró y su rostro se puso blanco de repente.

—¿Qué propone?

—Construir naves espaciales y perseguirlos.

—¡Naves espaciales! ¡Oh! Pero, ¿no es ridículo? Todos desde el DEPCO hasta las Máquinas lo impedirán. ¿Quieres decir que de verdad «propuso» eso?

—Y consiguió apoyo. Los militares y el DEPEX están con él.

—No cuentan. El DEPCO tiene la última palabra en una cosa como esa.

—Bien, quizás esta vez el DEPCO no la tenga —dijo incisivamente Bahr—. Tú y tus condenados sicólogos, murmurando acerca de símbolos y fijaciones. «Yo» soy el que tiene que luchar contra los seres interplanetarios y éstos no se presentarán a que les hagan un análisis. Esta vez no se trata de una pequeña campaña de guerrillas; tal vez necesitemos esas naves para sobrevivir. ¿Has pensado en ello alguna vez? Tu terapia y tus ajustes no valen un comino cuando se trata de seguir viviendo.

—Eso no importa ahora —dijo Libby—. Todo lo que el DEPCO ha intentado hacer ha sido cambiar algunas pequeñas cosas como las guerras, la anemia y la neurosis. Lo que significa arrancar esas cosas de raíz.

—Basura —dijo Bahr—. Englehardt puso el dedo en la llaga cuando dijo que no teníamos adonde ir y que por esto todo el mundo está asustado. Si tuvieran algo que hacer, ya no se sentirían atemorizados.

—¿Tienes «tú» algo que hacer? —preguntó ella.

—Puedes apostar la vida a que sí. Tengo que dirigir el D.I.A. Y llegar hasta el fondo de este asunto de los seres interplanetarios.

—¿Tienes miedo?

—Claro que no. Estoy demasiado ocupado para sentirlo. Yo...

—Pero tuviste una pesadilla con elefantes.

La boca de Bahr se cerró. Permaneció callado. Libby se levantó para evitar su mirada. Le había herido con algo contra lo cual él no tenía defensa, y ella lo sabía, pero la única forma de impresionar a Bahr era hiriéndole.

—No lo entiendes —dijo lentamente—, y «tienes» que entenderlo. Hay cosas que impulsan a la gente a hacer otras, y ni siquiera reconocen el motivo. Se fabrican toda clase de mentiras disculpadoras y fantásticas para justificar de alguna manera las cosas que no tienen más remedio que hacer. Y para esto se formó el DEPCO... para descubrir esos impulsos y hacer algo con ellos, arrancarlos de raíz. Y para eso he estado intentando ayudarte durante cuatro años, Julian. porque tú ni siquiera comprendes lo que sucede dentro de tu propia mente; sólo te preocupa encontrar motivos, excusas y necesidades urgentes para todo lo que haces, y culpas a los demás por todo lo que te hacen o todo lo que te obstaculiza el camino. He intentado demostrarte que todo está en tu interior, en tu propia mente, pero tú

sólo dices que no, que ponga trabas al DEPCO, que te consiga una tarjeta blanca, que no les dejarás que te detengan...

Se interrumpió, desesperanzada.

—Ni siquiera sabes para qué deseas una tarjeta blanca.

—Claro que lo sé —respondió Bahr—. No puedo Pegar a ningún lado sin una tarjeta blanca de grado de estabilidad. Una tarjeta verde me hace perder dos puntos en cualquier caso que se presente.

—Y si tuvieras una tarjeta blanca... Supón que la consiguieras y también todo lo que deseas... entonces ¿qué?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué harías si tuvieras cuanto deseas?

—Cambiaría las cosas —dijo Bahr ásperamente—. Cambiaría todo lo que se me pusiera por delante.

—Pero después de hacer todo eso... después de que hubieras hecho «todo» lo que quisieras... ¿qué desearías entonces?

Bahr la miró fijamente, sin comprender.

—Eso no sería posible. Todo el mundo se interpone en mi camino, intentando detenerme. Nunca conseguiría todo lo que deseo.

Libby suspiró y le pasó una mano por el cabello.

—En eso tienes razón, Julian —dijo—. No sabes cuánta razón tienes.

Había esperado que tal vez habría influido en él de algún modo, que posiblemente hubiera surgido una chispa de contacto o comprensión, pero cuando más tarde él le preguntó:

—Bien, ¿qué quería Adams? —comprendió que no lo había logrado.

—Intentaré detenerle lo más que pueda —dijo—. No creo que sirva de mucho. Adams sospecha y además tiene un interés personal.

—Espero que lo tenga —dijo bruscamente Bahr—, porque también yo me tomo un interés personal en él. ¿Qué sabes de él?

—Porque si es lo que yo creo, tengo un par de especialistas en mi personal que podrían silenciarle de una vez.

Ella se volvió de repente hacia él.

—Julian, tú no...

—Escucha, creo que no lo entiendes. Ni Adams ni ninguno como él va a quitarme mi trabajo tras una comprobación de Estabilidad.

—¿Crees que podrías sobornarle para que no lo hiciera? No te serviría de nada. Hay otros en el DEPCO tan importantes como Adams y no se pueden comprar ni sobornar. Julian, en mi oficina está fraguándose una tormenta. Con seres interplanetarios o sin ellos, puedo garantizarte que mañana tendrás que enfrentarte con un

examen preliminar. Y no lo pasarás.

—Pues pasé las otras pruebas.

—Porque te indiqué de antemano las respuestas, una por una. Pero no puedo hacer eso ante un examen preliminar; emplean un polígrafo

—Rebuscan en los sitios más delicados, ¿verdad? Se saltan las preguntas ante las que uno no reacciona e insisten en los lugares más débiles.

Ella dudó.

—Sí, estudian el examen preliminar antes de continuar con una prueba más intensa

—Estupendo —dijo Bahr—. Tú puedes hacerme un resumen de lo que será.

—No podrás dar respuestas falsas bajo un polígrafo, serían demasiado claras. Con tus suprarrenales...

—Puedo controlar mis reacciones —dijo él.

—Tus músculos faciales... tal vez. Pero no la presión de la sangre ni tus glándulas sudoríparas.

—¿Ni siquiera hipnotizado?

—Aun así, hasta con reacciones sugestionadas ante específicas preguntas comprometedoras, no sé si serviría de algo. Tendrías que conocer las preguntas.

—Tú podrías descubrir cuáles serán.

—No —dijo Libby.

El la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con ese «no»?

—Quiero decir que hasta ahora siempre podía decir que había evaluado mal tus calificaciones de personalidad o que estaba emocionalmente complicada en tu caso y que no lo sabía. Pero una falsificación deliberada de un examen preliminar es un delito federal.

El permaneció sentado en silencio durante un minuto. Luego extendió las manos abiertas.

—Escucha, nunca te he pedido demasiado. Siempre te lo he dicho antes y tú has hecho lo que yo te decía. Ahora te lo pido y, si con pedírtelo no lo consigo, por Dios que te lo ordenaré. He arriesgado demasiado en el juego para tropezar ahora con esto. Tienes que conseguir que pase este examen.

—No puedo hacerlo —dijo ella—. Si me cogieran, todo habría terminado para mí. Nunca más lograría el grado profesional.

—No estoy hablando de grados profesionales —insistió tranquilamente Bahr—, sino de ti y de mí,

—No —dijo Libby.

—Haré un trato contigo. Siempre has deseado descubrir lo que significa el elefante. Siempre has querido que me dejara hacer un análisis a fondo y empezar desde el principio. Sabes que ni siquiera el DEPCO puede hacerme un análisis a fondo si yo no quiero; tengo que prestarme a ello, cooperar. Muy bien, tú consigues que pase ese examen. Tan pronto como tenga en marcha ese caso de los seres interplanetarios y el proyecto de Englehardt, de forma que no tenga que ocuparme de ellos día y noche, te dejaré que empieces el análisis. No me resistiré, sino que cooperaré contigo.

Ella sabía que estaba mintiendo y, de pronto, no le importó. Él no sabía que mentía. En este momento creía sinceramente lo que estaba diciendo y aunque ella vio a través de su máscara con perfecta y aterradora claridad, no pudo remediarlo.

—¿Tomarás un BHE y firmarás los documentos de paternidad si lo hago?

Bahr asintió.

—Si paso el examen, sí.

Ella se apoyó en su hombro, sintiéndose de pronto infinitamente cansada, más agotada do lo que nunca hubiera estado en su vida.

—Habría sido mucho más fácil, ¿sabes? —dijo—. Todas estas huidas y luchas; habría sido mucho más fácil si me hubieses dejado empezar un análisis a fondo dos años atrás.

Él se puso rígido.

—¿Más fácil?

—No habrías sufrido lo del elefante, ni el insomnio y no estarías hirviendo de odio, ni golpearías la pared con el puño mientras duermes, ni tampoco tendrías que enfrentarte con este examen.

—Pero no habría llegado a ninguna parte —dijo Bahr.

XII

Del: BRINT USNXY A: BRINT HOX LONDRES Prioridad: ATENCION INMEDIATA Distribución: HOX-K7 UNICAMENTE

Querido Roger;

Empleo nuestra vía de comunicación privada para enviar esta carta, porque a cada momento estoy más seguro de que nuestras vías normales están bajo la constante vigilancia del D.I.A., y está bien claro que no puedo hacer pasar mi opinión personal sobre la situación de aquí por las manos de Julian Bahr. si quiero tener alguna esperanza de conservar mi cuello escocés en una pieza, para servir a cualquier propósito útil en el futuro.

Como puedes suponer, Arturo y su personal de la oficina de NY están bastante perplejos, con la ciudad aislada por el reciente edicto de comunicaciones. Dependo de las acostumbradas vías privadas para mantenerme en contacto con mis grupos y particularmente con Cari Englehardt. Hasta ahora, todos los informes llegados a mis manos indican que la olla de agua se está calentando a una velocidad mucho mayor de la que en un principio creyéramos posible.

Arturo insiste en que nos atengamos a nuestro plan original, tanto en lo que se refiere a los hechos recientes como a los de largo alcance, sin hacer caso del casi increíble esquema que ha ido emergiendo durante las pasadas semanas, y cree que debemos intentar normalizar las cosas tan pronto como sea posible. Ha mandado una nota (contra mis advertencias) a Bahr, sugiriendo una reunión que tal vez no fuera más que una ceremonia de mutuo acuerdo.

Yo me opongo a eso.

«Normal» significa en la Federación de América, en el mejor de los casos, un término relativo; ahora estoy seguro de que, si Bahr procede sin pasar una comprobación, en cuestión de pocas semanas habrá iniciado una reacción irreversible y que la «normalidad», en el sentido real de la palabra, no reaparecerá nunca más. Si pudiéramos predecir, aun en los términos más amplios, dónde terminaría esta reacción, me pondría estusiásticamente a favor de correr el riesgo. Desgraciadamente, creo que ni siquiera el mismo Bahr sabe dónde terminará y sólo esto hace su posición intolerablemente peligrosa.

Desde el principio hemos supuesto que el DEPCO, con todas sus sistemáticas precauciones para mantener alejadas de los puestos clave a las personalidades emocionalmente inestables, habría dominado en

forma automática a un hombre como Bahr, en cuanto empezó el juego. No ha sido este el caso. Su emergencia confirma lo que te he estado diciendo durante muchos años; que el sistema del DEPCO ha ido decayendo desde la muerte de Larchmont y que es seguro que surgirá algo nuevo.

Al escribir esto, ese «algo nuevo» está tomando la forma de Julian Bahr.

Bahr ha aprovechado la crisis para conseguir poder. Esto no es sorprendente. Yo lo predije, si es que lo recuerdas, cuando se puso en marcha el proyecto Frisco. Lo que no pude predecir fue el simple hecho de que Julian Bahr se ha precipitado contra el sistema restrictivo del DEPCO y ha destruido las restricciones una por una. Irónicamente, la filosofía del DEPCO, que dice controlar e inhibir a hombres como Bahr, garantiza sin advertirlo su éxito. Si consigue destruir el DEPCO, no hay, en la Federación Americana, bastantes hombres fuertes en las altas esferas, capaces de oponérsele.

Creo que es de gran importancia que nos demos cuenta de esto en seguida. Si Bahr tiene éxito, seguramente habrá un control central muy fuerte, emanando de un punto único, y nosotros no tendremos oportunidad de alentar un cisma interno, como la hemos tenido en Asia y en la URSS. Tampoco sería práctico entonces pensar en reemplazarle por un títere, si fuera depuesto o alejado del poder en cualquier otra forma.

Según mi opinión muy meditada, si se le permite a Bahr llegar a este punto habremos perdido todo aquello por lo que hemos estado trabajando. Desgraciadamente, le hemos necesitado mucho y, ahora, seguimos necesitándole. Creo que Englehardt apoyará a Bahr, cueste lo que cueste, hasta poner en marcha el Provecto del Espacio. Hablaré con Cari acerca de esto tan pronto como sea posible, pero no tengo muchas esperanzas de poder disuadirle.

Mientras tanto, es imperativo que estemos preparados para enfrentarnos con los cambios políticos y económicos que creo están a punto de empezar; por último, tenemos aue estar dispuestos para encerrar o destruir a Bahr. Tal vez él tenga una considerable información sobre nuestras actividades, de modo que debemos estar alerta para una purga de alguna clase. Es muy abrupto y violento en todos sus actos: con la amenaza de los seres interplanetarios para justificarle, tal vez actúe sin previo aviso en cualquier momento.

Desearía poder ser más optimista, pero creo sinceramente que las cosas están tan mal como te he indicado. Creo que, durante un tiempo, serán un poco delicadas y tal vez tenga que moverme a toda

prisa, sin informaros a ti o a Arturo. Hay un punto muy prometedor, la cuestión del evasivo comandante que mencioné anteriormente. He aquí un hombre que ha conseguido con éxito desbaratar los planes de Bahr y todavía permanece en libertad. Todo indica que puede sernos muy útil… «o» resultar muy peligroso para nosotros. En estos momentos, estoy haciendo todos los esfuerzos posibles para localizarle. Saunders le seguía la pista en San Luis, pero la perdió. Dentro de unos días tendré más informes sobre este asunto.

Mientras tanto, si se te ocurre alguna brillante jugada de ajedrez que nos devuelva una posición aventajada, ponte en contacto conmigo, sin perder un instante, por medio de Talbot. Repito, sea de día o de noche.

Con mis mejores deseos, Paul MacKenzie

XIII

A la una de la madrugada, el teléfono sonó insistentemente y Bahr, todavía medio dormido, lo cogió.

—Bahr —gruñó.

—Abrams, jefe. Sólo quería ponerme de acuerdo con usted para cesar la búsqueda.

Bahr se enderezó, repentinamente tenso.

—¿Para qué?

—El rastreo… de Alexander. Sólo quería decirle que lo dejaba. Ahora estoy comprobando las unidades de campaña.

—Aislamiento —dijo Bahr—. Cuatro-tres-nueve. Panadero.

Apretó los botones del aislamiento en su teléfono y comprobó el funcionamiento. Después dijo:

—¿De qué demonios está hablando con eso de dejar la búsqueda? ¿Le di va órdenes de que lo hiciera?

Siguió un largo silencio.

—No… pero…

—Haga volver a esas unidades de campo al trabajo dentro de tres minutos, o le daré una tarjeta verde tan de prisa que…

—Pero jefe, ¿no lo ha oído? Ya lo han cogido.

—¿Dónde?

—Al este de San Luis. Dispusieron una trampa en la habitación de una casa de citas. Le perdí durante una hora, acababa de encontrarle justamente dos horas antes y entonces lo pescaron. Otra unidad del D.I.A. ¿No recibió usted el informe?

—Debe haber habido una equivocación en el relai del trazador —gruñó Batir—. Probablemente estarán intentando localizarme ahora.

Después, preguntó cautelosamente:

—¿Qué unidad fue la que capturó al comandante?

—No se identificaron como tal unidad en los puestos de bloqueo de las carreteras —dijo el hombre—. Pistaban desarrollando un esquema personal. Pero yo no sabía que empleara usted unidades informales para que nos ayudaran en esta búsqueda.

—¿De quién era el esquema personal?

—De Carmine. Pero no entiendo por qué no nos notificaron que también ellos le seguían. Es lo que suele hacerse. A menos que usted…

—¿Está usted seguro de que es Alexander a quien han cogido?

—Positivamente, jefe. No hay error posible.

—Muy bien, abandonen la búsqueda. Yo me encargaré del asunto

desde ahora. Y gracias por la llamada.

Bahr colgó, cerró el aislamiento y marcó un número en el relé localizador.

—Habla Bahr. ¿Ha habido alguna llamada para mí?

Antes de preguntarlo, ya sabía que no la había.

—No, señor.

—¿Dónde puedo localizar a Frank Carmine, D.I.A.-43?

Oyó el zumbido del archivo localizador al otro extremo de la línea.

—Ahora está en camino. Destino Red Bank, Nueva Jersey. Allí está la Unidad de Campaña HQ. Calcula llegar a las dos de la madrugada. ¿Tengo que intentar ponerme en contacto con él cuando llegue?

—No, trasmita sólo un mensaje. Dígale que se encuentre conmigo, a las dos treinta, en la Terminal de Red Bank. No habrá respuesta. Dentro de un momento saldré para ese destino.

Estaba desconectando otra vez el aislamiento, cuando Libby se sentó y encendió la luz.

—¿Qué pasa, Julian?

—Duérmete —dijo Bahr—. Tengo que hacer un pequeño viaje.

—Pero tienes que pasar el examen mañana —Miró su reloj—. ¡Esta mañana!

—Ya estaré de vuelta. Sólo tengo que ir hasta Jersey.

—No puedes sufrir el examen sin haber dormido. Las sugestiones no se introducirían como es debido si estás demasiado cansado. No podemos arriesgarnos a perder todo el trabajo que hemos hecho esta tarde.

El continuó haciendo su llamada y le indicó que se callara cuando la consiguió.

—Habla Bahr. Dispongan uno de los «dobles». Díganle que vaya en helicóptero hasta Rahway y, desde allí, un tren hasta la Terminal de Red BanK. Díganle que llegue allí a las dos treinta. No, nada más, sólo que me informen después. Y —añadió—: que esté bajo Condición B cuando llegue a Red Bank. Puede usar su paralizador, si se ve obligado a ello. Doble seguridad A en esto, además. Y vea que su zancada este bien. Yo doy pasos muy grandes. Muy bien, hasta la vista.

—¿Mandas un «doble» tuyo? —preguntó Libby.

Bahr asintió mientras desconectaba el seguro de su paralizador Markhein de la mesa, sospesando pensativamente la brillante y pesada arma.

—¿Qué pasa, Julian? ¿Seres extraños?

—Puede ser —dijo Bahr, vistiéndose a toda prisa—. Puede ser...

—¿Te llevas una unidad de helicópteros? ¿Estás seguro de volver

con tiempo suficiente para llegar al examen?

—¿Dónde están las llaves de tu Volta?

—Encima de la repisa. Pero ¿para qué quieres el Volta?

—Si alguien llama, estoy en camino hacia la terminal. Nq menciones el Volta.

Deslizó el paralizador en la sobaquera.

—¡No puedes ir solo! ¡Julian!

La puerta se cerró silenciosamente tras él.

2.001, el cuarto ciño de la quiebra que había hecho tambalearse a Norteamérica y a la mayor parte del mundo, un año de desolación, un año de economías y terminando por tener que luchar contra el horror de la quiebra, cuando se extrajo del caos algo parecido al orden, a menudo en turma bastante despiadada. La Federación americana era un país destrozado... un país sin trabajo ni propósito, sin estabilidad monetaria, con las comunicaciones deshechas y el .transporte imposible y la inminente, momentánea e interminable amenaza de guerra.

2.001, y Julian Bahr se unió a un grupo de perseguidos viejos y jóvenes, y fue llevado al Centro de Procesamiento de Indianápolis para sufrir un examen y que le colocaran de acuerdo con los métodos de empleo del Departamento de Explotación, perteneciente al nuevo gobierno de Estabilidad Vanner-Elling. Le tomaron las huellas dactilares, lo fotografiaron, pasaron y midieron, y pasó por el laberinto de las pruebas de personalidad e inteligencia que, sin que él se diera cuenta, iban a señalar los límites de su futuro.

Después de un año de vagabundeos, hambre, racionamiento, ratear y una libertad de movimiento completamente ilimitada, Bahr se sentía hostil y suspicaz respecto a las autoridades recientemente designadas.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Trece.

—Eres demasiado alto. Debes tener quince años.

—Váyase al diablo.

Encontraron la tarjeta ID, que él no se molestó en enseñarles, y le enviaron al centro de pruebas. Los procedimientos de prueba eran rutinarios y los operadores se sentían aburridos e indiferentes. No prestaron atención al resentimiento y a la hostilidad de Bahr; al terminar las pruebas iniciales con un resultado decepcionante, más malo de lo ordinario, los equipos de pruebas no buscaron más explicaciones, supusieron lo peor y le obligaron a pasar por el Rorschach, por la percepción temática y el Vornay sin llegar a comprender nunca lo que la mente del alto y beligerante muchacho

escondía tras su armadura. Parecía grande, rudo y estúpido. Le mandaron a Riley para que los militares le despojaran de sus asperezas.

La Escuela Técnica de Infantería del Fuerte Riley, la academia militar de nuevo cuño, era donde los muchachos de algo más de diez años se convertían en las más duras tropas de guerrilla del mundo entero. En cuanto llegaban a sus mejores años de fuerza y aspecto físico, les ofrecían la oportunidad (que todos aceptaban) de alistarse por diez años en el 801. La selección era muy escrupulosa; escogidos antes de entrar en el cuerpo, sólo el veinte por ciento servía para formar parte de las guerrillas, mientras que el resto entraba en el normal remanso de la administración y logística del Ejército. Ni siquiera las juventudes de Hitler, en su momento más fanático, se aproximaron a las tremendas técnicas de presión de grupo que conducían, aguijoneaban y, bastante a menudo, aplastaban al material en crudo hasta darle la forma apetecida.

Durante los primeros días que pasó en Riley, Bahr se condujo mecánicamente, todavía demasiado aturdido para comprender lo que le había ocurrido. Luego vino la iniciación, el inevitable juicio de sus compañeros..., ¿podría soportarlo?

Una infracción amañada, que Bahr sabía que era falsa y un tribunal irregular de supervisores del segundo curso en la sala de escuadra de un barracón cerrado.

—Diez correazos —dijo el «juez» del segundo curso—. Si el prisionero se acobarda, será encerrado y se le doblará la sentencia. Tome la posición.

La burlona y despótica autoridad hizo que la sangre se retirara del rostro de Bahr y que sus puños se cerraran, pero estaba decidido a que no le vencieran y se inclinó, mudo y ardiendo de cólera. Le dieron los latigazos con un palo plano, más largo que una maza de «baseball» y cogido con las dos manos, de manera que golpeaba como la coz de una muía y dejaba verdugones y señales negras y azules durante una semana.

Soportó impasible nueve golpes. Entonces surgió una voz.

—El prisionero se acobarda. ¿Hay testigos?

—Sí, yo lo he visto. El prisionero ha hecho un movimiento evasivo.

Siguió un clamor de asentimiento en el excitado círculo de hombres. Bahr calculó mentalmente que recibirla otros veinte golpes.

—El prisionero será encerrado y atado. Acérquenlo a la barandilla y átenle...

Bahr se enderezó y se volvió lentamente.

—Nadie me atará —dijo.

—¿No? Recibirá veinte golpes más por insubordina...

Pero la nueva amenaza llegó demasiado tarde. Bahr arrebató el palo de manos del ejecutor y golpeó de plano la cabeza de pescado del sargento, produciendo un sonoro porrazo y haciendo que cayera, desmadejado al suelo, dejándolo inconsciente.

En el aturdido silencio que siguió, Bahr se apoyó en el palo y contempló el círculo de rostros asombrados y pálidos.

—¿El siguiente?

Lo intentaron. Durante dos semanas, cuadrillas de estudiantes de las clases superiores intentaron atacarle, pegarle, destrozarle. Pero cuando por la noche entraban en su barracón, no le encontraban allí y se volvían para descubrir sus propias camas mojadas y las sábanas anudadas con mucha más imaginación de la que ellos poseían. Un día, cinco de ellos le acorralaron en un rincón, le pegaron y le partieron la nariz; uno tras otro sufrieron encuentros de retorno y les golpeó y maltrató con sistemática ferocidad. Los practicantes del dispensario se convirtieron en expertos en recomponer narices rotas.

La cura de silencio y el ostracismo fracasaron, ya que para sus condiscípulos, a pesar de los sermones de instrucción, Bahr era un héroe.

Si en el salón comedor, ominosamente silencioso, Bahr contaba un chiste verde, toda la clase de primer año se echaba a reír al momento.

A mediados del primer curso, los oficiales entrenadores de Riley consultaron a los miembros del BRINT que eran responsables del 801,

—No encaja en el ambiente —explicaron—. Tiene demasiada energía, demasiada inteligencia. No podemos comprender por qué, en primer lugar, el DEPEX le envió aquí.

—Pero dice usted que es un líder innato —señaló el hombre del BRINT.

—La moral del primer curso es la más alta que hemos tenido hasta ahora. Pero un disidente es peligroso si no se le puede controlar. La cuestión es ésta: ¿debemos expulsarle ahora o conservarle con nosotros, esperando que se adapte?

El hombre del BRINT lo pensó.

—Están ustedes a punto de llevar a cabo las maniobras de campaña, si no me equivoco. ¿Cuál es su pelotón más flojo, el que tiene menos entrenamiento y disciplina?

—El tercero, Compañía Baker.

A los de Riley no les agradó la sugerencia.

—Son del cuarto curso. Nunca acatarán las órdenes de un

estudiante de primer curso. El pelotón quedará despecho el primer día que salgamos.

—De todos modos, intentémoslo —dijo el hombre del BRINT, con una entonación definitiva—. Nosotros prepararemos sus órdenes.

El Tercero de la Baker era todavía legendario en Riley años después de las maniobras del 2.002. Bahr recibió su misión desde el BRINT y cuando informó a la unidad de campaña de este organismo en Ontario, tres semanas más tarde, con el setenta por ciento de su pelotón todavía intacto y sin capturar, y con cuatro prisioneros, el Ejército, la policía y el D.I.A. estaban cansados de la infructuosa búsqueda y prometía gran des recompensas a cualquiera de sus soldados que s< entregaran.

El BRINT empleó una semana en interrogar a Bahr, a sus tropas y a los prisioneros sobre las tácticas, técnicas y ardides que habían empleado para evitar la captura, haciéndoles jurar luego que perderían el más absoluto secreto acerca de los métodos; pero se filtraron bastantes detalles, de modo que cuando Bahr y sus hombres volvieron a Riley, fue casi como un desfile de la victoria.

Los tres años que siguieron fueron casi decepcionantes. Bahr era un hombre hecho. Todos los grupos de trabajos, juego y amistad le tenían a él como líder. Pero mientras construía su pequeño y enquistado imperio en relaciones de poder en Riley, preparándose para su ascenso en el 801, la misma maquinaria de pruebas sicológicas que tan mal le situó la primera vez, había estado creciendo, extendiéndose y autofertilizándose. El poderoso DEPCO había empezado a surgir en ei gobierno como el mayor colocador de pegas. Eran temidos, admirados, odiados, respetados, pero incuestionablemente reconocidos, excepto en Riley y en otros remolinos sociológicos parecidos.

El primer contacto entre Bahr y el DEPCO tuvo lugar cuando solicitó ingresar en la Academia de Oficiales de la escala activa y se estrelló contra un muro de piedra.

Después de dos días de pruebas con polígrafo, símbolos Brontok y análisis Vargian, Bahr volvió a Riley confuso y enfadado por la continua procesión de los jóvenes y las muchachas impasibles que no parecían escuchar qué les decía, sino sólo cómo lo decía.

El informe que el DEPCO entregó en Riley era intransigente. Bahr tenía demasiada energía para poder ajustarse a una posición de mando, en un gobierno que luchaba por todos los medios para lograr la estabilidad. Era demasiado ambicioso para el nuevo Ejército de administración y logística que el DEPCO planeaba. Lo que el Ejército necesitaba era administradores, no ejecutantes. Las decisiones

deberían tomarse en otro sitio, muchas de ellas por computadores que funcionaban según las ecuaciones VE.

Riley luchó en su favor, pero el DEPCO era inamovible. Bahr no ingresó en la Academia de Oficiales de la escala activa.

Soportó esté primer golpe, aunque por intuición sabía que había llegado tan lejos como le era posible al conseguir ser suboficial en los primeros años que pasó en Riley y no se sentía satisfecho al tener que continuar así. El segundo golpe resultó todavía más inesperado. Las pruebas de revisión de destino al pasar de nuevo por los filtros del DEPCO, le expulsaron del entrenamiento de guerrillas. Sin saberlo, había cometido equivocaciones en las pruebas; intentó con demasiado empeño salir bien y los resultados fueron excesivamente halagüeños, calificándose sobre todo muy alto en las secciones de electrónica y aptitud para las matemáticas. El clasificador del DEPCO, al buscar candidatos en estos campos científicos, que tenían prioridad, metió su tarjeta en el bombo y él, entre todos los graduados de Riley, resultó asignado a la Comandancia de Comunicaciones y enviado a la Antártida.

Su reclamación fue inmediata, vehemente e inútil. Hasta el BRINT, que siguió con gran interés su carrera en Riley, fue incapaz de obtener resultados en sus sutiles esfuerzos para alterar el nombramiento. Con el incremento de las ciencias sociales resultante de las innovaciones Vanner-Elling y la persecución contra los científicos físicos y los técnicos llevada a cabo durante los años de la quiebra, había una gran demanda de talentos. Y al firmarse la tregua del Yangtsé, las actividades guerrilleras se volvieron impopulares. La prioridad de las comunicaciones era mucho más importante.

Su cargo en la Antártida, que terminó con el consejo de guerra del Ejército a los veintinueve años, fue para Bahr la primera paletada de tierra devuelta a la tumba que durante toda su vida había estado cavando. Aceptó con apática resignación su nuevo destino civil de tarjeta verde como mantenedor y telegrafista, en el centro computador de DEPCO, enterrando todos sus viejos recuerdos y amarguras bajo un montón de botellas de «whisky» vacías y largos y hoscos silencios. Tal vez Libby Allison hubiera podido vencer esta apatía, pero hasta ella había casi renunciado cuando el pasado, como el ave Fénix, renació bajo la forma de Frank Carmine.

Carmine iba un año delante de Bahr en Riley y. junto con muchos otros veteranos del 801, entró en el D.I.A. después de su enrolamiento de diez años. McEwen, fundador y director del D.I.A., buscaba un hombre que mantuviera coordinadas y trabajando a toda presión a sus

unidades de campaña; comunicó sus deseos a algunos de los nuevos agentes, esperando que conocieran a alguien del 801 o del BRINT que pudiera cumplir con el cargo. Hubo algunas reticentes sugerencias; después, uno de los veteranos del Tercero de la Baker dijo melancólicamente:

—¡Lo que verdaderamente necesitamos es un hombre como Julian Bahr para que aguijonee un poco a este equipo!

Carmine se encargó de localizar y hablar con Bahr. Este sabía muy poco acerca del D.I.A., pero la atracción de la antigua camaradería y las oportunidades de control y poder, le atrajeron. Con la reorganización de las unidades de campaña que él pidió y sus maniobras políticas para colocar a sus amigos en posiciones clave, Bahr empezó pronto a ejercer mucho más poder, bajo el mando de McEwen, de lo que los estatutos de la organización le permitían.

Mac Ewen pronto se dio cuenta de la voraz ambición que su hombre sentía; comprendió que con el tiempo, Bahr desearía su puesto. Pronto Mac Ewen no pudo dormir, los ojos se le hundieron en las órbitas y se le enrojecieron, su mente divagaba, se quejaba amargamente ante sus subordinados de todas y cada una de las cosas que le ocurrían, menos de Julian Bahr. Se tomaba vacaciones, llegaba tarde al trabajo, sin haber dormido, confuso y quejicoso, cada vez más retraído, con el inevitable resultado de que, irresistiblemente, se sentía forzado a depender más y más de Bahr para mantener en funcionamiento a su organización. McEwen le temía, pero no le detuvo.

Y si Bahr se dio cuenta alguna vez de que era él quien forzaba tal cambio en McEwen, nunca lo demostró. Trabajaba con gente, con grupos, con individuos dispersos, mientras su poder se incrementaba imperceptiblemente, encontró gente que deseaba ansiosa y desesperadamente ayudarle gente que apreciaba su amistad, aue buscaba su influencia, que le entregaba sus confidencias y trabajaban a su lado con una lealtad que rozaba la devoción más ciega. En un mundo de relaciones personales inestables y líderes que eran obviamente de cartón —senadores, miembros del Congreso y especialmente ejecutores en jefe que obtenían sus cargos principalmente por peticiones, buen aspecto, amistades importantes y por el truco de proyectar «sinceridad» a través de las pantallas de TV —, el sector que deseaba a alguien poderoso y con quien identificarse, depositaba su afecto, sus fijaciones y complejos en hombres como Bahr.

La verdadera extensión de sus contactos personales no era

probablemente conocida ni siquiera por Bahr. Personas que decían que lo odiaban o le ridiculizaban, desconfiaban de él, inconsciente o conscientemente abandonaban sus negocios para ayudarle. Corría el rumor de que tenía contactos, amigos e informadores en los bajos mundos, en el BURINF, en BRINT, hasta en los KM y que en el D.I.A. mismo tenía un poderoso grupo privado de antiguos condiscípulos de Riley que mantenían una fiera lealtad hacia él, superior a sus contratos, juramentos u obligaciones nacionales.

De todos estos hombres dignos de confianza, el más leal, devoto y firme de sus ayudantes era Frank Carmine.

Por esto, cuando Bahr encontró una discontinuidad en su plan espacial, que surgió inexplicablemente y sin previo aviso de una fuente que parecía la menos sospechosa, no se rodeó de otros subordinados del D.I.A. que le fueran afectos.

No era accidental el que no le hubieran notificado la captura de Harvey Alexander. Y si Carmine podía fracasar…

Se movió solo, con los ojos atentos; el Volta cruzaba a toda velocidad la llanura de Jersey, cubierta por una vaga neblina, mientras su mente desenredaba los hilos de sus contactos, amistades y actitudes, buscando un motivo, preocupándose para infligir el justo, necesario e inevitable castigo al equivocado que se interponía en su camino.

La primera parada fue en un suburbio al sudoeste de Newark, cerca del Campo de Aviación a Chorro de Newark. Bahr condujo el coche por un conjunto de sucias casas, aparcó cerca del vestíbulo del edificio principal y entró rápidamente en el ascensor.

El edificio estaba silencioso los corredores casi a oscuras y la alfombra ahogaba el ruido de sus pasos. Escogió una puerta, comprobó el número y llamó al timbre. Dentro, oyó algunos sonidos excitados y una respuesta amortiguada. Un momento después, la puerta se abrió, mostrando una habitación a oscuras, y un pensativo e interrogante silencio se abrió ante él.

—¿Julian?

Bahr entró en la habitación, cerrando silenciosamente la puerta a sus espaldas.

—¿Chard? Un trabajo. Necesito ayuda. ¿Estás conmigo?

Una mano tanteó su hombro en un gesto de afirmación.

—Dentro de un minuto, en cuanto me haya vestido. Oye, cariño, éste es…

—Será mejor que la mantengas alejada de esto —dijo Bahr.

—¡Oh!

El hombre se vistió rápidamente en la oscuridad y pronto él y Bahr se encontraban en el Volta, siguiendo su camino por entre las aparentemente interminables filas de caseríos, luego por la cinta de una carretera y cruzando después la oscura, hostil y ruinosa zona de los alrededores, que todavía mostraba aquí y allí los edificios del siglo pasado en lo que antes fuera Elizabeth.

—Has trabajado anteriormente con Stash Kocek —dijo Bahr.

—¿El nervioso? Sí. Pero me hace sentirme... bueno, ya sabes...

—Espero que esté en casa —dijo Bahr—. No llamé de antemano.

Detuvo el Volta, indicó con un gesto a Chard que permaneciera dentro y cruzó la calle, dirigiéndose a la casa de habitaciones que era la residencia acostumbrada de Kocek. Subió silenciosamente dos tramos de escalera, cruzó el vestíbulo y se detuvo ante una puerta que dejaba escapar un rayo de luz por debajo.

Bahr golpeó la puerta, haciendo una señal convenida y la luz se apagó instantáneamente. Al momento, la puerta se entreabrió.

—¿Bahr?

—Sí. Un trabajo.

El amortiguador de luz brilló un poco más y un rostro delgado, parecido al de una comadreja, le contempló, con ojos que no eran más que una raja circundada de sombras.

—Jesús, Bahr....

—¿Estás otra vez con eso?

Kocek se encogió de hombros.

—¿Qué necesitaré?

—Un paralizador. No, dos. Chard trabaja con nosotros.

Hubo un relámpago de hostilidad en el rostro de Kocek y luego resignación.

—No tengo paralizador.

—¿Qué quieres decir? —Bahr mostró su enfado—. Si has vendido ese paralizador...

—Lo recuperaré, Julian, hoy mismo lo he empeñado, pero me lo devolverán. Necesitaba a toda prisa algunos créditos.

Bahr entró en la habitación.

—No lo sabía, Julian, no sabía que ibas a necesitarme esta noche. Haré que me lo devuelvan.

La aflautada voz gimoteaba, acobardada. Bahr miró al bulto de la cama otra vez. Kocek fue expulsado del 801; siempre había sido una mezcla de miedo, vicio, culpabilidad y odio, de tal forma, que Bahr nunca pudo conseguirle una calificación para que trabajara como

conserje en el D.I.A. Kocek era una calamidad, pero Bahr sabía lo bastante acerca de sus vicios ilegales para que le hicieran pasar a recuperación a cualquier hora del día o de la noche. Kocek vivía en un mortal terror a Bahr, de modo que éste podía confiar en él. Por lo menos, podía confiar mientras le observara.

—¿Qué tienes? ¿Burps?

—No, un par de Wessons. Con silenciadores. Y algunas granadas. ¿Crees que las necesitaremos? Sólo tengo un par.

—Tráelas —dijo Bahr—. Y vamos. Tengo un Volta ahí fuera.

—Vamos, vamos.

Kocek cogió una trinchera de la silla y cerró la cremallera de su mono entallado de aspecto chillón y exagerado. Recogió la cartera con su arsenal y amortiguó la luz.

Una vez en el corredor, Kocek se detuvo, siguiendo la costumbre de una larga disciplina militar, para dejar que Bahr fuera delante; recordó luego la aversión que Bahr sentía hacia el tener gente que anduviera detrás de él y empezó a bajar resignadamente las escaleras.

—Dos Wessons y un paralizador —gruñó disgustadamente Bahr—. ¡Y Dios sabe lo que ellos llevarán!

Eran las dos y media y Bahr se frotó impaciente la cara, mirando desde el interior de una cabina telefónica el aspecto que Kocek presentaba, indiferentemente reclinado en uno de los bancos de la Terminal de Red Bank, echando luego un vistazo al reloj.

Las dos cuarenta y Carmine no había comparecido, como tampoco lo hiciera el doble que debiera haber llegado a la terminal, en el monorraíl, diez minutos antes. Bahr se preguntó, con repentina cólera, si toda la organización del D.I.A. había sido filtrada y seducida para un «motín» anti-Bahr. Inconscientemente, su mano se acercó al paralizador cuando calculó las probabilidades de que hasta Chard y Kocek formaran parte del enemigo. Pero el motivo... esto era lo que le confundía. No podía creer que Carmine —el pequeño, serio y calvo Carmine— tuviera la energía, la personalidad, la ambición política o el dinero para montar una secesión en contra suya.

Esto no se sostenía. Carmine pertenecía al tipo de los que reciben órdenes, no al de los que las dan.

Alguien estaba detrás de Carmine, alguien con energía, dinero y un despiadado deseo de quitar de en medio a Bahr.

Al otro lado del zaguán vio a Chard, que rechazaba una taza de café que el vendedor le ofrecía, y cruzaba rápidamente la casi desierta estación, con su achaparrado cuerpo casi saltando y los tacones golpeando el suelo de cemento.

—¿Qué pasa, jefe? Creía que Carmine iba a venir.

—Ha habido alguna complicación. Hace diez minutos debiera haber llegado un monorraíl. Compruébalo con el oficial de la estación y descubre lo que ha pasado.

Chard salió a toda prisa. Volvió un momento después, casi corriendo.

—Un choque —jadeó—. El monorraíl se salió de la rampa L justo al norte de la estación y saltó la baranda. Una caída de veinte metros. Todavía no han podido apagar el fuego.

De modo que esto era, pensó Bahr. Y, si conocía a Carmine, allí estaría éste entre el tropel de mirones, intentando asegurarse que Bahr había estado verdaderamente en aquel tren.

—Muy bien —dijo Bahr—. Carmine tardará un rato en volver al cuartel general del D.I.A. para presentar una excusa. — Miró a Chard y a Kocek—. A Carmine le espera una sorpresa, creo yo.

Otra vez en el Volta, Bahr se sentó, dominado por la ira e hirviendo a fuego lento, mientras Chard conducía.

—Quizá nos encontremos con que tienen un prisionero —dijo—. Lo quiero vivo. El resto es para vosotros, exceptuando a Carmine. Ese es mío.

Chard asintió y giró bruscamente el volante. Kocek sonreía a medias con los ojos cerrados murmurando para sí mismo, y pensando todavía en sus drogas. Finalmente, Barh se volvió y le golpeó la boca con el revés de la mano.

—Deja de pensar en eso —dijo cuando Kocek parpadeó, sin comprender—. Si no puedes pensar en matar gente, no me haces ninguna falta.

El rostro de Kocek palideció de temor, asco y odio, mientras sus delgados labios temblaban. Tras su máscara de cólera, Bahr sintió una oleada de amarga satisfacción.

La lealtad era imposible de predecir, pero sabía cómo manejar el temor y el odio.

Eran las tres de la madrugada y desde el Volta todavía en marcha, Bahr vio que brillaban algunas luces en el segundo piso del edificio de tres plantas que alojaba el cuartel general local del D.I.A. El primer piso era un pequeño lavadero, un centro de rumores notoriamente bueno, y también muy útil para los espías como destino fingido. El edificio estaba en una esquina, pero a su lado había una casa de apartamentos un piso más alto. La pequeña ciudad residencial estaba silenciosa, parcialmente oscurecida por la bruma, baja y húmeda,

traída por el viento del Este; los aleros de los edificios goteaban y las calles brillaban bajo la tenue luz de los faroles.

Chard condujo hasta la parte posterior del apartamiento, de modo que pudieran entrar por la puerta de servicio. Bahr miró su reloj.

—Esperad mi señal y luego cortad los alambres —le dijo a Chard.

Esperó con Kocek hasta que el Volta se ocultó en la oscuridad. Luego subieron por la escalera hasta el tejado del apartamento.

Dos minutos más tarde se deslizaron por los postes de la escalera de incendios, hasta el tejado del edificio del D.I.A. y con la llave maestra de Kocek entraron en la bohardilla del tejado.

El tercer piso estaba oscuro y silencioso. De las escaleras, al final del corredor, salía luz; abajo se oían voces, hablando con la recortada monotonía de los aburridos y medio dormidos suboficiales. Bahr distinguió tres voces. Había algunos ruidos confusos; un zumbido y un «clac-clac» que Bahr identificó como el producido por una de las máquinas de fichar trabajando. El ruido de los clarificadores de fibras y el esporádico traqueteo del teletipo parecía suficiente alto para haber disimulado el que ellos hicieron al forzar la trampa.

De pronto, Bahr se puso a escuchar los sonidos que venían de abajo. Era un largo corredor con puertas que se abrían a ambos lados y su aspecto conocido chocó en su mente con la fuerza de un martillo. Nunca había estado en Red Bank y, sin embargo, le era conocido, terriblemente familiar. Un estremecimiento le corrió el cuerpo; de pronto, sintió que el sudor resbalaba por su espalda y el ruido de su respiración sonaba roncamente en sus oídos. Cerró con fuerza su mano derecha, que aún tenía los nudillos magullados...

Al final del corredor tenía que haber algo...

Con un violento esfuerzo de voluntad se encogió de hombros, intentando arrojar de sí la abrumadora sensación de temor. No había nada. Había el presente, sólo el presente. En algún sitio, ahí abajo, estaba Frank Carmine. Tenía que matar a Carmine.

¡Pero algo gritaba en el fondo de su mente, que era él, y no Carmine, quien iba a morir!

—Registrad las habitaciones de ese lado —susurró a Kocek, con la garganta tan seca que la voz le salió como un graznido.

Kocek asintió con la cabeza y desapareció en una de las curiosas y angulares manchas de sombra. Bahr, agachándose, se acercó a una puerta y puso suavemente la mano sobre el picaporte.

Giró rápidamente sobre sí mismo, sacando el paralizador, pero el corredor estaba vacío. No había nada a sus espaldas.

Deslizó hacia abajo el botón del paralizador, casi hasta el punto de

inactividad. Así no podría herir con mucha fuerza, pero el acostumbrado sonido desgarrador se amortiguaba. No quería alarmar a los hombres de abajo si tenía que disparar.

La puerta se abrió silenciosamente, sin un chasquido, sin un ruido que pusiera a nadie sobre aviso, mostrando la oscura habitación, llena de recortadas sombras. Bahr permaneció durante dos minutos absolutamente quieto, intentando oír si había algún sonido de respiración y dejando que sus ojos se acostumbraran a la profunda y desconocida oscuridad de la habitación.

Estaba vacía. Había un sofá, una mesa y algunas sillas. Evidentemente, era un dormitorio para el personal de guardia del D.I.A. Encendió su infrascopio y escudriñó la habitación con el fluido haz de luz.

Sus oídos no le habían engañado. El cuarto estaba vacío.

Ante la siguiente habitación se sintió menos tenso, pero sus manos todavía estaban pegajosas de sudor cuando tocó el picaporte. Estaba enfadado consigo mismo y se sentía perplejo. Nunca pensó antes en el miedo. Hasta en la Antártida, nunca sintió el menor estremecimiento de temor, sino sólo ira y un sentimiento de necesidad. No podía encontrar ni una razón sensata para sentirse atemorizado ahora; y sin embargo, sus rodillas parecían de gelatina y un inexplicable sudor le corría por la espalda, enfriándose en su frente y en las palmas de sus manos.

Abrió un poco la puerta, escuchó y percibió débilmente, casi inaudible sobre el repentino martilleo de su pulso, la respiración de una persona.

Empujó la puerta y se deslizó en la habitación. La respiración era regular, tranquila, profunda. Ahora, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y percibió un cuerpo echado boca arriba en el sofá-cama. Cruzó la habitación para mirarlo más de cerca, mientras el alivio inundaba su mente cuando se dio cuenta de que el cuerpo estaba vivo y era real, humano.

Vulnerable.

Los ojos estaban abiertos. La luz destellaba en ellos, formando pequeños y brillantes puntos en el rostro, ese rostro oscuro y sin rasgos distintivos que miraba fijamente el techo, como el de una momia. Escuchó cuidadosamente. La respiración era más lápida y ligera. El cuerpo sabía que él estaba en la habitación... lo sabía... pero los ojos no se movieron.

Por favor, tigre. Devórame, trágame rápidamente.

Temor. El cuerpo temía moverse. Su inmovilidad era una súplica.

Por favor, tigre. No juegues conmigo. Un golpe. Un zarpazo que me destroce. Mátame. Por favor, tigre.

Pero primero tenía que verle la cara. Tenía que saber a quién iba a matar. Tenía que ver el rostro, el rígido y atemorizado rostro...

Aferró la linterna y no pudo levantar el brazo.

Vino tan de prisa que sólo pudo gritar ahogadamente; una ola de fuerte terror le oprimió la garganta y le heló, dejándole inmóvil, El corredor, la habitación, la cosa del final del pasillo, su mente con una sacudida y algo gritó en su interior:

¡Viene! ¡Viene! ¡Huye mientras puedas!

La puerta se cerró de golpe y él cruzó la habitación, arrojándose contra ella. Retorció el picaporte, luchando con él, mientras su respiración se convertía en grandes y sollozantes boqueadas de terror. El picaporte cedió y salió al pasillo, al oscuro y silencioso corredor, desde el que se oían abajo las voces y el «clac-clac-clac» del clasificador de fichas.

Se apoyó contra la pared, luchando por dominar el terror al eleíante que inundaba su mente, apartando las espesas telarañas del miedo. Era una pesadilla, sólo una pesadilla; había estado soñando.

Sí. Eso era. De pronto, se sintió fríamente tranquilo. Sus rodillas eran firmes, no sentía dolor en el pecho ni tirantez en el diafragma. Sus manos estaban secas y firmes; el paralizador que sostenía en su mano derecha estaba frío.

Tenía que darse prisa. Había más habitaciones a lo largo del pasillo, pero no importaba; estaban vacías, todas vacías, como las dos últimas.

¿Dos? Claro que no. Sonrió vagamente. Sacudió la cabeza, como para apartar una sombra. Sólo había estado en una habitación. En una habitación vacía.

El elefante no le encontraría nunca. ¡Nunca!

En algún sitio, abajo, una puerta se cerró de golpe; se oyeron ruidos, voces que gritaban algo incomprensible y después el acento nasal y monótono de Carmine, sobreponiéndose al alboroto.

—...a veinte metros de la rampa. Iban diez personas dentro, pero no hubiéramos podido sacarlos a la fuerza sin ponerle a él sobre aviso. Todo muerte, calor y sofoco. —Había una nota de satisfacción en la apagada voz—. Vimos cómo identificaban a Bahr. ¿Ha llamado alguien mientras he estado afuera?

—No, nadie.

—Bien, tres-treinta. Tengo que hacer una llamada a larga

distancia. ¿Cómo van las cosas por arriba?

—Todo tranquilo.

Bahr le dio un ligero codazo a Kocek y sonrió. Luego se acercó silenciosamente a la ventana y dirigió una señal de reconocimiento, con el infrascopio, al Volta aparcado en la calle.

—Dentro de cinco minutos, Chard cortará la línea eléctrica principal del edificio —le susurró a Kocek—. Todo quedará a oscuras. Entonces bajaremos. Creo que hay siete hombres. ¿Cuántos has contado tú?

—Los mismos.

—Muy bien. Chard vendrá cuando haya cortado las líneas. No me preocupan los demás, pero quiero vivo a Carmine. Tengo que hacerle algunas preguntas.

Esperaron cinco minutos; Bahr miraba demasiadas veces su reloj.

—Diez segundos —dijo.

Entornó los ojos, mirando fijamente hacia la parte más oscura del pasillo, mientras sus manos se apretaban en torno al paralizador.

Abajo se oían sonidos de hombres que estaban bebiendo café, voces que hablaban con vivacidad y el firme «clac-clac-clac» del dosificador de fichas. Carmine hablaba por la línea de larga distancia...

—¡Eh!

—¡La luz!...

—¿Dónde está la caja de fusibles?

Entre el ruido y la confusión, Bahr y Kocek se precipitaron escaleras abajo y se escondieron en dos rincones del cuarto principal, dejando que sus ojos se acomodaran a la oscuridad.

Hubo un movimiento en dirección a la puerta y el paralizador de Bahr disparó todo su poder letal, haciendo sonar los subecos. Un grito y un golpe sordo. Silencio.

Un tenso murmullo:

—Alguien tiene un paralizador.

El Wesson de Kocek escupió con un sucio sonido desgarrador. Se oyó un gorgoteo, un golpe contra el suelo, una silla se volcó...

—En el rincón... —era la voz nasal de Carmine.

Se oyó el golpe seco de una «burp» al ser montada. Bahr esperó y disparó de nuevo, viendo perfectamente su blanco con la ayuda del infrascopio. Cuerpo y pistola cayeron al suelo al mismo tiempo.

Ya iban tres.

—Tiene un infrascopio —sonó otra vez la voz de Carmine.

Gimió una puerta y se percibieron rápidos sonidos de hombres

arrastrándose. Kocek disparó por dos veces, cambiando de posición. Se oyó un chillido.

Después reinó el más profundo silencio.

—¡Kocek! —Bahr oyó un gruñido en respuesta—. Han entrado en la habitación del clasificador de fichas.

Kocek siseó y Bahr escuchó. Percibió el débil sonido de alguien entrando en la habitación.

—¿Bahr?

—Aquí, Chard. Están en la habitación del clasificador. Tenemos que hacerles salir—. Se arrastró silenciosamente por el suelo, comprobando que había cuatro cuerpos y supuso que había tres en la habitación del clasificador—. ¡Kok! Esas granadas.

Bahr desenroscó los seguros, se arrodilló y arrojó una granada por la puerta de la habitación del clasificador. Hubo una apagada explosión y los cristales de las ventanas saltaron en pedazos. La segunda granada dio contra la pared trasera. Brilló una llamarada de luz naranja y un hombre salió gritando al corredor, oprimiéndose los oídos con las manos. Bahr disparó contra él con el paralizador y se escondió en la habitación, con Chard pisándole los talones.

Empezaron a seguir los bancos del clasificador, dejando a Kocek junto a la puerta, con su Wesson. Cuando estuvo seguro de que su cuerpo no se siluetaría contra la puerta, Bahr se enderezó, cogió un montón de fichas sin taladrar de encima de un «cardo» y las arrojó contra la pared contraria. Una «burp» escupió su llama rojiza desde detrás de un clasificador, tres máquinas más allá. Chard se dejó caer al suelo, disparando. Se oyó un grito de dolor.

Quedaba uno.

—¡Carmine!

Bahr se levantó con el paralizador a punto. Hubo un ruido confuso.

—No disparéis contra él —dijo Bahr.

Un par de disparos sonaron en la habitación cuando Carmine hizo fuego salvajemente.

—Voy a buscarte.

Se oyó ruidos de huidas; si Carmine se dio cuenta de que Bahr estaba vivo todavía, no lo demostró. Bahr olió a humo y vio una llamarada producida por las fichas que ardían al otro lado de la habitación. Chard saltó para apagar la llama; tosió y retrocedió tambaleándose cuando tres balas le alcanzaron en el pecho. Bahr disparó una vez con su paralizador, en un tiro corto y sin apuntar, y Carmine gritó.

Bahr se lanzó contra el hombre medio paralizado y tembloroso, le

arrancó la pistola de la mano y apoyó una rodilla en la ingle de Carmine. Hubo un grito agónico y penetrante, después el ruido de alguien vomitando.

—Bastardo —dijo Bahr.

—Todo bien, ¿jefe? —preguntó Kocek.

—Apaga ese fuego.

Bahr agarró por el cuello a Carmine, poniéndole en pie, le golpeó salvajemente por dos veces en la cara con el puno y lo saco violentamente al pasillo.

Entonces vio a Chard a la creciente luz del fuego. Contempló el rostro del hombre, desfigurado por el dolor.

—Está bien, Julian. Me han herido. Sácame de aquí.

Bahr vio la roja y goteante mancha en la pechera de Chard cuando toda la pared empezó a llamear, al extenderse el incendio de las tarjetas. Vio el rostro mortalmente pálido, los ojos agrandados por miedo.

—Llévame a donde haya un médico, Julian..

—Eres hombre muerto —dijo Bahr—. No vivirás ni cinco minutos si te movemos.

Sacudió la cabeza y sacó el paralizador.

—La suerte, chico.

Una violenta, desgarradora y epiléptica sacudida, y todo terminó. Silencio, el chisporroteo del fuego, olas de calor emanadas de la pared. Oyó un ruido producido por Kocek cuando cortó la fuerza del paralizador y lo puso de nuevo en la pistolera.

—Vete al coche —dijo Bahr—. Yo llevaré a Carmine.

Kocek salió disparado por la puerta. El enfermo, el ruin y depravado Kocek, parecía ansioso de separarse de él.

De pronto pensó en el piso de arriba. Había algo... Sacudió la cabeza con la mente vacía. Todo lo que ahora podía pensar era en «¡salir, de prisa, salir!» No se le ocurrió preguntarse por qué no podía volver arriba. No recordaba lo que había allí. El piso superior estaba vacío... eso es... vacío.

En la espectral y crepitante luz del creciente fuego, Bahr sonrió repentinamente, pero no supo por qué.

La reunión al amanecer fue corta y tensa. Los jefes eran Bahr y Kocek, adultos, y tres celebridades de los peores KM, de Trivettown. El lugar de la reunión era un garaje para dos coches en la zona residencial de Trivettown. El Volta de Bahr, con Carmine atado y amordazado en el suelo, llenaba medio garaje. En la otra mitad había

un banco de trabajo y un indescriptible montón de herramientas de carpintero, podadoras de arbustos y dos latas. El banco estaba curiosamente manchado.

Hubo el acostumbrado cambio de saludos y explicaciones. Kocek, que conocía a los KM, fue el que llevó la conversación, mientras Bahr permanecía callado, observando cómo el llamado Joel se limpiaba sus bien cuidadas uñas con un pequeño y brillante cuchillo. Bahr había oído hablar de la reputación de Joel. Ahora, al conocerle, sentía una casi irresistible ansia de coger al pálido y sonriente jovenzuelo por uno de sus huesudos tobillos y estrellarle los sesos contra el suelo. Era sorprendente cuán completamente le odió a primera vista.

Kocek negociaba con la muchacha, que se ocupaba de los procedimientos y debía tener apenas trece años. Joel trabajaría a tanto la hora durante cuatro horas; después de este tiempo, los honorarios se doblaban a intervalos de cuatro horas. Si las condiciones no les parecían satisfactorias, no habría trato. Joel era un especialista, pero la muchacha era una mujer de negocios. Ei tercero de los notables, un achaparrado matón de duro rostro, conservaba siempre una mano dentro del bolsillo y no apartaba los ojos de Kocek mientras éste hablaba con la muchacha.

Joel, desde luego, era diferente. Era raro, patológicamente extraño, y hacía que la piel de Bahr hormiguease. Tenía las manos muy suaves y blancas, como las de una mujer, pero sus ojos eran los de un buitre. Bahr había visto ojos parecidos una o dos veces, y siempre los había odiado.

Los arreglos terminaron y Kocek y el matón sacaron a Carmine del coche, Bahr notó que los ojos de Joel empezaban a brillar cuando vio eí cuerpo de luchador de Carmine; se levantó, estudió el rostro de Carmine y una extraña sonrisita profesional se extendió por su cara cerúlea, casi igual a la de una muñeca.

Carmine estaba consciente y en sus ojos brillaba el odio hacia Bahr cuando le colocaron sobre el banco de trabajo.

—Puedes hacerte las cosas más fáciles, si lo deseas —dijo Bahr—. Ya sabes lo que quiero saber.

Tras la mordaza, el rostro de Carmine se retorció hasta casi perder la forma y sus ojos se convirtieron en pequeñas rajas. Bahr adelantó un paso, levantando el puño, pero Joel le detuvo en seco con un:

—¡No!

—Será mejor que se vayan —dijo la Chica.

Ella y el matón se interpusieron entre él y Carmine.

—No se preocupe. Está en buenas manos.

Detrás de ellos, Joel acababa de atar expertamente a Carmine al banco, le contempló durante un momento con ojo clínico y abrió un maletín negro de doctor, empezando a escoger los aparatos.

—Muy bien —dijo Bahr, súbitamente tranquilo—. Decídselo a Kocek cuando ceda.

—Sabrá usted de nosotros —dijo la muchacha.

Abrió las puertas del garaje y Bahr hizo retroceder el coche. Ya eran casi las siete y tenía que volver a Nueva York entre el tráfico de la mañana. Pensó en Carmine, en que estaba en buenas manos, y hubiera debido sentirse satisfecho, pero no lo estaba; sólo se sentía vacío, frío y cansado.

—Cederá —le aseguro Kocek mientras adelantaban por entre el tráfico—. Descubriremos quién se lo sugirió.

Bahr no contestó. Ahora ya no parecía importante saber quién se lo había sugerido a Carmine, como tampoco que la entrevista con Adams que tendría lugar dentro de dos horas sin que él hubiera descansado. Condujo a través de la lóbrega llovizna, intentando recordar algo acerca de una mujer cuya cara no podía ver, y un largo corredor, y un elefante.

En la oscura habitación, Harvey Alexander yacía inmóvil, mirando fijamente al techo, y olió el humo mucho antes de sentir el calor del fuego. Intentó mover los brazos; los músculos le respondieron, pero lenta y perezosamente, y cayó de nuevo en la cama, resollando por el esfuerzo.

Había muchas cosas que no entendían, muchas piezas que no encajaban, pero las largas horas que pasó esperando en la oscuridad, desvalido e inmóvil, le dieron tiempo para pensar y, lentamente, la situación se aclaró. Ahora lo entendía todo y era una fuente de satisfacción y, al mismo tiempo, una amarga derrota. Oyó los disparos y los gritos de la lucha del piso interior, y luego el silencio, más tarde olió el humo, sintió el calor y se dio cuenta de que esta comprensión, aun siendo consciente, no le servía de nada, ya que ahora era demasiado tarde.

Abajo no quedaba nadie que pudiera ayudarle.

Lentamente, intentó de nuevo flexionar sus músculos. Sólo el respirar le costaba un gran esfuerzo, y el sentarse en la cama representaba una hazaña imposible, pero lo logró. Tanteó el suelo con sus pies desnudos. Entonces intentó levantarse, pero las rodillas se le doblaron y cayó pesadamente al suelo.

Era inútil. El lugar se había convertido en un horno lleno de humo; ya podía ver el amarillo resplandor de las llamas por la rendija de la

puerta. Ahora conocía la verdad y era posible que supiera cosas que nadie más sabía, pero nunca sería capaz de decírselo a nadie, ni de usar esa información. Era inútil luchar más, pero lo intentó.

Lentamente, se apoyó en los codos y empezó a cruzar el cuarto centímetro a centímetro, dirigiéndose al pasillo.,

Casi había llegado a la ventana cuando se desvaneció momentáneamente; ahogándose con el humo acre del fuego de abajo y vio la inutilidad de lo que estaba haciendo.

Había corrido demasiado tiempo. Ahora ya no había forma de escapar.

XIV

No había forma de escapar, comprendió Libby cuando vio a Adams con los pies apoyados en su mesa. De algún modo, en su mente siempre hubo la idea de que en el último momento sería capaz de escapar, de evitar el enfrentarse con ello, de darlo todo por terminado y volver a empezar, pero ahora vio, con una especie de horrorizada fascinación, que se había estado engañando a sí misma. El ascensor se había cerrado a sus espaldas, volviendo abajo. La secretaria de la oficina la había visto. Y Adams también. Ahora no podía huir, ni nunca podría.

Esbozó la más amistosa y sincera sonrisa que pudo fingir, aun cuando Adams le produjo la misma sensación de frío en el estómago que siempre experimentaba al verle. Todo lo que pudo decir fue:

—Buenos días.

Adams, naturalmente, no se dejó cazar y Libby se enfadó inmediatamente consigo misma por haber intentado falsear su camino a través de la apertura. Adams iba por ella. Ya había decidido lo que diría, pensaría y escucharía; cualquier intento de descartar el hecho, simplemente la rebajaría un poco más. Sabía que ahora su única esperanza consistía en inutilizarle su sacabocado dándole las respuestas antes de que pudiera plantear las preguntas. Y Julian no estaba allí. ¿Dónde diablos estaría?

—Supongo que está usted esperando al señor Bahr —dijo.

Como un chimpancé, pensó, igual que un chimpancé, juiciosamente sentado con su rostro pálido y delgado, rodeado por el escaso cabello rubio que parecía no cortarse nunca. También estaban allí dos técnicos igualmente parecidos a chimpancés, prácticamente buscándose las pulgas en sus esfuerzos por lograr el mismo aspecto eme Adams.

—¿Dónde «está» Bahr? —preguntó Adams.

—Tuvo que hacer una investigación urgente la noche pasada —dijo ella—. Tal vez venga un poco tarde.

—Si es que viene —comentó Adams.

—Me lo habría notificado, si no pudiera hacerlo.

—Ya.

Silencio.

No hubo indicación alguna de si se suponía que ella debiera sentarse, echarse a llorar o qué, de modo que siguió el rito de colgar su abrigo y arreglarse el cabello, mostrando deliberadamente su figura

porque pensó que eso haría sentirse incómodo a Adams.

—Me gustaría ver su informe sobre el caso de Bahr —dijo Adams.

—No está al día. Tengo algunas notas en mi casa.

—Desde luego —dijo Adams.

—Su último Brontok —espetó Libby enrojeciendo por la cólera ante su insinuación, que no lo era en realidad, sino la afirmación de un hecho.

Claro es que Adams debía saberlo.

—Casi seguramente podremos arreglarnos sin nada de lo que haya en su apartamento —dijo agriamente Adams—. Quiero ver lo que tenga aquí.

—Está en orden hasta hace un par de semanas —explicó ella, abriendo el cajón de seguridad—. El señor Bahr ha tenido demasiado trabajo para que pudiéramos hacerle los análisis debidos.

Aun antes de abrir por completo el cajón, Libby notó que algo no estaba bien. Se había cambiado algo en el cajón. Alguien había estado revolviendo sus ficheros. Dudó.

—¿Me permite? —dijo Adams, aguijoneándola.

Sacó el fichero de Bahr, intentando mirarlo brevemente para comprobar lo que hubieran podido cambiar o sacar, pero Adams estaba de pie a su lado y le quitó la carpeta de las manos.

Empezó a decir algo y después lo dejó correr, esperando que tal vez si hacía ver que no se había dado cuenta de nada, él no notaría que ella había descubierto que habían forzado el cajón.

Adams se retiró a su silla, pasando las hojas de la carpeta y pretendiendo estudiarlas. Estaba claro que buscaba un pretexto. Sabía lo que quería encontrar; sólo esperaba arrancarle a ella algún comentario con la larga pausa. Ella no le complació.

Finalmente levantó la vista.

—¿Está usted familiarizada con los deberes de un terapeuta del DEPCO?

—Sí, ciertamente, lo estoy.

—¿Cómo los definiría usted?

—Ayudar a la gente.

Adams se encogió de hombros con impaciencia.

—Muy bien, el alivio también ayuda a la gente. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

—Me refiero a ayudarles a ajustar sus emociones y procesos mentales para vivir en el mundo —contradijo Libby—. A ayudarles para que tengan una visión interior...

—Señorita Allison, ha recomendado usted a Julian Bahr para seis

cambios de grado en los últimos cuatro años. ¿Le llama usted a esto ajuste? ¿Cuándo permite usted que un individuo altamente inseguro ostente más responsabilidad y poder en cada ascenso? ¿Cuándo intensifica más y más el esfuerzo de una personalidad enferma?

—Es mi caso. Creo que el diagnóstico cae bajo mi responsabilidad. Y el tratamiento también.

—Mientras sea usted su terapeuta, sí, pero cuando usted se convierte en su agente…

—Sigo siendo su terapeuta —dijo ella.

El levantó las cejas.

—¿De veras? Pensé que eso habría cambiado al nombrarle director del D.I.A.

—Es sólo un nombramiento temporal.

—Temporal. Desde luego. ¿Y está todavía bajo tratamiento? Obteniendo buenos resultados además… ¿me equivoco?

Necesitó de toda su fuerza para controlarse.

—Ahí tiene usted el informe sobre el caso.

Adams asintió agriamente y miró otra vez la carpeta.

—Según veo, no le han hecho ningún análisis desde hace cuatro años. ¿No creyó usted que lo necesitara?

—No fui capaz de convencer al paciente hasta hace poco.

Adams dejó la carpeta sobre la mesa con un golpe sordo y la voz de ella se apagó.

Todo sonaba tan poco convincente. Hasta el saber de antemano lo que Adams iba a preguntar, no mejoraba su historia. Lo había enredado todo completamente. Se había engañado a sí misma, pero ahora lo veía, fría y desgraciadamente. Se habían servido de ella. Hasta el testigo más imparcial, al leer el informe sobre el caso, lo hubiera visto. Había retorcido, estirado y soslayado todos los principios, regulaciones, salvaguardias y procedimientos normales del DEPCO para cumplir el mandato de Bahr.

Terapeuta. Sentía una agria y nauseabunda sensación y un dolor sordo y opresivo en el pecho. Por primera vez vio exactamente con una luz fuerte y clara, lo que había estado haciendo. Tiempo atrás debió tener una razón, un motivo sano y racional, pero, ¿cuál era?

Doce años de entrenamiento, seis años de experiencia duramente conseguida y todo lo despreció, todo el trabajo de una vida, por amor a un bruto enfermo y cruel. Y ahora quedaría convertida en una concubina de la categoría Fi, Beta, Kappa.

El teléfono sonaba. Adams lo cogió.

—Es Bahr. Para usted. Hágale venir aquí.

Libby cogió el teléfono, sorprendiéndose al notar el sudor de sus manos. Contestó el silenciador local, de modo que Adams no pudiera oír.

—¿Julian? Sí, ya sé que has llegado tarde. ¿Toda la noche? Sabías que hoy tenían una entrevista.

¡Maldito, maldito fuera!

—Quise decir lo que dije, Julian. Si no vienes hoy para hacer el examen preliminar, Adams tendrá un mandato contra ti mañana por la mañana. Esto cae en un cien por cien bajo tu jurisdicción del DEP-CO. Sí, tienes mucha razón al decir que yo procuro salvarme; si pierdo mi grado… Esto es lo que he dicho… mañana por la mañana. Muy bien, se lo diré, y, Julian…

El teléfono calló. Colgó y supo que su cara estaba mortalmente pálida y que temblaba cuando se volvió hacia Adams.

—Vendrá en seguida —dijo.

De vuelta en su oficina de Nueva York, después del itinerario nocturno a Red Bank y Trivettown. Julian Bahr encontró una multitud de detalles de los que enterarse, informes que leer sobre los progresos hechos, órdenes que dar y comprobaciones que hacer acerca de las unidades de campaña. Casi olvidó, aunque no por completo, la entrevista con Adams señalada para las nueve. Pero no pudo obligarse a darle prioridad alguna hasta que se le atragantó y pidió prioridad. Había tantas otras cosas, pensó, que requerían con mayor urgencia su atención.

La oficina trabajaba con su acostumbrado furor de actividad y eficacia, con los informes cuidadosamente apilados en su mesa y las llamadas anotadas según su importancia. Ciertamente, aquí nada sugería una conspiración en contra de él. Sólo el vacío dejado a su lado por Carmine. Y va había decidido, fieramente, que nunca jamás habría otro vacío como éste.

También faltaba una enorme pieza en el rompecabezas, lo cual resultaba incomprensible para Bahr. Todavía no se había encontrado a Alexander: no había ningún informe sobre él. Era seguro que si Carmine lo hubiera razado, estaría retenido en algún lugar cerca de Red Bank o por lo menos en el Este, pero no había ningún indicio.

Escudriñó los informes. No había pruebas de la actividad de los seres extraños desde hacía cuatro días, casi cinco.

—Lo que nos parece bastante ominoso —aventuró uno de sus hombres y Bahr asintió con vehemencia, golpeando airadamente la palma de su mano con el puño.

Era como observar una enorme y expertamente manufacturada

bomba de relojería, que súbita e inexplicablemente hubiera dejado de hacer sonar su tictac.

Pero la reacción ante el aterrizaje en el Canadá y su discurso... sobre eso había mucho y todavía crecía y aumentaba furiosamente. Había habido diecisiete aterrizajes en la Federación Americana y, según se informaba, a todas se les siguió la pista, descubriéndose que eran falsas alarmas. Un nuevo grupo de directivos emergía de los computadores de las Cavernas casi a cada hora, para dirigir los equipos de control de las masas que habían sido movilizados para contrarrestar el creciente pánico, y, sin embargo, éste seguía aumentando, hasta que los equipos de control fueron incapaces incluso de asignar prioridad a los segmentos de su propio programa. Ocho kilómetros cuadrados al sur de Los Angeles ardieron en un ataque desordenado contra una supuesta plaza fuerte de los seres extraños, en un distrito residencial.

Y ojos asustados, imponentes y desesperados, se volvían continuamente en dirección a Washington y Nueva York para que se hiciera algo, «algo»... cualquier cosa.

El informe de Cari Englehardt estaba allí, un grueso legajo de papeles que necesitaría cuatro horas de cuidadosa lectura, pero un rápido vistazo era suficiente para comprender que Englehardt sabía lo que había dicho. Se dio cuenta de que tendría que ver a Cari lo más pronto posible o al menos hablar con él y después reunir de nuevo a los Jefes Conjuntos aunque con ese asunto del DEPCO pendiente sobre su cabeza... ¡Maldito DEPCO! Casi eran ya las 10. Tendría que moverse con mucha precaución, pero al mismo tiempo sabía que necesitaba hacerlo de prisa, mucho más de prisa de lo que el DEPCO le permitiría.

Dijo a su secretaria que le pusiera con Libby en su oficina y envió a un hombre para que localizara a Englehardt y procurara conseguir una cita, tal vez a la hora de comer. Gracias a Dios aún le quedaba alguien que no empleaba subterfugios, gimoteaba, ni buscaba excusas... un hombre en el que podía confiar para que se moviera e hiciera las cosas...

Después de hablar por teléfono con Libby maldijo, canceló dos citas y pidió su coche. En la calle, cuando se acercaban a la portezuela abierta del aran Hydro, vio un Volta tapizado de negro que doblaba la esquina.

—¡Julian! ¡Julian Bahr!

Providencialmente, era Englehardt.

—Deje que le lleve, Julian. ¿Ha visto usted mi informe?

Bahr asintió, pero dudó cuando los dos hombres que le acompañaban se le acercaron.

—No los necesitará —dijo Englehardt sonriendo.

—No, supongo que no. Muy bien, muchachos, les veré en el edificio del DEPCO —Entró en el Volta—. Nos seguirán como lobos —dijo, cuando los hombres del D.I.A. se metieron en el coche oficial y siguieron en pos del Volta.

Bahr miró a Englehardt. El hombre le parecía más cansado, aunque milagrosamente más joven, que días antes.

—¿Para qué son todas esas precauciones? —preguntó a Bahr—. ¿Es ésta la costumbre?

—Por poco me asesinan ayer noche —dijo Bahr.

—Pues no lo parece. Cazó usted al asesino, supongo.

—No, por el momento no hay ninguna pista —No le importaba dar a conocer la podredumbre de su propio ambiente—. Pero pronto saldrá algo.

—¿Y los seres?

—Nada. Otro par de los hombres que faltaban han vuelto todos con la misma historia. Todo está demasiado tranquilo y no me gusta eso.

—Ahora que ya tiene mi informe, sabe lo aue puedo hacer —dijo Englehardt—. Si algo se interpone ahora, nos costaría mucho. Podría terminar con todo, en realidad.

Bahr se frotó la frente y golpeó la palma de su mano con el ñuño, produciendo un ruido fuerte.

—Hago todo lo que puedo porque siga adelante.

—¿Es suficiente? —preguntó Englehardt—. Ya sabe que yo le apoyaré en todo, con dinero, técnicos, influencia; pero tiene que moverse o estamos perdidos.

—Estoy en dificultades con el DEPCO —dijo Bahr—. Quieren que deje el trabajo basta que estén convencidos de que soy torpe, normal e inerte. Al hablar del DEPCO me refiero a Adams.

—Nunca me ha dado usted la impresión de ser alguien a quien Adams pudiera detener —dijo Englehardt.

La mandíbula de Bahr se cerró con fuerza salvaje y su ñuño golpeó la palma de la otra mano.

—Adams no me detendrá —dijo— Aunque para impedirlo tenga que romperle el cuello a manos limpias. Siempre que tenga amigos con los que contar.

Englehardt se rió.

—Le diré una cosa.

—¿Qué?

—Un hombre tan ambicioso como usted no tiene en realidad, amigos, sólo víctimas. En su lugar, yo no esperaría que nadie me ayudase, durante más de un segundo, después de perder el control. En realidad, si yo fuera usted, me preocuparía por mi vida, si ya no tuviera al D.I.A. para protegerla.

Ahora le tocó a Bahr el tumo de reírse

—El matar es mi juego —dijo—; siempre gano.

—Bien, creo que es aquí donde usted tiene que ir —dijo Englehardt mientras el Volta se detenía ante el edificio del DEPCO—. ¿Le veré esta tarde, Julian?

—Sí, me verá —dijo Bahr y entró en el edificio.

Bahr sonreía cuando entró en el despacho. Le sonrió a Libby, a Adams y a los técnicos, y Libby pensó que estaba borracho.

—Siento llegar tarde —dijo—. ¿Empezamos?

Adams se levantó despacio.

—Es un examen rutinario, señor Bahr. Supongo que se dará cuenta. No hay nada personal en ello, pero cuando un individuo entra en un empleo tan importante como el suyo, tenemos que tomar algunas precauciones en interés del bien público.

—Bien, eso está muy claro —dijo amablemente Bahr.

—Todo lo que deseamos hacer es plantearle algunas preguntas y le pedimos que nos dé respuestas francas y sinceras. Bien.

—Si no le importa, llamaré a mi despacho y les daré este número, para el caso de que me necesitasen.

—Este número no está en la guía —dijo Adams—. No podemos permitir interrupciones durante la prueba.

Pero Bahr ya estaba al teléfono, marcando rápidamente, sonriendo y asintiendo todavía. Dio el número y colgó.

—He dado órdenes de que no interrumpieran hasta nue volviera a llamar —dijo—. De modo que no debemos preocupamos por eso.

—Muy bien —Adams frunció el ceño—. Esas preguntas sólo son para ayudarnos a hacer ahúmas simples evaluaciones de su personalidad, señor Bahr. Creo que lo mejor será dejar que la máquina se caliente y que usted se ajuste a ella. ¿Le es conocido el polígrafo?

—¿A quién no le es conocido?

Bahr se arrellanó en la silla de cuero y dejó que Adams ajustara el aparato con sus dedos delgados y huesudos, aunque hubiera preferido que lo hiciese Libby. Y después esperó, mientras seguía el acostumbrado e insustancial recuento de lo que iba a hacer, hasta que creyeron que estaba preparado. Observó que Libby se colocaba en una

posición desde donde podía ver el polígrafo y a él al mismo tiempo, para apuntarle las reacciones sugeridas. Bahr sintió que sus palmas empezaban a sudar un poco. ¿Por qué no le hacía la primera señal? ¡Cristo! ¿Le habría abandonado ya?

Ella se frotó la oreja derecha, lo cual era el primer signo y Bahr sintió que, automáticamente, la palabra apropiada acudía a su mente mientras Adams empezaba a interrogarlo.

Al principio fue sencillo, tanto, que se preguntó por qué lo había emitido durante tanto tiempo, pero después las interminables preguntas se hicieron confusas y empezó a cansarse, sintiendo crecer su fatiga y su aburrimiento. Era el tedio lo que le preocupaba. Ya había sufrido tres repeticiones y, evidentemente. Adams no conseguía lo que andaba buscando, porque empezó otra vez y Libby, a su modo, cuidadosamente inhibido, parecía demasiado satisfecha para que las cosas fueran demasiado mal, aunque Adams derivaba muy lejos de las preguntas normales, buscando reacciones a las que agarrarse.

Entonces vino la trampa.

—He hecho cuanto me ha sido posible —dijo Adams, sacudiendo la cabeza— y me parece que no tiene sentido repetir otra vez, después de tres confirmaciones.

Empezó a desabrochar los cinturones de presión y Bahr se puso gradualmente tenso, sabiendo que vendría algo.

—Lo siento, señor Bahr —dijo tristemente Adams—. Es verdad que lo siento y haría lo que fuese por no verme obligado a esto. Desgraciadamente, es una de esas cosas con las que hay que tener cuidado en un trabajo como el suyo. De otro modo, nos encontraríamos con personas peligrosamente inestables, peligrosas para nosotros y para ellas mismas.

Sonrió desmayadamente.

—Desde luego, a veces no es más que una cuestión de situación, nada realmente serio ni grave respecto a la personalidad del individuo, pero bajo situaciones de emergencias algunas personas adquieren con toda naturalidad un carácter autoritario. Algunas veces la presión fuerza a las personas a adoptar una estructura de la personalidad que resulta… bueno… peligrosa para la sociedad y para ellos mismos, y en realidad, debieran estar agradecidos, todos debiéramos estarlo, de que podamos descubrir a tiempo esta clase de cosas, de manera que…

—Espere —dijo Bahr, saltando de su silla y cogiendo a Adams por el nombro con sus dedos enormes, que se clavaron en el frágil cuerpo del hombre.

—¡No va usted a encerrarme! —rugió—. Usted y su maldito grupo de conejitos de ojos rosados. Usted no podría hacer el trabajo que yo estoy haciendo, ni tampoco ninguno de sus imbéciles del DEPCO; ni siquiera podrían trabajar en algo parecido. Usted no...

—¡Julian!

La fuerte urgencia de su voz le interrumpió por un momento y Libby intentó decirle algo a Adams, pero Bahr estaba ahora demasiado encolerizado. Las sugestiones post-hipnóticas habían sido superadas por esta nueva amenaza y todo su cuerpo parecía hincharse de rabia. Apartó brutalmente a un lado a Libby y cogió a Adams con las dos manos, levantándolo en vilo.

—¡Imbécil! Asqueroso chiflado de cara fofa; le aplastaré la cara contra su propio polígrafo si intenta...

—¡Julian, basta!

La voz de Libby le detuvo otra vez y entonces algo, algo que ella le dijo, le cayó encima como un cubo de agua fría.

Dejó caer a Adams, asombrado por el brusco cambio, incapaz de recordar lo que ella había dicho, sólo una palabra que le hizo estremecerse de horror. La miró. Sacudía lentamente la cabeza, indicándole que se inclinara hacia ella para hablarle al oído.

—Hizo eso deliberadamente para hacerte estallar. Tu PG resultó negativo las tres veces; no tenía nada en contra tuya hasta que le cogiste y empezaste a hablar. Oh, Julian, ¿por qué has tenido que perder tu dominio?

Bahr permaneció silencioso, impresionado por esto, maldiciéndose a sí mismo de un modo mucho más profano de lo que Libby había hecho, por no haberse dado cuenta inmediatamente de lo que estaba sucediendo. Había prometido seguir las señales que ella le luciera, pero, en cuanto apareció la primera amenaza real, ya no pudo confiar en nadie.

Y ahora Adams tenía lo que deseaba. Violencia. Identificación del ego con el poder y su trabajo. Todas las cosas contra las cuales .Libby le había prevenido, todas reveladas en un estúpido ataque de rabia.

No era mucho, no bastaba por sí mismo para degradarle permanentemente m nada parecido, pero una grieta en su armadura, la justificación que Adams necesitaba para expulsarle de su empleo y ponerle bajo observación. Libby y las sugestiones post-hipnóticas no le servirían de gran ayuda y una vez estuviera tras el muro, ya no habría forma de salir. Esta vez, no.

Esta vez, habría recuperación y un batallón de trabajos forzados; sedantes, su diaria ración para complementar un prefrontal borroso y

todas otras precauciones permanentes e irreversibles para convertirle en un ser seguro, estable y feliz.

Adams se levantó lentamente trastornado, pálido, pero radiante por su triunfo.

—Muy bien —dijo con su voz dulce como la sacarina—. Muy bien. Creo, señor Batir, que por hoy hemos terminado…

El teléfono sonó, fuerte e insistente. Libby cogió el receptor.

—Para ti, Julian. Tu oficina. Dicen que es de gran prioridad.

—¿Qué quieren?

—Sólo hablarán contigo en persona —Después dijo al teléfono—. Sí, sí está aquí. Ahora mismo le pongo con él.

Bahr cogió el teléfono. Escuchó durante un momento y su respiración pareció detenerse.

—¿Está seguro de eso? —dijo roncamente—. ¿La Luna? Muy bien, mande el informe y a todo probable observador a mi despacho, por línea directa. Póngase en contacto con Englehardt y los Jefes Conjuntos y anúncieles una conferencia en mi despacho dentro de sesenta minutos. Emitan una Condición B por todas las ondas. Después póngase en contacto con el Jefe Ejecutivo y dígale que consiga una sesión conjunta reunida en Washington dentro de… —miró su reloj—, dos horas.

Colgó y se volvió lentamente hacia Aclaras.

—Muy bien —dijo salvajemente, casi con alegría—. Consiga su mandato si puede. Pero será mejor que se dé prisa, porque si no lo tiene en vigor de aquí a una hora, será demasiado tarde.

Salió rápidamente de la habitación y la puerta le tembló al cerrarse tras él.

XV

Ningún bloqueo de Condición B hubiera podido ocultar jamás la catástrofe que llameaba en el cielo como una bandera, ni al hemisferio nocturno, de donde provenía el primer informe, m al hemisferio diurno. Bahr observaba impaciente mientras los congresistas se apiñaban aquí y allá en pequeños grupos nerviosos, embotellando los pasillos y puertas de la sala de la Cámara del Congreso. El aviso fue dado hacía sólo ochenta minutos, pero casi todos estaban ya presentes, por lo menos un setenta por ciento, y se esperaba de un momento a otro la llegada del Jefe Ejecutivo y de los Jefes Conjuntos.

La sesión con los Jefes Conjuntos en Nueva York... notándose la conspicua ausencia de Adams, del DEP-CO... había sido tormentosa; la mayor parte de ellos se opusieron a convocar una sesión conjunta del Congreso, porque, de todos modos, el Congreso no tenía poder para hacer nada. Pero Bahr insistió en que sólo un retorno a las semiolvidadas formalidades y tradiciones podría convencer a la gente de que hicieran lo que era debido. El Congreso todavía representaba nominalmente al pueblo, aunque ya no ostentaba un poder real desde que el gobierno era regido por el DE-PEX, el DEPCO y las otras Oficinas Vanner-Elling y que los congresistas no hacían más que asentir a lo que se les proponía. Pero ahora tenía que hacérseles sentir útiles, que pensaran que estaban tomando una decisión que todas las máquinas y todos los cálculos matemáticos de Mark Vanner no podrían tomar nunca.

Y los Jefes Conjuntos cedieron por último porque tuvieron que hacerlo, porque todos habían visto la Luna en el cielo... el satélite terrestre, bello, estable y amarillo contra el cielo azul, pero ya no era la Luna, sino sólo un montón de trozos, colgando obedientes en órbita, como los fragmentos de un plato roto, separándose lentamente unos de otros.

Un observatorio de Australia vio la explosión, una repentina llamarada de increíble blancura que estalló en el oscuro cielo australiano, y después, más mortecino a través de la cortina de fragmentos, un despliegue lentísimo de destrucción planetoide. Destrucción estúpida, destrucción sin motivo, pero destrucción de terribles consecuencias.

Si los seres extraños podían hacerle eso a la Luna...

Todos los habitantes de la Tierra podían verlo. En las calles, el terror se extendía como un reguero de pólvora.

Desde la habitación auxiliar que había detrás de la tribuna, Bahr vio la llegada del Jefe Ejecutivo, que vestía una chaqueta de nylon blanco impecablemente cortada, de corte militar modificado, espléndida y muy vistosa. El presidente G. Allen White, había tomado a las damas por asalto después de haber abandonado su emisión de «Héroes del 801» en la TV para solicitar la presidencia. Aún representaba su papel de héroe, tan apreciado por los demás, aunque ahora era un caso serio y había peligro, un peligro real, y tenía que luchar para que el temor no apareciera en su expresión! ¿Qué cara tenía que poner? Tendría que adoptar una expresión preocupada, claro está. Se podía ver trabajar a su mente de actor. Grave preocupación, pero confianza...

Bahr miró a Libby.

—Un niño bonito —dijo.

—Es mono —dijo Libby—. Aunque sin espina dorsal.

Detrás del Jefe Ejecutivo aparecieron los Jefes Conjuntos, avanzando como los Cuatro Jinetes de la Apocalipsis por el pasillo. Se pasó lista. El portavoz de la Cámara hizo una sencilla introducción.

—Julian Bahr, Director del D.I.A., ha pedido esta sesión de emergencia para hablarles.

Entonces Bahr subió a la tribuna.

Detrás de él, en una gran pantalla que había en la pared aparecieron las imágenes. En primer lugar, una telefotografía nocturna de la Luna en pedazos, colgando sobre ellos como un ojo agrietado y funesto. Luego, un lento fundido que mostró un crecimiento del pánico en tecnicolor: largas y harapientas columnas de evacuados, gente apiñada en las calles, asustadas, saliendo desesperadamente aprisa de la ciudad, muchedumbres alborotadas por la noche, blandiendo antorchas, edificios bombardeados envueltos en llamas, tropas de choque avanzando con ametralladoras y «burps», un hombre con una camisa blanca y el rostro lleno de sangre, que pasaba por baquetas entre un grupo de hombres y mujeres que se burlaban de él. Todas estas escenas habían sido tomadas durante los crueles y sangrientos días de la quiebra; aparecieron en la pantalla, y se apagaron lentamente cuando la voz de Bahr surgió por el micrófono.

—Hemos visto antes estas cosas, en una época de terror y entonces nos hicimos la promesa de que nunca más volverían a ocurrir en la Tierra. Ahora bien, hoy estamos amenazados por un pánico y un horror igual al que aquí hemos visto. Sea cual sea la naturaleza de esas criaturas extrañas que han aparecido en nuestro cielo, está bien claro lo que intentan hacer. Es una guerra de nervios. Todos los

movimientos que los seres extraños han hecho, ha sido calculado para esparcir el pánico y el terror entre nosotros, para obligarnos a que nos destruyamos nosotros mismos. No hemos devuelto ni un golpe. A pesar de todos los esfuerzos, mis fuerzas del D.I.A. no tuvieron ningún aviso de este ataque.

Hizo una pausa para dejar que esto calara bien hondo.

—Ahora voy a decirles algunas cosas que están triplemente clasificadas como puntos A. Les damos esta información porque tienen ustedes que llegar a una decisión sobre la seguridad de este país a la que ni máquinas ni ecuaciones pueden llegar. Ninguna otra rama del gobierno puede tomar estas decisiones porque a ustedes les corresponde por derecho el hacerlo, como agentes que son de nuestro poder nacional, el pueblo.

Hubo un movimiento de agitación, un creciente murmullo de entusiasmo, porque Bahr había dirigido su afirmación a cada uno de ellos y se sentían orgullosos.

—Hemos sido impotentes para encararnos con el invasor. Dónde están los seres extraños, lo que son, cómo se comunican, qué es lo que intentan hacer... iodo eso nos es desconocido. Este último golpe es un escarnio. No podemos vengarnos. Ahora tenemos que encararnos con una alternativa ineludible. Podemos esperar el próximo golpe, y el siguiente y sucumbir por último... ¡O podemos sacar a tos seres extraños!

No hubo aplausos, sólo un largo y tenso silencio mientras la idea calaba en las mentes.

Después Bahr continuó:

—Sólo hay una forma para, que podamos hacer eso, sólo tenemos un arma qué pueda salvarnos.

Se volvió y señaló a la pantalla que colgaba de la pared, a sus espaldas.

En la pantalla apareció una brillante imagen plateada, mostrando la vieja y casi olvidada nave espacial, el XAR3, empezando su despegue en el desierto de Nuevo Méjico. El viejo film mostraba, en color y cámara lenta, los motores que escupían llamas y humo, la nube de polvo. Bahr hizo una señal y el rugido de los potentes motores se amplificó hasta un volumen atronador, interrumpiendo todas las conversaciones, impidiendo pensar, mientras el fiero y blanco estallido de las toberas cegaba y fascinaba. La enorme nave se elevó lentamente, como una torre flotando sobre la llama ardiente de las toberas y luego, arriba, la cámara apuntando hacia lo alto, los motores rugiendo, mientras olas de calor y sonido abrasaban el aire,

subiendo y finalmente desapareciendo de vista.

La pantalla se oscureció.

—Esta —dijo Bahr— pudo haber sido el arma militar más poderosa de la historia. Si hubiera tenido éxito, hubiera sido inexpugnable, irresistible y omni-perceptiva. Pero falló. Si la época hubiera sido buena, se hubiese conquistado el espacio en los años noventa, pero no lo era y todos guardamos amargos recuerdos de ella.

«Pero desde entonces han pasado treinta años, treinta años de control, equilibrio y evolución. A causa de la extensa reacción de la gente y las enseñanzas de unos pocos hombres mal predispuestos, que condenaban al Espacio, la ciencia y las leyes físicas para ganar poder en provecho propio, toda esta zona de cultura se ha mantenido tabú, mientras que dirigíamos nuestras energías hacia el interior. Deseábamos estabilidad, no importaba a qué precio. Muy bien... ahora conocemos ese precio. Pero ahora tenemos que luchar por conseguir algo más que la estabilidad; tenemos que luchar por nuestras vidas. Y eso quiere decir que tenemos que construir de nuevo esta nave espacial si esperamos sobrevivir. Una nave a punto de funcionar puede montarse y lanzarse en tres meses. Hasta ese momento estaremos indefensos. Pero ustedes tienen el poder de reiniciar este gran proyecto científico y militar. Es el momento de usar su poder.

El aplauso se convirtió en un rugido atronador cuando todos se levantaron de sus asientos. Bahr descendió de la tribuna mucho antes de que el ruido, se acallara y cuando por fin G. Allen White pudo conseguir la atención del Congreso, leyó una corta y sencilla petición para tomar medidas congresionales. No había ensayado la proclamación que fue entregada en una hoja de papel blanco con el membrete del D.I.A., pero siendo un actor de tanta experiencia, la leyó sin vacilaciones, con lágrimas en los ojos y gran expresión.

—Proponga que se conceda al Jefe Ejecutivo completa autoridad en esta emergencia para establecer un proyecto, que se llamará Proyecto Tigre, para la construcción de una nave espacial y subsecuentemente, una armada espacial para dar caza y destruir al enemigo interplanetario en su cubil; este proyecto estará bajo la especial supervisión de los Jefes Conjuntos y Julian Bahr, Director del D.I.A., de modo que tengan preferencia sobre toda otra jurisdicción y actividad hasta que termine esta emergencia.

No quedaba duda alguna.

Más tarde, en una antecámara llena de gente, Bahr se sacó la chaqueta, empapada de sudor y aflojó su pistolera Markheim. Libby le

miraba con los ojos muy abiertos. Cuando entró en la habitación reinó el silencio, roto por un creciente zumbido de excitadas conversaciones cuando empezaron a comprender la inmensidad y la rapidez del hecho. Algo que no podía suceder había ocurrido: increíblemente, era el fin de una era.

Los periodistas llenaban la habitación y estallaban las luces de magnesio mientras se hacían las declaraciones a la prensa. Allí estaba Cari Englehardt, sacudiendo vigorosamente la mano a Bahr y palmeándole la espalda. Bahr se mostraba voluble, riendo, casi borracho. Dos de sus hombres del D.I.A. se le acercaron, le felicitaron y dijeron algo en voz baja. Bahr frunció el ceño y sus ojos recorrieron la habitación.

Cerca de la puerta vio un hombre de rostro delgado, vistiendo todavía su trinchera y el exagerado uniforme de paracaidista.

—¡Kocek!

Bahr se apartó del grupo de gente que le rodeaba y atravesó la puerta que estaba junto a Kocek. Este le siguió. En el temporal aislamiento del corredor Bahr se volvió.

—Carmine ha confesado —dijo Kocek.

Bahr asintió con un movimiento de cabeza y una dura sonrisa cruzó su rostro.

—¿Quién fue? ¿Quién le respaldaba? ¿Quién era el que le influenciaba?

—Antes de morir, habló.

Kocek volvió la cabeza hacia la habitación llena de clamores y alboroto.

—Fue Englehardt —dijo—. Cari Englehardt.

PARTE IV
EL PROYECTO TIGRE

XVI

Reinaba la oscuridad. Sintió dolor y comprendió de pronto, asombrado, que podía mover otra vez el cuerpo. Harvey Alexander lo intentó, moviendo un dedo del pie, cerrando y abriendo sus rígidas manos. El respirar le hacía daño y cuando intentó sentarse sintió un lacerante espasmo de dolor en el pecho. Se recostó otra vez, resollando y temblando.

Podía ver confusamente el cuarto y no era el mismo sitio donde había estado. Le pareció que en su recuerdo había grandes espacios vacíos. Descansando, cerró los ojos y trató de ajustar los fragmentos.

Notaba olor a hospital, ñero no se encontraba en una habitación de hospital. Veía un techo muy alto y una pesada puerta de roble. Llevaba vendajes en la cabeza y en el pecho, sentía rigidez en su brazo derecho y había una botella de fluido intravenoso, que goteaba lentamente, sobre su hombro derecho.

¡El fuego! Había habido un incendio y había intentado llegar hasta la ventana. Pero, ¿y luego? Volvieron los recuerdos, en una calidoscópica llamarada de fragmentos sin relación de tiempo que permitiera unirlos. La voz metálica de sus interrogadores; recordó las preguntas, las interminables preguntas; y luego la oscuridad, no como la sedante luz mortecina que reinaba aquí, sino una oscuridad casi absoluta. Voces amortiguadas que venían de abajo de alguna máquina... ruidos de tráfico en el exterior.

Y retazos sin conexión, sólo consciencia parcial, largos períodos de espera, aguardando oír las fuertes pisadas de sus interrogadores al otro lado de la puerta. La estrecha opresión del respirador, el letargo y la parálisis producidos por las drogas, que le dejaban absolutamente desvalido. Ya había visto otras veces los efectos del curare.

Rompecabezas, cosas que no podía comprender. En cierto momento, alguien entró en la habitación, viniendo del pasillo, silenciosamente, como un ladrón, aunque él sintió su presencia y la violenta emanación de peligro. Recordaba la vaga silueta de un hombre alto con un paralizador en la mano... y después, de modo increíble, se fue. ¿Se había asustado? ¿Por qué? ¿Qué fue lo que le asustó? Y, luego, oyó el sonido ronco y desgarrador de los paralizadores en el piso de abajo, los gritos, el crujido de las llamas, y sintió el calor.

Entonces murió, intentando acercarse a la ventana en su lento arrastre por el suelo ¡Sabía que había muerto! Pero seguían los

recuerdos, borrosos, incoherentes. Brazos que le levantaban, llevándole a algún sitio. El parpadeo de las luces de la ciudad y las polícromas luces vistas a través de la ventanilla de un coche, con hombres silenciosos sentados a cada lado. Más oscuridad, una habitación, voces quedas, dolor, otra vez inconsciencia. Una vez, una apresurada consulta con palabras que quedaron impresionadas en su mente:

—...¿Vivo?

—Sí. Un «shock» muy fuerte... es difícil...

Recordaba la presencia de una mujer tocada con un sombrero estrafalario y la presión de sus manos frescas y al mismo tiempo cálidas. Y, más tarde, la voz de un hombre, muy distinta, diciendo:

—Esto será todo, Hermana. Le avisaré cuando me haya...

Su mente la captó y la retuvo. Una voz agradable y bien modulada. La palabra «hermana» no pertenecía a la jerga americana, ni correspondía a la voz, y sin embargo, la mujer no era una monja. La pieza encajó perfectamente y Alexander abrió los ojos, percibiendo una borrosa fisura al lado de su cama.

—¿El BRINT? —preguntó roncamente, con una voz que ni él mismo hubiera reconocido.

Tampoco reconoció al hombre, pero comprendió las palabras cuando aquél asintió y dijo:

—Sí, naturalmente. Si creen que puede hablar, comandante...

Pero no creyó poder hablar ni hacer nada más que dejarse caer sobre las almohadas, mientras el alivio inundaba todas las células de su cuerpo. Suspiró y, olvidándose del hombre y de la habitación, se durmió con un sueño natural y reparador.

Alexander nunca había visto al hombre que se hacía llamar MacKenzie, ni tampoco estuvo nunca en aquel lugar, que era una pequeña enfermería situada en lo alto de un edificio, lejos del ruido del tráfico de la Quinta Avenida. Se hallaba en el edificio del BRTNT, en el Recinto de la Embajada Británica en Nueva York. Allí estuvo durante tres días y sólo hacía ocho horas que estaban más o menos seguros de que no moriría silenciosamente en su lecho.

—Nos pusimos a buscarle casi tan pronto como supimos por nuestra red lo de la incursión en Wildwood —le explicó MacKenzie con su suave acento escocés— V. naturalmente, Bahr también le buscaba, lo que hacía que el problema fuera relativamente simple, hasta cierto punto. Creímos que simplemente sería cuestión de dejar que ellos le encontraran e intervenir entonces. Después recibimos la información comprobada desde Londres acerca de su actuación como

Qualchi con nosotros y el CI del Ejército, y empezamos a preocupamos.

MacKenzie sonrió como si se arrepintiera.

—No nos dimos cuenta de que usted iba a ser usado como cebo en la conspiración interior del D.I.A. para destituir a Bahr. No nos dimos cuenta de que nadie… ni siquiera Bahr… creyera que usted fuese tan importante. Y no supimos que Bahr diera un paso tan rápido y personal para destrozar la insurrección. —MacKenzie sonrió de nuevo —. Lo que nos cogió sorprendidos por completo, podría decirse. Afortunadamente, pudimos ingeniárnoslas para sacarle de allí antes de que se quemara por completo.

—Sí —Alexander flexionó su brazo, todavía rígido—. Lo que no acabo de comprender es el motivo. ¿A qué se debe su interés hacia mí?

—A que no podíamos arriesgarnos a que se pusiera usted en contacto con su CI del Ejército, o con el DEPCO, hasta que supiéramos de cierto por qué Julian Bahr sentía un interés tan fantástico en cogerle a usted —dijo MacKenzie.

—No en cogerme —dijo tranquilamente Alexander—. En matarme. O por lo menos en que me convirtieran en un recuperado.

—Pero, ¿por qué? ¿A causa de algo que usted sabe sobre la incursión de Wildwood? —preguntó MacKenzie.

Alexander empezó a afirmar, pero se interrumpió y frunció el entrecejo. No, no era eso exactamente y de pronto lo vio del todo claro. Las piezas se ajustaron repentinamente, aquellas piezas oscuras y deformadas que habían estado intentando encajar unas con otras desde la noche que el oficial de servicio le llamó para comunicarle que había habido una incursión en la Estación de Wildwood y habían robado metal U.

Tenía sentido, naturalmente; Alexander miró a MacKenzie y se preguntó si el hombre del BRINT sería capaz de comprenderlo, o si pertenecía a la especie de locos prácticos que no podían comprender el eslabonamiento que había entre un fragmento de física nuclear, un libro escrito bajo seudónimo y un gran industrial.

—¿A causa de lo que yo sabía? —inquirió Alexander—. No, no era por eso. A Bahr nunca le preocupó lo que yo sabía acerca de la incursión de Wildwood. Nada de lo que yo sabía podía producirle temor. Él supo tanto como yo en cuanto sus hombres terminaron conmigo en el Kelley. Y si sólo hubiera sido una cuestión de informes que yo poseyera y que él deseaba borrar, un simple lavado cerebral hubiera bastado. Pero Bahr no deseaba sólo inutilizar mi memoria;

deseaba inutilizar mi cerebro.

MacKenzie asintió.

—Comprendo la diferencia pero, ¿por qué? Seguramente no se trataba de una tardía venganza por el asunto de la Antártida. Ya tuvo su desquite cuando consiguió que perdiera usted su cargo en el BURINF y fuera a parar al limbo de un oscuro empleo administrativo... lo que fue cosa suya por completo, según nuestros contactos.

—No, era más que eso —dijo Alexander—. Bahr no temía nada de lo que yo supiera. Pero sí temía lo que yo pudiera imaginar con el tiempo, basándome en lo que conocía.

—¡Ah! —dijo suavemente MacKenzie—. Ahora nos acercamos. ¿Qué hubiera sido usted capaz de imaginar?

—La verdad de lo sucedido en Wildwood —dijo Alexander—. Hubo un par de fuertes contradicciones que noté desde el primer momento, pero el incidente de Wildwood fue la clave de todo el asunto.

MacKenzie vertió whisky en un par de vasos y entregó uno a Alexander.

—¿Le importaría que apuntara esto?

—Si espera pruebas concluyentes, no las tengo —dijo Alexander—. Todo lo que tengo es ciertas cosas que sé que son verdaderas y algunas conclusiones que me he visto forzado a extraer ellas. Por ejemplo, sé que no robaron metal TJ en Wildwood. Yo proyecté el sistema de seguridad y sabía algunas cosas sobre él que ni Bahr ni sus hombres del D.I.A. podían saber. Por el mismo motivo, los invasores tampoco hubieran podido saberlas. Así pues, ¿qué sucedió en realidad, en Wildwood? Se originó una alarma fuera del recinto, hubo una explosión a varios kilómetros y posteriormente se descubrió que faltaba metal U en la estación. Se supuso que los materiales radiactivos detectados fuera del recinto eran los mismos que faltaban dentro, y que el ladrón fue secundado por seres extraños humanoides o un agente humano, quien pasó el material a través de los monitores Geiger por medio de alguna clase de protección.

El hombre del BRINT asintió:

—Según creo, el rumor popular indica una protección de neutrones.

—Pero si pudiera hacerse y usarse una protección así, ¿por qué la hubiera abandonado el ladrón tan pronto como estuvo fuera de la estación? No se encontró ninguna protección tirada entre la estación y el monitor de alarma. Hay media docena de otros pequeños fallos en esa idea, pero el mayor es suponer que se estropeara la protección

neutrónica. Esta fue la falla que me advirtió lo que pasaba en el principio.

—Una cosa así sería muy útil —dijo MacKenzie—. Una protección del espesor de unos pocos neutrones con la fuerza aislante de un enorme bloque de cemento.

—Y aunque sólo tuviera el grueso de una hoja de papel, los lingotes pesarían tanto como una plancha de plomo de un metro —dijo Harvey Alexander.

MacKenzie parpadeó, como si alguien le hubiera colocado de repente una brillante luz ante los ojos. Después estalló en carcajadas.

—¡Pues claro que sí! —dijo—. Una vez bien pensado, resulta evidente. Tendrán un ataque cuando lo sepan.

—El resto no era tan evidente —continuó Alexander—, pero tiene sentido cuando se piensa detenidamente. Sin protección, el metal U no podía pasar por las puertas. Por lo tanto, el material radiactivo que el monitor de la carretera detectó no era el mismo que más tarde se notó a faltar en la estación. De modo que debieron disponer de los tres lingotes que faltaban dentro de la estación. Si se buscaba tal explicación, resultaba facilísima. Hay varias tuberías de desperdicios que van desde la estación hasta un basurero. Si se echaba el metal por esas tuberías, sólo un examen del nivel radiactivo del basurero lo hubiera descubierto. Pero si esto era lo que había sucedido, la incursión de la Estación Wildwood tenía que ser una falsedad. Si esta incursión era algo deliberadamente puesto en escena (y tenía que serlo: el Provecto Frisco) debió estar preparado del principio al fin. Y esto era lo que Bahr temía que yo imaginara... que la invasión interplanetaria fue desde el comienzo una falsedad. ¡No hay seres extraños!

Alexander se volvió a MacKenzie y dejó su vaso sobre la mesa con todo cuidado.

—También creo que el BRINT sabe que esto es cierto y lo ha sabido desde el principio. Pero yo podría equivocarme, claro.

—¡Oh, no! —dijo lentamente MacKenzie—. No se equivoca usted y comprenderá por qué no podíamos permitir que entregara en manos del DEPCO sus deducciones. —La voz del hombre del BRINT sonó de pronto cansada y llena de amargura—. Hemos estado jugando durante mucho tiempo y, por lo menos al principio, parecía que ganaríamos la partida. Éramos muy listos, teníamos una respuesta para todas las preguntas, hasta que llegamos a la más importante y ahora descubrimos que no tenemos la respuesta que realmente interesa.

Miró a Alexander.

—Cómo detener a Julian Bahr antes de que sea demasiado tarde para poder hacerlo.

—Necesitábamos una palanca —dijo más tarde MacKenzie— para derribar el muro que el DEPCO había construido alrededor de sí mismo. El equilibrio de poder sólo puede mantenerse si los dos brazos de la balanza soportan casi el mismo peso. Nosotros veíamos en un lado al Bloque Oriental, saliendo de la quiebra con una fuerza militar floreciente y un gobierno totalitario agresivo. Podríamos contener al Bloque Oriental… únicamente contenerlo… por medio de la amenaza de los proyectiles Robling. Pero en el otro lado, en la Federación Americana, veíamos crecer y extenderse al DEPCO, atrincherándose más y más firmemente como la todopoderosa oficina controladora del gobierno, siguiendo su carrera de estabilidad a toda costa y llevando gradualmente a la economía occidental a un punto muerto.

El escocés se sirvió otro vaso.

—Vimos que esto sucedía en todos los sitios: el modo de pensar complicado, la oposición sistemática para conseguir derribar a cualquier figura importante de su puesto aun antes de que pudiera saborear el principio, el énfasis creciente de las ciencias internas, sicología y sociología, y la anulación de las ciencias físicas y la tecnología. Nadie sabe dónde habría terminado, caso de haber podido seguir si no se le hubieran opuesto, pero cualquiera que no tuviese la cabeza enterrada en el sistema podía ver cómo se afirmaba más cada año. Cada frontera, cada desafío eran sistemáticamente evitados, se refrenaba toda señal de progreso, se paralizaba lentamente la economía de todo el país. Este no era el plan de Vanner; él veía el período de estabilidad como una transición, un modo de asentarse sobre bases firmes antes de recoger el guante. No fue así. La cura terminó con la enfermedad, el caos de los años de la quiebra, y después se volvió peor que la enfermedad misma. Nadie sabe cuánto hubiera fardado la sociedad en desintegrarse por completo. Pero era evidente que tenía que establecerse de nuevo una frontera antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Una frontera espacial?

—Cualquier cosa hubiera servido —dijo MacKenzie— siempre que formara tal frontera. Se necesitaba un motivo impulsor Dara producir el estímulo, motivo que precisaba un esfuerzo nacional masivo para conseguirse. Permitir una guerra hubiera significado la destrucción segura de la Federación Americana. Sólo había un desafío lo bastante importante, pero un vuelo espacial sería a lo que con mayor empeño

se opondría el DEPCO. El temor y la suspicacia engendrados hacia las naves espaciales durante la quiebra no era racionales, pero eso no importaba. Usted conoce la historia de la política de dos partidos en los antiguos Estados Unidos. El partido republicano necesitó treinta años, una gran guerra, un héroe ex-combatiente y una década de prosperidad inigualada, para superar la reacción pública ante la depresión de los años 30. Y la quiebra del 95 hacía parecer a esa depresión una gira campestre.

—Y Bahr fue su palanca —dijo Alexander.

—Sí, lo fue. Cari Englehardt no reconoció el peñero en los mismos términos que nosotros, pero también deseaba que se restableciera el proyecto de las naves espaciales. Sus motivos eran completamente personales e individuales; lo más importante fue que creyó conocer un medio para forzar la reapertura del proyecto. Conocía a un joven y ambicioso hombre del D.I.A., un hombre que era lo bastante fuerte, cruel y duro para abrir un agujero en la pared de excesivas regulaciones del DEPCO y echarla abajo, siempre que se le diera un punto de apovo. Englehardt se lo proporcionó por medio de una serie de incidentes cuidadosamente preparados que llevaban a la conclusión de que nos encontrábamos en vísperas de una invasión interplanetaria.

—¿De modo que Englehardt preparó las naves que exploraron? —inquirió Alexander—. ¿Y lo de la luna?

—Si recuerda usted que Englehardt ha estado construyendo proyectiles intercontinentales durante muchos años, capaces de llevar cabezas de guerra de fisión, no es difícil de comprender que también midiera colocar media docena de «zánganos» sin tripulación en la Luna. La parte más difícil en la que el RRINT cooperó fue la de encauzar las filtraciones de información que siguieron a cada incidente sucesivo. Bahr sabía que era una falsedad y esto se adaptaba perfectamente a sus planes. Una vez empezado, todo continuó sin tropiezos: la circulación de un libro alarmante para preparar al público ante el pánico que sobrevendría; la gradual creación de un peligro nacional al que sólo era posible enfrentarse y contestar con un esfuerzo por construir una flota de naves espaciales. Vanner probó que la conquista del espacio requería un esfuerzo nacional comparable a una guerra en gran escala, pero si la Federación Americana tuviera que soportarla, tendría que convertirse en una causa emocional, una causa de temor, con un jefe que arrastrara al pueblo tras de sí y proporcionara la gran fuerza necesaria para deshacer el acondicionamiento anti-espacial que durante treinta años había ido afirmándose.

MacKenzie abrió los brazos.

—Necesitábamos un hombre con la fuerza y el vigor suficientes para entrar en la brecha y usar la crisis. Teníamos que apoderarnos de Bahr, pero se movió demasiado deprisa; tuvo demasiado éxito. No combatió al DEPCO del modo que supimos; sólo se mantuvo dando vueltas a su alrededor y allí los dejó. Al principio hubiéramos podido controlar a Bahr. Ahora está fuera de control y en cuestión de pocas semanas tendrá todo un continente najo su mano y un programa militar y técnico que obligará a la nación a hacer un esfuerzo hasta el límite. Dentro de seis meses deseará el mundo y nosotros no podremos detenerle…

—¿No puede detenerle Englehardt? —preguntó Alexander—. Seguramente tendrá bastante poder.

MacKenzie le dirigió una extraña mirada.

—Englehardt ha muerto —dijo lentamente—. Le mataron a tiros en la calle, una hora después de que Bahr hiciera su petición ante el Congreso lo que no deja de ser bastante curioso.

El hombre del BRINT se encogió de hombros.

—Se atribuyó el asesinato a algunos fanáticos del DEPCO, decididos a impedir el proyecto espacial y se le ha hecho un funeral oficial a Englehardt. El discurso de Bahr en el funeral fue muy emocionante. Cuando terminó, nacionalizó las posesiones del Robling por medio de un edicto y dobló el sueldo a todos los empleados de la organización.

Los dos hombres permanecieron silenciosos durante unos momentos.

—Me parece —dijo Alexander— que el trabajo sólo está hecho a medida. Tendrá usted que dejar a Bahr en el poder hasta que lleve el Proyecto Tigre a un punto fructífero.

—Y hasta que destruya el gobierno y se haya afianzado como una grapa de acero —dijo MacKenzie—. ¿Qué haremos cuando el Proyecto Tigre esté medio completo y Bahr se haya hecho invencible?

—Entonces le hundiremos —dijo Alexander.

MacKenzie estaba a punto de emitir una aguda réplica, pero vio la cara del comandante y se dio cuenta de que hablaba en serio.

—No podemos hacerlos a la fuerza bruta. ¿Tiene usted alguna idea?

—La tengo —dijo Alexander—. Creo que la gran fortaleza de Julian Bahr puede resultar su punto flaco. Necesitaré ayuda. Pero si estoy en lo cierto, cuando llegue el momento, hundiré a Julian Bahr.

—¿Desde la altura de su poder? —preguntó MacKenzie.

—Como a un héroe trágico —respondió Alexander.

XVII

A Libby Allison le pareció que el mundo de pesadilla se volvía de pronto realidad. Había gente, un millón de personas en las habitaciones y corredores, todos hablando a la vez, dando vueltas, riendo en voz demasiado alta, saludándose con demasiada efusión, sonriendo y con el temor reflejado en la mirada. Todo había terminado después del discurso, todos lo sabían, y sin embargo, esperaron el formalismo de la aprobación del Congreso, esperaron hasta que se leyó y debatió formalmente la resolución y se aceptó sin un voto en contra. Y después llegaron a cientos los periodistas, haciendo estallara las luces de magnesio, esparciendo un centenar de preguntas por el aire y lodos fijando la vista en Julian Bahr.

Él era el centro de la atención, hablando, riendo, proclamando, mientras los hombrecitos con sus plumas y lápices apuntaban todas sus palabras. Estaba sonrojado y se mostraba voluble, casi como si estuviera borracho. Cuando se supieron los resultados de la votación, cuatro hombres corpulentos vestidos en una imitación psicofantástica de Bahr, impidieron que los grupos de gente se aproximaran demasiado.

Ella le observó con horror y fascinación crecientes. Había habido veces en que viera esto claramente, lo que había estado preparándose desde el principio. Ahora, de pronto, todas las restricciones se habían caído al suelo. Había pisoteado, golpeado y empujado por todo el campo y, repentinamente, éste se hallaba vacío ante él; él era el jefe. Permaneció allí, hablando, mientras su ego se hinchaba, demostrando su poder y confianza con cada palabra, cada movimiento de su cabeza, cada gesto de sus manos. Y todavía seguía adelante, luchando.

«Convertiría a toda la nación, cambiándolo todo en la Federación Americana, en una dinastía, pensó, Hará retroceder a la civilización seiscientos años. No habrá forma de detenerle si tiene éxito en esto. Tiene treinta y cuatro años y dentro de una semana gobernará un continente, pero esto no será suficiente. Podría ser el amo del mundo y no sería bastante. Cuando tenga cincuenta años, la idolatría de diez millones de personas tal vez le haga sentirse todavía poco querido».

Le pareció que todo esto era irreal, que no era más que un sueño en el cual flotaba y sólo lo percibía con una sensación de aislamiento como si en realidad no le estuviera pasando a ella. Hasta cuando Bahr se puso a su lado, llevándola cogida del brazo por entre la gente, sonriendo y hablando de las reformas y la parte que ella tendría en

aquéllas, no sentía que fuese real. Le vio y con un estremecimiento de horror se dio cuenta de que estaba orgullosa de él, que se sentía excitada y ansiosa por él. Luchó tan duramente, hasta contra ella, y ahora había ganado, a pesar de todo. Y ahora la convertía a ella en parte de su victoria.

Su blanca diosa. Su emperatriz. Su esposa, su amante, su primer amor, su compañera, su hija, su hermana, su madre…

La realidad se introdujo en el ensueño con repentina brutalidad y la lente panorámica de la pesadilla se estrechó en una fina visual, enfocándose sobre el rostro de Adams.

Adams, abriéndose camino entre la gente, con las solapas de su abrigo aleteando, su lacio y rubio cabello en desorden, el rostro blanco, desencajado y feo mientras se dirigía hacia ellos. Empujó a los grupos de gente que estorbaban el paso y aquéllos se apartaron, mientras su cólera inundaba la habitación como una ola. Se acercó a Julian Bahr y dos de los hombres de éste aparecieron a los lados de Adams de repente, cada uno de ellos cogiéndole por un brazo, reteniéndolo cuando se retorció para librarse de ellos. Pero sus ojos llenos de ira no se fijaron para nada en Bahr, sino en Libby.

—¡Perra! —le gritó, inclinándose hacia adelante para ver su rostro —. ¡Perra! Tú lo hiciste, «tuyo» es. ¡Puedes estar orgullosa! Vanner debería estar satisfecho de su hija ilegítima, ¡Oh, sí, debería estar orgulloso y tu madre también! Tú les has hecho muy bien su trabajo, ¿verdad? Has traicionado todo aquello en lo que ellos creían y ahora puedes ver lo que has ganado…

Ella tenía una bebida en la mano y golpeó en la cara con el vaso, con tanta tuerza que lo rompió. Algo estalló en su mente y se arrojó sobre Adams, hiriéndole una y otra vez en la cara con el vaso roto, expresando todo el odio que sentía. Después oyó gritar a alguien y era Adams, pareciendo como si le hubieran arrancado toda la piel del rostro. Dio un paso atrás, jadeando y vio que Bahr estaba a su lado, riendo, y que los hombres del D.I.A. le sonreían, manteniendo a Adams sujeto de modo que no podía moverse. Este continuaba gritando:

—¡Traidora! ¡Traidora!

Entonces Bahr hizo una señal con la cabeza, dio una brusca orden y los hombres arrastraron a Adams fuera de la habitación. Libby se sentía enferma, con un mareo más fuerte de lo que nunca sintiera en su vida. Alguien la ayudó a cruzar la habitación, llevándola hacia los lavabos. Se miró en el espejo y vio que tenía sangre en las manos, en los brazos y en el traje. Algunas manchas eran de sangre suya, pero la

mayor parte era de Adams.

Durante todo el camino hacia su casa, por las calles oscuras y húmedas, algo le gritaba en la mente que la pesadilla era real, era real, era real...

El no notó que Libby ya no estaba allí durante bastante rato y por fin lo hizo vagamente, cuando se encontró recorriendo la habitación con la vista, intentando descubrir adonde habría ido. Se rió para su capote. Se había vuelto en contra de Adams. ¡Y en qué forma! No creyó que ella pudiera odiar así y sintió crecer su orgullo al pensarlo. Había acertado con respecto a Libby. Le ayudaría. Ella conocía la organización del DEPCO y sabría a quién convendría conservar y de quién deshacerse. Con Libby junto a él...

Pero ella no estaba en la habitación y Bahr habló con uno de sus hombres, que desapareció de su lado durante unos cinco minutos y volvió luego, con el entrecejo fruncido.

—Se ha ido, jefe. Salió de los lavabos y alguien la vio llamar a un taxi en la calle.

La alarma inundó su mente y parpadeó, intentando reflexionar. No le dijo una palabra, nada, y había gente a la que ella debía ver, mucho trabajo por hacer y planes que formular.

—Tráeme un coche —dijo—; y saca de aquí a esos parásitos.

¿Cuánto tiempo hacía que se había ido? Intentó vadear a través de la excitación embriagadora de las últimas horas, pero no puedo recordar. Algo frío presionaba sobre su pecho y regañó al chófer, golfeando la palma de su mano con el puño y preguntándose por qué sentiría dolor en su pecho, un dolor físico, como si algo le aplastara, quitándole la respiración y la vida.

Frente al edificio de apartamentos saltó del coche, apretó el botón del ascensor con su pulgar, maldijo y subió de tres en tres los peldaños de la escalera, mientras sus hombres le seguían jadeando. Corrió por el pasillo, buscando las llaves en sus bolsillos, pero no las necesitó. Se detuvo ante la puerta del piso y vio que estaba abierta, mostrando la habitación a oscuras.

En el interior, cuando hubo encendido las luces, no vio a nadie. Se había ido. Las puertas del armario estaban abiertas y no se veían ropas, como si una mano las hubiera sacado en un desesperado arranque. Faltaba una maleta de la repisa. Los cajones de la cómoda también estaban abiertos y vacíos. Y en la habitación posterior también la cuna estaba vacía.

Contempló la habitación, incapaz de creer lo que estaba viendo,

sacudiendo la cabeza con desmayo al intentar dominar la creciente ola de temor que surgía en su mente y llenaba el vacío dejado por la impresión.

Miró a sus hombres y les indicó que esperaban en el pasillo. Temblaba; no podía dominar las sacudidas de sus manos. Vio su cara en el espejo y dio vuelta al interruptor de la luz con un gruñido de rabia. Permaneció un momento en la oscuridad y después se acercó a la ventana, contemplando las luces de la ciudad e intentó dominar el temblor de sus manos cogiéndose al antepecho con toda su fuerza.

Se había ido y parecería como si nunca hubiera estado allí. Pero ahora, en la silenciosa habitación, las cosas se contundían en su mente. ¿Era Libby la que se había ido, o era otra persona? De pronto, le pareció que todo había sucedido antes, hacía tanto tiempo que casi no podía recordarlo y que la confusión, la rabia y el dolor que ahora sentía, eran los mismos que sintió entonces, cuando alguien, alguien...

Ruth. Una puerta se abrió en su mente. ¡Clic, se encendió una luz! Un rostro se le apareció, claro y distinto. Una mujer sin facciones, en la que había soñado, una mujer y un elefante. El solo pensamiento le produjo un estremecimiento de temor en todo el cuerpo y se aferró al antepecho de la ventana. Le pareció que en la ciudad se encendían fuegos, llameantes infiernos, con lenguas amarillas alzándose en el cielo negro. Un rostro de mujer, que ahora veía con todo detalle y que era el de Ruth. Y supo que el elefante sólo era un símbolo de la mujer en la que ni siquiera se atrevía a pensar.

«Ruth le había abandonado, del mismo modo que lo hiciera Libby. Había rechazado el recuerdo, enterrándolo en su mente, pero ahora resurgía, atemorizado, perfilándose en anaranjado y carmesí contra el negro cielo nocturno».

Ruth le había abandonado. Pero eso fue en otro lugar, tiempo atrás. Amargamente, Julian Bahr lo recordó todo.

1995 y la instalación de las naves cohete XAR en el desierto. Tenía doce años y era un chiquillo irascible, solitario y amargado, viviendo en un mundo en el que no había amor, comprensión ni lugar al que anclase firmemente... en un mundo de autoridad absoluta, completa soledad y afectos inseguros. No sabía lo que hacía Howard en la nave espacial. Era un ingeniero de alguna especie, que trabajaba dieciocho horas por día en los laboratorios experimentales, apareciendo raramente por casa y, cuando lo hacía, el asedio interminable que Julian sólo podía observar, impotente, desde lejos. Ruth estaba enferma la mayor parte del tiempo, se marchaba por largas

temporadas y estas ausencias, a veces de varios meses hacían que

la vida de Julian fuera estéril, absolutamente vacía. Después, cuando Ruth volvía del hospital, o de la playa donde estuviera «descansando», las cosas recobraban vida y calor. Ella cantaba, charlaba, le abrazaba, lloraba y le ahogaba con demostraciones de cariño empapadas de lágrimas. Estos regresos eran los oasis de su vida, pero entonces llegaba Howard, muy cansado, y las risas y canciones terminaban. A los pocos días, desaparecía la cordialidad de Ruth y surgía de nuevo su nerviosismo, de manera que Julian se retraía de nuevo.

La vida era la vida, y sus hechos eran sencillos e inflexibles. En primer lugar estaba Howard, al que era preciso obedecer, con sus sarcasmos, su crueldad y sus largas y agrias batallas que alejaban una y otra vez a Ruth. Por encima de su padre había un uniformado desconocido, el Ejército que era poderoso y traidor. Su madre, cuando entró en su vida trajo calor, felicidad y amor. Pero después se fue de nuevo, sin previa advertencia, y se encontró solo con Howard.

Le odiaba. Su rebelión era total y no tenía en cuenta las consecuencias. Había las luchas en el patio de la escuela, las raterías, la amarga y obsesiva competición. Sus condiscípulos le odiaban porque él rechazaba sus ofrecimientos de amistad con las amarguras y sarcásticas palabras aprendidas en boca de Howard. Sus maestros le odiaban y él les devolvía este odio con intereses. Y cuando las notas llegaban a casa a manos de Howard, sabía que éste le odiaba, se sentía disgustado con él y le despreciaba, y ante esto no había respuesta, ni forma de contraatacar.

Un día se encontró apuntando con un riñe contra la espalda de su padre. No recordaba las circunstancias; sólo veía claramente el largo y brillante cañón del arma, la mira del extremo y la espalda de su padre, nítidamente delineada a través de la ventana abierta. La escopeta estaba cargada y veía el punto exacto en que la bala haría blanco; excitadamente, se imaginaba los movimientos de su padre cuando cayera hacia adelante sobre el escritorio. Lo imaginó fría y clínicamente, sin el menor sentimiento de interés o afecto. Podía hacerlo, y entonces Ruth volvería a casa y permanecería en ella. Su dedo se apretaba ya alrededor del gatillo cuando se le ocurrió que probablemente Ruth se enfadaría, de modo que bajó el arma y la metió cuidadosamente en su funda. Al día siguiente, llevó el rifle a una cantera y lo tiró al agua.

Después, de un modo increíble, sobrevino la quiebra y el asalto al Proyecto Cohete. Tenía trece años cuando el populacho forzó el

recinto de White Sands, asesinando, saqueando y quemando en su camino hacia las odiadas naves espaciales y todos los que habían trabajado con ella. Con el creciente alboroto nacional, se esparcieron los rumores del «día de la gasolina» cuando científicos, ingenieros y técnicos fueron envueltos en trapos empapados de gasolina, le prendieron fuego, y los obligaron a disputar una carrera entre todos, para llegar a un único bidón lleno de agua, situado a noventa metros, mientras la multitud se alineaba, gritando, a ambos lados.

El populacho llegó a la parte que ellos ocupaban en el recinto y el padre de Julian no dudó ni un segundo. Agarró una caja de cartuchos, mientras la pandilla, aulladora, colérica y sedienta de sangre, se acercaba a la puerta delantera. Pero el rifle no estaba dentro de su funda.

Tres de los hombres resultaron muertos y otros dos cayeron sin sentido, antes de que le rompieran un brazo a Howard Bahr, le dejaran desmayado y le arrastraran a la calle. Cogieron a Julian y a Ruth y los sacaron de la casa para que contemplaran los golpes, la mutilación y finalmente la cremación, todo lo cual soportó Howard en obstinado y desdeñoso silencio. En ese día. Julian se dio cuenta de algo muy sorprendente acerca de su padre, aunque aun mientras observaba las anaranjadas llamas que consumían el cuerpo muerto, sintió una rara excitación y liberación.

Retorciéndose, se liberó del hombre que le mantenía sujeto, cogió una lata de gasolina y la arrojó a la cara del matón que había dirigido la ejecución. El hombre rugió y arremetió contra él, pero Julian saltó por encima del fuego. Las llamas alcanzaron al hombre y mientras éste daba vueltas, gritaba y caía al suelo, Julian huyó, atravesando el recinto, ocultándose tras las vacilantes sombras producidas por las hogueras y corriendo hasta que ya no sintió pasos tras de sí, hasta que se encontró respirando ahogadamente, sofocándose por el cansancio y el temor. A lo lejos oyó los agudos gritos de los torturados, pero no le interesaron. Había matado a un hombre, pero esto no era suficiente. Había mucho que hacer antes de terminar el trabajo. Tenía que matarlos a todos.

Cuando volvió, encontró a Ruth esperándole a la sombra de las humeantes ruinas de las casas. Los hombres ya se habían marchado. Su boca parecía una estrecha hendidura; se movía lenta y penosamente, sin atreverse a mirarle a los ojos.

Siguió una confusión de noches y días de pesadilla. Se cometieron más y más actos de violencia, mientras todos los que estuvieron

conectados con los proyectos espaciales luchaban por salvar la vida. Julian vivía con Ruth en una iglesia abandonada, y pedía limosna, robaba y forrajeaba como todos en los primeros días de la quiebra, aferrándose a todo lo que le permitiera seguir viviendo o con lo que pudiera hacer negocio. Ruth había cambiado, ya no parecía la misma. Hablaba y reía continuamente, diciendo cosas sin sentido, relatando cosas de sus tiempos de escuela en Vermont y de la pipa de su padre, comportándose como si no hubiera habido ninguna quiebra.

Una noche enseñó a Julian una pequeña botella y él temió que fuera veneno, hasta que ella se lo explicó.

—La he guardado semanas enteras. Es un perfume muy caro.

Le dejó que lo oliera, con los ojos brillantes y él sintió un estremecimiento cuando se dio cuenta de que sólo era perfume.

—Naturalmente, ahora no vale nada —dijo ella—. Todas las cosas bellas y delicadas no valen nada ahora. Tendré que volver pronto a casa.

Había cogido la mano de él, manteniéndola apretada contra su mejilla y estaba arrodillada a su lado en la oscuridad, como si esperara que él le dijera algo confortador, pero no había nada que decir. El no podía robar lo suficiente para alimentar a ambos. Retiró la mano.

Y en la noche siguiente, cuando volvió a casa después de pasarse el día barriendo las calles, Ruth se había marchado. Toda la comida, vestidos y cigarrillos que él guardaba, había desaparecido también. Buscó durante dos días, pero no pudo encontrarla. Entonces tomó una decisión desesperada; escaló la doble valla guardada del recinto de la Policía Militar y se dirigió a los iluminados barracones de los oficiales.

Allí había algunas mujeres, con rostros hambrientos. Alguien tocaba el piano y a través de la puerta medio abierta pudo ver a Ruth, bailando mientras todos la observaban. El rostro de la mujer estaba sonrojado, sus ojos brillaban, agudos y endurecidos por una visión de muerte y odio. Los hombres se reían y gritaban, y ella sonreía, cantando algo en francés y continuando con su danza.

Entonces, Julian se volvió y se marchó, sin mirar atrás. Nunca más pensó en ello hasta ahora, mientras paseaba por el apartamiento vacío de Libby, mirando fijamente los cajones vacíos, el armario vacío y la cuna también vacía.

Golpeó la mesa con el puño, rompiéndole una pata y agrietando el tablero. Sintió dolor en la muñeca y la rabia le dominó. Paseó por el cuarto, casi cegado, golpeando, rompiendo y destruyendo cuanto hallaba a su paso, hasta que la rabia se extinguió, dejando sólo frías y duras cenizas. Entonces abrió la puerta y salió al pasillo.

Libby se había ido. Después de todo lo que él hiciera por ella, hasta después de lo que había sucedido esa misma noche, se había ido, dejándole y volviéndole la espalda.

Pero esta vez él no se iría.

Esta vez no estaba hambriento, ni asustado, ni desvalido. Esta vez tenía el mando y la vería quemándose en el infierno que antes de que hubiera terminado con ella. Esta vez ella sufriría, del mismo modo que él había sufrido.

Y después, cuando terminara con ella, todavía quedaría el niño.

Se volvió a sus hombres y rápida y cuidadosamente, empezó a darles sus órdenes.

XVIII

Una vez derrumbado el muro, Bahr se movió rápidamente, siguiendo adelante con la fuerza de empuje que representaba la seguridad y la esperanza para la gente que esperaba que él los capitaneara.

Ni siquiera Alexander y MacKenzie imaginaron que su hombre actuara tan de prisa. MacKenzie tenía trabajo interminable y una pesadilla de detalles administrativos en las oficinas de campaña del BRINT. Para Alexander, significaba una creciente urgencia desesperada el formular y cristalizar el plan que sólo había delineado vagamente y una urgente necesidad de revaluar continuamente la situación, con la sempiterna responsabilidad de escoger el momento preciso para actuar.

Pasó días enteros revisando los varios volúmenes del expediente de Julian Bahr sacando de los archivos de altas personalidades del BRINT, los cientos de metros de cintas magnetofónicas, los kilómetros de película y la interminable sucesión de documentos que el BRINT había acumulado tan penosamente.

Y con esta ayuda vio temblar, tambalearse y desmenuzarse la estructura gubernamental de la Federación Americana, bajo la fuerza conductora de un hombre y un proyecto llamado Proyecto Tigre.

Los cambios eran muchos y fundamentales. Con el monopolio Robling bajo el control nacional, y personal de Bahr, los primeros hechos sucedieron rápidamente. En White Sands, que durante treinta años fuera una ciudad fantasma, se exhumaron los restos destrozados, quemados, y aborrecidos del antiguo proyecto XAR. Como el ave Fénix resurgiendo de sus cenizas, White Sands se convirtió en una ciudad floreciente. Los edificios fueron reconstruidos; por todo el país se buscaron científicos, ingenieros, técnicos y artesanos... todos aquellos que contribuyeran o podían contribuir, hasta el momento en que las escuelas técnicas recientemente organizadas pudieran proporcionar los hombres necesarios. Se extrajeron planes detallados de los polvorientos archivos, se enviaron materiales al sur y el casco abandonado del último navío XAR desapareció tras un nuevo andamio, por el que pululaban los obreros.

Cuando se leyeron los informes sobre los progresos logrados y los planes de continuación de los trabajos, el director de investigaciones de la sección de defensa del antiguo DEPEX, elevó su protesta.

—Lo que usted propone es imposible —le dijo a Bahr en la

calurosa sala de conferencias, llena de gente, cierta mañana—. La economía no puede soportarlo. Requeriría un esfuerzo equivalente a una gran guerra, y aun así nunca podría garantizar el éxito.

—Estamos envueltos en una gran guerra —dijo Bahr—, y tendrán que hacerse cambios en la economía.

—Pero los cambios que usted dice son imposibles sin reducir a la población a un nivel de inanición.

—Eso quizá no sea exacto —dijo Bahr— y ciertamente no tiene importancia. No tenemos alternativa en esa cuestión y morir de hambre es la menor de las amenazas nacionales con la que nos enfrentamos. Sobre todo, no podemos permitimos el ser sentimentales.

Al director de investigaciones se le animó para que aceptara un empleo en otra alta organización, menos comprometida, y Bahr nombró un sustituto más conveniente.

Después de esto, se dieron pasos para alterar la economía de modo que se adaptara a las peticiones que ya estaba haciendo el Proyecto Tigre.

La forma en que Bahr actuó con respecto al DEPCO fue tan rápida como un hachazo, aunque mucho más humana. No arrestó a nadie del DEPCO. Les cortó simplemente los fondos y proveyó de tarjetas rojas a todo hombre, mujer y rapazuelo de la organización. Cogieron a algunos cientos de personas para interrogarlas, pero no hubo purga. El posterior suicidio de Adams fue en realidad un suicidio. Bahr ni siquiera prohibió a los del DEPCO que fueran a trabajar o continuaran sus investigaciones, pero les dijo con firme y reposada voz que la economía estaba reorganizándose para llevar a cabo el Proyecto Tigre y que los programas de investigación en gran escala, que no contribuyeran al objetivo más importante, se suspendía temporalmente. Les prometió que tan pronto como pudiera disponer de los fondos necesarios, recibirían de nuevo sus salarios, pero les informó en varias y sutiles formas de que tal vez esto tardaría algún tiempo.

Y ron todo ello, empezó una infiltración de hombres del D.I.A., en los que podía confiar, en las oficinas, las comisiones planeadoras, los despachos y comenzó un lento e inexorable refuerzo del control, una desviación de las líneas de autoridad para formar una pirámide ascendente que al final conducía al despacho1 y a las manos de un solo hombre. Ocurrieron más incidentes, atribuidos a los seres interplanetarios, con la acostumbrada publicidad y sin que se hicieran capturas, pero el pánico y el terror que siguieron fueron encauzados y mantenidos hacia el rígido programa que había de librar a los cielos

de los seres extraños para siempre.

Era un patrón tan viejo como el mundo, que proseguía paso a paso con su terrible familiaridad y Alexander y MacKenzie lo observaban. Todos los verdaderos tiranos de la historia habían seguido el mismo patrón… Napoleón, Hitler, Stalin, Khrushchev… todos ellos lo conocían a la perfección.

Pero Julian Bahr seguía luchando en una guerra mucho más importante, una guerra privada y personal, y golpeaba constantemente la palma de su mano con el puño, mientras las cenizas de su rabia ardían cada vez con más fuerzas.

La red del BRINT y Harvey Alexander emplearon casi una semana en seguir su pista, pero finalmente él la localizó en un sucio cuarto de un tercer piso, en una casa de apartamentos desmantelada de los suburbios de Boston. Sólo tenía la descripción del BRINT, la cual creyó notablemente completa, y empleó tres días en vigilarla, hasta que estuvo convencido de que era la mujer que buscaba.

Cuando por fin estuvo seguro de que el D.I.A. no la había descubierto todavía, subió al piso y llamó.

Estaba completamente borracha y su voz sonaba ronca. Cuando abrió la puerta, iba vestida con un sucio albornoz y llevaba una toalla arrollada a la cabeza; olía a ginebra y a perfume barato. El cuarto estaba en completo desorden, con vestidos esparcidos por todas partes, polvos de maquillaje derramados y la cama desecha.

—¿Desea usted algo? —preguntó roncamente—. No quiero estar en esta puerta toda la noche.

Alexander entró y cerró la puerta. Ella le miró, se encogió de hombros y se acercó al vaso medio lleno que reposaba encima del escritorio.

—Muy bien, entre —dijo—. ¿Quién le pidió que viniera?

Después sus ojos se desorbitaron, pareciendo verle por primera vez, y su cara adquirió una expresión de temor.

—¿D.I.A.? —preguntó.

—Haga un poco de café —dijo Alexander—. Necesito hablar con usted.

—Gracias, prefiero continuar borracha.

La golpeó por dos veces en la cara y la arrastró, cogiéndola por el cuello del albornoz, hasta el lavabo. La hizo vomitar y le lavó la cara con una toalla húmeda. Hizo un poco de café y ella se sentó, inclinada hacia adelante, bebiéndolo con los ojos cerrados, cansada, vencida y mareada. Vomitó la segunda taza; para entonces ya estaba serena y su rostro aparecía exhausto y atemorizado.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué no me deja sola?

Era un mal comienzo y Alexander sacudió la cabeza. Su cabellera pelirroja parecía un estropajo y su boca permanecía abierta, con una expresión, estúpida y vencida. El vio una contusión bajo uno de los ojos, los cardenales de su cuello y rechinó los dientes.

—Por el amor de Dios, lávese un poco y vístase —dijo—. Me pone malo el mirarla.

Ella no protestó, sino que cogió algunas ropas y se encaminó al cuarto de baño.

Las cosas iban mal, peor de lo que había esperado. ¿Cómo era posible que una mujer se hiciera trizas de esta manera? Paseó por la habitación, encendió un cigarrillo y se preguntó si habría cometido un terrible error. La necesitaba, todo cuanto había planeado dependía de ella, pero era preciso que se encontrase fuerte, no deshecha y extenuada.

El vestido y el maquillaje produjeron un gran cambio. Parecía un poco más viva cuando reapareció. Él se levantó.

—Muy bien; me llamo Alexander y no soy del D.I.A. Pertenezco a la Inteligencia del Ejército y estoy asignado al BRINT. Deseo hablar con usted, pero ya casi es hora de comer. Afuera tengo un coche. ¿Dónde quiere que vayamos a cenar?

Libby le miró durante un momento, confusa y sin creerle, con el rostro sonrojado. Después pareció enderezarse un poco, recobrando algo el aspecto de la muchacha atractiva e inteligente descrita en el expediente del BRINT.

—¿Conoce usted Boston? —preguntó.

—Sé de un sitio...

Ella le miró. Cuando llegaron junto al coche, él le abrió la portezuela y las cejas de la muchacha se elevaron ligeramente.

—Si esto es un arresto —dijo—, espero que todos sean como este.

No era un arresto y era de crítica importancia que ella lo comprendiera. Alexander decidió que hacerse amigo de ella había sido lo más conveniente. Una buena comida, un par de combinados, una charla insubstancial, unas cuantas bromas... el ritual de una cultura que por dos veces fuera desarraigada de la saciedad, y Libby Allison fue otra persona. El respeto hacia sí misma había sido pisoteado. Tendría que conseguir los detalles más tarde, pero básicamente ella era una persona fuerte y Alexander empezó a sentir que, posiblemente, lograría lo que deseaba.

No la interrogó esa misma noche, aunque estaba ansioso por sondearla. Ella parecía exhausta y su apartamento seguía en desorden.

Dijo que volvería por la mañana y la acompañó hasta la puerta. Antes de abandonar los alrededores, se aseguró de que las patrullas del BRINT sabían lo que tenían que hacer. Era preciso que ella estuviera todavía allí cuando él volviera.

Tal como supuso a la mañana siguiente ella parecía otra. Deprimente como era, el apartamento estaba en orden y ella le ofreció café cuando entró. Hablaron y Alexander le dijo lo bastante para dar a entender claramente que sabía muchas cosas con respecto a ella y Bahr.

Y entonces, de repente, el dolor y la terrible pena se desbordaron en una tormenta de emociones que la atormentaban al querer dominarlas. Alexander escuchó y, por primera vez, supo que vencería.

—Supe que se enfadaría cuando le abandoné —dijo ella—. Pero no me di cuenta de que se pondría tan violenta y negativamente furiosa. No «podía» ser por mí; nunca se preocupó mucho por mi persona. Debía de haber algo más, algo con lo que él deseaba hacerme sufrir.

«La mañana siguiente a mi huida, canceló el DEPCO. Cogieron a la gente para interrogarle y vaciaron los archivos. Canceló también mi acreditación y mi graduación de estabilidad, aunque naturalmente ahora esas cosas no significaban nada, a menos que él lo desee. El primer día sus hombres descubrieron dónde vivía. Cuando volví a casa, me habían robado el coche y mi apartamento había sido saqueado. Cogí a Timmy y busqué otro sitio. Pensé que si podíamos esperar alejados durante algunos días, él lo olvidaría.

Miró a Alexander, con los ojos todavía llenos de pena y dolor.

—Pero me equivoqué, ¡oh!, me equivoqué. Al segundo día bloquearon mi cuenta corriente y me encontré sin dinero. Por la tarde vino la policía, con un comité de Educación y Acondicionamiento. Se mostraron muy apenados, pero firmes. No tenía empleo ni ganaba un sueldo, de modo que no podía mantener adecuadamente a un niño. Se llevaron a Timmy. Creí que conocía a Julian, pero no podía creer que dejara entrar a su propio hijo en el sistema de las Escuelas de Juego. Sólo lo hizo para herirme. Intenté ponerme en contacto con él, pero todo lo que conseguí fue ir de un lado a otro. A los tres días ya no me quedaba dinero ni para comer. Entonces Bahr nacionalizó al edificio donde yo tenía mi apartamento y me echaron. Introdujo esa miserable reforma monetaria y me encontré sin un bono o título que valiera siquiera el papel en que estaba escrito. Hasta mi seguro de vida... bien, ya conoce usted el infierno que ha levantado con esa movilización económica...

Se interrumpió y se sirvió una bebida.

—¿Por qué le abandonó usted? —preguntó Alexander.

—Desearía saberlo. Por Dios que desearía saberlo. —La muchacha se arrojó en el sofá, estudiando su rostro como si pudiera ver escrita en él la respuesta—. Mark Vanner no era en realidad mi tío, pero me educó desde la infancia. Era una personalidad nacional cuando Julian Bahr era sólo un famélico ladrón callejero, que vivía del contrabando de antibióticos estropeados. Mark Vanner mantuvo unida esta nación durante años sólo con su fe, su respeto y una honrada y decente jefatura. ¿Cree usted que Julian Bahr hubiera podido hacer eso?

Extendió las manos con un gesto desesperanzado.

—Vanner era un hombre, un hombre magnífico. Cuando se convirtió en jefe de la planificación económica, no había ninguna fábrica en funcionamiento en todo el país. No tenía dinero, ni una pandilla de pistoleros para apoyarle. Pero habló con la gente y fue a todos los colegios y agencias de defensa y la gente se le ofrecía voluntariamente a cientos y a miles... los mejores cerebros del país. Vinieron a Washington, sabiendo que no les pagarían; era gente sincera, que creía en Mark Vanner y que su sistema social-económico era el único medio capaz de unificamos de nuevo. Harrison, Kronsky, Williams, Otto Lieblitz... mi madre y mi padre, antes de que los mataran... esa era la clase de gente que empezó con el DEPCO.

El silencio reinó en la habitación y la lluvia golpeaba contra la ventana, Libby Allison hablaba y Harvey Alexander escuchaba. Gradualmente, las piezas encajaban una con otras, formando el cuadro que él deseaba ver.

—Trabajaron durante cinco años —continuó Libby—. Reconstruyeron este país, convirtiéndolo de un gigante moribundo en una potencia mundial próspera y estable. En principio se pensó que sólo sería una medida temporal, una oportunidad para que el país se afirmara de nuevo y recobrara la orientación. Yo deseaba ayudar. Quería hacer más. ¿Sabe usted cuántos años tardé en conseguir mi doctorado? Ocho, y tres años de experiencia en un trabajo. Conseguí la graduación más alta de todos los L-12 en los últimos quince años. Me dieron una carta de recomendación por el trabajo que hice en el análisis de las Escuelas de Juego. Y entonces Julian Bahr llegó al poder. Odiaba al DEPCO y lo temía, y en una semana, en menos de una semana, destruyó la organización del DEPCO, que necesitó veinticinco años para formarse.

—Pero esa organización del DEPCO no era del todo buena —dijo Alexander.

—Claro que no, pero el caso es que «tampoco era del todo mala». Y

yo, yo fui la loca, la inocente de ojos pasmados. —Se mordió los labios —. Supongo que sabe usted cómo fue el que Bahr consiguiera pasar por las selecciones del DEPCO durante los últimos cinco años. Le encontré por primera vez cuando lo seleccionaban después del Consejo de Guerra que le hicieron. No pude creer que su cociente de inteligencia fuera en realidad tan bajo y deseaba ayudarle para que encauzase aquella terrible energía y ambición. Prácticamente, le obligué a que trabajara conmigo. Me enamoré perdidamente de él en cuanto nos conocimos y me mentía a mí misma en lo que a él se refería, convenciéndome de cosas que jamás hubieran podido ser ciertas. Pero después, cuando hubo destruido el DEPCO ni siquiera pude convencerme a mí misma de que pudiera llegar a controlarme. Vi lo que había hecho. Él sabía que, en mi interior, yo sentía la misma clase de odio que él; lo comprendió cuando ataqué a Adams. Pero cuando me vi allí, mutilando deliberadamente a un hombre al que odiaba, supe que si permanecía al lado de Bahr tendría que destruir las cosas del mismo modo que él «desea» destruirlas. Ya había comprometido al DEPCO, roto todas las promesas y contratos morales que hiciera y traicionando todo aquello en lo que siempre creí.

Aspiró profundamente y extendió otra vez las manos.

—Entonces supe que no podía hacerlo. No me importaba lo que él me hiciera, ni cuánto me odiara; no podía hacerlo.

Guardó silencio durante largo tiempo y Alexander 1c permitió que se recobrara. Ella le miró y emitió una sonrisa insegura.

—Ya no hay mucho que contar. Salí de Nueva York. La policía me detuvo dos veces para interrogarme. Pasé una noche en la cárcel por vagabundear y comprendí que él no renunciaría, que no lo haría hasta que me hubiera destrozado por completo. Robé un coche, me vine a Boston y precipité el coche en el río. No tenía dinero ni documentación, de modo que no podía conseguir ningún empleo. No me atreví a inscribirme para que me dieran manutención gratuita, porque Bahr me hubiera encontrado. Bien, un día u otro me encontrará, pero ahora está demasiado ocupado. Aquí no puedo encontrar trabajo. Tengo tres grados universitarios y un cociente de inteligencia de 150, y ni siquiera puedo conseguir un empleo de camarera. Hacía dos días que no comía cuando llegué a Boston, pero encontré un modo de vivir. No tengo documentos ni acreditaciones. Ni siquiera puedo registrarme como ramera, de manera que cojo lo que puedo. Soy joven, aprendo de prisa, estoy enferma y me emborracho todo lo que puedo. Me odio a mí misma, pero juro por Dios que todavía le odio más a él.

Alexander comprendió que cualquier comentario no haría más que frotar sal en las heridas; finalmente, su reserva se rompió por completo. Empezó a llorar y él la dejó tenderse en la cama y llorar hasta que se durmió, como si fuera una niña. Tuvo una pesadilla y se despertó gritando, pero él la sostuvo, hablándole como se habla a un niño, y después de un rato se quedó tranquila. Por fin se despertó, lo cual Alexander agradeció mucho, ya que estaba poniéndose un poco impaciente y sabía que todavía no había empezado.

Más tarde una Libby más tranquila y comedida demostró que había recobrado parte de su confianza.

Alexander se dio cuenta de que por lo menos había ganado un tanto muy importante: para ella, él era la reencarnación de Mark Vanner. Él jugó entonces sus cartas con gran habilidad, mientras hacía bocadillos y café para los dos. Le contó lo de su degradación desde el BURINF hasta Wildwood, haciendo que se diera cuenta de que también él era un proscrito, aunque estaba en una posición más fuerte y era capaz de ayudarla. Ella lo aceptó; aunque se reprimió después de la desnuda declaración de la mañana, él comprendió que deseaba desesperadamente su amistad.

Con un relámpago de comprensión que ella «era» la hija de Mak Vanner. En el expediente del BRINT se parecía a su madre, pero ahora, al observarla... la habilidad para organizar ideas inciertas e inexactas, su talento para la abstracción... estaba claro.

Esperó hasta que estuvo seguro de que había llegado el momento y dijo:

—Creo que podría descubrir dónde está su hijo —y una puerta que se había cerrado ante la vida de Libby se abrió de nuevo.

—Está en algún lugar dentro del sistema de Escuelas de Juegos —dijo, atreviéndose apenas a creer lo que estaba oyendo—. Los registros deben estar cambiados. Y la gente de Bahr se ha infiltrado.

—Ya lo sé —dijo Alexander—. Pero aun así creo que podríamos localizarlo. Si está en el sistema, el BRINT tendrá registros duplicados.

Ella le miró fijamente.

—¡Si pudiera, si pudiera usted hacerlo!

Estaba interesada, desesperadamente interesada.

Alexander sugirió un plan.

Si conseguían localizar al niño, el BRINT lo sacaría de la Escuela de Juegos. Se conseguiría dinero y Libby y Tim saldrían del país, pasando tal vez al Canadá. En recompensa, Libby ayudaría a Alexander.

—¿Cómo? —quiso saber ella.

—Tiene que ver con Bahr. Ahora no puedo decirle más, excepto que tal vez resulte peligroso para usted.

—Y, en cualquier caso, ¿Timmy saldrá de la escuela?

—Antes de que empiece nada —le prometió Alexander—. Aunque hay una cosa. Tal vez tenga usted que enfrentarse con Bahr y combatirle. Si tiene usted miedo, será mejor que lo diga ahora.

Libby guardó silencio durante un largo rato. Después se volvió.

—No quiero tener nada que ver con Bahr —dijo sordamente.

—Muy bien, pero, ¿qué va usted a hacer con su vida? ¿Emborracharse hasta morir? ¿Olvidar a Bahr y a su hijo? Mire, usted forma parte de esto. Julian Bahr no cayó del cielo. Usted le formó. Y el DEPCO. Vanner... sí, Mark Vanner le formó, con un odio tras otro.

—Lo sé —dijo ella secamente—. Sé la clase de vida que ha llevado. Sé lo que el DEPCO le hizo cuando estaba en Riley. Estaba deshecho cuando le conocí. Yo hice que se recobrara. Hice que luchara...

Se interrumpió.

—Sí, usted hizo que luchara para que construyera un imperio y lo pusiera a los pies de usted. —Se encaró con ella, obligándola a mirarle a los ojos—. ¿Sabe usted por qué huyo de Bahr? Yo se lo diré. Porque ya había usted destruido el DEPCO. Siempre lo deseó.

—¡No es verdad! Deseaba ayudar, hacer todo lo que estaba en mi mano.

—¿Protegiendo a Bahr? ¿Colocándole en el poder?

Se volvió bruscamente hacia él.

—¿Por qué me atormenta? ¡Le odio!

—Usted odia a Bahr. Luche contra él.

—¡Muy bien, lo haré! ¡Ojalá terminara con él!

Contuvo el resto de la frase, pero sus ojos se estrechaban y endurecían por la ira y Alexander supo que la Reina Blanca de esta partida de ajedrez, ya había sido cogida.

XIX

Todo había funcionado suavemente para Bahr durante las semanas en que el continente fue desgarrado, martilleado y fundido para formar una industria espacial, bajo su despiadada reforma. Había habido bastante trabajo para agotar hasta las enormes reservas de Bahr y el cansancio le proporcionaba ocasionales ratos de sueño tranquilo. Sobre su escritorio estaba el informe de White Sands, anunciando al primer piloto modelo capaz de pilotar la nueva nave atómica y se sintió satisfecho, hasta que tuvo entre manos el memorial... una nota bastante innocua excepto por el hecho de que venía encabezada por un código especial que garantizaba que recibiría su atención personal.

Lo leyó y abrió violentamente la puerta de su despacho, llamando a gritos a Walters, de quien provenía el memorial.

—¿Qué significa esto? —rugió, sacudiendo el papel bajo la nariz de Walters.

—Pues lo que dice —le comunicó Walters—. Recuperó el niño.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que recuperó el niño? ¿Quién dijo que podía hacerlo?

Walters le mostró los documentos. Todo el asunto era perfectamente legal y directo, y aunque lo deseara Bahr no pudo encontrar nada fuera de orden. Un abogado que representaba a Libby Allison hizo una tranquila visita a las autoridades de la Escuela de Juegos de Bordentown. Se identificó en nombre de Libby y presentó pruebas satisfactorias de su deseo y capacidad de mantener adecuadamente al niño. Tenía un empleo bastante bueno y una cuenta acreditada en un Banco canadiense. El papeleo siguió su curso y Tim fue puesto a su cargo.

Lo último que Bahr había oído directamente de Libby fue que la habían desposeído de su apartamento de Nueva York. Después de esto, todo su tiempo había estado ocupado, tuvo que hacer muchas cosas y no disponía de suficiente empleados personales para que manejaran los asuntos. Ahora avisó a cuatro de sus hombres y les ordenó que hicieran una investigación.

Dieron con su apartamento de Boston en menos de diez horas, pero Libby se había ido para siempre. Dejó una dirección de Quebec, Canadá, para que le remitieran la correspondencia. Una comprobación en la Inteligencia de Guardas de Fronteras dio por resultado la exasperante información de que Libby había entrado en el Canadá,

con un pasaporte de residencia permanente, el día anterior.

El niño iba con ella.

La clara audacia enfureció a Bahr más que el hecho en sí mismo. Tuvo una conferencia con Braelow, su abogado personal, y expuso el caso.

—Quiero que ese niño vuelva aquí. No me importa cómo lo haga, ni siquiera si está vivo o muerto. ¡Pero quiero que vuelva!

Braelow estudió la situación y regresó con las manos vacías. El equipo del D.I.A. que Bahr envió al Canadá para vigilar, volvió con un informe tan detallado como inútil. Libby tenía un empleo; dejaba a Timmy en una guardería infantil durante el día y por la noche se lo llevaba al apartamento en que vivía, a pocas manzanas de distancia. Su empleo canadiense era en realidad un trabajo de servicio civil. Bahr creyó ver en esto una oportunidad y presionó a varias personas para hacer que la despidieran, de modo que fuera incapaz de mantenerse y mantener al niño, pero parecía que algo o alguien presionaba igualmente por el otro lado y Libby continuó en su empleo…

Hizo que Braelow se pusiera indirectamente en contacto con Libby, le sugiriera con delicadeza ciertas ventajas materiales que le resultarían si se permitía que Bahr adoptara al niño y también le sugirió ciertas consecuencias desagradables si continuaba su ridículo intento de desbaratar sus planes; pero Libby hizo una escena y despidió al enviado. Bahr oyó la cinta magnetofónica y se encolerizó, golpeando la palma de su mano con el puño hasta que todo el brazo le quedó entumecido.

Entonces intentó conseguir lo que deseaba por conductos diplomáticos, pidiendo la extradición de Libby bajo ciertos cargos legales y políticos, pero esto fracasó de un modo curioso y la Legación, encolerizada le devolvió un serio aviso de que no intentara violar el asilo político. A estas alturas, Bahr la levó, la hizo pedazos y poco después planeó el secuestro.

Sus hombres del D.I.A. no regresaron en el tiempo previsto; en realidad no volvieron nunca, de modo que no pudo saber exactamente lo que había salido mal. Pero el resultado fue que no sólo la misión de secuestro fracasó, sino que el incidente llegó a oídos de la prensa y la policía canadiense descubrió que había un eslabón entre el D.I.A. y el intento de secuestro. Aunque fue sólo un rumor y los oficiales canadienses no lo confirmaron en absoluto, las redes europeas de noticiarios relataron la historia como si fuera un hecho. De pronto, Bahr tuvo a su devoto público de la Federación Americana

percibiendo el olor a escándalo y esperando confiadamente que él se explicara. El BURINF manejó con gran habilidad una historia encubridora, pero la agitación continuó, junto con un desagradable regusto y Bahr se puso fuera de sí.

Se encaró con Braelow en una conferencia privada.

—Quiero que ese niño vuelva —dijo furiosamente—. Si ella no ha tenido todavía bastante, yo le daré lo suficiente. La haré pedazos. Quiero ese niño y no me importa cuánto le cueste a usted. Pero consígalo.

Braelow alzó las manos.

—No hay más medio que una disputa ante el tribunal —dijo—. Ella está convirtiendo todo esto, con toda deliberación, en up asunto sucio. Es imposible…

No debía haber dicho nunca eso.

—Le he dicho que quiero que vuelva el niño —rechinó Bahr—. Plantee el caso como más le convenga, pero haga que vuelva.

—¿Quiere decir que lo lleve a los tribunales?

—Dios mío, ¿está usted sordo? Ninguna vulgar mujerzuela… —Bahr se interrumpió, incoherente—. Ya ha oído lo que he dicho. ¡Hágalo!

Braelow y sus empleados montaron el caso.

Julian Bahr intentó las tretas concebibles para no tener que llevar el caso ante los tribunales, pero después de que el secuestro fallara fue evidente que no tendría éxito. Libby no se entendería nunca directamente con él o con sus abogados. Dejaba todas las negociaciones en manos de sus consejeros legales, que eran, colectivamente, la mejor firma del Canadá. No pudiendo disponer de otra alternativa, Bahr inclinó todos sus esfuerzos hacia una aclaración rápida y tranquila ante un juez canadiense, confiando en que el BURINF haría un limpio trabajo de encubrimiento desde el lado americano.

En consecuencia, recibió una desagradable sorpresa cuando, al entrar en la sala del tribunal con Braelow a su lado, se encontró frente a una batería de cámara de televisión tridimensional y micrófonos con la tribuna de la prensa llena de los más elocuentes periodistas de cinco continentes, que esperaban pacientemente que la diversión comenzara.

Aferró el brazo de Braelow.

—¿Qué hacen aquí todas esas cámaras? —susurró furiosamente—. Esos periodistas… Esta es «mi» lucha, mi lucha privada y personal.

—Ya no tiene usted nada privado ni personal —le dijo fríamente Braelow—. Será mejor que se convenza de esto. Estamos patinando sobre un hielo muy delgado y está fuera de nuestro control. Las cámaras son cosa del juez, que insistió en tenerlas aquí para que después no hubiera quejas.

—Muy bien, entonces haga que mis hombres intervengan todas las emisiones —dijo Bahr.

—Ya lo han intentado y no pueden. Radio Budapest se oye claramente y también otra media docena de redes extranjeras. —Braelow se encogió de hombros—. Según la Inteligencia, la mayor parte de la población está escuchando las noticias de un modo o de otro.

Bahr maldijo.

—¿Cómo irá esto?

—Quizá no muy mal —dijo Braelow—. En realidad, no veo cómo podemos fracasar. Tenemos pruebas de conducta inmoral, los hombres complicados nos darán un testimonio perfecto si lo necesitamos.

—Les convendrá hacerlo.

—Y tenemos una ventaja tremenda en el aspecto del sostenimiento. El sueldo que aquí percibe la mujer bastará apenas para vestir y alimentar al niño, y mucho menos bastaría para educarle. Este es uno de nuestros mejores triunfos.

—Juegue usted los triunfos, pero no me caliente la cabeza con ellos —dijo secamente Bahr—. Pero hágalo de modo que ganemos.

—Tranquilícese —dijo Braelow.

—Pero esas malditas cámaras…

—Siempre le gustaron a usted —dijo Braelow—. Domínese. Venceremos en esta lucha.

En otras habitaciones del juzgado, Libby se volvió hacia Harvey Alexander con el rostro blanco y los labios temblorosos.

—Tengo miedo —dijo—. No sé si podré enfrentarme con él.

—Bien —dijo Alexander—, es un buen momento para decírmelo.

Colocó una mano sobre su hombro. El cuerpo de ella temblaba.

—Mire —le dijo más amablemente—. Le tenemos acorralado. En cuanto me vea, sabrá que algo va mal para él. Entonces no se preocupará de usted. Yo llevaré la lucha ante el tribunal y, o bien tiene usted confianza en mí, o no la tiene…

—No es eso —dijo penosamente Libby—. Es todo este asunto. Lo que le vamos a hacer. Es una cosa brutal.

—Lo sé.

—Y es una mentira…

Alexander se encogió de hombros.

—No lo haría si supiera que hay otro medio de vencerle. Pero ahora ya no importa si nos gusta o no. Le enseñaré los informes del BRINT.

—Lo sé, lo sé —dijo Libby—. Sé que tenemos que vencer ahora a Julian. Pero, ¿qué pasará si lo destroza usted? ¿Qué le hará esto? Se afecta mucho cuando las cosas le van en contra y devolverá el golpe. Pero si está verdaderamente acabado, se deshará en pedazos. Eso es lo que sucedió después del Consejo de Guerra. Se convirtió en un borracho.

Miró con desesperanza a Alexander.

—Le odio, créeme que le odio. Pero, ¿qué le sucederá? Y, ¿qué pasará si la cosa no marcha? ¿Qué pasará si nos equivocamos?

—Si la cosa no marcha, nada tenemos que perder —respondió cansadamente Alexander—. Se apoderará del Canadá, después de Europa y nada de lo que usted o yo podamos hacer entonces, producirá la menor diferencia. Tenemos que vencerle ahora, antes de que se atrinchere de forma que nadie pueda derribarle. Mire, Libby, usted es la que debe decidir. Tiene usted que poseer la voluntad y la fuerza de hacerlo, o estamos perdidos.

Ella guardó silencio durante tanto rato y pareció tan asustada e insegura, que de pronto también él se atemorizó. Tal vez él le dio demasiada cuerda, pero sabía que en el fondo, ella «tenía» que decidirse.

Observándola, pensó en B. J. con una súbita punzada de dolor y se preguntó si volvería a verla alguna vez. Por una comprobación del BRINT sabía que vivía, estando bajo la continua vigilancia del D.I.A. desde el momento en que eludió a los sabuesos, aquella noche, en Wildwood. Ahora se dio cuenta de lo que le atraía en Libby; ésta se parecía mucho a B. J. y se preguntó si B. J. tendría fortaleza de hacer lo que ahora exigía que Libby hiciese.

—Sacamos a Tim de la Escuela y lo llevamos al Canadá sin el menor tropiezo —dijo, intentando parecer confiado—. El BRINT hizo fracasar el intento de secuestro con toda facilidad. Hasta ahora, le hemos ganado cada vez. Debió usted saber lo que hacía; ahora hemos llegado a un punto crítico. ¿Va usted a renunciar y retirarse ahora, sólo porque Bahr puede dirigirle unos cuantos insultos en público?

—No es por eso. No deseo herir a Tim.

—No escurra el bulto. O bien desea usted combatir a Bahr por todo lo que le ha hecho a usted y por las cosas en que cree, o bien quiere usted renunciar y dejar que él la domine, como siempre lo ha hecho.

Libby enrojeció y sus ojos brillaron de cólera.

—No —dijo—. Nunca más hará eso. Lucharé contra él.

Un escribano abrió la puerta y les hizo una seña con la cabeza. Alexander le oprimió la mano y ella se dirigió a la puerta. Un momento después avanzaba por el corredor y entraban en la sala del tribunal.

Se oyó un murmullo apagado cuando ella apareció en la sala y las cámaras de dos continentes la enfocaron mientras se acercaba a la larga mesa situada cerca del frente de la habitación. Ella captó los ojos de Bahr fijos en los suyos, despreciativamente, y luego muy abiertos. Su rostro adquirió de pronto un color rojo, producido por la ira, y casi saltó sobre sus pies cuando vio que su abogado en el proceso era el delgado y bronceado Harvey Alexander, vestido con el uniforme de general de la Inteligencia del Ejército de los EE. UU. con los galones de combate y las condecoraciones.

Alexander aprovechó la oportunidad de coger la ventaja, poniendo a Bahr a la defensiva, al tratar del secuestro.

En primer lugar dirigió al abogado de Bahr algunas preguntas rutinarias sobre el por qué Bahr deseaba la adopción, que fueron contestadas con respuestas muy razonables y lógicas. Entonces Alexander inquirió:

—¿Y cuál fue la reacción del señor Bahr ante el intento de secuestro del hijo de la señorita Allison?

El abogado se volvió hacia Bahr, que indicó que respondiera sin sentarse en la silla de los testigos.

—Naturalmente, me inquietó —dijo Bahr—, y me gustaría añadir que me siento profundamente agradecido hacia las autoridades canadienses, que fueron capaces de impedir lo que hubiera podido ser un incidente inquietante... o hasta trágico.

—¿Puede usted imaginar alguna razón por la cual alguien deseara cometer este secuestro, señor Bahr? —preguntó Alexander, ignorando persistentemente el título de Bahr.

—No, a menos que supieran que era mi hijo e intentaran pedirme un rescate. Seguramente el rescate me hubiera sido exigido a mí —añadió—, porque la señorita Allison no tiene dinero.

—Entonces, alguien debía conocer su primitivo intento de negociar con la señorita Allison.

Bahr enrojeció.

—Es posible. Era una cuestión doméstica, yo no intenté guardarla en secreto.

La voz de Alexander era suave.

—Entonces es posible que algunas personas demasiado oficiosas intentaran el secuestro, creyendo obrar en favor de sus intereses.

—No lo creo —dijo secamente Bahr—. Mi gente sabe que yo no actúo de ese modo… y son completamente leales.

Alexander dejó que esta observación calara profundamente; entonces desenvainó el cuchillo.

—En ese caso, estoy seguro de que podrá usted explicar —dijo— por qué todos los miembros del grupo secuestrador eran agentes de la división de Nueva York de su propio D.I.A.

Durante el descanso, Bahr ordenó una comprobación de los antecedentes de Alexander, bajo prioridad urgente, para intentar desacreditarle por impostor. Alexander era un comandante postergado del Ejército, un desertor y estaba reclamado por el D.I.A. para hacerle una comprobación de estabilidad y por haber estado en contacto con los seres extraños. ¡Un general! Bahr resopló.

La comprobación de antecedentes alteró sus planes. Los registros del Ejército eran completos y perfectos. Alexander, le comunicaron, había estado especialmente asignado a un trabajo del CI desde la incursión de Wildwood; su promoción fue reconsiderada y fue ascendido a general después de dirigir una incursión en las oficinas del alto mando de la Inteligencia China en Hong Kong hacía dos semanas, cuando se hizo un intento de volar la instalación de cohetes de White Sands. Bahr recordaba haber visto el informe acerca de esta incursión, llevada a cabo con terrible atrevimiento y precisión en Hong Kong y ampliamente publicada. Hasta él mismo la ensalzó públicamente, aunque no se mencionaran los nombres de los participantes. Esto no agradó a Bahr. Colocaba a Alexander en una posición demasiado fuerte, convirtiéndole en un héroe militar.

La huida del Kelley no servía de ayuda, ya que Alexander fue registrado allí bajo el nombre de John Smith porque así convenía a Bahr. En lo que concernía a los registros, el incidente jamás sucedió y Alexander era legalmente impune. El descanso fue corto, pero cuando volvió al tribunal, Bahr estaba seguro de que en los archivos del Ejército se había llevado a cabo alguna falsificación y confabulación. Algo le olía mal, pero no sabía qué hacer en ese momento para remediarlo.

Después del descanso, la molestia de la sesión de apertura se intensificó. Bahr presentó sus reclamaciones respecto al niño. Alexander paró todas las inferencias en contra del carácter y las

calificaciones de Libby, pero aun así sintió que perdía terreno. La confianza de Bahr volvía; hizo una seña con la cabeza a su abogado y empezaron con la larga fila de testigos masculinos que confirmaban la conducta inmoral de Libby durante las últimas semanas. Alexander pareció confundido mientras el cuadro se revelaba inexorablemente. Finalmente, como si ya no supiera qué hacer, hizo subir a Libby en persona al estrado de los testigos.

Ella se tensó al enfrentarse con la prueba máxima, recabando sus fuerzas para llevar a cabo lo que tenía que hacer.

—Podría negar lo que esos hombres han dicho, pero de todos modos no veo qué diferencia pueden hacer sus testimonios en este caso —dijo secamente—. Cuando se cerró el DEPCO, mi apartamento fue saqueado, bloquearon mi cuenta bancaria y me echaron a la calle, por lo que la policía me encerró bajo la acusación de vagancia. Mi educación me impedía tomar empleos corrientes y mi tarjeta de seguridad roja, regalo del señor Bahr, me impedía conseguir empleo de gran categoría. Cuando se cambió la moneda corriente... bien, muéstreme alguna persona de la Federación Americana que no viviera en un infierno durante ese tiempo...

Vio que el rostro de Bahr enrojecía de cólera, le vio inclinarse hacia adelante para murmurar algo al oído de Braelow, vio los ojos de las cámaras enfocándola desde los cuatro ángulos de la habitación y continuó. Antes su voz había sonado en un tono bajo; ahora se elevó, llenando claramente todo el ámbito de la sala.

—Pero no estamos hablando de mí, sino de la reclamación que este hombre hace respecto a mi hijo y hay algo que me gustaría poner en claro y que me pone furiosa. He sido insultada, atacada y mi vida privada ha sido colocada bajo los reflectores, todo en virtud de la afirmación santurrona de que Julian Bahr desea hacer lo que es justo en favor de su hijo y apartarlo de mi pervertida influencia. Bien, me gustaría preguntar al señor Bahr si tiene la menor prueba, aunque no sea más que un trozo de papel, que afirme que él es el padre de mi hijo.

Siguió un asombrado silencio. Entonces Bahr se puso en pie de un salto.

—¡Eso es ridículo! —rugió—. Hay los documentos de paternidad...

Se interrumpió de pronto, mirando fijamente hacia las cámaras, con la boca todavía abierta.

Entonces lo recordó.

No había documentos de paternidad.

El juez suspendió la sesión por aquel día, para poner orden en la

sala del tribunal y dar tiempo a Bahr para que rehiciera su caso.

Al día siguiente, una montaña de pruebas: clasificación sanguínea, exámenes de las huellas dactilares, color de los ojos. Alexander las rechazó todas, suave pero firmemente.

—Cientos de hombres hubieran podido engendrar un niño con estas características —dijo—. Esto no es una prueba concluyente; ni siquiera constituye una prueba.

Más testimonios, no de muy buen gusto, pero Bahr estaba desesperado. Ahora estaba comprometido y no retrocedía. No perdería una batalla pública ante esta mujerzuela pelirroja. Él era Julian Bahr, que había ascendido de la nada hasta la jefatura de un continente y ella no era más que una vulgar mujerzuela, como lo fue… Una ola de ira le impidió seguir recordando el pasado. Eso no importaba ahora. Lo que importaba es que vencería.

Hizo comprobar las vacaciones de esquí que se tomaron, durante las cuales Libby quedó encinta. Los testigos afirmaron que ocupaban la misma habitación.

Libby sacudió la cabeza.

—¿Qué importa eso? —le preguntó a Braelow—. Todo lo que usted está probando es la inmoralidad del caso, pero no la paternidad del señor Bahr.

—¿Admite usted que pasaba los fines de semana con el señor Bahr?

—Ciertamente.

—¿Tenían ustedes relaciones íntimas?

—Según usted —dijo Libby— las he tenido también con todos estos hombres. Hizo usted desfilar todo un regimiento para probarlo. Pero eso no importa. Lo que importa es quién es el padre de mi hijo. Y no es Bahr.

Braelow se volvió a su mesa, confundido.

—Muy bien —dijo Bahr coléricamente—. Ya has enredado bastante las cosas.

Se levantó y se dirigió con largas zancadas hasta el centro de la sala, mirando a Libby y levantando la cabeza hacia las cámaras. Sabía que ahora todos los ojos se hallaban fijos en él, pero ya no le importaba; todo lo que percibía era el rostro de ella y sus ojos, que lo miraban con odio; todo lo que ahora podía sentir era la violenta e irresistible ansia de quebrantarla, abatirla y golpearla hasta que cayera al suelo. No le importaba si todo el mundo le estaba mirando. Ella no podía hacer lo que estaba haciéndole y salir impune.

—Bien —dijo, con la voz espesa por la reprimida cólera—, aclararemos algunos hechos. Sé en lo que te has convertido durante las últimas semanas, por eso me encuentro envuelto en este sucio asunto, pero, aunque no sea más que para el archivo, hablemos del año 2022. Fue entonces cuando quedaste encinta, ¿verdad?

—En marzo, para ser exacto —dijo Libby.

—Y, ¿recuerdas que yo estuve especialmente destinado en California durante la mayor parte de ese mes?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Recuerdas que te telefoneaba cada noche desde California?

—Muy claramente.

—Específicamente, ¿no me suplicaste que volviera a Nueva York porque te sentías... sola?

—No empleé esas mismas palabras —dijo Libby.

—¿No te las compusiste para encontrarte conmigo en la estación de esquí del Valle del Sol y no fuiste allí en avión?

—Sí.

—¿Pasamos juntos dos fines de semana?

—Sí.

—¿Y fue durante este tiempo cuando quedaste en estado?

—Bien, una mujer tiene que calcular retrospectivamente, pero estoy segura de que quedé en estado durante aquellos diez días pasados en el Valle del Sol.

—Entonces no pudo ser nadie más que yo —dijo Bahr, y retrocedió con aire triunfante.

La respuesta de Libby fue una risa burlona.

—Eso es lo que yo te hice creer...

—¡Perra! —gritó Bahr y descargó la mano contra su cara.

Ella se cayó de la silla y Bahr se inclinó, la cogió por el hombro y levantó salvajemente el puño. Alguien le sujetó por la muñeca, le retorció el brazo y le hizo perder el equilibrio. Se encontró enfrentado con Alexander. De pronto, Bahr recordó las cámaras. Se aferró al borde de la mesa.

—Es usted hombre muerto —le dijo a Alexander, en una voz tan baja que sólo éste pudo oírla.

Después se libró de la mano de Alexander que le sujetaba y se volvió de nuevo hacia Libby. Las lentes de la televisión tridimensional tomaron un primer plano de su rostro, horriblemente contorsionado por una cólera mortífera, encarado con la máscara desdeñosa de Libby.

Después Libby se volvió al juez, hablando con una voz que llegaba

hasta el último rincón de la sala del tribunal, hasta todos los asistentes al proceso, hasta todos los micrófonos.

—No hubiera podido ser nunca el padre de mi hijo.

Recorrió la sala con la vista, atrayendo toda la atención; miró después a Bahr e hizo un gesto lento y deliberado. Hubo un movimiento de asombro en la sala; cuando Libby habló, enfrentándose directamente con las lentes de la TV tridimensional, su boca se frunció con desprecio.

—Es un fraude —dijo— una magnífica impostura. Julian Bahr es impotente.

EPILOGO

Hubiera podido predecirlo y sin embargo, fue imprevisible ; Bahr se había dirigido a la frontera y entonces, de repente, la patrulla del BRINT le perdió y transcurrió casi una hora antes de que se dieran cuenta de que había retrocedido y que nunca tuvo la intención de llegar hasta la frontera.

El director de emergencia, Harvey Alexander, llegó en su Volta justamente cuando los hombres del BRINT estaban echando abajo la puerta del apartamento de Libby.

—El guardián —gruñó—. Dios mío, ¿no tenía siquiera un guardián?

—Lo tenía —le informó MacKenzie—. El guardián fue muerto por un paralizador silencioso. Un par de hombres del D.I.A. que aún le eran leales, nos impidieron el paso hasta aquí durante quince minutos.

El hombre del BRINT colocó una mano sobre el hombro de Alexander.

—Lo siento —dijo—. Creímos que Bahr intentaría cruzar la frontera cuando se escabulló de nuestra patrulla.

En el oscuro pasillo, los hachazos descargados contra la puerta rompían el silencio y, finalmente, la hoja de madera cayó. Dos hombres del BRINT entraron, con los paralizadores preparados. Alexander apartó a los ayudantes que intentaban retenerle y los siguió al interior.

Llegaron demasiado tarde. Alexander la vio tendida en el suelo y empalideció, cerrando los ojos con una repentina y vertiginosa sensación de pena y pérdida.

Le habían golpeado el rostro hasta dejarlo informe, machacando la carne y los huesos hasta dejarlos irreconocibles, como si hubieran usado una maza roma y pesada. Estaba desnuda y le pusieron encima una sábana. Hasta muerto, su cuerpo aparecía contorsionado por la agonía.

Julian Bahr permanecía sentado en la oscuridad, en el cuarto de al lado. Los hombres del BRINT le rodearon, apuntándole con sus armas, pero este gesto era inútil. Permaneció sentado, insensible y silencioso, mirando fijamente al suelo, con las manos llenas de cortes, hinchadas y ensangrentadas.

Más tarde, mientras ataban a Bahr en una camilla, Alexander escuchaba a medias al ayudante que le hablaba junto al oído.

—...reunidos a la mayor parte de los jefes del D.I.A., excepto los

que huyeron al Continente Sur. No hay cuestión en cuanto a su confirmación en el cargo. Los ingenieros de White Sands han prometido su lealtad.

Asintió, pero no escuchaba. Sabía que dentro de poco tendría que pensar en ello. Había mucho trabajo por hacer. La frontera se había abierto de nuevo; gradualmente, tendrían que reducir el paso, habría que reformar la economía, tendrían que convertir el Proyecto Tigre de una operación urgente de guerra, en un proyecto de progreso lento que por último llevaría a los hombres a las estrellas. No tendrían que hacerlo solos; manos capaces le ayudarían. Estaba MacKenzie y una docena, un centenar de hombres como MacKenzie.

Había otros detalles y pronto tendría que empezar a pensar en ellos, pero ahora sólo podía pensar en Julian Bahr y Libby Allison. Bahr estaba allí, pero no le veía. No vio a Alexander llorando, solo y en silencio, ante el cuerpo de Libby, ni tampoco le vio regresar al mundo y emprender la abrumadora tarea que había tomado a su cargo… tomando las riendas del poder con firmes y delicadas manos.

Julian Bahr no vería elevarse las grandes naves espaciales, meses y años más tarde, ni tampoco vería crecer a su hijo, convirtiéndose en un hombre alto y fuerte. No murió, pero tampoco estaba vivo; algo se había roto en su interior. El mundo cambiaba, pasaban los días, pero él no veía, no entendía, porque los ojos de Julian Bahr eran de un hombre loco.

Pero algún día, esperaba Alexander, el hijo de Bahr vería… y comprendería.

FIN